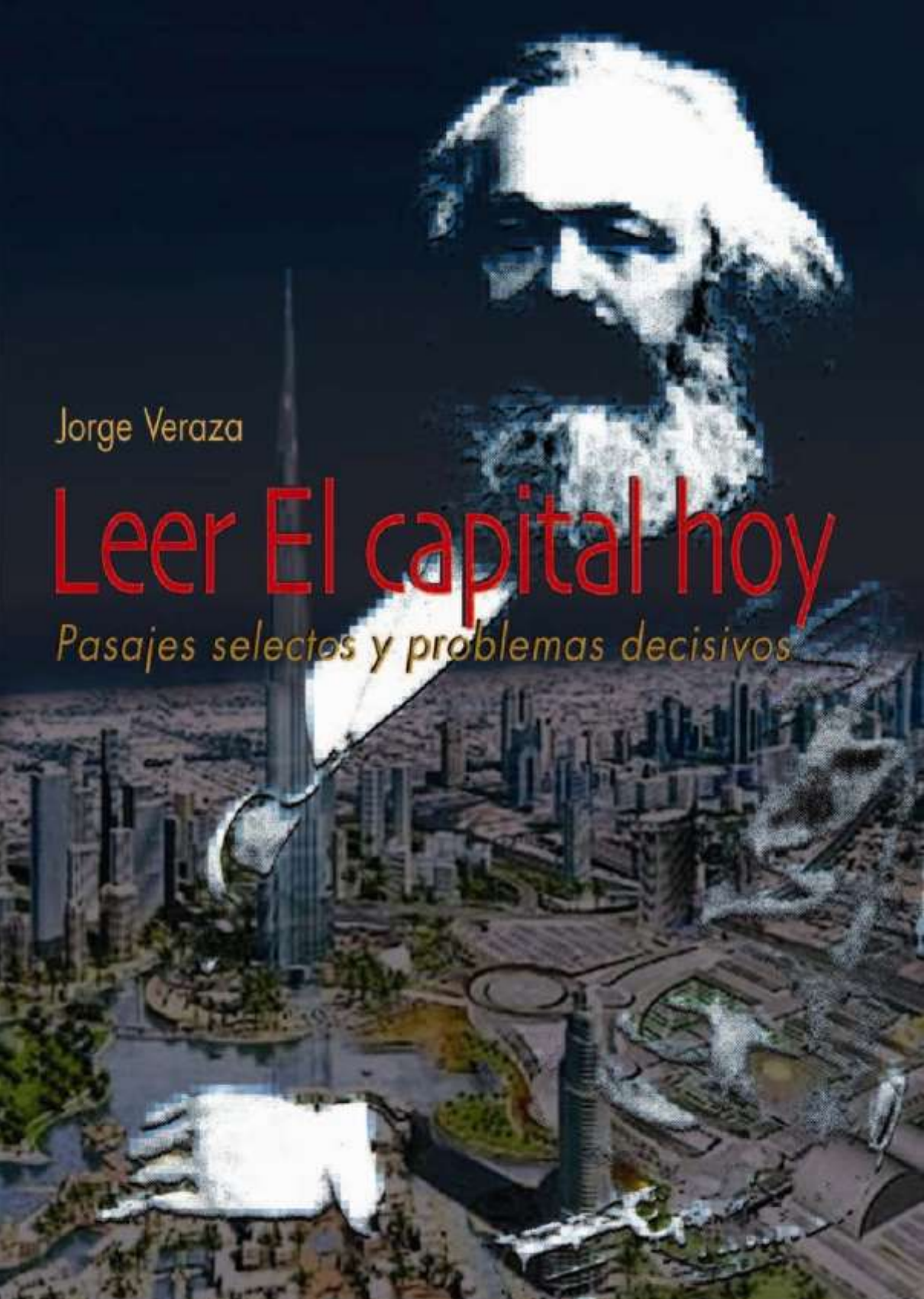




Jorge Veraza

Leer El capital hoy

Pasajes selectos y problemas decisivos

LEER EL CAPITAL HOY
(PASAJES Y PROBLEMAS DECISIVOS)

JORGE VERAZA URTUZUÁSTEGUI

Jorge Veraza Urtuzuástegui
Leer El capital hoy
(Pasajes y problemas decisivos)

Primera edición, 2007

Coedición: Editorial Ítaca y Ediciones de Paradigmas y Utopías

Editorial Ítaca

Piraña 16, Colonia del Mar, Del. Tláhuac
C.P. 13270, México, D.F.

Tels. 58 40 54 52

Afiliado a la Cámara Nacional de la Industria Editorial
Bajo el número 3179

Ediciones de Paradigmas y Utopías

Comité editorial:

Comisión de Formación Ideológica y Política

de la Comisión Nacional Ejecutiva del PT

Oficinas Nacionales del Partido del Trabajo

Avenida Cuauhtémoc no. 47, Col. Roma Norte

CP 06700, México, D.F.

Tels. y fax (0155) 55 25 27 27 y (0155) 55 25 84 19

Portada de Efraín Herrera

© 2007 David Moreno Soto / Editorial Ítaca

© 2007 Jorge Veraza Urtuzuástegui

ISBN 968-7943-32-7

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

Advertencia 13

<i>Introducción. Cómo leer El capital en el siglo XXI</i>	15
1. <i>Un siglo que quiere iniciar a oscuras</i>	15
2. <i>Cuando la serpiente se muerde la cola</i>	16
3. <i>La transparencia actual de la obra de Marx El capital</i>	16
4. <i>La crítica de la economía política y el valor de uso hoy</i>	20
5. <i>Ejemplos del siglo XXI o el valor de uso sometido</i>	21
6. <i>Geografía sometida y humanidad en crisis</i>	25
7. <i>Dominio del capital industrial mediante Destrucción de la industria mexicana</i>	26

PRIMERA PARTE

LA ESTRUCTURA ARGUMENTAL DE LOS TRES TOMOS

<i>I. En torno a la arquitectura de El capital</i>	31
1. <i>Los títulos de los tres tomos</i>	31
2. <i>Producción, reproducción y desarrollo</i>	33
3. <i>El objeto teórico de El capital según los prólogos de Marx: la ley de la existencia, desarrollo y muerte del capitalismo</i>	34
4. <i>El capital en general como totalidad distribuida</i>	37
5. <i>La reproducción del capital en cada tomo</i>	41
6. <i>Acerca del proceso expositivo crítico de El capital</i>	46
7. <i>La crítica de la economía política y nuestro tiempo: capital social y mercado mundial realizado</i>	48
8. <i>La perspectiva de la crítica de la economía</i>	

<i>política es la del valor de uso</i>	51
9. <i>El objeto teórico de El capital y su génesis</i>	55
10. <i>Desarrollo del problema de la crítica de la economía política</i>	57
11. <i>Riqueza y modo de producción</i>	58
12. <i>Condiciones materiales de posibilidad y modo de producción</i>	61
<i>Excurso A. Ética y moral: las ciencias naturales y las ciencias sociales como fuerzas productivas y como ideología</i>	62
<i>Excurso B. Producción histórica del fenómeno y relación de conocimiento</i>	65
 II. <i>La estructura argumental del tomo I</i>	69
1. <i>La estructura del primer tomo de El capital</i>	69
2. <i>Proceso de explotación y proceso de enajenación en el tomo I</i>	73
3. <i>Composición orgánica del capital</i>	75
4. <i>Objeto teórico de las secciones primera y segunda del tomo I y de éste en su conjunto</i>	76
5. <i>Presencia paradójica de la ley de desarrollo del capitalismo en el tomo I</i>	76
6. <i>El capital como teoría del desarrollo capitalista</i>	79
7. <i>Riqueza y enajenación</i>	81
8. <i>Crítica a la escuela althusseriana: el concepto de riqueza</i>	83
9. <i>El concepto crítico-científico de enajenación y de intercambio real y formal</i>	85
 III. <i>La estructura argumental del tomo II y la del tomo III</i>	87
A. <i>Estructura argumental del tomo II de El capital</i>	

“El proceso de circulación del capital”	87
1. Fórmulas (sección primera), partes (sección segunda) y sectores de la producción (sección tercera)	90
2. Los conceptos de intercambio, ciclo y circulación (<i>Zirkulation o Umlauf</i>)	96
3. La unidad de producción y circulación en los tomos I y II	97
B. Estructura argumental del tomo III	98
1. El capital frente a la riqueza de la nación	104
2. ¿Cómo llega el capital a convertirse en terrateniente?	105
3. Renta absoluta y renta diferencial	108

SEGUNDA PARTE

PASAJES SELECTOS Y PROBLEMAS DECISIVOS (Y SUS SOLUCIONES)

IV. Discusiones sobre el salario y la teoría del valor	115
1. El salario ¿en el tomo III? (<i>ad Bolívar Echeverría</i>)	116
2. <i>La específica teoría del valor de Marx</i>	119
3. <i>Tres aportes fundamentales sobre la teoría de Marx (Isaac Illich Rubin, Jindrich Zeleny y Bolívar Echeverría)</i>	122
4. <i>Mercancía, dinero y crítica al socialismo sin revolución</i>	125
5. <i>La circulación no produce plusvalor sino valor negativo</i>	126
6. <i>Críticas a la teoría de Marx sobre el valor</i>	130
7. <i>La teoría del valor de Marx</i>	138

V. <i>Crítica de la mercancía y del valor de uso actual contra la supresión capitalista de la historia.</i>	
<i>Las secciones primera y segunda del tomo I</i>	141
1. <i>Crítica inmanente o trascendente y eternización del capitalismo</i>	141
2. <i>Apariencia, esencia y realidad: esquema de los tres tomos de El capital</i>	146
VI. <i>La subsunción formal y real del proceso de trabajo inmediato al capital. Las secciones tercera a quinta del tomo I</i>	171
1. <i>Circularidad del valor y de las proposiciones Científicas en la argumentación de Marx</i>	172
2. <i>El proceso de producción absoluto y plusvalor relativo</i>	174
3. <i>Trabajo productivo e improductivo y el sujeto histórico en el siglo XXI (el capítulo XIV, "Plusvalor absoluto y relativo")</i>	179
VII. <i>La revolución sobre sus propios pies.</i>	
<i>El capítulo V del tomo I.</i>	185
<i>El trabajo vivo de Enrique Dussel y el de Marx</i>	185
1. <i>Antecedentes de la teoría de Marx sobre el proceso de trabajo</i>	185
2. <i>El trabajo vivo de Enrique Dussel exterior a la totalidad</i>	187
3. <i>Dussel se alía con Schelling frente a los marxistas</i>	188
4. <i>Lo positivo en Marx y en Schelling</i>	192
5. <i>Totalidad no total</i>	192
6. <i>Lo exterior al capitalismo y a la revolución</i>	

(Rosa Luxemburgo, Dussel y Marx)	199
7. Habermas y Schelling para Dussel	205
8. Marx contra Hegel, desde Epicuro	211
9. Fuente y fundamento positivo y nihilistas e idealistas	214
10. Recapitulación crítica teológica por exterior	216
11. Teologización de la revolución	218
VIII. La revolución comunista específica.	
El capítulo V del tomo I. Continuación	221
1. Recapitulando la discusión sobre proceso de trabajo y revolución con Enrique Dussel	221
2. Dussel ante los izquierdistas alemanes y holandeses, y ante Lenin y Rosa Luxemburgo	224
3. Ventajas de la tesis “endógena” de la revolución frente a la tesis “exógena”	226
4. El capítulo V de <i>El capital</i> y la revolución comunista	233
IX. El plusvalor extra como plusvalor relativo.	
El capítulo X del tomo I.	239
El núcleo del desarrollo capitalista (confusiones y solución)	239
1. El plusvalor extra en el capítulo X y en el capitalismo	239
2. El plusvalor extra doblemente cuestionado (ad Bolívar Echeverría)	247
3. La estructura del desarrollo capitalista, la de los tres tomos de <i>El capital</i> y el plusvalor extra	250

X. Plusvalor extra y desarrollo: subsunción real del proceso de trabajo y del consumo bajo el capital. El capítulo X del tomo I. Continuación	257
1. El trabajo potenciado y el plusvalor extra como plusvalor relativo	257
2. Plusvalor extra, creación de nuevas necesidades y subsunción formal y real del consumo bajo el capital	263
3. Trabajo potenciado, demanda y consumo en desarrollo	273
XI. Desarrollo capitalista, circulación de mercancías y falseamiento de la historia. Secciones sexta y séptima del tomo I	277
A. La transfiguración del valor de la fuerza de trabajo en salario	277
1. La mercancía fuerza de trabajo como premisa del salario	277
2. El valor producido: capital variable y plusvalor	278
3. El fetichismo del capital y el salario	280
4. Confusión de relaciones sociales y de la sujetidad	281
5. El salario no es forma transfigurada del plusvalor (ad Bolívar Echeverría)	282
B. La acumulación del capital	283
1. Los resultados de la producción directa y de la reproducción simple	283
2. La reproducción ampliada y la transgresión de la ley del valor mercantil simple	284
3. Acumulación de capital y la enajenación	286
4. Ley general de la acumulación capitalista y ley de la tendencia decreciente de la tasa	

<i>de ganancia</i>	286
5. <i>Los capítulos xxiv y xxv liberación de la historia mediante su espacialización</i>	288
C. <i>Subsunción real del consumo bajo el capital, reproducción y desarrollo capitalistas.</i>	
<i>Sección tercera del tomo II</i>	301
XII. <i>Subsunción real del consumo al capital, reproducción y desarrollo capitalistas.</i>	
<i>Continuación. La sección tercera del tomo II y la sección tercera del tomo III</i>	309
1. <i>La sección tercera del tomo II o el esquema de reproducción en vez de ley</i>	310
2. <i>Los supuestos de la reproducción del capital como circulación del capital y Rosa Luxemburgo</i>	314
3. <i>La supresión del desarrollo como “ley de desarrollo”</i>	317
4. <i>Los esquemas de reproducción y la subsunción real del consumo bajo el capital</i>	320
5. <i>Ley, esquemas y revolución (la paradoja de Hilferding)</i>	323
6. <i>Kepler y la teoría dialéctica de los equilibrios capitalistas</i>	326
7. <i>La introducción al tomo III</i>	329
8. <i>La sección tercera del tomo III</i>	332
9. <i>Subsunción real del consumo bajo el capital o el desarrollo capitalista concreto</i>	337
10. <i>La sociedad comunista y la sociedad burguesa (Fourier y Marx)</i>	340
 BIBLIOGRAFÍA	 345

INTRODUCCIÓN

CÓMO LEER *EL CAPITAL* EN EL SIGLO XXI*

1. UN SIGLO QUE QUIERE INICIAR A OSCURAS

Comencemos con una paradoja provocada por el dominio del capital industrial estadounidense sobre el mundo, en particular en nuestro país: a inicios del siglo XXI se ha llegado al absurdo de que en la Facultad de la Economía de la UNAM, el estudio crítico de la economía política, el más importante para entender la dinámica de la globalización y para ubicar exitosamente a nuestro país en ese contexto, se ve ferozmente atacado porque en la política “académica” de los responsables administrativos de la institución prevalece la ideología neoliberal y del “pensamiento único” que cree que el progreso consiste en la destrucción de las condiciones que hacen posible el desarrollo científico auténtico y la discusión plural. Estos ataques retrógrados se ceban sobre todo en *El capital de Marx*, la obra más necesaria para comprender el siglo XXI, al que podríamos nombrar “el siglo del mercado mundial realizado”.

En efecto, en 1974 se modificaron los planes de estudio de la entonces Escuela Nacional de Economía de la UNAM y la crítica de la economía política se convirtió en la “columna vertebral” de la carrera. Los ataques al nuevo plan de estudios brotaron de inmediato pero también el entusiasmo por cumplirlo, incluso por extenderlo. A partir de entonces todas

las escuelas y facultades de economía de las universidades públicas del país cambiaron sus planes de estudios asimilándolos al de la UNAM y en todas las escuelas de ciencias sociales (antropología, sociología, ciencia política) de educación superior se introdujo la lectura de El capital.

Los ataques se recrudecieron sobre todo a partir de 1982, cuando el FMI y el BM comenzaron a imponer un gasto público en ese sentido, entre otras cosas en la educación. No ha sido la Facultad de Economía de la UNAM donde se han recibido los golpes más duros de esta andanada reaccionaria pero sí donde más se ha resistido.

2. CUANDO LA SERPIENTE SE MUERDE LA COLA

El capitalismo se ha mundializado, ocupa toda la geografía del planeta. Lo que había sido proceso de formación del mercado mundial se ha convertido en el mercado mundial ya formado.¹ Este hecho obliga a invertir algunas de las perspectivas metodológicas que se han seguido en la lectura de El capital y para utilizar sus conceptos en el análisis de la realidad precisamente porque este libro fue escrito dentro de un horizonte histórico en el que se inicia en forma el proceso de constitución del mercado mundial y ahora este horizonte histórico es vigente como resultado.

En primer lugar, antes era prioritario el análisis del capital individual pero ahora se requiere comenzar por el resultado que sintetiza la multiplicidad de los capitales individuales que compiten: el capital social. Ahora el punto de partida debe ser el capital social mundial. En segundo lugar, era principal el valor y ahora lo es el valor de uso. En tercer lugar, antes era principal sólo el análisis de la producción,

ahora pasa a primer término el consumo. En cuarto lugar, en fin, antes la perspectiva histórica, temporal, era la nota resaltante del materialismo histórico y de la crítica de la economía política, mientras que ahora lo es el espacio, la geografía.

Los aspectos relegados no son anulados sino que deben coordinarse con aquellos que antes tenían un interés secundario y que ahora pasan a primer plano. Sin embargo, esta inversión de la perspectiva metodológica que es exigida por el cambio histórico acontecido entre la época de Marx y la nuestra requiere leer su obra tal como él la escribió. La complejidad del problema requiere de una argumentación que sustente nuestra propuesta. Pasemos a ello.

3. LA TRANSPARENCIA ACTUAL DE LA OBRA DE MARX *EL CAPITAL*

*¿Cómo leer la obra de Marx *El capital* en el siglo XXI? Pues, como digo, desde la perspectiva en que fue escrito, es decir, en primer lugar, teniendo en cuenta su horizonte histórico y teórico; en segundo lugar, con los ejemplos y los conceptos que Marx propuso; en tercer lugar, poniendo o reponiendo a Marx sobre sus pies, como si el texto nunca hubiera sido leído tal como fue escrito, y eso significa —en cuarto lugar— leerlo como crítica de la economía política; eso nos permitiría —en quinto lugar— abordar la realidad contemporánea como si también fuera contemporánea del texto de Marx. De estas cinco respuestas voy a tratar en lo que sigue.*

*3.1. ¿Qué significa, pues, leer *El capital* tal como fue escrito? En primer lugar, si este libro fue escrito en el momento de formación del mercado mundial y teniendo como horizonte la*

inminente consumación de esta empresa histórica del capitalismo, ahora que la empresa está cumplida a ojos vistas ya se lo puede leer tal como lo escribió su autor.

Cada uno de sus conceptos tiene actualmente un referente real inmediato. Sobre todo después del desmembramiento de la URSS en 1991, el mercado mundial capitalista quedó plenamente establecido, así que es sobre todo a partir de entonces que El capital puede ser leído de acuerdo con su horizonte teórico correlacionado con el horizonte histórico presente.

Esta situación del lector de El capital en el siglo XXI implica una extraña paradoja, a saber: los clásicos marxistas de comienzos del siglo XX (Rudolf Hilferding con El capital financiero, de 1910, o Rosa Luxemburgo con La acumulación de capital, de 1912, o Lenin con El imperialismo, fase superior del capitalismo, de 1916, etcétera) en realidad se encontraban situados en un horizonte histórico más atrasado,² en el que el mercado mundial todavía estaba por realizarse, mientras que éste, que es justamente el punto de partida del texto de El capital, se encuentra redondeado a comienzos del siglo XXI.

3.2. Lo anterior nos permite entender qué significa leer El capital con sus conceptos y con sus ejemplos tal y como fue escrito. Podríamos decir que actualmente hay que “leer El capital al contraejemplo”. Los ejemplos que Marx encontró en el siglo XIX para ilustrar su argumentación —como aquél de una chaqueta igual a 20 varas de lienzo— eran idénticos con su concepto, no parecía haber distancia entre el concepto y el ejemplo que lo ilustraba. En cambio durante el siglo XX tanto aquellos ejemplos del siglo XIX como los que podían encontrarse en el propio siglo XX para ilustrar El capital pa-

recían diferir e, incluso, contradecir su concepto. Hoy ha vuelto a ser evidente que los ejemplos del siglo XIX son idénticos a los conceptos presentes en El capital, y los ejemplos que nos entrega la realidad del siglo XXI también lo son.

Durante el siglo XX muchos autores intentaron adecuar el análisis del proceso de producción capitalista propugnado por Marx a las realidades del mismo siglo XX. Vale la pena recordar cómo Michel Aglietta (Regulación y crisis...) y Benjamin Coriat (El taller y el cronómetro...), dos autores de la escuela regulacionista de los años setenta y ochenta, intentaron ajustar el análisis de Marx para explicar el periodo de la segunda posguerra mundial del siglo XX y la coyuntura que se abría al final de este periodo. Con este objetivo, estos autores trataron de concretar la idea de Marx sobre la subordinación formal y la subordinación real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital mediante los conceptos de taylorismo y fordismo. Aglietta y Coriat pensaban que así le hacían un favor al texto de El capital, que se había quedado abstracto respecto de una concreción histórica y tecnológica que se dio a partir de los años treinta y que fue perfeccionándose sobre todo después de la segunda guerra mundial.

Así Benjamin Coriat cree ver en este periodo una serie de cambios fundamentales en el proceso de trabajo capitalista y que éstos deben explicarse como una transición de la producción en serie a la producción en masa.³ Si se acumula una serie de mercancías seguramente al final reuniremos una masa de mercancías, así que la diferencia no parece ser significativa. Sin embargo Coriat quiere que estos dos conceptos difieran de manera significativa y para ello sugiere que Marx conoció la producción en serie, pues ésta era lo

propio de la maquinaria y la gran industria que se expone en el capítulo XIII de El capital. Pero las cosas cambiaron, dice Coriat, y se pasó de la producción en serie a la producción en masa, y la producción maquinizada gran industrial no quedó tal cual sino taylorizada y fordizada, y a esto lo denomina una producción en masa.

¿Cómo justificar una idea tan peregrina, tan poco conceptual, tan voluntarista tanto en su formulación como en sus particularidades? Coriat dice que cuando Marx habla de maquinaria y gran industria —y él, Coriat, se fija en los ejemplos que propone Marx para ilustrar el concepto de maquinaria y gran industria— está pensando en una planta productiva heterogénea en la que sólo algunas fábricas están maquinizadas y automatizadas, mientras que otras todavía son manufacturas, algunas más quizá se han maquinizado en algunas partes del proceso y en otras simplemente prevalece una rudimentaria división del trabajo. Esta heterogeneidad industrial le posibilita a la clase capitalista hacer que los salarios bajen más que lo que podría ocurrir en una situación de alta tecnología homogénea en todas las ramas. Esta situación de desarrollo desigual entre unas ramas y otras posibilita contrastes salariales y, finalmente, que la clase capitalista como un todo pueda explotar en mayor grado a la clase obrera como un todo. Estas serían, dice Coriat, las características de la producción en serie, mientras que la producción en masa implica una homogenización del desarrollo tecnológico en todas las ramas industriales, lo cual implica que los obreros tendrían un salario alto para poder realizar las mercancías que estas industrias producen. El fordismo sería una modificación del consumo y de la relación salarial en su conjunto que los adecua a la nueva forma de producción capitalista.

Es por demás forzado decir que cuando Marx habla de maquinaria y gran industria se refiere a una situación de heterogeneidad tecnológica. Coriat ve el ejemplo y se niega a ver el concepto. Ve el ejemplo y lo contrasta con la realidad empírica que él mismo vive a fines de los años sesenta del siglo xx y dice que, como las cosas no coinciden y Marx habló de un ejemplo, pero no conceptualmente, entonces habría que hacer un ajuste para correlacionar lo que Marx dice con lo que Coriat tiene enfrente, en la realidad que él conoce, como ejemplo. Coriat simple y llanamente fuerza los conceptos, se comporta de manera empirista en lugar de asumir adecuadamente el concepto de Marx sobre la maquinaria y la gran industria.

Benjamin Coriat es un ejemplo, entre muchos, de cómo los teóricos marxistas del imperialismo se equivocaron constantemente al leer El capital precisamente porque se quedaron fijados en los ejemplos y luego quisieron correlacionar esos ejemplos, y no los conceptos de Marx, con la realidad. Llevan a cabo una mediación espuria, toman como lo principal lo secundario, el ejemplo, y no el concepto. Así enajenan el libro que están leyendo, la teoría que intentan desarrollar con buena fe. Por eso digo que en el siglo xxi habría que leer El capital “al contra-ejemplo” —como el espagueti “a la boloñesa”—, es decir, leyendo los conceptos en cuanto tales, sin confundirlos ni subordinarlos a los ejemplos que los ilustran.

3.3. La tercera idea sugiere que habría que ir directo a El capital tal como fue escrito, y entonces volver a poner a Marx sobre sus pies, porque los marxistas que intentaron desarrollarlo lo pusieron de cabeza. Especialmente las teorías del imperialismo. Así, pues, habría que invertir la relación entre El capital de Marx y las teorías del imperialismo habidas du-

rante el siglo XX. En lugar de que el texto de *El capital* quede por debajo de la teoría del imperialismo de Hilferding, de Rosa Luxemburgo, de Lenin, de Mandel, de Aglietta o cualquier otro habría que poner en primer lugar *El capital* y en segundo lugar los aportes ciertos de estos teóricos.

Las precisiones de Aglietta y de Coriat sobre el taylorismo y el fordismo caben como singularizaciones del concepto de subordinación real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital. Pero es este concepto de *El capital* —que figura el tipo de proceso de trabajo capitalista correspondiente a la explotación de plusvalor relativo— el que hay que poner en primer lugar para analizar la realidad, y luego, como singularizaciones de este tipo de proceso de trabajo, los modos en que está taylorizado, fordizado, toyotizado, etcétera. Estas son adjetivaciones secundarias de una dimensión fundamental básica que es la condición de sometimiento integral del proceso de trabajo al capital.

Algo análogo sucede con el concepto de capital financiero propuesto por Rudolf Hilferding —y retomado por Lenin— como presunta relación de producción dominante en el capitalismo que entonces les toca vivir y en referencia al cual debía quedar en segundo término el capital industrial, el cual es para Marx la relación de producción dominante del capitalismo. Aquí también habría que invertir la relación y comprender la actividad del capital financiero contemporáneo, con su crecimiento desmesurado, su rapacidad y su capacidad de manipular las riendas de la economía nacional e internacional, justamente como un instrumento al servicio del capital industrial. Es así, mediante esa medida y esa capacidad hipertrofiadas, que el capital financiero sirve mejor al desarrollo de la acumulación capitalista dominada por el capital industrial; no

porque es el señor sino porque es el sirviente, que debe trabajar arduamente y crecer al tamaño de su tarea mundial de coordinación de la producción a favor del capital industrial, es decir, de la explotación de plusvalor a la clase obrera mundial.

4. LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA Y EL VALOR DE USO HOY

Nuestra cuarta idea dice que ahora podríamos leer *El capital* precisamente como crítica de la economía política, tal y como fue escrito. El centro de este discurso está en la crítica de la contradicción entre el trabajo abstracto y el trabajo concreto, entre el valor y el valor de uso, entre el valor y el valor de cambio. Cuando Marx dice, en el primer capítulo de su obra, que el doble carácter del trabajo representado en la mercancía, como trabajo abstracto y trabajo concreto, es el eje en torno al cual gira la comprensión y por tanto la crítica de la economía política, está indicando que esta contradicción nos permite esclarecer las paradojas que surgen de la relación entre el proceso de creación de valor y el desarrollo de la productividad del trabajo y, entonces, entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el desarrollo histórico en general. Desde esta perspectiva es posible comprender la relación que guarda el desarrollo histórico general de las fuerzas productivas con el desarrollo de la producción capitalista, qué tanto ésta domina a la historia o qué tanto la historia se le empieza a salir de las manos al capitalismo, qué tanto este sistema se vuelve un presente absoluto o empieza a manifestarse como lo que realmente es: una sociedad histórica relativa.

La crítica de la economía política se asienta, pues, en torno a la contradicción valor-valor de uso, trabajo abstracto-trabajo concreto, y por ello insiste en que para el capitalismo

es decisivo el sometimiento integral del valor de uso en todos los planos. De ahí que el análisis del proceso de producción de plusvalor (secciones tercera y cuarta) culmine con los conceptos de subordinación formal y subordinación real de proceso de trabajo inmediato bajo el capital. Para producir y acumular plusvalor, el capitalismo toma el proceso de trabajo tal y como lo encuentra configurado y lo usa para explotar plusvalor a la clase obrera, pero no se conforma con ello sino que intenta construir un proceso de producción que le permita extraerle más plusvalor. Así, pues, se construye un cuerpo adecuado, un valor de uso tecnológico que le sirva para este cometido y para el cual no era adecuado el tipo de valor de uso tecnológico anterior. Marx denomina a este proceso de construcción “subordinación real —o de la realidad, el contenido material o el valor de uso— del proceso de trabajo bajo el capital”, que es la manera en la que el capitalismo logra explotar no sólo plusvalor absoluto sino también plusvalor relativo.

Como se ve, aquí el problema del valor de uso es decisivo, y eso es justamente lo que importa ahora en referencia a las realidades que nos entrega el siglo XXI.

4.1. ¿Cómo diseñaríamos actualmente los ejemplos para un libro como *El capital*? Esta pregunta es análoga a la de cómo observar la realidad del siglo XX desde la perspectiva de la crítica de la economía política, la cual insiste en la dualidad del trabajo como abstracto y concreto, y en la contradicción valor-valor de uso exaltando la dimensión de valor de uso como punto nodal. En otros términos, lo principal es lo que el capital somete, el valor de uso del ser humano, su cuerpo, su mente; el valor de uso de la ciudad, de las casas, de los alimentos, del proceso de trabajo; el valor de uso familiar, el

*valor de uso nacional, territorial, geográfico, etcétera. Este debe ser el centro de la perspectiva de los economistas marxistas: cómo avanza el capital en su proceso de sometimiento del mundo.*⁴

5. EJEMPLOS DEL SIGLO XXI O EL VALOR DE USO SOMETIDO

Veamos ahora —en quinto lugar— cómo serían los ejemplos del siglo XXI que se adecuarían a los conceptos de Marx, cómo se ven las realidades del siglo XXI a la luz de esos conceptos. Consideremos el concepto de valor de uso que se presenta en el capítulo I de *El capital*, los conceptos de *composición técnica* y *composición orgánica de capital* de la sección séptima y el concepto de *medida de capital* que nos ofrece el capítulo IX del mismo tomo. A partir de estos conceptos podríamos entender la estructura y la dinámica de los bloques geopolíticos en los que el capitalismo contemporáneo organiza su proceso de acumulación: la Unión Europea; el que cohesiona a Estados Unidos, Canadá y México, y el que pretende someter al conjunto de América a las directrices de la acumulación de capital estadounidense bajo el ALCA. Estos bloques geopolíticos⁵ tienen una realidad que va más allá de la dimensión monetaria y comercial —al revés de como lo propagan en la opinión pública los medios de comunicación—; es decir, no se trata de una unificación que se establece sólo a través de la circulación sino que responde a una realidad tecnológica. La medida de capital tecnológicamente determinada por la composición rebasa las dimensiones locales y obliga a que se construya una realidad económica adecuada a este rebasamiento tecnológico. La composición orgánica de capital ha crecido y la medida de capital debe ser adecuada a este cre-

cimiento. Y es que hay un problema de valor de uso tecnológico para el capital: ¿cómo echar a andar un proceso de trabajo cuyo valor de uso tecnológico rebasa el valor de uso geográfico local?

Así, pues, es una realidad tecnológica y de valor de uso la que obliga a modificar la geografía del capital, es decir, las fronteras nacionales que determinaban la frontera de valor de uso, el límite del valor de uso que fungía como horizonte de la medida de capital anterior.

Ahora bien, estas fronteras se encuentran institucionalizadas jurídicamente y no es tan fácil flexibilizarlas —como a la fuerza de trabajo cuando se abolen los contratos colectivos—, así que hay que llevar a cabo una conexión, una mixtura, una simbiosis entre la forma jurídica de estatuirse el Estado nación y el requerimiento tecnológico del capital en acuerdo a su nuevo cuerpo de valor de uso.⁶

5.1. No es casual que estos nuevos bloques geopolíticos como el de América del Norte o el de la Unión Europea se hayan constituido precisamente después de la destrucción del así llamado bloque “socialista”. Este no era un bloque constituido a partir de una realidad tecnológica que rebasara la medida local nacional de capital pero los bloques actuales sí responden a una realidad tal. Es solamente una vez que el mercado mundial queda homogeneizado, a partir del desmembramiento de la URSS en 1991, que la presión suscitada por dicho rebasamiento tecnológico se ve complementada por la presión de la competencia en el mercado mundial y que la dimensión básica —una tecnología que apunta más allá de lo local, una tecnología deslocalizada— se complementa suficientemente con los requerimientos del mercado mundial al que esa tecnología tiene que responder. Esta tensión generada por una tec-

nología deslocalizada desde el proceso de trabajo inmediato y la presión que le llega a cada nación y a cada fabrica desde los movimientos necesarios del capital social mundial obligan a construir una mediación instrumental necesaria para que el capitalismo pueda acumular, una mediación geopolítica en bloque que rebasa las fronteras nacionales.

Los nuevos bloques geopolíticos así contruidos son ni más ni menos que una introyección de las necesidades del capital mundial a nivel de la nación y de la empresa individual, luego vueltos a proyectar geopolíticamente y que así generan un nuevo valor de uso, un nuevo ámbito territorial, un nuevo cuerpo de valor de uso sometido al capital. Las realidades comerciales y financieras de estos bloques económicos son secundarias respecto de esta realidad tecnológica y geopolítica. Es el dominio del capital industrial el que se verifica nítidamente en esta modificación del mapa del globo terráqueo y no el dominio del capital financiero o del comercial.

En este mismo contexto tenemos que ubicar la situación de la hegemonía de Estados Unidos sobre el mundo en referencia a la cual se ha contruido el bloque geopolítico de América del Norte. Desde 1847, cuando Estados Unidos arrebató por conquista el territorio del norte de México, tuvo acceso a los dos grandes océanos, el Atlántico y el Pacífico, y pudo entonces convertirse en el coloso del Norte, la bisagra entre los dos mares más grandes del planeta.⁷

5.2. Marx y Engels entendieron —y así lo escribieron— que a partir de entonces se iniciaba una nueva época para el capitalismo, que era sólo cuestión de tiempo que la hegemonía del sistema pasara de Inglaterra a Estados Unidos. Noventa años después se cumplió aquella predicción. La Cuenca del

Pacífico se integró a la economía mundial. A partir de entonces la economía del capital —no solamente en cuanto al concepto sino también en cuanto a sus posibilidades geográficas empíricas— se convirtió en una economía virtualmente mundial. Estados Unidos se entronizó sobre el mundo justamente a partir de la nueva plataforma continental que se apropió; este nuevo valor de uso territorial geopolítico puso en sus manos las riendas del mundo. El nuevo territorio le brindó no sólo las materias primas y la fuerza de trabajo sino, sobre todo, la condición estratégica del dominio sobre ambos océanos.

Sin embargo, este acceso de Estados Unidos a las costas atlántica y pacífica suscitó un nuevo obstáculo que es, también, de valor de uso. El territorio de esta nación está cruzado por cadenas montañosas que dificultan el tránsito del este al oeste, y por consiguiente, la consolidación de una base industrial unitaria. El país quedó dividido en la industria del este y la del oeste, ésta última inevitablemente más débil pues la del este se había desarrollado en referencia al comercio con Europa. Surgió entonces la necesidad de conectar las dos partes de Estados Unidos. El primer gran intento de resolución de este problema consistió en robarle a México el territorio de La Mesilla en 1854, después de haberle expropiado en 1848 los grandes territorios nortños.⁸ Ese es el único lugar donde la cordillera montañosa de la vertiente del Pacífico permite un acceso, por una depresión que hace accesible el paso del ferrocarril.

5.3. El desarrollo industrial en el orbe —y especialmente en Estados Unidos— vuelve insuficiente esta solución. Una necesidad tecnológica de fondo hace que la hegemonía de Estados Unidos solamente pueda consolidarse si garantiza una

acumulación de capital sostenida. A fines del siglo XX —sobre todo después de la derrota de Japón en la segunda guerra mundial— la Cuenca del Pacífico queda en manos de Estados Unidos. Se plantea entonces la tarea de desarrollar esta región en términos capitalistas y de que Estados Unidos dirija su camino. Estos procesos, el desarrollo capitalista y el dominio estadounidense, no son sinónimos sino distintas acciones que hay que llevar a cabo históricamente. Una vez desarrollada capitalistamente toda la Cuenca del Pacífico, desde la Tierra del Fuego hasta Tailandia, desde Corea hasta San Francisco, ahora hay que interconectar más ajustadamente la industria del este de Estados Unidos con la Cuenca del Pacífico, que está al oeste, del otro lado del continente, así que ahora hay que rayonar el mapa con corredores industriales que crucen por todo México y por toda América Central. El Plan Puebla Panamá corresponde a este proyecto de Estados Unidos —no de México— que busca cohesionar al capital industrial norteamericano —que ahora incluye, subordinados, a los capitales industriales de Canadá y de México— al mismo tiempo que le da acceso a la Cuenca del Pacífico.⁹

Así pues, el tipo de valor de uso geopolítico nos explica cómo funciona el desarrollo del capitalismo en el siglo XXI; de qué grandes proyectos de sometimiento están dependiendo la explotación de la fuerza de trabajo y los flujos de capital comercial y financiero. Como se ve, el valor de uso se ha convertido en un elemento prioritario para el análisis.

5.4. Lo anterior ofrece un sustento sólido para señalar que la hegemonía mundial estadounidense no está en crisis y, al mismo tiempo, cómo podría estar en crisis. Si la Unión Europea pudiera inmiscuirse efectivamente en el área de acumulación de capital denominada Cuenca del Pacífico, ese gran

conjunto territorial o de valor de uso geopolítico intercontinental, sí se estaría poniendo en cuestión la hegemonía de Estados Unidos. La economía de ese país —la más grande del mundo— y su poderío militar —sin disputa posible— podrían sufrir grandes descalabros, pero mientras no afecten esta base de la hegemonía mundial de Estados Unidos ésta no entrará en crisis.

Veamos un segundo ejemplo que ilustra la prioridad del valor de uso para el análisis del capitalismo contemporáneo desde la perspectiva de la crítica de la economía política: la crisis ecológica. Esta es una crisis de valor de uso y no se entiende si nos atenemos a los simples movimientos del valor de cambio. Es una crisis del valor de uso natural y social, de la conexión entre producción y consumo. ¿Es un problema de la naturaleza? ¿Es un problema social? La crisis de la ecología planetaria se debe a que la producción capitalista contradice los ciclos de autorreproducción naturales.

Ya vimos cómo, por razones de valor de uso, no se puede decir que haya crisis de hegemonía, pero ahora podemos decir, también por razones de valor de uso, que sí hay crisis ecológica y esto supone un reconocimiento de los límites históricos y geográficos del capitalismo planetario, esto es, los límites del capitalismo en términos de la naturaleza del planeta.¹⁰

Aquí nos sirve sobre todo el parágrafo 10 del capítulo XIII (“Maquinaria y gran industria”) del tomo I de El capital, donde Marx habla de cómo el desarrollo de la producción mecanizada en la agricultura provoca la erosión de los suelos agrícolas y por tanto el problema ecológico. Sirve asimismo, del tomo I de El capital, el parágrafo 5 (“La ilustración de la ley”) del capítulo XXIII (“La ley general de la acumulación capitalis-

ta”), donde se estudia cómo la ley general de la acumulación capitalista configura las formas de producción y consumo de la clase obrera y su emplazamiento en el campo y en la ciudad. Por cierto, la contradicción capitalista entre el campo y la ciudad, que se menciona en el capítulo XII de *El capital* (“Manufactura y división del trabajo”), apunala esta “ilustración” y evidencia justamente que es en medio de esta contradicción que hace crisis la naturaleza.¹¹ Si nuestra perspectiva se centra en el valor no se ve que en medio de la contradicción campo-ciudad se encuentra la crisis de la ecología; pero este hecho se vuelve evidente si observamos cómo el valor de uso queda sometido formal y realmente bajo el capital. Si seguimos presos en los cambios de valor no podremos entender la realidad contemporánea, y entonces diremos que es la obra de Marx la que ya no sirve para analizar críticamente el capitalismo contemporáneo. Pero es que simplemente no hemos entendido en qué consiste la crítica de la economía política y la prioridad que tiene el valor de uso para el análisis crítico de la sociedad contemporánea.

El pasaje más importante sobre la crisis ecológica se encuentra en la sección segunda del tomo II, que habla de la rotación de capital. Marx presenta ahí algunos ejemplos acerca de los bosques pero sobre todo expone conceptualmente cómo la producción ampliada de crisis ecológica es un rasgo estructural de la acumulación de capital. El ciclo de rotación de capital, dentro de la acumulación del plusvalor explotado a la clase obrera, se vuelve cada vez más veloz y más violento para responder a las exigencias de la competencia y de la ambición, así como a las necesidades tecnológicas y de desarrollo de la composición orgánica de capital.

La gran industria se mueve con insumos que provienen de la naturaleza, y los ciclos de reproducción de estos insumos no son ciclos homogéneos, abstractos, sino naturales: los bosques se reproducen secularmente, no anualmente, como quisiera el capitalista que explota los bosques; los suelos se reponen cada 30 o 50 años, no anualmente como quiere el capitalista que explota la agricultura, etcétera. Los ciclos de reproducción de la naturaleza no son tan rápidos como el ciclo de rotación del capital en las diferentes ramas de la economía. Estas diferencias suscitan necesariamente una contradicción entre el dominio del capital industrial y los ciclos biológicos del planeta.

La crisis ecológica es entonces producida sistemáticamente por el capitalismo, no es un error de diseño sino un ingrediente esencial, connatural, inherente a la estructura de la producción capitalista.

6. GEOGRAFÍA SOMETIDA Y HUMANIDAD EN CRISIS

El conjunto de conceptos y realidades arriba mencionados permiten construir un ejemplo de subordinación real del espacio en tanto valor de uso integral bajo el capital. Así, el concepto de subordinación real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital ha quedado ampliado y desarrollado. Ahora no solamente permite observar el sometimiento del proceso de trabajo inmediato sino el conjunto de procesos de trabajo planetarios. El capitalismo se presenta entonces ante nosotros como proceso histórico global, como empresa histórica de sometimiento de la humanidad y del planeta. Ahora bien, este ejemplo capaz de ilustrar esta combinación de conceptos ¿qué lugar tendría en la crítica de la economía

política? En el célebre prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política de 1859 Marx anuncia un proyecto en seis libros, el primero de los cuales sería el libro de El capital —con los temas que se tratan en los tres tomos que hoy conocemos—. Luego debían seguir el libro de la propiedad del suelo, el del salario, el del Estado, el del comercio internacional y finalmente el del mercado mundial y las crisis. Pues bien, este ejemplo que hemos construido podría ilustrar conceptos que se presentarían en el libro de la propiedad de la tierra por cuanto que se trata del sometimiento capitalista del espacio.

El hecho de que no haya crisis de la hegemonía mundial de Estados Unidos, pero sí una crisis ecológica planetaria cada vez más profunda, significa también que, si bien no hay una crisis del capitalismo en el sentido de la “crisis general del capitalismo” —en la que tanto insistieron las teorías del imperialismo y del capitalismo monopolista de Estado durante buena parte del siglo XX—, sí tenemos una crisis para la humanidad, mientras el capital sigue acumulando. Así que ante la crisis actual no es el capital el que debe responder; él ya lo hace. Quien debe responder de ahora en adelante es la humanidad porque es ella la que está puesta en crisis de manera integral.

7. DOMINIO DEL CAPITAL INDUSTRIAL

MEDIANTE DESTRUCCIÓN DE LA INDUSTRIA MEXICANA

Para concluir, volvamos a las paradojas con las que se inaugura el nuevo siglo. En México, un país subordinado y que llega tarde a la historia de la acumulación de capital, el siglo XX estuvo presidido por la tarea de Sísifo de construir una

estructura industrial nacional. Sin embargo, las últimas dos décadas del mismo siglo han sido consagradas por las políticas económicas neoliberales a la destrucción de este valor de uso tan necesario para la acumulación de capital.

En lugar de quedar cohesionados en una cadena productiva nacional, muchos segmentos de la industria mexicana han sido destruidos o integrados en la economía norteamericana. La industria de Estados Unidos parasita a la industria nacional mexicana, la cual no parece estar dominada por el capital industrial mexicano sino por el capital financiero mexicano transnacionalizado y, a través de éste, por las necesidades del capital industrial estadounidense. El capital financiero transnacional es la correa de transmisión que permite cohesionar a la economía nacional de manera tal que el capital industrial estadounidense pueda contrarrestar sus propias crisis a costa de aquélla.

Es sintomático que precisamente en México, en donde ha costado tanto esfuerzo erigir una incipiente planta industrial, se la haya desestructurado para someter al país a los requerimientos de Estados Unidos. El denuesto hoy de moda contra la orientación crítica de la ciencia económica —y contra las ciencias sociales en general— es el complemento de la erosión del valor de uso industrial de la nación.

En México, el desarrollo económico —que en la modernidad gira en torno del capital industrial— se ha debido imponer de manera deformada y debilitada por el peso de la vecindad con el centro hegemónico mundial, que somete al país a la función de traspasamiento y reserva de energéticos y mano de obra barata, y más recientemente, como amortiguador de su crisis interna. Así el desarrollo industrial propiamente dicho, que en cualquier sociedad capitalista es prioritario, en

nuestro país es relegado a un segundo plano. Esta contradicción se expresa en el terreno de la ciencia económica —que es la expresión científica de las relaciones económicas de la sociedad moderna— y en la cultura en general. El atraso y la deformidad en el plano de la vida económica le da contenido a expresiones culturales propias de un desarrollo capitalista mundial maduro. La misma posición geopolítica que permite imponer la subordinación del desarrollo industrial brinda una perspectiva privilegiada a las corrientes culturales. De ahí que en nuestro país surjan fenómenos como el arraigo del pensamiento crítico en las universidades públicas.

Hoy la célebre idea de José Revueltas sobre un “proletariado sin cabeza” describe una realidad mundial, que no sólo existe en México y no solamente debido a los malos manejos de la izquierda —sobre todo del Partido Comunista Mexicano—, sino como producto del desarrollo histórico secular de la acumulación de capital y de sus fetichismos inherentes. La era del mercado mundial industrial capitalista realizado es la era de la proletarización de la humanidad. Hoy el ejército industrial de reserva es también mundial.

PRIMERA PARTE

LA ESTRUCTURA ARGUMENTAL
DE LOS TRES TOMOS

I. EN TORNO A LA ARQUITECTURA DE EL CAPITAL

Haremos comentarios a los tres tomos de El capital, sección por sección, y abordaremos las polémicas sobre los pasajes más importantes. El lector de esta obra de Marx podrá obtener así un panorama general tanto del contenido de la obra como de su pertinencia para la comprensión de la realidad contemporánea, con vistas a que posteriormente pueda estudiarla y discutirla en detalle y profundizar en su conocimiento. Comenzamos con la explicación de la estructura argumental de los tres tomos de El capital.

1. LOS TÍTULOS DE LOS TRES TOMOS

En cada tomo Marx aborda la totalidad del capitalismo y sigue un procedimiento argumentativo que le permite alcanzar plena concreción y por tanto una aplicabilidad inmediata al análisis de la realidad.

Veamos el siguiente Diagrama.

Como indican los títulos respectivos, el primer tomo aborda la producción, el segundo la circulación y el último el conjunto o la globalidad de la producción capitalista constituida por la unidad de producción y circulación.

Ante todo debemos notar que se dice proceso de produc-

ción del capital y no proceso de producción de capital. No se trata, pues, simplemente del proceso de producción de capital o de cómo se produce capital, sino del proceso de producción del capital, o sea, un proceso de producción que le pertenece al capital, que es de su propiedad. El capital no sólo es producido sino que él produce y se reproduce a sí mismo, se apropia del proceso de producción. Lo mismo vale para el proceso de circulación del capital o el proceso de producción del capital en su conjunto.

Como vemos, se toma al capital no como un objeto sino como un sustantivo, como sujeto, algo que tiene en propiedad otro algo: el capital tiene en propiedad a la producción; así que lo que se aborda es el proceso de producción que le pertenece al capital. Y lo que hace el capital en este proceso de producción que le pertenece es volver a ser capital. Así que no sólo estamos observando al capital como un resultado, como un mero objeto que está siendo producido, como cuando decimos “el proceso de producción de mesas”, esto es, cómo se producen las mesas, sino que aquí se trata de un proceso de producción que les pertenecería a sus productos —es decir a las mesas—, esto es, al capital. El capital tiene para sí un proceso de producción en el cual se produce a sí mismo, como si él fuera un sujeto que tiene esta capacidad de apropiarse algo y de autoproducirse. Lo mismo la circulación no es de capital sino del capital; el proceso de circulación le pertenece, no simplemente circula en él.

Estos tres tomos de El capital —así repartido su argumento, uno dedicado a la producción, otro a la circulación y otro a la producción global o la unidad de producción y circulación— también pueden verse de otra manera. El primer tomo está escrito desde la perspectiva de la producción, y el objeto teó-

rico que señala su título coincide con la perspectiva desde la cual se observa ese objeto, es decir, la perspectiva de la producción. Por su parte, el tomo II de El capital está hecho desde la perspectiva no de la producción sino de la reproducción. Aquí el objeto teórico, la circulación del capital, no coincide con la perspectiva desde la cual está siendo teorizado. El tomo II de El capital no tiene una perspectiva circulacionista para observar a la circulación. Lo que circula, lo que cambia de lugar, no es visto desde una perspectiva meramente espacial sino desde una que observa que la realidad se está produciendo y se está reproduciendo. Para hablar de lo que circula o cam-bia de lugar, el tomo II capta un proceso de constante recreación, no un mero cam-bio de lugar sino un cambio de índole. Ahora existe algo, ahora no existe; ahora existe otro algo porque es producido. Así, pues, la perspectiva desde la cual se aborda el objeto teórico —la circulación del capital— es reproductiva, no circulatoria.

El tomo III, en fin, aborda su objeto —la producción global capitalista o el proceso de producción capitalista en su conjunto— desde la perspectiva del desarrollo.

En síntesis, el tomo I está escrito desde la perspectiva de la producción, el tomo II desde la perspectiva de la reproducción y el tomo III desde la perspectiva del desarrollo.

Si consideramos estos objetos y estas perspectivas en relación con el subtítulo de El capital, “Crítica de la economía política”, entendemos que la crítica del proceso de producción del capital —objeto del tomo I de la obra— solamente es posible porque se capta este objeto desde la perspectiva de la producción; mientras que la crítica del proceso de circulación del capital —objeto teórico del tomo II— solamente es posible, no si se capta a la circulación desde la circulación,

ni siquiera desde el punto de vista de la producción, sino desde el punto de vista de la reproducción. A su vez, la crítica de la economía política en referencia al proceso de producción global del capital —objeto del tomo III— solamente es posible si este proceso de producción capitalista en su conjunto, esta unidad de la producción y la circulación del capital es observada desde la perspectiva del desarrollo.

¿Qué es lo que distingue a cada una de estas perspectivas (producción, reproducción y desarrollo)? La mayor parte de los comentaristas de El capital que desarrollan su argumento buscando aplicaciones concretas en el estudio de la economía internacional o de determinadas regiones o problemas no hacen un distingo conceptual nítido entre reproducción y desarrollo. Así se habla, por ejemplo, de la acumulación de capital en alguna región o periodo histórico determinados. Este es el sentido del término en el título del libro clásico de Rosa Luxemburgo La acumulación de capital.

Y bien, cuando se habla así comúnmente se presupone que el desarrollo capitalista ya está incluido al decir acumulación de capital. Sin embargo, para Marx acumulación de capital es otra manera de decir reproducción ampliada de capital. El capitalismo puede reproducirse simplemente o en la misma escala, o bien puede ampliarse; hay una reproducción simple del capital y una reproducción ampliada del capital, pero aún no un desarrollo del capital. En cambio en estas frases al uso con decir reproducción ampliada o acumulación de capital se pretende que ya se está diciendo desarrollo. Se están utilizando como sinónimos cosas que son muy distintas, y esto implica un error fundamental tanto teórico como metodológico al momento de hacer, luego, la aplicación del así llamado “instrumental conceptual” de El capital. Más adelante ten-

dremos oportunidad de discutir algunos de esos errores.

2. PRODUCCIÓN, REPRODUCCIÓN Y DESARROLLO

¿Qué distingue, pues, a la producción de la reproducción y a la reproducción del desarrollo? La diferencia debe de ser algo tan grande como cada uno de estos tres tomos. Aunque estas palabras a veces se confundan y parezcan significar lo mismo, tal parece que un tomo se ocupa en una cosa y otro en otra cosa muy distinta, que en el otro tomo no podríamos meter todo lo que cupo en los otros dos. En realidad Marx distribuye su argumento crítico en tres partes, y las divisiones entre éstas al mismo tiempo que articulan el argumento lo dividen. Debe haber, pues, unidad entre producción, reproducción y desarrollo pero también deben mediar diferencias sustanciales. En el caso de la diferencia entre la producción y la reproducción no parece haber problema: reproducir es volver a producir, la reproducción indica por lo menos dos actos productivos mientras que la producción -solamente uno. Antes no había nada y ahora hay algo porque ha habido una producción, y si ahora vuelve a haber esa misma cosa entonces tenemos una reproducción. Un ser humano que produce se desgasta, un ser humano que reproduce se desgasta y se repone y otra vez está listo para desgastarse. Entonces la reproducción significa que ya se ha garantizado la existencia. La producción apenas pone las condiciones de posibilidad para la existencia, mientras que la reproducción ya indica una existencia garantizada que está sobreviviendo; implica, pues, por lo menos, dos actos productivos.

Pero al mismo tiempo que se produce algo nuevo esto nuevo es sólo repetición. Un día se produce alimento y al otro día hay que producir nuevo alimento para reproducirse, pero en

ambos casos se está produciendo este nuevo valor de uso o esta nueva mercancía, se está repitiendo. Ahora bien, se puede reproducir simplemente o en mayor escala, ampliadamente, pero siempre de modo igual. *Aumenta la cantidad pero la cualidad permanece la misma. Hay una repetición simple o una re-pe-tición en cantidad distinta pero de cualidad igual justamente para que haya una repetición del acto productivo.*

Por otro lado, la perspectiva del desarrollo es cualitativamente distinta. El desarrollo insiste en que no hay repetición, ni siquiera ampliación. No está diciendo “antes tenía yo poco y ahora estoy acumulando”. Se puede acumular al reproducir ampliadamente pero el desarrollo implica mucho más, implica una alteración. Hay desarrollo solamente cuando hay alteración; no repetición sino alteración cualitativa de las condiciones de producción, así que se implica una producción 1 y una producción 2 que reproduce al capital pero, además, una tercera producción en la cual ya se han alterado las condiciones de producción. No se implica solamente un acto productivo repetido sino que se han alterado las condiciones de producción y de reproducción, por eso es que ahora tenemos el desarrollo (ver el Diagrama 2).

Pues bien, estas tres perspectivas cualitativamente distintas son las que permiten hacer la crítica de la economía política de manera global y por partes a cada uno de los aspectos del metabolismo social capitalista. Esta es, en resumen, la idea general que nos entregan los títulos de los tres libros que constituyen la obra de Marx *El capital*.

3. EL OBJETO TEÓRICO DE *EL CAPITAL* SEGÚN LOS PRÓLOGOS DE MARX: LA LEY DE LA EXISTENCIA, DESARROLLO Y MUERTE DEL CAPITALISMO

En el prólogo a la primera edición de *El capital*, Marx dice que el objetivo último de su obra “es sacar a la luz la ley económica que rige el movimiento de la sociedad moderna”.¹ Marx utiliza como sinónimos sociedad moderna, sociedad capitalista, capitalismo o sociedad burguesa. También se refiere indistintamente a su objeto teórico como la ley natural de movimiento de la sociedad burguesa o ley de desarrollo o tendencias del desarrollo. Como veremos más adelante, Marx dedica directamente a este objetivo el tomo III de *El capital*, el cual redondea la obra al abordar la producción global del capital, pues ahí capta directamente el desarrollo, esto es, la ley de movimiento de esta sociedad. Pero ya desde ahora podemos ver cómo el prólogo a la primera edición de *El capital* permite sustentar la idea de que el tomo III de la obra está construido desde la perspectiva del desarrollo. Ese mismo prólogo abunda en otros temas de interés además de hacer algunas observaciones interesantes acerca de lo que debe entenderse por desarrollo o por ley de desarrollo, ley económica del movimiento de la sociedad, etcétera.

En el epílogo a la segunda edición también se dice por ejemplo —citando un artículo dedicado al método de *El capital* publicado en una revista de 1872— que *El capital* trata del “nacimiento, existencia, desarrollo y muerte” de este organismo social que es la sociedad burguesa moderna. Así, pues, Marx ve el desarrollo de la sociedad burguesa, en cierto modo, desde una perspectiva biológica o en analogía con los organismos vivos; y ciertamente la sociedad burguesa es una -sociedad viviente, por lo cual su proceso de vida implica, como el de cualquier organismo, su nacimiento, creci-

miento, reproducción, desarrollo y muerte, es históricamente relativa no eterna. La metáfora sugiere la crítica a la ideología que pretende que la sociedad burguesa es eterna. La perspectiva del desarrollo es entonces radicalmente histórica porque delimita los márgenes de existencia de un cierto organismo.

3.1. Existencia, desarrollo, nacimiento y muerte del capitalismo

Veamos cómo se distribuye la argumentación acerca de “la existencia, el desarrollo, el nacimiento y la muerte” del capitalismo en el tomo I (ver el Diagrama 3).

Desde el capítulo I (“La mercancía”) hasta el capítulo XXII (“Transformación del plusvalor en capital”) se expone la existencia del capitalismo. Como sabemos, no se trata de una existencia fija o quieta sino de una existencia productiva e incluso reproductiva pues los capítulos XXI (“Reproducción simple”) y XXII (“Reproducción ampliada”) están dedicados al análisis de la reproducción. Tendremos que despejar entonces la paradoja consistente en que el tomo I de *El capital* tiene por objeto el proceso de producción del capital y está hecho desde la perspectiva de la producción y, sin embargo, contiene en su sección séptima —la última del tomo I— estos dos capítulos dedicados a la reproducción del capital.

Por otro lado, en el capítulo XXIII (“La ley general de la acumulación capitalista”) se aborda el desarrollo capitalista. Así, pues, a la existencia activa, productiva y reproductiva se le dedican 22 capítulos, mientras que al desarrollo solamente uno, el XXIII.

Marx deja el tema del nacimiento del capitalismo para el capítulo XXIV (“La llamada acumulación originaria”), casi al

final del tomo I, y le dedica un solo capítulo. ¿Por qué no comenzó por el nacimiento del capitalismo sino que deja el tema para este penúltimo capítulo del libro? He aquí otro problema que más adelante deberemos resolver. En este mismo capítulo XXIV, en el que se aborda el nacimiento del capitalismo —su alfa—, también se aborda —en el último párrafo (“Tendencia histórica de la acumulación capitalista”)— su final —su omega—, la muerte posible del capitalismo.

Notemos lo siguiente: el capitalismo tiene un nacimiento histórico —que, como vimos, se estudia en el capítulo XXIV—, pero también nace todos los días, es decir que tiene un nacimiento constante cada vez que se reproduce y existe. Este es el tema de los capítulos XXI a XXIII. Pero además de existir, el capitalismo otra vez crece al expandirse. Si ya existe en Europa apenas está naciendo en la India; ya existe en Europa y en la India pero está naciendo apenas en Estado Unidos; ya existe en Estados Unidos, la India y Europa, pero está naciendo en otros territorios. Así, pues, este nacimiento constante es reproductivo pero también extensivo. Marx reserva para tratar de este nacimiento constante extensivo el último capítulo del tomo I de *El capital*, el XXV, que se titula “La teoría moderna de la colonización”.

En el conjunto de los tres tomos se aborda el concepto de capital en general y en desarrollo precisamente en vista de establecer la ley de movimiento o tendencia del desarrollo del capitalismo. Y como el desarrollo no ocurre instantáneamente, este hecho real permite que la exposición vaya por partes. Lo que significa que este objeto global, el capital en general en desarrollo, es expuesto por partes: produciendo, reproduciéndose y, finalmente, en desarrollo. En un día como hoy el capitalismo se está produciendo, pero también se está

reproduciendo, porque ayer fue capitalismo y hoy estamos repitiendo lo mismo. Simultáneamente, en este mismo día en el que se está produciendo y se está reproduciendo, se está desarrollando, porque ayer fue lo mismo que antes pero hoy se alteran las condiciones de su reproducción. En el mismo día, en el mismo instante, ocurren la producción, la reproducción y el desarrollo.

Sin embargo, para que predomine lo nuevo respecto de lo viejo, para que haya un desarrollo nítido respecto de lo anterior, se requiere una acumulación, un proceso temporal. Aunque ocurran en el mismo instante la producción, la reproducción y el desarrollo —y cada cosa puede ser vista simultáneamente desde esas mismas tres perspectivas—, para que predomine una de ellas se requiere que la realidad haya sufrido una alteración suficiente. Así, pues, el desarrollo se despliega en el tiempo, en un tiempo número 3 respecto de un tiempo número 2, que es el de la mera repetición, y respecto de un tiempo número 1 en el que simplemente se puso lo nuevo. Este despliegue real de la producción, la reproducción y el desarrollo es lo que posibilita distribuir teóricamente el argumento por partes: una primera que observa a la producción desde la perspectiva de la producción, otra segunda que observa a la circulación desde la perspectiva de la reproducción, y otra que observa, finalmente, a la producción global desde la perspectiva del desarrollo.

Lo anterior quiere decir que Marx ve el concepto de capital en general como totalidad, es decir, como un todo unitario formado por distintos miembros, por distintas partes. Unas partes se producen, otras circulan, otras están reproduciéndose. En la obra de Marx estas distintas partes son integradas para observar precisamente el capital en general como

totalidad.

4. EL CAPITAL EN GENERAL COMO TOTALIDAD DISTRIBUIDA (GENERAL, PARTICULAR Y SINGULAR)

En referencia al concepto de capital en general visto como totalidad, el argumento se reparte como sigue: los tres tomos tratan del capital en general pero el tomo I lo aborda subrayando lo de general o, si se quiere, como general inmediato, mientras que el tomo II aborda el concepto de capital en general ya no en general sino particularizado; también se puede decir que de manera mediata o mediada —lo cual corresponde con el proceso de circulación o de mediación; el capital se mueve o circula o va de un punto a otro, media entre un punto y otro—. Por su parte, el tomo III aborda el concepto de capital en general singularizado —“el movimiento de los múltiples capitales”— o de manera absoluta, es decir, al mismo tiempo inmediata y mediata. Si se tiene lo mediato y lo inmediato ya se tiene el todo, se está abordando el conjunto o se trata algo de manera completa o absoluta.

Los conceptos metodológicos de inmediato, mediato y absoluto o inmediato-mediato fueron construidos por Hegel, y a Marx le sirven para construir sus tres tomos de *El capital*. Quizás uno podría confundirse cuando ve que el título del tomo I dice que aborda el proceso de producción del capital y el del tomo III dice que también aborda el proceso de producción del capital pero en su conjunto, así que podría creerse entonces que el tomo I trata sólo una parte, pero ¿cuál parte, cuál conjunto? Esta duda se disipa si recordamos que el tomo I observa al proceso de producción inmediata del capital, mientras que el tomo III lo hace de

manera inmediata y mediata o absoluta.

El hecho de que el tomo I de El capital se ocupe en el concepto de capital en general de manera inmediata significa que aquí el capital no tiene distancia respecto de sí mismo sino que está en completa inmediatez; es decir, que un capital es igual a cualquier otro capital y que el capital individual es igual al capital de toda la sociedad. Esto es lo que significa que el capital esté en completa inmediatez consigo mismo, sin distinción interna. Así, pues, cuando en el tomo I de El capital se da el ejemplo de un capitalista que produce hilado, ese capitalista individual vale por la producción de toda la sociedad o también por la producción del capitalista que produce plomo o tornillos. Aquí el concepto de capital en general está siendo observado en completa inmediatez o sin distancia interna: en general. No estoy hablando de este capital o de aquel otro capital sino de cualquier capital y de todo el capital.

Por su parte, en el tomo II se observa al concepto de capital en general de manera mediada o distinguiendo un capital 1 respecto de un capital 2 y observando lo que hay en medio de los dos. Y lo que hay en medio es la circulación del capital, esto es, lo que conecta un capital con otro. De esta conexión no hay que hablar en el tomo I porque ahí el capital está en su generalidad inmediata o sin distancia. Ahora bien, se distingue un capital respecto de otro por las partes de mundo que cada uno se apropia y con las cuales produce. Por eso decimos que el tomo II de El capital aborda el concepto de capital en general particularizado, es decir, en tanto que un capital se apoya en una parte de naturaleza y otro capital se apoya en otra, cualitativa y funcionalmente distinta para el metabolismo social. De ahí que en la sección tercera (“La reproducción y circulación

del capital social global”) del tomo II se distinga entre un capital que produce medios de consumo para los seres humanos —para lo cual se requiere que esté invertido en un cierto sector de naturaleza y que produzca con él, pues así cumple estas funciones necesarias del consumo propias del metabolismo humano— y otro capital que se apoya en otro sector de naturaleza para cumplir otra función del metabolismo humano, que es el capital que produce medios de producción. Al producir medios de consumo se alimenta a los seres humanos, y al producir medios de producción se alimenta a la producción que va a producir medios de consumo para que se alimenten los seres humanos. Ahora ya se puede reproducir el todo. Es evidente que si nada más existiera un capital que produce medios de consumo no se podría reproducir la sociedad.

Las funciones vitales de la sociedad tienen que repartirse en funciones productivas y en funciones consuntivas para hacer posible el proceso de reproducción social. Por eso en el tomo II de *El capital* se trata el concepto de capital en general pero particularizado porque incluye lo que hay en medio de dos tipos de capital —que se apoyan en dos sectores distintos de naturaleza— y se observa el movimiento de la riqueza que circula entre ambos. Se distingue así entre un capital que se apoya en el sector de naturaleza que le permite producir medios de consumo y otro que se apoya en el sector de naturaleza que le permite producir medios de producción.

Para entender el concepto de capital en general como totalidad concreta debemos dejar de leer el tomo II desde una perspectiva unilateralmente atenta al valor y resaltar el contenido cualitativo de valor de uso mediante el cual se concreta dicha totalidad.

El argumento del tomo II se distribuye en tres secciones, y

en la tercera se observa a la reproducción del capital dividida en estos dos sectores, uno que produce medios de producción y otro que produce medios de subsistencia, los cuales intercambian entre sí para que ocurra la reproducción de la sociedad. En las dos secciones anteriores (“Las metamorfosis del capital y el ciclo de las mismas” y “La rotación del capital”) no se distingue entre un sector I productor de medios de producción y un sector II productor de medios de subsistencia, pero todo en el argumento del tomo II de *El capital* está construido en vista de llegar a esta cumbre. En las dos primeras secciones se van poniendo los escalones para establecer la diferencia conceptual decisiva del capital ya particularizado, que permite verlo no en general y sin distancia sino ya apoyándose en dos sectores de naturaleza diversos y mediando entre ambos la circulación para que ocurra la reproducción social.

El concepto enunciado por el título de cada tomo de *El capital* se redondea hasta el final, y cada capítulo va preparando, redondeando o perfeccionando la posibilidad de hablar con toda precisión y claridad de lo que se trata: sea de la producción, de la circulación o del proceso global de producción en su conjunto. Ahora entendemos por qué se puede decir que en el tomo II se expone el concepto de capital en general de manera particularizada, no inmediata sino mediata; para exponer el capital de manera mediata hay que tratarlo en términos particularizados porque así se lo capta distanciado respecto de sí mismo —no en total inmediatez— en tanto se apoya en dos sectores espacial y funcionalmente determinados de la realidad, y entonces se muestra una distancia entre ambos, así como el proceso que media esta distancia. El capital tiene que apoyar una pierna en una par-

te de la naturaleza y otra pierna en otra, y tiene que mediar entre ambas para que se conecten esas dos partes, para que circule la riqueza. Así es como se capta el concepto de capital en general pero particularizado.

Por su parte, en el tomo III se aborda el concepto de capital en general singularizado, es decir que no se diferencian simplemente las grandes partes del capital que circulan a mayor velocidad de las que lo hacen a menor velocidad — independientemente del tipo de capital que sea—, ni se trata de dos grandes tipos de capital que se distinguen por el sector de naturaleza que se apropian y mediante el cual producen. Ahora se trata de observar, además de los dos grandes tipos de capitales, a los múltiples capitales produciendo como miembros singulares de toda la producción capitalista.

Así, pues, el concepto de capital en general como totalidad se aborda en su *generalidad* en el tomo I, en su *particularidad* en el tomo II y en su *singularidad* en el tomo III. Y lo general, lo particular y lo singular son las partes de todo concepto; por eso decimos que Marx sigue el procedimiento lógico para exponer el concepto de capital.

Un célebre ejemplo de silogismo dice: Sócrates —que es un individuo singular— es un hombre —siendo ésta una particularidad—, y se añade que por ser hombre es mortal, es decir, entra en esta generalidad, pertenece al conjunto general de los mortales pero no como vaca, perro o langosta, sino como hombre; es, pues, una particularidad del conjunto de los mortales pero no como cualquier hombre sino singularmente como Sócrates. Análogamente, el concepto de capital es completo cuando se ha establecido su generalidad (tomo I), sus particularidades (tomo II) y su singularidad (tomo III).

4.1. Lo inmediato y lo mediato, inmediatez y mediatez

Más arriba he afirmado que en el tomo I el capital es visto en la perspectiva de su inmediatez, y en el tomo II, en la de su mediatez. Y como vimos, el capital en su mediatez se presenta distanciado de sí mismo, no así en su inmediatez.

¿Qué significa eso de que en su mediatez el capital se encuentra distanciado respecto de sí mismo? Quiere decir que ahora, para que el capital se reproduzca, tienen que mediar dos cosas, a saber: por un lado, la reproducción social de la fuerza de trabajo, precisamente para interconectar, por otro lado, las dos ramas de la economía, la que produce medios de producción y la que produce medios de consumo. Ambas cosas forman parte de la mediación pero para entender cómo se construye ésta es necesario explicar lo que es el capital en singular. Aunque en realidad hay muchos capitales, es decir, capitales en plural (el capital 1, el capital 2, el capital n), *todos ellos son capital, entonces deben de tener algo en común. Cuando hablamos sólo de lo que todos los capitales tienen en común nos referimos al capital en su inmediatez o tal y como inmediatamente se nos presenta, esto es, no en plural sino el conjunto de los capitales sintetizados o concentrados en uno solo o sin distancia interna. Ya que se descubre esta distancia, se trata de uno, dos, tres o más capitales o de un capital de un tipo y un capital de otro tipo, y al explicar qué es el capital tenemos que decir que el capital son varios capitales y entonces cómo se conectan, cómo es la mediación entre uno y otro.*

Así, pues, consideramos un capital en su inmediatez cuando observamos lo que tiene en común con todo capital, pero consideramos al capital en su mediatez cuando observamos lo que un capital tiene de diferente respecto de otro

en términos cualitativos. ¿Qué diferencia cualitativa puede haber entre un capital y otro? Esta diferencia depende de qué valor de uso se apropia cada capital. Si un capital se apropia de aquel valor de uso o sector de la naturaleza que le sirve a la sociedad para producir medios de consumo, ese es un tipo de capital. Esto no lo tiene en común con otro capital que se apropió de otro valor de uso, que se apoya en otro sector de naturaleza que le sirve a la sociedad para producir medios de producción.

Cada capital es cualitativamente diferente de otro. En el tomo II Marx no habla de lo común entre un capital y otro sino de lo que los hace diferentes, y, entonces, no de aquello que los sintetiza y permite captar al capital como algo inmediato de modo que podamos decir que el capital es tal o cual cosa.

En el tomo II Marx habla del capitalismo de un modo que le obliga a ir por partes: primero dice que al capital 1 le corresponden ciertas características y al capital 2 le corresponden otras, y luego cómo aunque el capital 1 y el capital 2 son distintos, ambos son el capital porque se unen a través de la circulación. Si se les observa de manera mediata no se ve solamente la diferencia sino la diferencia y la unidad, pues la mediación es la unidad y la diferencia, lo que conecta a los dos que son distintos. Aunque son dos capitales hay la unidad de ambos, que es el capital, y como se trata de dos partes de un mismo organismo y no de dos elementos aislados, el proceso que tenemos enfrente no es el de la reproducción de dos capitales sino el de la reproducción del capital.

Como decía, al observar la unidad y la diferencia, es decir, la mediación entre un capital y otro, hay que tener en cuenta la reproducción de la clase obrera. Esto quiere decir que la

reproducción de la clase obrera es dependiente de la reproducción del capital y que la exposición del concepto de capital incluye, por ende, la explicación de cómo domina sobre la clase obrera, cómo le explota plusvalor, y luego, cómo la clase obrera se reproduce, y al reproducirse le sirve al capital para que éste se reproduzca.

5. LA REPRODUCCIÓN DEL CAPITAL EN CADA TOMO

En esta primera revisión de la arquitectura de El capital — después de lo que hemos visto a partir del índice de la obra, el prefacio a la primera edición, el posfacio a la segunda y el título de cada tomo— vale la pena detenerse también en ciertos pasajes muy interesantes. Me refiero, en primer lugar, a la introducción a la sección séptima del tomo I, que contiene, en dos páginas de texto muy apretado, un argumento paradójico pero que puede entenderse a partir de lo que hemos visto hasta aquí. En segundo lugar, me refiero al parágrafo 1 (“Objeto de la investigación”) del capítulo XVIII (“Introducción”), con una extensión de apenas cuatro páginas y que introduce a la sección tercera. Y finalmente, me refiero a la primera página del tomo III de El capital, que introduce a la vez al primer capítulo, a la sección primera (“La transformación del plusvalor en ganancia y de la tasa del plusvalor en tasa de ganancia”) y en realidad a todo el tomo III.

Así, pues, se trata de tres pasajes que constituyen sendas introducciones a cada una de las ocasiones en que se aborda la reproducción del capital, que muestran cómo es que la reproducción está siendo observada de manera cada vez más compleja o concreta a lo largo de la obra. Según las indicaciones de Marx, el tomo I de El capital aborda el proce-

so de vida del capital, su reproducción, de una manera inmediata, abstracta, general, casi vacía; el tomo II aborda la misma reproducción del capital de una manera más concreta o mediata, es decir, no inmediata o en general sino particularizada; finalmente, el tomo III aborda la reproducción del capital singularizada, que es la manera más concreta en que se puede observar la reproducción o la repetición de un organismo vivo, es decir, en desarrollo, reproduciéndose pero al mismo tiempo viendo cómo al reproducirse necesariamente se altera. Este es el punto de vista concreto o completo respecto de la realidad de un ser vivo o de una sociedad.

En fin, estas introducciones a cada uno de los momentos en que se aborda el proceso de reproducción dan cuenta del problema teórico que implica dicha reproducción (de la sociedad pero en términos capitalistas) y de la solución que Marx le da en cada ocasión.

*Ahora podemos matizar cómo es que cada uno de los tres tomos está construido justamente para cumplir con el cometido que le corresponde en el plan de la crítica de la economía política. Ya veíamos que el objeto teórico del tomo I de *El capital* sólo puede ser analizado críticamente si se le mira desde la perspectiva de la producción, y que en el tomo II la circulación de capital sólo puede ser considerada críticamente si se la observa desde la perspectiva de la reproducción, mientras que en el tomo III la producción de capital en su conjunto sólo puede ser observada críticamente desde la perspectiva del desarrollo. Pero habíamos visto también la paradoja de que el tomo I de *El capital* no solamente expone la producción capitalista sino también —en su sección séptima— la reproducción de capital simple y ampliada, lo cual parece contravenir el título de este tomo I e, incluso, la pers-*

pectiva desde la cual digo que está construido. Y no sólo eso, sino que el capítulo XXIII no se reduce a abordar la reproducción simple y ampliada del capital sino, también, el desarrollo capitalista.

Dicho en términos metodológicos, y sin entrar todavía en la discusión pormenorizada y de contenido, tenemos que el tomo I está escrito desde la perspectiva de la producción real, es decir que ahí la producción es un objeto real, al que se observa en su realidad o en tanto que se produce algo nuevo: el plusvalor. Se produce valor de uso, lo cual le interesa poco al capital, y también valor, lo cual le interesa un poco más; pero lo que realmente le interesa al capital es que se produzca plusvalor, este hecho es el que entrega una producción y un contenido histórico material nuevos, un contenido real. Aquí la producción es observada, pues, en su realidad, mientras que la reproducción —que se expone en la sección séptima— lo es sólo formalmente; Marx expone solamente la forma de la reproducción. Por su parte, al desarrollo no se lo observa ni en su realidad ni en su forma, sino en su mera virtualidad, es decir, de modo todavía más desleído.

Por otro lado, el tomo II de El capital está escrito, como ya hemos visto, desde la perspectiva de la reproducción. Ya decíamos que las primeras dos secciones preparan o apuntan el argumento de la tercera, en la que se expone abierta o explícitamente la reproducción del capital; en aquéllas se dice todo desde la perspectiva del final; “las metamorfosis del capital y la “rotación de capital” se exponen desde la perspectiva de la reproducción y “circulación del capital social global”.

En el tomo II la perspectiva de la reproducción es, pues,

real, mientras que la del desarrollo es sólo formal y a la producción se la toma como virtualmente dada. Virtualmente debe haber ocurrido producción para que las cosas estén circulando, este es el supuesto básico que se maneja en el tomo II. Se supone que la producción debió ocurrir, no interesa cómo, pero debió haber ocurrido si estamos observando la reproducción; y si estamos observando la circulación de algo es porque virtualmente ocurrió la producción de ese algo.

Como dije arriba, la perspectiva del tomo III de El capital es la del desarrollo, por lo tanto éste es aquí observado en su realidad, mientras que la producción se ve sólo como algo formal y la reproducción como algo meramente virtual.

Véase cómo son combinables estas perspectivas metodológicas o de niveles de abstracción, de formas de analizar un objeto —sea el capital, el plusvalor, el salario, la circulación del capital o la mercancía, etcétera—, como quien lo observa desde un lado u otro, partiéndolo por la mitad, etcétera. Por esta razón cada uno de los tres tomos de El capital puede dar cuenta de la totalidad —el capital en general— desde su perspectiva particular: la del proceso de producción en el tomo I, la de la circulación en el II y la del proceso de producción del capital en su conjunto en el tomo III. Por eso es que —al combinar estas perspectivas— el tomo I de El capital puede abordar, a propósito de la producción, también la reproducción y el desarrollo, pero a este último no lo tiene en cuenta sino en su virtualidad, esto es, en tanto que es supuesto de la existencia actual y resultado posible de la misma, pues esto es lo único que se alcanza a ver del desarrollo en la producción. Por su parte, en la producción ya puede verse la forma de la reproducción, pero sólo eso: la forma.

La cuestión es que en el día de hoy, en la realidad empírica, están ocurriendo simultáneamente la producción, la reproducción y el desarrollo, pero a la vez se despliegan en el tiempo; aparecerán muchas cosas iguales a las que hubo el día anterior, hasta que llegue un día en el que ya no aparezcan de este modo sino con diferencias. Así, pues, tenemos un problema que es al mismo tiempo filosófico, metodológico y científico: cómo analizar aquello que se mantiene idéntico y al mismo tiempo se modifica; que en el mismo instante es producción, reproducción y desarrollo, pero que también despliega en el tiempo estas distintas versiones de sí mismo.

Ya vimos cómo resolvió Marx este problema: en el tomo I de El capital se observa que en la producción ya es posible entrever cómo ocurre la reproducción, leerla entre líneas, pues ocurren al mismo tiempo. Pero leer algo entre líneas no es lo mismo que exponerlo abiertamente; por eso es que a propósito de la producción sólo puedo entrever la forma de la reproducción, y asimismo entre líneas puedo entrever también lo que es el desarrollo. Como ya dijimos, inmediatamente el día de hoy están ocurriendo al mismo tiempo el desarrollo, la producción y la reproducción.

Marx procede de este mismo modo en los dos tomos subsiguientes. Así en el tomo II se puede entrever que debió haber ocurrido una producción previa. Aquí no se trata de si se produce plusvalor o no, se supone que se lo produjo, pero al examinar cómo está circulando la riqueza y cómo se repite este proceso de circulación puede entreverse cómo se produjo plusvalor y también el desarrollo posible. Lo mismo en el tomo III, a propósito del desarrollo se deduce, se entrevé, cómo es que ocurrió la reproducción y la producción.

5.1. Sobre los términos formal y real; apariencia, esencia y realidad

Cuando se observa la forma de algo lo que se ve es su parte externa. Esa es la perspectiva formal, desde la que también se observa el sentido, la dirección, porque al ver algo desde afuera se capta su movimiento, hacia dónde va. La perspectiva formal habla, pues, de la finalidad, del sentido que tiene algo, así como de su aspecto externo. Por otro lado, la perspectiva real nos habla del contenido, no de la forma externa sino de lo que hay dentro, no del perfil sino de la carne, los huesos y cómo metaboliza. Una analogía servirá para aclarar el asunto: formalmente, una muñeca se parece a una muchacha, pero realmente son cosas muy distintas.

Veamos dos ejemplos. El capítulo II del primer tomo de *El capital* se titula “El proceso del intercambio” y este proceso es expuesto de un modo real; es decir, un poseedor de mercancías lleva al mercado una mercancía y la intercambia con otro propietario de mercancías que también llevó al mercado la suya. Por otro lado, antes, en el capítulo primero (“La mercancía”), tenemos un parágrafo 3 que se llama “La forma de valor o el valor de cambio”, y aquí se estudian procesos de

intercambio entre una mercancía x y una mercancía y, o entre múltiples mercancías x y un solo tipo de mercancía y, etcétera. Pero aquí todavía no hay propietarios privados que lleven realmente al mercado sus mercancías. Es más, aquí no se alude a mercancías reales sino que sólo se habla de la forma en que ocurrirían los procesos de intercambio en caso de darse. Del parágrafo 3 del capítulo I al capítulo II hay, pues, un paso metodológico de lo formal a lo real. En el primero se aborda el intercambio de manera formal, se estudia la forma del intercambio, no su contenido o su realidad; mientras que en el segundo se analiza el intercambio tal y como realmente tiene lugar. (Jindrich Zeleny esclareció magistralmente esta diferencia en su excelente libro La estructura lógica de El capital de Marx, capítulo 6 “El carácter de la derivación dialéctica y de las transiciones dialécticas”).

El otro ejemplo en el que es decisiva la diferencia metodológica entre lo formal y real es el siguiente: en la sección tercera del tomo I de El capital Marx observa cómo se produce plusvalor absoluto, y para eso analiza el proceso de producción sometido al capital, pero sólo formalmente; mientras que en la sección cuarta del mismo tomo I estudia cómo se produce plusvalor relativo, y para ello debe considerar el proceso de producción sometido al capital pero de modo no sólo formal sino real.

Desde la perspectiva de la subsunción o subordinación formal del proceso de trabajo inmediato bajo el capital, se considera este proceso como si el hecho de que el obrero trabaje para el capitalista no implicara ningún cambio tecnológico de sus medios de trabajo ni de los métodos de producción. Simplemente se observa el sentido o la finalidad que tiene la producción bajo el capitalismo y que no tenía

antes, pues ahora en lugar de realizarse en beneficio del productor queda al servicio del capitalista, cambió de sentido. Aquí no importa con qué instrumentos se produzca ni lo que se produzca, es decir, el contenido o la realidad de la producción, sino sólo la forma de la nueva relación social, pues ésta puede volverse la forma de cualquier contenido, y precisamente la forma capitalista de producir. Aquí se produce plusvalor, no importa mediante qué valor de uso ni qué valor de uso se produzca, y se produce para el capitalista, mientras que el productor independiente producía para sí mismo y a él sí le interesaba el valor de uso. Como se ve, el cambio de forma ha sido decisivo.

Por su parte, en la sección cuarta del tomo I se aborda la subordinación real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital. Aquí sí interesa observar cómo, con qué contenido técnico se produce, porque ese contenido técnico, y no otro, es el que posibilita producir plusvalor relativo, el cual es el objetivo del capital. Ahora interesa ver la realidad interna del proceso, su contenido técnico y metódico y no sólo su dirección, su nueva forma social. En ambos casos se analiza el proceso de producción capitalista, pero una vez de modo formal y otra vez de modo real.

Por otro lado, en fin, la realidad vista como contenido evidentemente tiene que ver con el interior de algo, no con su aspecto externo, es decir, no con su apariencia sino con su esencia. La realidad —así vista, insisto— coincide con la esencia. Hay, pues, un momento en el que parece ser lo mismo decir contenido que realidad y esencia. Sin embargo, al cambiar la perspectiva metódica también cambia el nivel en que se está pensando algo, y por ello se debe diferenciar entre esencia, realidad y contenido, pues aunque hay un cierto

momento en el que coinciden, también hay otro en el que difieren. Realidad no es, pues, lo mismo que esencia.

Como vemos, lo real y lo formal, apariencia y esencia, forma y contenido, son conceptos distintos cuyo significado y sentido es rigurosamente determinado. Hay momentos en que pueden intercambiarse, y Marx los utiliza como quien les asigna una tarea distinta en el contexto de una división del trabajo argumentativo. Para ciertas dimensiones del objeto utiliza uno en lugar del otro. Así, por ejemplo, en las secciones tercera y cuarta del tomo I de El capital se trata la esencia de la producción, pero en la tercera se observa la formalidad de la producción y en la cuarta su realidad. Pero esta realidad y esta formalidad lo son de la esencia; en el mismo nivel esencial podemos distinguir la forma y la realidad de esa esencia. En cambio para observar la apariencia nos ubicamos en otro nivel de realidad; en la superficie aparente de la sociedad capitalista circula la riqueza, no vemos dónde se produce pero sí cómo circula, ahí no vemos el plusvalor pero sí las mercancías. En las secciones primera y segunda del tomo I Marx estudia esta apariencia de la riqueza de la sociedad mercantil desarrollada o mercantil capitalista, donde sólo se ven mercancías y dinero. Se supone que existe producción pero no sabemos nada de ella, sólo se ve la mera apariencia.

Así, pues, en la exposición de Marx se distinguen niveles de realidad aparentes y esenciales, y en ambos se utiliza la perspectiva formal y la real para observar o bien la formalidad de la apariencia y la realidad de la apariencia, o bien la formalidad de la esencia y la realidad de la esencia. Simplemente se trata de dimensiones del objeto. En cada ocasión podemos profundizar o bien quedarnos en el aspecto exter-

no, y todo aspecto tiene una dimensión aparential y una dimensión esencial pues las perspectivas son siempre relativas. No obstante, dentro de un universo determinado, por ejemplo la sociedad capitalista, cada perspectiva está prefijada; así la apariencia del sistema capitalista es la circulación de mercancías, mientras que su esencia es la producción.

El objeto se ha estructurado de cierto modo por la historia que ha tenido. Por eso, aunque en términos generales las perspectivas son intercambiables, dejan de serlo ya dentro del objeto. La apariencia corresponde a un nivel y la esencia corresponde a otro nivel, la formalidad corresponde a un aspecto y la realidad a otro distinto.

6. ACERCA DEL PROCESO EXPOSITIVO CRÍTICO DE *EL CAPITAL*

El orden de exposición de El capital sigue una perspectiva analítica. Expliquemos. Voy al jardín y encuentro una lombriz y la analizo, o bien me quedo en casa y pienso en la realidad capitalista y la analizo, esto es, le voy dando vueltas, la observo. En el primer caso tengo un objeto sensible que puedo poner sobre una mesa y examinarlo valiéndome de los sentidos y de instrumentos materiales; en el segundo caso, “cuando analizamos las formas económicas”, dice Marx, “no podemos servirnos del microscopio ni de reactivos químicos. La facultad de abstraer debe hacer las veces de unos y otros” (El capital, tomo I, vol. 1, p. 6). Lo que analizo es, pues, un concepto y al exponer los resultados de una investigación debo exponer ese concepto. Pero si digo todo al mismo tiempo me confundo a mí y a los demás. Entonces ¿qué digo primero, qué después? Al definir por partes, avanzo analíti-

camente: una parte primero, otra después; ya dije esto y esto, ahora ya puedo decir esto otro; pero no he dicho esto y entonces todavía no puedo decir aquéllo. Por eso no puedo explicar de entrada el desarrollo, pues éste supone una alteración y ésta supone la repetición, y la repetición supone la producción. Entonces primero considero la producción, luego la reproducción y finalmente el desarrollo. Se trata de distintas perspectivas analíticas, y en cada capítulo de cada uno de los tres tomos de El capital otra vez se hacen distinciones analíticas: primero puedo decir esto y después ya puedo decir esto otro.

Asimismo la exposición de Marx procede según perspectivas lógicas generales. Ya vimos cómo cualquier concepto lógico contiene estas tres perspectivas: la general, la particular y la singular. Los silogismos también se dividen en estas tres partes. Todo pensamiento, como toda realidad, también tiene estas tres dimensiones. Y bien, el pensamiento crítico no puede eximirse de esta condición ontológica y epistemológica.

Ahora estamos viendo El capital de Marx, no en su diferencia específica o en su contenido crítico sino en su presencia formal general. Pero si preguntáramos cómo piensa Marx para hacer la crítica de la circulación del capital descubriríamos que solamente podría hacerla si la ve desde la reproducción. ¿Qué significa eso? La circulación implica un simple cambio de lugar y de manos de un objeto: yo te vendo un producto y tú me lo compras. Este intercambio es parte de un proceso de circulación: con el dinero que tú me pagas yo compro otro objeto; el objeto que tú obtuviste lo consumes y al otro día de nuevo tienes necesidad de conseguir dinero para comprar otro objeto. Así, pues, tú tienes que participar en una serie de

intercambios, y yo, con el dinero que me diste, prosigo con otra serie de intercambios. Este conjunto de intercambios es una red y a través de esta red va circulando todo el valor de la sociedad. Esta es la circulación capitalista. Como se ve, se trata de cambios de lugar que a la vez son cambios de manos y de formas. El valor pasa de la forma mercancía a la forma dinero y de la forma dinero pasa a la forma mercancía.

Pero si quiero no solamente hacer el análisis científico de este hecho sino criticarlo —esto es, hacer la crítica de la economía política en lo que corresponde a la circulación del capital—, tengo que observar esta circulación desde la perspectiva de la reproducción, es decir, tengo que observar los cambios de forma, de lugar y de propietario en referencia a la nueva producción, no en referencia a los meros cambios de forma sino en referencia a un nuevo contenido. Si veo los cambios de forma desde la perspectiva de las condiciones que garantizan la reproducción de la vida humana, puedo hacer la crítica de esa circulación. Así están construidas las perspectivas metodológicas de la obra que nos ocupa.

Sin embargo, insisto, no hemos abundado en la diferencia específica del texto de El capital sino más bien en su forma, y esta forma es común a cualquier otro objeto de pensamiento, aunque en este caso es muy precisa. Hasta lo que aquí hemos visto, lo característico de El capital frente a una novela o frente a cualquier otro libro, es que tiene una precisión extraordinaria, que está muy bien construido. Leer una obra teórica científico-social perfectamente bien construida permite aprender del acierto, y si se equivoca, incluso aprender del error, porque está perfectamente bien construida la deducción para llegar a esta o aquella afirmación.

Intentar pensar la realidad de manera sistemática y lúcida

es muy importante para todas las ciencias sociales en este comienzo del siglo XXI, frente a tanto abigarramiento y tanta complejidad, entre tanta vacilación e inseguridad respecto del rumbo que lleva la realidad y de lo que es la vida actualmente. ¿El capitalismo existe aún? ¿Jamás habrá socialismo? ¿Puede haber esperanza? Frente a todas estas dudas, vacilaciones y ambigüedades es muy importante aprender a pensar y tomar el ejemplo de una obra bien construida como lo es este libro de Marx.

7. LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA Y NUESTRO TIEMPO:

CAPITAL SOCIAL Y MERCADO MUNDIAL REALIZADO

Cuando Marx aborda el concepto de capital de manera concreta se refiere al capital social, del cual el capital individual es solamente una parte. “Cada capital singular [...] no constituye más que una fracción autonomizada [...] del capital social global, [...] la metamorfosis del capital individual, su rotación, es un eslabón en el ciclo del capital social.” (*El capital*, tomo II, p. 430.)

Así, pues, el título de esta obra podría ser “El capital de toda la sociedad”, o “Toda la sociedad vista como capital”, pues de lo que se trata es del capital social, y para construir su concepto paso a paso hay que hablar del capital individual, de las distintas partes en las que se distribuye el capital y, luego, de la relación entre los múltiples capitales. Pero en todos estos casos estamos hablando del capital en su conjunto, del capital social. Y si queremos observar la realidad del siglo XXI a la luz de este texto de Marx que habla del capital social, tenemos que ubicarnos en la perspectiva del valor de uso, esto es, diferenciar nuestra época respecto de la de

Marx por los contenidos útiles que porta el capital social actual. Durante el siglo xx era común entre los lectores e intérpretes de Marx soslayar estos contenidos y proyectar sobre la realidad meras diferencias formales creyendo que lo decisivo era la presencia de los monopolios o que habían surgido nuevas relaciones de producción cuando en realidad seguía prevaleciendo el capital industrial.

Así, cuando decimos que en la realidad del siglo xxi se ha realizado el mercado mundial capitalista, nos referimos a que cada parte del capital está conectada con todas las demás, que existen múltiples capitales y muchos países capitalistas, y que todos los capitales de estos países capitalistas están conectados entre sí en la gran circulación de capital. Actualmente la circulación de capital es mundial. Pues bien, de este tamaño es hoy el concepto de capital social: hay un solo capital, que es mundial, un capital social mundial que se desglosa en múltiples capitales nacionales y éstos a su vez se desglosan en capitales invertidos en distintas empresas nacionales, algunas de las cuales tienen influencia o campo de acción en otros países y por eso se les llama transnacionales. Pero sobre todo hay una unidad planetaria coordinada por el capital; el capital, además de ser muchos, está unificado y es un solo capital social mundial.

Este es, pues, el tipo de objeto que intenta pensar Marx en El capital, un objeto así de complejo: al mismo tiempo distribuido, diferenciado y unificado de tal modo que unos países se contraponen con otros hasta llegar a la guerra; una realidad diferenciada y unificada, mediada y mediata, conectada, desagarrada y sin embargo unificada. El objeto teórico elegido por Marx es un desafío para el pensamiento, pues requiere pensar una realidad contradictoria de manera

unitaria, coherente y, entonces, no contradictoria.

Marx recoge y lleva a buen fin ese desafío a mediados del siglo XIX, aunque solamente a fines de siglo XX ese objeto se encuentra realizado, completo. Al observar cómo funcionaba hace poco más de 150 años el sistema capitalista, Marx pudo prever cómo este sistema iba a perfeccionarse como mercado mundial capitalista. 150 años después el capital social se volvió mundial mientras que en la época de Marx tiene una medida continental. Por otra parte, Marx, como todo individuo viviente, sólo puede tener frente a sí los múltiples capitales individuales, así que tiene que construir inductivamente la noción de capital social pero intuye que la propia realidad capitalista tiene que llegar —también por pasos o inductivamente, dicho metafóricamente— a construir su ámbito mundial de existencia.

He aquí una paradoja: Marx previó la constitución de ese objeto que hoy se encuentra realizado no obstante que él observaba un objeto de mucho menor tamaño, un capital social nacional o, a lo más, un capital social continental. Pero nosotros estamos inmersos en el movimiento de un capital mundial. Entonces ¿cómo podríamos observar la realidad? La construcción de la realidad es procesual, va paso a paso, de la parte al todo. En el tiempo que le toca vivir, Marx construye teóricamente un objeto que refigura una realidad que se encuentra en proceso de construcción, desde el capital individual hasta el capital social. Por otro lado, nosotros nos encontramos en el resultado, en el todo ya completo, y entonces tendríamos que rehacer el proceso de construcción que llevó a este resultado, su proceso genético, el camino que siguió desde la parte hasta el todo.

Pero, entiéndase, en la situación en la que nos encontra-

mos debemos proceder de tal modo no solamente en términos individuales. Cuando Marx partió de un aspecto continental del capitalismo y dedujo su aspecto mundial, no solamente lo hizo en tanto sujeto, sino que el objeto mismo, la realidad histórica de la humanidad, también siguió ese procedimiento. Las realidades humanas siguen esta forma de movimiento y Marx debió reconocer este hecho al elaborar la concepción materialista de la historia que le permitió construir el concepto de capitalismo justamente siguiendo ese procedimiento que va de la parte al todo. Sin embargo, una vez que la realidad se redondea, ella misma invierte la perspectiva funcional y entonces obliga a cambiar la perspectiva metodológica. Y no se trata simplemente, insisto, de perspectivas individuales sino de modos de funcionamiento de la realidad: una vez, para Marx, en vista de constituirse, y otra vez, a fines del siglo XX, ya constituida pero en curso de cohesionar todos sus extremos.

Así, pues, la perspectiva del capital individual es correlativa a la del capital social y la del capital social a la del individual, pero una vez que se ha realizado el mercado mundial la perspectiva adecuada para analizar la realidad —y realmente hacer descubrimientos que permitan explicar los fenómenos sociales— debe partir del capital social mundial en tanto resultado del desarrollo histórico. El resultado histórico es ahora el punto de partida. El capital social mundial se presenta entonces como una fuerza centrípeta que va desde afuera hacia adentro y en este movimiento va determinando, comprimiendo, sometiendo a cada una de las partes dentro de cada nación y de cada localidad y las va remodelando. Anteriormente estas partes se remodelaban en un proceso expansivo centrífugo que iba desde el capital individual hacia

el social y desde el capital nacional hacia el mundial. Pero una vez que el mercado mundial se encuentra ya construido, el capital social mundial presiona sobre el conjunto de la periferia hacia el centro, de lo general a lo particular, desde el valor hacia el valor de uso. El valor de uso de todo el planeta y cada valor de uso empieza a ser comprimido, presionado por las necesidades del capital y tiene que ser remodelado.

No se trata más de utilizar los valores de uso planetarios tal y como están constituidos para que el capital se desarrolle al expandirse, sino que el capital ya está desarrollado y ahora, desde este resultado, el valor capital comprime a cada valor de uso para remodelarlo. Así remodela la tierra, la geografía o el clima, o bien el horario que rige la vida de la gente. Si al capital le interesa modificar ese horario porque nuestro país ocupa determinado lugar en el mercado mundial entonces presiona sobre los hábitos de las personas, pues éstos son valores de uso —sus costumbres, su cantidad de sueño, su reproducción biológica— y los comprime. La distribución de luz, el sueño, tienden a ser modificados a favor del capital, y así todas las otras realidades cualitativas útiles, metabólicas, vitales, empiezan a ser remodeladas desde el valor. La fuerza del capital social mundial actúa hacia adentro, hacia todos los capitales nacionales y locales, y desde todos los capitales en su conjunto y desde el capital social mundial hacia el valor de uso, hacia cada valor de uso y hacia todos los valores de uso, hacia toda la ecología del planeta. Esta misma fuerza también actúa desde el Estado nacional hacia dentro. Es como si el capital social mundial viniera de afuera y utilizara el capital y el Estado nacionales para llevar a cabo su cometido. Esto es lo que significa la modificación del horario de verano en México como efecto de la competencia mundial

que presiona sobre cada población nacional para que el capitalista pueda explotarla más a fondo.

El capital social mundial requiere más plusvalor, hay que explotar más a la clase obrera de todo el mundo. Pues bien, cada Estado nacional tiene que hacer su correspondiente modificación del horario de verano para ahorrar costos y aumentar la tasa de plusvalor. Esta directiva del capital social mundial presiona a cada Estado nacional y cada Estado nacional presiona hacia el interior, a cada capitalista y al conjunto de la población del país.

Así, pues, actualmente la perspectiva adecuada para analizar el mundo consiste en priorizar al capital social mundial frente al capital individual. La fuerza del capital social mundial, decíamos, es centrípeta y va del valor al valor de uso, mientras que la del capital individual es centrífuga, tiende a expandirse y a construir el capital social, y va apoyándose en el valor de uso actual para así hacer crecer al valor. El capital individual va desde sí mismo hasta el capital social nacional, hasta construir el concepto de Estado-nación, y a partir de ahí constituir el comercio exterior y el conjunto de las relaciones internacionales. Ambas perspectivas son, pues, recíprocamente inversas.

8. LA PERSPECTIVA DE LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA ES LA DEL VALOR DE USO

A la crítica de la economía política le interesa observar cómo se explota al obrero, cómo la ganancia se obtiene mediante el sometimiento del valor de uso de las condiciones de vida y del cuerpo y de la mente del obrero. Esta veta del valor de uso recuerda que también están allí el cuerpo, la mente, la calidad

de vida y la ecología del planeta, y no sólo el imperativo de acrecentar la riqueza de las naciones como pretendía Adam Smith. La perspectiva de la economía política burguesa es, pues, la perspectiva del valor, y la de la crítica de la economía política es la del valor de uso, que se le olvida a la economía política burguesa y que se contradice con la del valor.

El predominio del capital social mundial sobre los movimientos económicos del planeta suscitó, a partir de mediados de los años sesenta, un renacimiento de la crítica de la economía política en su veta original, que hace valer el valor de uso frente a la economía política burguesa, que se centra en la ganancia.

Este movimiento centrípeto del capital social mundial presiona desde el valor hacia el valor de uso para remodelarlo. Este movimiento que destruye la ecología y degrada la salud de la gente incrementa la explotación del trabajador y entonces suscitó, decía, un renacimiento de la perspectiva original de la crítica de la economía política. La crítica de la economía política había perdido dicha perspectiva centrada en el valor de uso durante las décadas en que el capitalismo se expandió a escala mundial. Este proceso de expansión ponía en primer plano el valor, las relaciones financieras y la gran circulación de mercancías. La ecología no era importante, pues era posible destruirla y sustituirla con más naturaleza, más territorio, pero una vez que el territorio se acaba, porque el capital logra redondear la Tierra, envolverla, ya no hay más a dónde ir, hacia dónde salir; entonces ya cualquier proceso de explotación de plusvalor implica una explotación de la naturaleza que inmediatamente tiene repercusiones climáticas o sobre la calidad del aire, del agua o de la tierra. Entonces se vuelve evidente lo que le está sucediendo al valor de uso.

Este renacimiento de la veta original de la crítica de la economía política —el valor de uso y el comunismo ligado a este valor de uso— tiene un momento de culminación en el 68, con la revuelta juvenil internacional, y dura hasta mediados de los setenta, cuando vuelve a quedar sometida la conciencia de clase comunista que había renacido y cuyo auge momentáneo también expresaba esta nueva fuerza centrípete del capital social desde el mundo hacia adentro desde el valor que domina hasta la remodelación del contenido material del valor de uso. Este auge tuvo como antecedente el movimiento de renovación del marxismo que arranca desde 1956 con el xx Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, con su llamado a “volver a las fuentes” y a criticar al estalinismo.

En México, la perspectiva ortodoxa clásica de análisis de la crítica de la economía política fue introducida en 1972 por Bolívar Echeverría, quien la conociera en Europa a fines de los sesenta, y fue preparada por Adolfo Sánchez Vázquez con sus cursos sobre los *Manuscritos de 1844 de Marx*, sus libros (*Las ideas estéticas de Marx*, 1965; *Filosofía de la praxis*, 1967) y su labor de traducción y edición de obras como *Dialéctica de lo concreto*, de Karel Kosík en 1967.

En esa misma época llegan a México y a América Latina el marxismo francés althusseriano y el marxismo inglés (Maurice Dobb, Perry Anderson, Hobabawn o Edward P. Thompson). Pero estos autores no traen esta noción de la preeminencia teórica del valor de uso, tampoco el marxismo que se produce en Estados Unidos como el de Paul Baran, Paul Sweezy y otros. Por ejemplo, el libro de Sweezy La teoría del desarrollo capitalista, aunque es muy anterior (1942), se volvió muy importante en esa época como síntesis del pen-

samiento de Marx y de los marxistas en cuanto a la economía capitalista, y sobre todo —además de muchas cualidades didácticas— porque es de los pocos trabajos marxistas que conciben el texto de *El capital* no como teoría del capitalismo en el siglo XIX en Inglaterra sino como una teoría del desarrollo capitalista. Este es un concepto lleno de significado que Sweezy asume conscientemente casi en su totalidad, aunque deja fuera aspectos esenciales.

Así, por ejemplo, en los libros del renombrado economista marxista inglés Maurice Dobb, a Marx se le otorga un lugar después de Adam Smith y Ricardo, pues aunque sea un socialista, como pensador sería un clásico de la economía política,² quizá su conclusión, el mejor de los clásicos, su supervisor, pero que mantiene con ellos una cierta identidad o continuidad que consiste en que habla del valor en términos objetivos. La economía vulgar y neoclásica posterior —Keynes incluido— tienen una teoría subjetiva del valor según la cual el valor no existe, sino que es una atribución que los seres humanos confieren a las cosas, mientras que la economía política clásica de Adam Smith, David Ricardo y Karl Marx ofrece una teoría objetiva del valor y por eso utilizan un método científico en sus análisis.

También Rudolf Hilferding en *El capital financiero* (1908), aunque habla del valor de uso y tiene muy fresco todavía *El capital*, expone una economía del valor; habla de economía política, no de crítica de la economía política. Lenin tampoco hace crítica de la economía política. Aunque es un pensador marxista y por lo tanto socialista y critica al capitalismo, no parece haber en él una comprensión conceptual de la noción original de Marx sobre la crítica de la economía política. Dicha noción empieza a tener significado conceptual en la obra

de Karl Korsch, especialmente en su libro *Karl Marx*, publicado en 1936. Él es quien más exalta la perspectiva crítica de Marx como forma peculiar de construir el discurso para observar la realidad. Pero esto se perdió. Korsch ya no forma parte del partido comunista en 1936, más bien lo criticó y fue expulsado del mismo y, luego, perseguido. Además, después de 1950 sobre todo los estalinistas se dedicaron a tratarlo de loco y a desvalorar su obra.

Sin embargo, a mediados de los años sesenta se hizo posible recuperar la crítica de la economía política en su especificidad. Es retomado, entonces, el legado de Karl Korsch acerca del talante específico del discurso de Marx en tanto crítica de la economía política, no economía política, ni siquiera economía política marxista; este fue un invento del marxismo soviético, en cuyos manuales se trata de positivizar todas las ciencias y se quiso hacer una ciencia del marxismo en el mismo sentido positivista, es decir, una “economía política científica marxista”. Así, por ejemplo, en el manual *Economía política* del prestigiado economista socialista polaco Oscar Lange se habla de una economía política marxista pero no de una crítica de la economía política.

Hay que recordar todo esto y ver cuánto se perdió y por qué es tan importante que se lo haya recuperado, y qué significado tiene este hecho y cómo fue posible. No solamente hubo un esfuerzo de memoria histórica sino que la clase obrera recuperó la memoria cuando se planteó una nueva lucha. En el curso de esta nueva lucha la clase obrera recuperó la memoria, autores y temas olvidados, al propio Marx. En efecto, en los años sesenta se había dejado de leer *El capital*, pero entonces³ empieza a ser leído de nuevo y de manera generalizada, en diversos países, después de déca-

das de olvido.

Entonces se presentó una nueva condición de lucha para la clase obrera porque se presentó una nueva condición de sometimiento por el capital. Ahora el capital social mundial estaba presionando desde todos los confines del planeta hacia el centro del metabolismo social, hacia el valor de uso, y como la clase obrera forma parte del valor de uso tuvo que contestar y dar la alternativa. En este proceso la clase obrera fue vencida pero no obstante, en medio del combate, los intelectuales de izquierda intentaron darse luces y recuperar lo mejor del pasado para bruñir las nuevas armas en la coyuntura; ahí reconstruyeron el argumento de la crítica de la economía política centrado en el valor de uso y el trabajo vivo.

La noción de crítica de la economía política centrada en el valor de uso tampoco se encuentra en los teóricos del imperialismo ni en los del capitalismo monopolista de Estado ni en los comentaristas franceses o italianos de *El capital* en la época. Sólo se hablaba de economía política marxista o de economía política clásica, y se leía a Marx como uno más de los economistas clásicos.

En fin, esta perspectiva original de la crítica de la economía política proviene de la influencia del marxismo alemán, que a su vez la descubrió a mediados de los sesenta en Karl Korsch, en los izquierdistas alemanes y holandeses, en Lukács y en Rosa Luxemburgo. Al mismo tiempo, se organiza en torno a Lukács la Escuela de Praga, que defendió la noción de filosofía de la praxis en oposición a las posiciones científicas positivistas estalinianas. Esta corriente arriba a América Latina y en especial a México y, con ella, la noción original de la crítica de la economía política.

Quien más puntualmente resalta el concepto de crítica de la economía política es Bolívar Echeverría, desde 1972. Yo fui discípulo suyo en aquella época en la que se vivía un auge del estudio del marxismo en México y se podían encontrar profesores de gran calidad de la más diversa procedencia y formación, sobre todo en el seminario de *El capital* de la entonces Escuela Nacional de Economía de la UNAM, pero ninguno de ellos —excepto Bolívar Echeverría— asumía *El capital* puntualmente como crítica de la economía política en este sentido originario.

Por mi parte, en esta misma perspectiva centrada en el valor de uso, desarrollé a partir de 1974 el concepto de subsumción real del consumo bajo el capital. Este concepto describe el proceso esencial que está en curso actualmente en el capitalismo mundial y que desde mediados de los setenta tiene una vigencia suficiente como para ser analizado.

Pude formular dicho concepto que expresa cómo el capital somete realmente al valor de uso a nivel planetario sólo a partir de 1977,⁴ una vez que ha madurado el proceso. Desde entonces me he dedicado a este tema que es el centro del desarrollo específico de la presencia mundial del capitalismo, de la constitución de un capital social mundial, de un mercado mundial. Este concepto general —subordinación real del consumo bajo el capital— abarca todas las realidades del mundo contemporáneo. La perspectiva del capital social mundial se ha vuelto prioritaria y presiona sobre todos los capitales nacionales e individuales, y todos éstos presionan como un único valor sobre el valor de uso —de la fuerza de trabajo, de los medios de consumo y de los medios de producción, es decir, sobre los valores de uso del planeta en su conjunto— para incrementar el plusvalor. En términos ge-

nerales, este concepto dice que la realidad cualitativa de la vida de la sociedad se tuerce para incrementar las ganancias.

9. EL OBJETO TEÓRICO DE *EL CAPITAL* Y SU GÉNESIS

Ya que hemos aclarado el problema de fondo, podemos hablar del problema general al que responde el texto de El capital, de la génesis de este problema y su enriquecimiento histórico durante casi siglo y medio, desde que aquella obra fuera escrita, pues el problema al que responde El capital es nuestro problema, no es otro sino el mismo pero se ha enriquecido.

La obra El capital fue escrita para resolver un problema que es constantemente reproducido, incluso en forma ampliada, en la sociedad burguesa. Aún más, se trata de un problema que se reproduce una y otra vez pero siempre en forma más desarrollada. Las perspectivas de la producción, la reproducción y el desarrollo con las que está construida esta obra son adecuadas para resolver ese problema que constantemente se produce, se reproduce y, aun, se desarrolla a lo largo de la historia del capitalismo.

Marx expone en su libro la forma en que la sociedad burguesa se produce, se reproduce y se desarrolla precisamente en vista de responder a ese problema en desarrollo y ampliación constantes. Se trata del problema cotidiano del tener y el no tener; así lo formula Marx en La Sagrada Familia —obra escrita a fines de 1844 y publicada a inicios de 1845—, en el capítulo IV, parágrafo 4, “Proudhon”. El problema del tener y el no tener es, dice Marx en polémica con los jóvenes hegelianos, un problema masivo, materialista en el mal sentido

de la palabra: egoísta, mezquino, es decir, un problema en el mal sentido o en el sentido común del término, un problema empírico y empirista, cotidiano.

Este problema del tener y el no tener se formula también como el de la riqueza y la miseria sociales.

A fines del siglo XVIII Adam Smith respondía a este problema que representa el capitalismo con su libro *La riqueza de las naciones*, así planteaba él la cuestión: cómo incrementar la riqueza de Inglaterra, es decir, del capital inglés. David Ricardo retoma este planteamiento de Adam Smith y lo desarrolla, durante la segunda década del siglo XIX, de modo más consciente y radical. Pero los socialistas de entonces captaron la otra cara de la moneda: había miseria, y con el progreso de la civilización ese problema no se paliaba como se prometía, al contrario, se profundizaba; la miseria crecía y eso fue lo que denunciaron: con el progreso de la civilización no sólo crece la riqueza sino también la miseria. Y denominaron a este problema la “cuestión social” y su respuesta fue la figuración de una sociedad justa, el socialismo, en donde la riqueza se distribuyera igualitariamente. A la preocupación de la burguesía por incrementar la riqueza, ante el problema del tener y el no tener, de la riqueza y la miseria, los socialistas responden, pues, denunciando que todo intento civilizatorio capitalista por incrementar la riqueza redundaba en el incremento de la miseria. Se trata entonces de no fijarse en la cosa sino en la “cuestión social”, no en la riqueza sino en la construcción de otra sociedad, el socialismo. Por eso se habla no de la cuestión económica sino de la cuestión social. Aquellos primeros críticos del capitalismo le dan más valor, más peso, a los sujetos que al objeto; hay un cambio de perspectiva, se fijan

en el aspecto negativo y en el aspecto subjetivo, social, no en la cosa y en el aspecto positivo; no en el incremento sino en la transformación, en el cambio de sociedad; no en incrementar lo que ya hay sino en la necesidad de construir otro mundo.

Los socialistas comienzan a cambiar críticamente el terreno de la pregunta empirista de la economía política burguesa acerca de la cosa. A la cuestión económica del tener y el no tener, de la riqueza y la miseria, se respondía críticamente, pues, con la cuestión social; lo decisivo no era la riqueza material, la cosa, sino el bienestar social, el sujeto humano.

La pregunta de la economía política burguesa acerca del incremento de la riqueza responde al problema que suscita la forma abstracta, de valor, que posee la riqueza en la sociedad capitalista, el problema de cómo enriquecerse cada vez más, cómo producir más riqueza y ganar más. Así formulado, este problema hace empalidecer, unilateraliza, deforma y oculta la cuestión de fondo que sale a luz en la paradoja planteada por los socialistas y los comunistas. Para éstos, la sociedad vive un problema, es una sociedad problemática; mientras que en la economía política burguesa la sociedad no parece ser problema, simplemente hay que incrementar la riqueza; hay pequeños errores pero la sociedad de por sí no es problemática.

Por su parte, Marx transforma tanto la pregunta socialista como la de la economía política burguesa al confrontarlas una con la otra. Transforma la pregunta socialista mirándola desde la perspectiva de la economía política burguesa, y transforma la pregunta que se hace la economía política burguesa mirándola desde la perspectiva socialista. Trans-

forma una pregunta al criticarla desde la perspectiva de la otra y construye una tercera, nueva. Del socialismo, retoma la dualidad riqueza-miseria y la centralidad de la cuestión social para enfrentar cualquier problema económico. Así la cuestión del tener y el no tener se vuelve esencial, más allá del sentido común, al situarla en una perspectiva humana, social e histórica que puede reconocer con toda claridad que las cosas podrían ser de otro modo, y que entonces pregunta: ¿por qué son así? De este modo la llamada cuestión social es replanteada tanto en términos sociales como en términos objetivos: ¿cuáles son las presentes condiciones de asociación que permiten que las cosas sean como son? La pregunta por la relaciones sociales específicamente burguesas es una pregunta socialista, que apunta al corazón del problema de la producción de riqueza y de miseria.

Por otro lado, Marx retoma las nociones de la economía política relativas a la producción y la distribución de riqueza para mostrar que en la sociedad burguesa el contraste entre riqueza y miseria y la distribución desigual de la riqueza no sólo vuelven virulenta la cuestión social sino que, además, esta sociedad produce y reproduce ampliada y desarrolladamente la riqueza y la miseria.

Así, pues, la pregunta por el modo de producción burgués es la pregunta por las condiciones en que la sociedad produce riqueza material a la par que miseria social. ¿Cuáles son, pues, estas condiciones de producción propias de la sociedad burguesa? Al formular esta pregunta, Marx cambia el terreno del análisis científico crítico que comenzaran los primeros socialistas. Este cambio de terreno permite preguntar qué significa ser fuerza de trabajo y qué significa explotar a la fuerza de trabajo en la época moderna, es decir, el tra-

bajo del obrero más bien que el del siervo o del esclavo. Ahora tenemos una pregunta que es doble, es decir, una pregunta estructural respecto de la forma en que se produce la riqueza y la miseria y, también, histórica o relativa a la diferencia específica de este modo de producción respecto de otros.

10. DESARROLLO DEL PROBLEMA

DE LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Lo antedicho es un primer acercamiento para ubicar la pregunta a la que Marx intenta dar respuesta en *El capital*, la génesis de la misma en la lucha de clases y en la reflexión social científica y política en el siglo XIX. Un segundo acercamiento diría así: a fines del siglo XIX, a la pregunta por qué significa explotar fuerza de trabajo asalariado se añadió la pregunta de qué significa que unas naciones capitalistas exploten a otras naciones precapitalistas y que, en general, dominen sobre una periferia de naciones no capitalistas o semi-capitalistas. En efecto, la polarización riqueza/miseria que los socialistas señalaron en el siglo XIX se proyectó geográficamente en la polarización del mundo entre centro y periferia. Por otra parte, durante el siglo XX pareció aminorar la virulencia de la producción de miseria en el centro a la par que la riqueza se incrementaba en proporciones insospechadas, pero al mismo tiempo se hizo más virulenta la polarización riqueza/miseria a nivel mundial —riqueza en el centro, miseria en la periferia—, lo cual puso a la orden del día la cuestión del imperialismo, del mercado mundial y del Estado nacional. Además, durante la década de los treinta del mismo siglo XX se evidenció otra forma de miseria adicional a las formas ya

conocidas: la miseria sexual, la cual se profundizó y se desarrolló desde que Wilhelm Reich la denunciara en sus libros *La lucha sexual de los jóvenes* (1932) y *La psicología de masas del fascismo* (1933). En general, a lo largo del siglo se va matizando la pregunta por la riqueza y la miseria al desplegarse los distintos tipos de riqueza y de miseria que va viviendo la humanidad al desarrollarse su sometimiento bajo el capital. Pero, sobre todo, el siglo XX puso a la orden del día, por un lado, la cuestión de la guerra como forma extrema de miseria y por otro lado —desde los años sesenta— la degradación cultural y psicológica de la gente. De ahí que Paul Baran y Paul Sweezy, en el libro *El capital monopolista*, se vean obligados a introducir dimensiones culturales y psicológicas para analizar la sociedad y la economía de Estados Unidos. Se trata de una curiosa interferencia en el análisis de la empresa gigante. Para hablar de monopolios hay que hablar no solamente de “economía”, es decir, de valores, precios, mercancías y producción industrial, sino que hay que hablar de cultura, de psicología de masas, de problemas que vive la gente en su cotidianidad.

Como vemos, la cuestión social inaugurada por el socialismo del siglo XIX se expandió hacia ámbitos que antes no parecían estar incluidos en ella —aunque en verdad ya lo estaban—. Esos ámbitos no se evidenciaron con virulencia como problemáticos sino hasta fines del siglo XIX y a lo largo del siglo XX. Así, cuando en 1971 se publicó el libro *Los límites del crecimiento se revela el inminente agotamiento de las reservas de petróleo, los bosques y otros recursos naturales en relación a las necesidades de la acumulación de capital*. Además, desde fines de los sesenta, y más agudamente a fines de los setenta, se puso a la orden del día la pregunta por la “economía

sustentable”, así como el problema de la creciente destrucción de la ecología planetaria en tanto expresión de la producción capitalista de miseria. Este problema se encuentra implícito en la cuestión social clasista del siglo XIX y ahora, en el siglo XX, es explicitado y desarrollado en la realidad cotidiana.

Como vemos, al desplegarse las formas complejas de producción de miseria, se ha desarrollado la economía política, y sobre todo la crítica de la economía política. Con la globalización de los ochenta y los noventa, no sólo se profundizó la proletarianización de la humanidad evidenciada desde los sesenta, sino que los flujos migratorios de la fuerza de trabajo en todo el mundo crecieron y se volvieron más complejos. Así se conformó un ejército industrial de reserva mundial. En general, se desarrollaron las formas de reproducción de la fuerza de trabajo —y, por ende, el núcleo que las regula, lo que denomino la comunidad doméstica capitalista—. Estos problemas actualizan el cuestionamiento al libro de Marx, invitándolo a que mida su capacidad científica de explicación y la desarrolle a la par que la despliegue a partir de su teoría de la explotación de plusvalor y de la reproducción y desarrollo del capitalismo. ¿Qué significa producir en términos capitalistas y qué tiene que ver eso con la destrucción ecológica y, en general, con el conjunto de cuestiones culturales y psicológicas que vuelven problemática la vida social contemporánea?

Así, pues, El capital debe medirse en referencia a la cuestión que él mismo planteó al transformar el terreno epistemológico en el que se planteaba la cuestión social en la economía política clásica y en el discurso socialista. Pero ahora, a comienzos del siglo XXI, la pregunta de Marx ha quedado enriquecida y no simplemente sumada a nuevas cosas. A la

vez, la misma pregunta, desarrollada y profundizada, la producción compleja de riqueza y miseria, sigue siendo la que ocupa la reflexión de la crítica de la economía política.

11. RIQUEZA Y MODO DE PRODUCCIÓN

*Ya que hemos visto la génesis de la pregunta que se planteó Marx podemos formular de manera más redonda cuál es el objeto teórico de *El capital*. Vimos que Marx intenta trascender tanto la restricción científica presente en la economía política como la restricción política presente en el discurso socialista; cambia, pues, todo el terreno teórico, cambia las respuestas porque cambia las preguntas y las precisa.*

Vimos, por ejemplo, cómo autores marxistas como Maurice Dobb y Oscar Lange no captan esta diferencia específica sino que identifican a Marx con la economía política clásica. Según ellos, Marx es un mejor economista clásico pero su discurso pertenece a este horizonte; hablan de la economía política marxista pero no piensan la diferencia específica de la crítica de la economía política como un cambio epistemológico, como una remodelación de la política de la izquierda y del discurso científico de la economía.

*Durante los años sesenta del siglo XX se reflexionó sobre el tipo de discurso específico que está presente en *El capital*. Es ejemplar a este respecto el libro de Althusser de título paradójico: *Para leer El capital*. Uno creería que es una guía de lectura, una ayuda para leer el libro de Marx, pero cuando leemos el libro -encontramos que en realidad se trata de un texto sumamente complejo por el lenguaje que utiliza y por la reflexión filosófica que lleva a cabo. Tal parece que a mediados de los setenta *El capital* no puede ser leído si no*

se aclaran antes demasiadas cosas, que antes de comenzar a leer el prólogo de Marx hay que bregar con 300 páginas de una discusión archicompleja sobre la epistemología de las ciencias sociales, el psicoanálisis, la lingüística y la economía política frente a la nueva epistemología que Marx propone. Desafortunadamente, este gran aporte de Althusser que intentaba poner en orden tantas cosas en ningún momento llega a captar la diferencia específica del discurso de Marx como crítica de la economía política. Para Althusser, también se trata de ciencia. La economía política burguesa es ideología, Marx hace ciencia y el paso de una a la otra es el paso de la ideología a la ciencia. Marx transformó el terreno epistemológico. La economía política burguesa, por empirista, se hace una pregunta ideológica acerca de la riqueza, y Marx la transforma en una pregunta científica acerca del modo de producir plusvalor. Esta es la respuesta crítica de Althusser a los marxistas que pensaron que Marx hablaba acerca de la riqueza como objeto empírico. Según Louis Althusser, Marx no habla de la riqueza burguesa, pues ésta es una problemática ideológica de la economía política burguesa, sino que habla acerca del modo de producción burgués, pues ésta es una problemática científica.

Marx comienza el primer párrafo de *El capital* con estas palabras: "La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un enorme cúmulo de mercancías y la mercancía individual como la forma elemental de la riqueza. Nuestra investigación, por consiguiente, se inicia con el análisis de la mercancía". De aquí desprende Pierre Macherey, miembro de la escuela althusseriana, que Marx comienza por hablar de la riqueza pero sólo para abandonar inmediatamente este

punto de partida y meterse en lo que realmente es científico: el modo de producción. Marx comenzaría, pues, por la riqueza sólo para recordar el tema ideológico y luego cambiar de terreno discursivo y entrar al tema del modo de producción.

Así, pues, el objeto teórico de El capital ¿es la riqueza de la sociedad burguesa o es el modo de producción burgués? Así, en estos términos antinómicos, quedó planteada la cuestión. La mayoría de los marxistas anteriores a Althusser decían que el objeto teórico de Marx en El capital era la riqueza de la sociedad burguesa observada dialécticamente como producción de riqueza y miseria, pero Althusser cambia los términos de la discusión y dice que el tema de la riqueza no alude a un problema científico sino a un problema empírico, vulgar e ideológico.

Esta postura de Althusser es similar a la que Marx critica —como vimos arriba— en los jóvenes hegelianos que se niegan a tocar el problema del tener y el no tener porque es material, sucio, masivo y mezquino. En cambio para Marx es un problema que al mismo tiempo que vulgar y empírico es esencial, lo cual tiene importancia para un materialista como Marx frente a aquellos filósofos idealistas. En su polémica con los jóvenes hegelianos Marx se encuentra discutiendo por anticipado con una posición como la que tiene Althusser 120 años después.

¿Cómo, pues, podríamos formular el objeto teórico de El capital incluyendo al mismo tiempo los términos de riqueza y modo de producción tal y como se encuentra formulada la cuestión al inicio de El capital? Marx no está optando por un camino o por otro; dice las dos cosas y formula —en el capítulo XXIII de el tomo I— la ley general de la acumula-

*ción capitalista justamente como la creciente producción de miseria al tiempo en que crece la producción de riqueza, así que sin los conceptos de riqueza y miseria para él no tiene sentido el término modo de producción.*⁵

Ciertamente existe la noción empirista de riqueza, pero también existe el concepto científico crítico de riqueza. Althusser y su escuela solamente han visto el concepto empirista de riqueza y lo han rechazado, pero no accedieron a ese concepto científico, así que al rechazar el concepto empirista de riqueza ellos mismos quedan presos en él, porque no alcanzan a vislumbrar otro que es al que alude Marx ya desde La Sagrada Familia. Así, pues, aunque cabe concebir a la riqueza en un plano empírico, ideológico, vulgar, sin trascender el mezquino sentido común, se trata de un concepto esencial para la comprensión de la sociedad burguesa, porque describe su estructura, su modo de producción y lo que fundamentalmente hay que criticar en ella.

El objeto teórico de El capital se puede formular entonces sintéticamente como la reflexión crítica acerca de las condiciones materiales de posibilidad de la sociedad burguesa. Así es como Kant hace la pregunta crítica acerca de la producción de verdades por parte del conocimiento; es decir, la pregunta por las condiciones de posibilidad del pensamiento científico. En Marx estas condiciones materiales constituyen justamente la riqueza. La pregunta crítica de Marx es, pues, acerca de las condiciones materiales de posibilidad para la explotación de plusvalor a la clase obrera o, en otros términos, las condiciones materiales de posibilidad del modo burgués de producir, que consiste en explotar a la clase obrera. Pero en Marx esta pregunta es al mismo tiempo la que propone que este modo de producir es la condición material de po-

sibilidad o la riqueza que hace posible construir la sociedad comunista.

Este objeto teórico de Marx, al mismo tiempo que observa la riqueza en tanto condición de posibilidad de la sociedad humana, percibe un tipo de sociedad humana como riqueza o condición de posibilidad de otra historia. Observa entonces a la sociedad capitalista en su proceso de producción, reproducción y desarrollo, la ley de desarrollo de esta sociedad desde el momento en que nace hasta el momento en que pone las condiciones de su destrucción. Así queda entonces sintetizada la cuestión —y resuelta la antinomia— acerca de si El capital aborda la riqueza o el modo de producción, si hace una pregunta empírica o solamente versa sobre un modelo.

Veamos lo dicho con más detenimiento.

12. CONDICIONES MATERIALES DE POSIBILIDAD Y MODO DE PRODUCCIÓN

El modo de producción burgués tiene como una de sus condiciones materiales de existencia el hecho de que la burguesía se apropie los medios de producción y el proletariado quede desposeído. Al productor directo se le arrebató en primer lugar la tierra y sus medios de labranza; sólo entonces se vuelve proletario, está desvinculado de sus medios de vida y ya es libre, para ser explotado. Esta es condición material de posibilidad del modo de producción capitalista. Como se ve, hablar de condiciones materiales de posibilidad es lo mismo que hablar de riqueza, pues ésta es el conjunto de las condiciones materiales de la vida humana. Entonces cuando Marx hace la pregunta por las condiciones materiales de posibilidad del

modo de producción burgués, es decir, por la riqueza burguesa, no ve esta riqueza como algo quieto, como cosa, sino integrada en un modo de producción, pero no simplemente para constituir un modelo (posición de Althusser). Por cuanto que las condiciones materiales del modo de producción son antagónicas, se trata de una riqueza antagónica, una expropiación y monopolización de riqueza, un tener y un no tener. Por lo tanto Marx hace la pregunta por las condiciones materiales de existencia del modo de producción burgués o de la riqueza burguesa sólo porque al mismo tiempo está haciendo la pregunta por otra sociedad que supere al modo de producción burgués.

Pero ¿cómo conecta Marx la pregunta sobre el futuro con esta del presente? Pues proponiendo al propio modo de producción burgués como riqueza para otro sujeto, para el sujeto proletario. El modo de producción burgués ha sido hasta ahora el látigo mediante el cual se explota al proletariado. Y, bien, Marx cambia la pregunta cuando dice que el modo de producción burgués es riqueza *para el movimiento proletario*. Ya vimos cómo los socialistas utópicos en lugar de economía proponen la cuestión social, y cómo Marx, por su parte, critica a la economía política desde la perspectiva socialista pero también critica la perspectiva socialista desde la perspectiva de la economía. La sociedad burguesa no solamente es un lugar de suplicio para el proletariado, pues si así fuera no habría que pensarla sino olvidarla y pasar a otra cosa —lo que fue la posición del socialismo utópico—. Pero para poder pasar a otra cosa hay que pensarla, pues en la sociedad moderna se encuentran los instrumentos mediante los cuales vamos a construir la próxima sociedad. Esta es la posición de Marx: la sociedad burguesa, el modo de producción burgués,

es riqueza para el movimiento comunista en vista de construir otra sociedad. El capital ha expropiado a los productores directos; ahora los expropiadores van a pasar a ser expropiados. Así plantea Marx el modo de producción burgués como condición de otra historia, como riqueza para otra historia. Aquí se están poniendo en juego un concepto no empirista de riqueza y un concepto de modo de producción que no es idealista o meramente modelar sino que está siempre arraigado a la condición material de posibilidad.

Marx concibe su crítica de la economía política como fuerza productiva, y en general a las teorías y las ciencias, pero también las concibe como ideologías. Esto nos conduce a otro problema.

EXCURSO A

ÉTICA Y MORAL: LAS CIENCIAS NATURALES

Y LAS CIENCIAS SOCIALES

COMO FUERZAS PRODUCTIVAS Y COMO IDEOLOGÍA

Sabemos que las empresas y el Estado emplean psicólogos sociales para diseñar la imagen pública de los candidatos políticos, así como sociólogos, antropólogos y economistas para la coordinación de programas de desarrollo y para la gestión de la acumulación de capital.

Así que en las ciencias sociales —y también en las ciencias naturales— hay mucho de ideología, no sólo de ciencia ni de fuerza productiva. Las ciencias sirven para fomentar las relaciones de producción existentes. No se trata sólo de que las dimensiones ideológicas se añaden a la ciencia. La ciencia en cuanto tal —sea ciencia social o ciencia natural— es una

de las fuerzas productivas de la sociedad moderna, sometidas a las relaciones de producción capitalistas y regidas o coordinadas inmanentemente por perspectivas formales que apuntalan las relaciones de producción alienadas y las ideologías que les corresponden.

No es fácil comprender que no sólo la ciencia natural, sino también la social, sirve al desarrollo de la producción, pero conforme el capitalismo se desarrolla, se percibe la mundialización del costo de ciertas condiciones de vida como la educación pública o la seguridad social —lo que se llama el gasto social del Estado— como algo en lo que debía ocuparse el economista, el antropólogo, el sociólogo y el psicólogo bien sea para abaratar los costos del capital, o al contrario, para mejorar las condiciones de vida de la población.

De otro lado, la ética en tanto ciencia, esto es, como aspecto de la filosofía, al igual que cualquier otra ciencia social, forma parte de las fuerzas productivas de la sociedad.

Por su parte, la moral tiene una doble función. Por un lado está la moral como ideología, como saber, como deber ser, que forma parte de la sobreestructura y simplemente es una ideología pero, por otro lado, la moral constituye al mismo tiempo una dimensión anterior al derecho en tanto conjunto de doctrinas que sirven para regular las relaciones de propiedad y que también forma parte de la sobreestructura, lo mismo que la política en tanto gestión de las libertades al servicio de las necesidades económicas capitalistas, y por ello es un momento del metabolismo social.

Pero hay dimensiones de la política que no forman parte de la sobreestructura, especialmente lo que podemos entender como la politicidad básica⁶ de una sociedad. Si esta politicidad básica se encuentra reprimida apunta a revelarse, a

transformar la realidad económica y política de un país. Cuando la política revolucionaria descubre que la gestión de la libertad auténtica se enfrenta a la gestión de la libertad actual e, incluso, a la gestión de las necesidades a favor del capital, tal y como en la economía se está llevando a cabo en este momento, entonces la política forma parte de la base de la sociedad.

En Miseria de la filosofía dice Marx que la fuerza productiva más poderosa que guarda en su seno una sociedad es la clase revolucionaria que va a transformar el conjunto de las relaciones sociales y a producir un nuevo mundo. La capacidad productiva de esa fuerza revolucionaria es portentosa pues produce historia. Esta producción es evidentemente mucho más compleja —y, entonces, más potente— que la simple producción de cosas.

De ahí que la política revolucionaria sea parte no de la sobreestructura sino de la base de la sociedad. La gestión de libertades es función de la política en general —ámbito en el que se mueve la política de partidos y del Estado—, es parte de la sobreestructura, un momento ulterior al de la gestión de necesidades.

Pero en la sociedad capitalista la gestión de necesidades no es equilibrada, adecuada a lo humano, sino enajenada, así que no tiene en cuenta lo que es verdaderamente prioritario y toma como prioritarias cuestiones que son secundarias. Aquí las cosas se encuentran de cabeza y solamente la política revolucionaria puede ponerlas sobre sus pies. Esta política señala desde la gestión de libertades —que de eso se ocupa la política—, que debe modificarse la estructura de la gestión de necesidades (ocupación de la economía). Solamente así se pondrían las cosas sobre sus pies.

La política revolucionaria es pues, parte de la base de la sociedad precisamente porque esta sociedad se encuentra cabeza abajo o no está hecha a favor de los seres humanos sino contra ellos. Insisto en que estoy hablando de la política revolucionaria en lo que tiene de auténticamente revolucionaria, no de la presencia empírica de la así llamada en un momento dado política revolucionaria, la cual presenta dimensiones revolucionarias pero también reaccionarias según qué tan penetrada se encuentre por la ideología dominante. La política revolucionaria no solamente se encuentra penetrada a veces por policías o por agentes del Estado, sino también por perspectivas ideológicas que no le corresponden a la clase revolucionaria. Empíricamente esta clase es una mezcla de ideología y ciencia, como lo es también, empíricamente, la institución ciencia.

En lo que respecta a la moral, la vimos como parte de la ideología, como un conjunto de saberes e ideas sobre lo que se debe ser que no se aplican siempre y que difieren del ser, de la dimensión material de la sociedad. Pero la moral no solamente tiene esta presencia ideológica favorable a las relaciones de producción capitalistas sino también una función reguladora de las relaciones sociales inmediatas, forma parte, pues, de la base de las relaciones cotidianas de la gente. La moral tiene entonces, como decíamos, una doble versión, pues no podemos suponer una sociedad cuyos miembros estén desligados unos de otros y que integren sus relaciones interpersonales solamente a posteriori a través de la moral. La sociedad está cohesionada desde siempre y la regulación de su cohesión, de sus costumbres, de lo que el ser humano es, está siempre conectada con lo que el ser humano futuriza, con el porvenir. El ser humano no es un ser

dado sino un ser de posibilidades, entonces lo que es se conecta con lo que puede ser, y esto que puede ser se conecta también con una elección de futuro, es decir, de una parte de todo lo que puede ser a la que se circunscribe y a la que define como lo que debe ser, precisamente para garantizar la existencia de lo que es del ser.

Por ese motivo, dimensiones de la moral que se ocupan del deber ser refieren simultáneamente a posibilidades del ser del futuro, y las posibilidades del ser no son algo que le adviene al hombre como un añadido, sino que le es inherente en tanto ser teleológico, en tanto ser que actúa de acuerdo a fines. El ser humano actúa de acuerdo con una finalidad, y por ende observa las posibilidades siempre como parte de su existencia actual. El deber ser no está desligado del ser en la existencia humana. En sus niveles más básicos, la moral, en tanto que regula al deber ser y por ello garantiza la existencia de los individuos sociales —independientemente de que así apuntala las condiciones de dominio de una clase y en este sentido, y sólo en éste, la moral es ideológica—, se ocupa de esta regulación reproductiva básica del socius, del cuerpo social en su conjunto y entonces forma parte de la base de la sociedad.

Lo anterior permite explicar que, en el capitalismo mundializado —totalizado en términos económicos—, dimensiones que antes eran sobreestructurales muestren aspectos que forman parte de la base económica. Del mismo modo vemos que el maestro de escuela que podría hacer su trabajo sin ser explotado puede servir, ahora, en una empresa capitalista de educación y producir plusvalor para sus patrones, los dueños de la empresa;⁷ y esto es lo que ocurre con cada vez más frecuencia.

Asimismo el sometimiento sexual —las formas de opresión y de abuso sexual, etcétera— deviene en funciones económicas de carácter industrial capitalista. La prostitución ya tenía una dimensión económica desde hace milenios pero sin ser el fenómeno generalizado que hoy involucra a millones de gentes. Con la modernización del capitalismo la prostitución se convierte en una rama industrial más. Análogamente la producción y el tráfico de drogas se convierten en ramas multimillonarias de la acumulación de capital.

Es posible comprender el desarrollo capitalista como este proceso de actualización de posibilidades latentes, de su transformación en realidades fácticas generalizadas. Siguiendo este procedimiento podemos comprender la estructura de la sociedad en el capitalismo contemporáneo y cómo es que pueden ser diferenciadas y articuladas sus dimensiones básicas y sobreestructurales, así como también desarrollar la crítica de su estructura económica para abarcar otras dimensiones más amplias de la sociedad.

EXCURSO B

PRODUCCIÓN HISTÓRICA DEL FENÓMENO Y RELACIÓN DE CONOCIMIENTO

De la misma caracterización del objeto teórico de la crítica de la economía política —la riqueza como objeto de la revolución proletaria— se desprende otra indicación metodológica de validez general para las ciencias sociales, a saber: la relación de interioridad entre el objeto y el sujeto del conocimiento.

Consideremos el proceso de conocimiento del sujeto que intenta comprender su experiencia cotidiana. Por ejemplo:

nos topamos con el fenómeno de los niños de la calle. ¿Cómo hace este sujeto —nosotros— para procesar tal experiencia?

Es difícil entender este proceso si al considerar la relación sujeto-objeto se toma al objeto y al sujeto solamente como dos entes separados que en un determinado momento se pusieron en conexión. En realidad esto no es así pues aunque el día de hoy nos topamos con el fenómeno —a través del periódico por ejemplo— éste existe desde hace muchos años. El fenómeno nos incluye y participamos en su producción de manera histórica. Hay, pues, una producción social del fenómeno en la cual participamos. No estamos al margen de él, y entonces lo observamos o nos topa, sino que el objeto ha sido producido también por nosotros; ya estamos incluidos en él, ya nos ha conformado y nosotros lo vamos conformando. Así que no es tan difícil elaborar los datos que recibimos del fenómeno. Tenemos conocimientos previos a través de otros fenómenos: leemos otros libros, tenemos múltiples experiencias sobre el mismo hecho, etcétera.

Si tomamos como ejemplo uno de esos libros, puesto sobre la mesa, no hay que considerarlo como algo separado de mí. Así se ve, ahí está el libro y aquí estoy yo: este objeto libro está dado y yo estoy dado. Pero, insisto, el libro no simplemente está dado sino que ha sido producido por seres humanos. Yo soy un ser humano y de alguna manera estoy en contacto con esos seres humanos que produjeron el libro, hay una conexión histórica entre ellos y yo que hace que su libro no me sea completamente ajeno. De ahí que se pueda afirmar que el sujeto —incluso este sujeto individual, y con más razón aún si hablamos de un sujeto colectivo— ha producido el objeto que va a conocer.⁸ El objeto de conocimiento ha sido

antes objeto de producción, primero ha sido producido; entonces, hay interioridad entre el sujeto y el objeto. Ahora que yo lo capto, en realidad voy a re-captarlo, a re-conocerlo.

Hubo quien pensó prostituir a esta niña de la calle. “A esta niñita podría yo colocarla —alguien se dijo— en tal club de lujo”. Hubo quien pensó eso, tuvo algunas nociones acerca de esto y lo hizo. Recientemente se ha debatido sobre la conveniencia de fomentar la proliferación en México de este tipo de antros, casinos, etcétera. No se habla del fomento del narcotráfico y la prostitución de todo tipo —especialmente infantil— extendida con la globalización pero es evidente que se trata de eso. Pues bien, es en este contexto en el que crece este tipo de negocios en los que cada vez hay más gente involucrada. Ahora yo me encuentro a 100 kilómetros de distancia del fenómeno, y ni siquiera del hecho real, es decir, no me encuentro ni a la niñita ni al lenón sino a alguien que escribe sobre el fenómeno y analiza estadísticas, así que puedo pensar que aquéllos me son aparentemente exteriores. Pero en verdad el fenómeno ha sido producido socialmente y en tanto existe es debido a una cierta finalidad y a una cierta mentalidad. El lenón lo produjo y quiso sacar de él un provecho; los conceptos que imprimió en el asunto pueden ser vagos, oscuros o bien perfilados —unos fueron eficaces, otros no— y yo voy a reproducirlos en mi cabeza al observar el objeto. Voy a construir otros conceptos correlativos, algunos serán coincidentes con los que él pensó, otros no. Habrá, incluso, otros conceptos que él no pensó, él nada más actuó y, por mi parte, yo capto en estos conceptos los resultados de su acto.

De tal manera mi captación del fenómeno tiene lugar en un segundo momento. Los seres humanos primero produje-

ron el fenómeno y le imprimieron pensamiento, y luego pensaron el objeto —el cual ya contenía pensamiento— y después espigaron nuevos conceptos para explicarlo, y entonces actuaron en su momento para volver a incidir prácticamente sobre el fenómeno y abolirlo, transformarlo o bien para mejorarlo como negocio.

Como se ve, no es posible resolver este problema del conocimiento si se parte de un sujeto y un objeto separados que se relacionan *a posteriori*. *Sólo si se reconoce que esta relación de conocimiento es una relación segunda respecto de la producción del objeto, es posible comprender que existe una interioridad práctica entre el sujeto y el objeto que es previa a la relación de conocimiento.*

En la filosofía, hubo una bifurcación entre la manera en la que Descartes captó la objetividad y en la que sigue Kant. De ahí que Hegel intentara revertir el modo cartesiano de captar el objeto y la relación de conocimiento, para lo cual entronca con otra vertiente que proviene de Jean Baptiste Vico, autor de la Ciencia Nueva.

Esta vertiente no plantea una relación de exterioridad entre el sujeto y el objeto, sino que reconoce en primer lugar que los hombres producen su propia historia. Esta es la idea decisiva de Vico que retoma Hegel y luego Marx. Pues bien, al producir su propia historia, el hombre produce los sujetos que la producen, así como, primero, los objetos en tanto producidos para producir sujetos.

II. LA ESTRUCTURA ARGUMENTAL DEL TOMO I

1. LA ESTRUCTURA DEL PRIMER TOMO DE *EL CAPITAL*

Como hemos visto, Marx expone en *El capital* una teoría del desarrollo capitalista que incluye la crítica de ese mismo desarrollo. A lo largo de esta exposición le hemos ido dando cada vez más significado al concepto de desarrollo diferenciándolo de los de producción, reproducción y realidad empírica de un hecho social en un momento dado. De esta manera llegamos a captar la crítica de la economía política como una teoría del desarrollo capitalista en la cual quedan integrados los conceptos de riqueza y modo de producción, tal y como se muestra en el primer párrafo de *El capital*.

Con base en este resultado, podemos pasar ahora a profundizar en la estructura de los tres tomos de *El capital*. Como sabemos, el tomo I se ocupa en la producción inmediata, el tomo II en la producción mediata y el tomo III en la producción inmediata y mediata del capital o en la producción absoluta. También podemos decir que en cada uno de estos libros se trata, respectivamente, de las premisas, el proceso y el resultado de la producción capitalista en desarrollo. Pero también sabemos que en cada uno de los tomos la exposición sigue los momentos de inmediato, mediato y absoluto, o bien de premisas, proceso y resultado ¿Por qué? Porque lo que se expone es precisamente un proceso de producción:

las premisas del proceso de producción, el proceso de producción desplegándose y sus resultados. Marx deriva la estructura constituida por estos tres momentos del análisis del proceso de trabajo (capítulo V del tomo I). Pues bien, así está construido El capital en su conjunto y en cada uno de sus tres tomos. Ya vimos lo correspondiente al conjunto de los tres tomos, ahora vamos a ver cómo cada uno de ellos está estructurado de acuerdo con el concepto de proceso de trabajo, es decir, cómo cada uno posee una estructura praxeológica o de acuerdo con la praxis. (Ver el Diagrama 4.)

En la sección primera (“Mercancía y dinero”) se presentan las premisas funcionales del proceso de producción inmediata del capital: la circulación de capital, la circulación de mercancías y de dinero y a éstos —la mercancía y el dinero— como premisas para que el capital pueda echar a andar su proceso. Otra premisa es la fuerza de trabajo como tipo peculiar de mercancía. Ésta se presenta en la sección segunda (“La transformación de dinero en capital”). Otra premisa más es el dinero funcionando como capital. En la esfera de la circulación se encuentran, por un lado, la mercancía fuerza de trabajo y, por otro, el capital como dinero. Ese es el resultado de la sección segunda del tomo I de *El capital*, con el que concluye la exposición, que fue desarrollándose durante las primeras dos secciones, de las premisas del proceso de producción inmediata de capital.

Por otro lado, en la sección tercera (“Producción del plusvalor absoluto”) y en la sección cuarta (“La producción del plusvalor relativo”) se abordan los procesos mediante los cuales se produce el plusvalor, es decir, respectivamente, el proceso de subsunción formal y el proceso de subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital. Así,

pues, en estas secciones ya no se trata de las premisas de la producción inmediata del capital, sino de este mismo proceso. Se pone a trabajar a los obreros y éstos producen plusvalor absoluto y plusvalor relativo.

Y bien, la sección quinta (“La producción del plusvalor absoluto y del relativo”) estudia precisamente el resultado del proceso de producción inmediata del capital, esto es, el plusvalor, tanto el absoluto como el relativo, pero también el salario —que es en lo que se ocupa la sección sexta— con el cual se les remunera a los obreros, quienes a su vez producen el capital variable con el que se les paga ese mismo salario.

En efecto, como sabemos, Marx distingue (en el capítulo VI “Capital constante y capital variable”) tres partes del valor del producto capital: una que corresponde al capital constante, otra al capital variable y otra al plusvalor. Estos tres componentes del valor se pueden clasificar en dos: uno es el “valor transferido” y otro el “valor producido”. El primero está constituido por el capital constante, el cual es un valor pre-existente bajo la forma de máquinas, edificios, materias primas y auxiliares, y que, al ser consumidos por el obrero, transfieren al producto el valor que estaba plasmado en ellos. La otra parte del valor del producto es un valor no transferido sino recién producido, que no existía y que el obrero crea al trabajar. Una parte de este valor recién producido reproduce el valor de la fuerza de trabajo, es capital variable, y otra parte constituye el plusvalor.

El plusvalor y el capital variable son entonces los productos resultantes del proceso de producción inmediato de capital, y este doble valor producido es justamente lo que se expone en la sección quinta y en la sección sexta del tomo I de El capital

(las dos formas del plusvalor y el salario, respectivamente). Después de que se echó a andar el proceso de producción, además de que se transfirió valor se produjo algo nuevo: plusvalor —en sus dos versiones— y capital variable —presente como salario—. Esos son los productos genuinos del proceso inmediato de la producción capitalista.

Así, pues, ahora tenemos ya presentes los tres momentos constitutivos del proceso de producción capitalista, a saber: la premisa (secciones primera y segunda), el proceso (secciones tercera y cuarta) y el resultado (secciones quinta y sexta). Ahora bien, a partir de que tenemos el resultado puede recomenzar el proceso. Lo que es resultado —de un proceso 1 (el plusvalor y el salario)— se convierte ahora en premisa de un nuevo comienzo del proceso de producción —de un proceso 2—. Esto es lo que tenemos en la sección séptima (“El proceso de acumulación del capital”), donde se aborda la reproducción —simple y ampliada— de capital.

Como vimos, en la sección segunda se estudian las premisas funcionales y concretas de la producción capitalista, es decir, el dinero que funciona como capital y la fuerza de trabajo que va a ser explotada en tanto mercancía peculiar que posibilita la existencia de la producción capitalista. Si el dinero se invierte en la compra de mercancía fuerza de trabajo entonces ya puede convertirse en capital, porque al consumir el valor de uso de esa mercancía se produce valor, y más valor que el que ella contiene. Entonces en lugar de dinero tenemos dinero incrementado, el valor del dinero inicial más un plus de valor ($D + \Delta D$).

No hay que confundir el plusvalor con lo que comúnmente se llama plusvalía en el contexto de la compra-venta de bienes raíces, y que es una combinación de renta del suelo y

ganancia comercial.

En el tomo I de El capital tenemos, entonces, el plusvalor en su momento de creación. En la sección segunda se estudia cómo la transformación del dinero en capital da pie a que inicie el proceso de producción de plusvalor —proceso que se estudia en las secciones tercera y cuarta—, y el resultado es justamente el plusvalor producido —analizado en la sección quinta—. En la sección séptima —una vez que tenemos el resultado del proceso y éste puede recomenzar— tenemos un fenómeno nuevo; no solamente se repite lo mismo sino que ahora además sucede algo nuevo: si primero —en la sección segunda— vimos que se transformó el dinero en capital, ahora —en la sección séptima— veremos cómo es el plusvalor el que se transforma en capital. “Con anterioridad debimos considerar cómo el plusvalor surge del capital; ahora hemos de examinar cómo el capital surge del plusvalor” (p. 713).

La transformación de dinero en capital propició que el capital produjera plusvalor absoluto y relativo; pero una vez que ha sido producido el plusvalor como resultado, ahora el plusvalor va a producir capital. En este proceso en el que el plusvalor producido genera capital se invierte el proceso de transformación de dinero en capital que produce plusvalor (ver el Diagrama 5). El plusvalor ha sido hijo del capital, ahora el capital es hijo del plusvalor. El capital produjo plusvalor, ahora el plusvalor va a producir capital. Se cierra así el círculo argumental del tomo I de El capital (ver el Diagrama 6).

En este momento conclusivo de su argumentación Marx muestra que si alguna vez el capital partió de condiciones previas externas a la producción capitalista, y debidas a alguna acumulación proveniente del propio esfuerzo del

burgués, una vez que se echa a andar el proceso de producción capitalista —de explotación de la fuerza de trabajo asalariada— el capital pierde hasta el último átomo de valor que no haya sido producido por la clase obrera, todo el capital se convierte en plusvalor acumulado, y por cierto plusvalor que les fue explotado a los obreros.

2. PROCESO DE EXPLOTACIÓN Y PROCESO DE ENAJENACIÓN EN EL TOMO I

En las secciones tercera a sexta Marx analiza el proceso de producción capitalista y sus resultados. El capitalista es dueño de una suma de dinero y con ella emplea a un conjunto de obreros, compra medios de producción y pone a funcionar el proceso. En este proceso los obreros reproducen la parte del capital variable con que el capitalista les paga su salario y producen plusvalor, esto es, producen un valor cuya magnitud es mayor que lo que cuesta su fuerza de trabajo. Para observar este proceso en forma pura, Marx iguala a cero el capital constante o lo toma como si no existiera. Por su parte, el capitalista se apropia este plusvalor, lo que justifica diciendo que él ha posibilitado que ocurra el proceso porque aportó lo que se llama “iniciativa empresarial”. El capitalista poseía el dinero para pagarles a los obreros y para comprar los medios de producción con los que han trabajado. Él es el dueño de la fábrica y “les dio” trabajo a los obreros. Pero en todo caso, más allá de estas justificaciones, ¿cómo se hizo de la fábrica y de ese conjunto de capital? Los socialistas antes de Marx decían simplemente que el capitalista se apropió de eso mediante un robo. “La propiedad es un robo”, dice Proudhon siguiendo a socialistas anteriores.

Supongamos que no fue un robo. Por el momento no va-

mos a preguntar cómo obtuvo su capital el capitalista, supondremos que era un proletario y que echó a andar el proceso, y que está justificado que se apropie del plusvalor pues ese derecho está garantizado por las leyes. Él no ha robado nada. Tiene un dinero y lo usa para emplear gente. El argumento fundamental de Marx consiste —y en esto rebasa con mucho el argumento socialista previo— en demostrar no que el capital es un robo sino que todo el capital existente está constituido por plusvalor explotado a la clase obrera. Si en algún momento el capital preexistente fue obtenido no por medio del robo sino, presuntamente, gracias al propio esfuerzo del burgués, una vez que se echa a andar el proceso en el que explota plusvalor a los obreros, no solamente el dinero se transforma en capital sino también el plusvalor. El capital no solamente produce plusvalor sino que, ya produciéndolo, el plusvalor se vuelve la sustancia única de la que está hecho el capital. El capital, todo él, está hecho de explotación a la clase obrera.

*En las secciones tercera a sexta, que exponen el proceso y los resultados de la producción capitalista inmediata como proceso de explotación de plusvalor, el concepto de explotación es un concepto científico preciso. Cuando actualmente se dice “explotación sexual”, por ejemplo, no se utiliza este concepto con precisión, pues se habla, quizás, solamente de abuso, de utilizar a alguien contra su voluntad o bien con su voluntad, pero con una finalidad mala o que le es contraria. En cambio en estas secciones de *El capital* el concepto de explotación adquiere gran precisión a partir de la distinción entre capital variable y constante, valor producido y valor transferido, intercambio mercantil dinerario equivalente en la circulación y producción y apropiación de plusvalor sin*

mediar equivalente.

Así, pues, se sabe muy bien de dónde sale el plusvalor, a quién se le quitó, quién lo produjo, qué papel o función cumplieron en el proceso los medios de producción, el dinero y la fuerza de trabajo. Está perfectamente claro que hay unos seres humanos que han sido explotados no obstante que se les pagó el valor de su fuerza de trabajo, que hubo un intercambio equivalente entre mercancía fuerza de trabajo y dinero. Todas las paradojas y encubrimientos concretos del fenómeno han quedado desestructurados gracias al procedimiento consistente en analizar el proceso de explotación de plusvalor suponiendo que el capitalista le paga al obrero el valor de su fuerza de trabajo y que todo el capital pertenece al capitalista antes de que tenga lugar el proceso de explotación. Pero en el capitalismo no sólo tiene lugar la explotación de plusvalor a la clase obrera. Veamos: de la suma de capital constante más capital variable más plusvalor, esta última parte —el plusvalor— es la que se le explota a la clase obrera. Sin embargo, en el proceso de reproducción del capital todo el capital constante (c) y todo el capital variable (v) están formados por plusvalor (p) acumulado. Esta expropiación de plusvalor totalizada, cuando el plusvalor constituye no sólo una parte del valor del producto sino la totalidad del capital ($c + v + p$), se llama enajenación de la riqueza (ver el Diagrama 7).

Toda la riqueza social ha sido producida por los trabajadores industriales, del campo, de la cultura, las prostitutas..., por cualquier trabajador. Todos los trabajadores han producido la riqueza social, la cual está formada por condiciones previas —capital constante— y por un valor recién producido que sirve para que los sujetos podamos reproducirnos celu-

larmente —salarios— más un nuevo valor excedente —plusvalor—. Toda la riqueza social es $c + v + p$, y ha sido producida por los obreros y se la han apropiado los capitalistas. Lo que era propio de la sociedad le ha sido enajenado a ésta, se le ha vuelto ajeno. Este no es ya un mero proceso de explotación sino otro más profundo, es un proceso de enajenación.

Así queda dicho con precisión cómo ocurre la enajenación bajo el capitalismo: mediante la explotación de una parte de la riqueza (el plusvalor) que se va sumando al capital de ciclo en ciclo.

Explotación de plusvalor y enajenación de la riqueza social son conceptos científicos y críticos rigurosos. No se trata de un concepto filosófico por un lado —el de enajenación— y un concepto científico económico por el otro —el de plusvalor—; los dos son conceptos científico-críticos que le pertenecen esencialmente a la crítica de la economía política.

3. COMPOSICIÓN ORGÁNICA DEL CAPITAL

La composición orgánica del capital desempeña un papel central en el análisis del proceso de acumulación del capital.

Marx analiza la reproducción simple (capítulo XXI) y la transformación del plusvalor en capital (capítulo XXII) como si solamente existieran el plusvalor y el capital variable, supone que la composición orgánica del capital permanece constante. En el análisis de la ley general de la acumulación capitalista (capítulo XXIII) se habla de la composición orgánica del capital pero solamente haciendo alusión a su variación, sin analizarla, es decir, se analiza la forma de esta variación, no su contenido. Esto nos da una pauta importante del modo en que Marx observa la reproducción del capital en este to-

mo I, dedicado a la producción inmediata del capital.

La transformación del plusvalor en capital cumple, en la sección tercera del tomo II (la circulación vista como reproducción), una función análoga a la desempeñada por la transformación de dinero en capital en la sección segunda del tomo I (el proceso real de la producción capitalista). Ahora, en la sección séptima del tomo I se expone la transformación del plusvalor en capital, y simultáneamente se puede exponer la reproducción del capital pero sólo porque ya se expuso la producción del capital, y entonces simplemente hay que replantear en términos formales lo que ya se dijo sobre esta producción, pero todavía no se puede abordar en términos reales la reproducción del capital. En el tomo I se muestra, pues, la forma de la reproducción en acuerdo a esta exposición de la mera transformación del plusvalor en capital, lo cual da pie al tomo II, donde la reproducción de capital se aborda en su realidad. En el tomo I se presenta, pues, la forma de la reproducción, y en el tomo II la reproducción en su realidad, por lo que es allí donde se tiene en cuenta por primera vez el capital constante —que no ha sido asumido en el tomo I— en cuanto a su contenido.

El capital constante es un concepto estratégico para la argumentación de Marx, así que vamos a seguirle la pista a lo largo de los tres tomos de *El capital*. No solamente se trata de exponer o explicar el origen del capital constante, hay que criticarlo. El capitalista puede arguir que paga salarios justos y que las condiciones materiales y jurídicas le permiten apropiarse el producto excedente, el plusvalor, pero aún le falta justificar su apropiación de esa riqueza que la sociedad va produciendo y acumulando en forma de medios de producción. De un periodo a otro y de una sociedad a otra, cada

vez existe una masa mayor de instrumentos, de tecnología para transformar la naturaleza, eso es el capital constante: las máquinas, los instrumentos, los saberes, los métodos de producción, los edificios, etcétera.

Ya vimos en el tomo I que apenas se ve la forma del capital constante en la producción y en la reproducción, y que no se toma en cuenta en su contenido porque ahí Marx aborda solamente la transformación del plusvalor en capital, es decir, la forma de la reproducción. Solamente en el tomo II, donde se aborda directamente la reproducción en su realidad, se analiza, en parte, el contenido del capital constante. Siguiendo este hilo rojo del argumento de Marx, más adelante veremos cómo en el tomo III se aborda otra parte del contenido del capital constante.

4. OBJETO TEÓRICO DE LAS SECCIONES PRIMERA Y SEGUNDA DEL TOMO I Y DE ÉSTE EN SU CONJUNTO

Dice Bolívar Echeverría que el objeto teórico de las dos primeras secciones de *El capital* es *el modo aparente de existir de la riqueza en la sociedad capitalista* (“Comentario sobre el ‘punto de partida’ de *El capital*”) según se nos muestra ésta en la esfera de la circulación del capital o como circulación de dinero y mercancías. Vale la pena puntualizar esta formulación.

En primer lugar —si consideramos la cláusula de adelante para atrás— se nos dice que en esas secciones se observa la circulación de las mercancías que encontramos en el capitalismo, no la anterior al capitalismo; no se trata, pues, de una situación precapitalista sino que estamos observando la circulación del capital. Pero, en segundo lugar, se señala que

estamos observando sólo la apariencia de la misma. Entonces no vemos al capital, su núcleo esencial, sino sólo a las mercancías y al dinero circulando. La riqueza de la sociedad burguesa se muestra en la esfera de la circulación con una apariencia de mercancías y de dinero, no como capital.

Así, pues, en tercer lugar, Marx debe criticar esta apariencia que encubre al ser del capital. Esa crítica es lo que posibilita transitar de la esfera de la circulación (en estas dos primeras secciones) a la esfera de la producción del capital (de la sección tercera en adelante), ahí donde se explota a la clase obrera. Esa apariencia circulatoria oculta el hecho de la explotación, por eso hay que hacer una exploración crítica de la circulación del capital para explicar cómo es posible que la riqueza aparezca como si fuera una circulación simple de mercancías. La riqueza capitalista no aparece como lo que es, circulación de capital, sino como circulación simple de mercancías, como si circularan solamente dinero y mercancías. A partir de allí, el resto del tomo I de *El capital* se ocupa en la exploración crítica de la esencia del modo de producción capitalista, es decir, del proceso inmediato de producción del capital y de la forma de la reproducción que le es inherente.

5. PRESENCIA PARADÓJICA DE LA LEY DE DESARROLLO DEL CAPITALISMO EN EL TOMO I

El tomo I de *El capital* presenta otras paradojas en sus tres capítulos finales. Ya vimos cómo se expone en el capítulo XXIII la ley de desarrollo del sistema capitalista no obstante que lo que se está tratando es la producción inmediata de capital. Por su parte, en el capítulo XXIV se presentan las premisas

históricas —no las premisas funcionales (circulación de mercancías y dinero)— de este proceso de producción, es decir, aquello que antecedió al capitalismo: la acumulación originaria de capital, y, aun —en el parágrafo 7 de este mismo capítulo XXIV—, se analizan las tendencias futuras generales del capitalismo. Por su parte, en el capítulo XXV se estudian las tendencias futuras particulares de la reproducción capitalista. Así, pues, ¿cómo compaginar el título del tomo I —“El proceso de producción del capital”— con su contenido, que aborda la circulación, la producción, la reproducción capitalista, lo que antecede al capitalismo y el futuro posible del capitalismo, incluida su ley de desarrollo? La cuestión se revela más compleja si recordamos que en el tomo I se trata sólo del proceso inmediato de producción. He aquí un desafío para quien lee o relee *El capital*.

Alfred Schmidt intentó darle una interesante respuesta a este desafío en su libro *Historia y estructura*, dedicado a discutir con Louis Althusser. Ya vimos cómo, para este último, *El capital* expone el modo de producción capitalista, especialmente su estructura. Pero, como se ve, aquí Marx no solamente presenta la estructura del capitalismo sino, además, una premisa histórica del mismo, la acumulación originaria, es decir que está considerando la estructura y la génesis del capitalismo. Por lo que Schmidt señala que la lectura estructuralista que hace Althusser de *El capital* no coincide con el método expositivo de Marx, que incluye la estructura, el proceso y la génesis del capitalismo. Tal es la sugerencia de Schmidt para entender este contenido paradójico de *El capital*. Nosotros estamos tratando de establecer otra interpretación, pero vale la pena tener en cuenta estos aportes.¹

Otro autor, Giulio Pietranera, escribió un ensayo titulado

“La estructura lógica de El capital” (1956), en el que afirma que en las dos primeras secciones del tomo I Marx se refiere a una situación precapitalista, en la que hay mercancías y dinero pero todavía no capital. Marx estaría hablando allí, entonces, de un “modo de producción mercantil simple” anterior al capitalismo, y sólo a partir de la sección tercera se trataría de un modo mercantil desarrollado específicamente capitalista.

Por su parte, José Valenzuela Feijóo retoma esta idea de Pietranera para tratar de explicar ciertos aspectos del capitalismo contemporáneo desde la perspectiva de la teoría del valor.

Cabe señalar que estos autores abordan la estructura de El capital no tanto para explicarla sino para extraer de ella apoyo para un argumento propio. Sin embargo —y aunque este argumento muy bien puede ser atinado— este procedimiento conlleva el inminente riesgo de que, mientras tanto, la estructura argumental de El capital queda desvirtuada. Para nosotros es importante comprender cómo está estructurado El capital, cuál es su método de exposición, cómo están armados sus argumentos.

Ya vimos cómo cuando Althusser plantea que el concepto de riqueza social es un concepto empirista y por ende no científico sino ideológico, y que el objeto teórico de El capital es el modo de producción, pierde de vista un argumento científico y crítico en contra del capitalismo: el argumento que dice que el capitalismo no solamente explota plusvalor a la clase obrera sino que enajena toda la riqueza social a la clase obrera y a la humanidad. Profundicemos el punto en lo que resta de esta sección y en el inicio de la siguiente.

6. EL CAPITAL COMO TEORÍA DEL DESARROLLO CAPITALISTA

La ciencia forma parte de las fuerza productivas, de la base de la sociedad. El conocimiento precapitalista no científico también era parte de la base de la sociedad en la que existía. La forma de ese conocimiento era mítica, pero no su contenido. Tenía un contenido de verdad y una eficacia práctica, era fuerza productiva. El conocimiento moderno no se presenta en forma mítica sino en una figura lógico-conceptual que no tenía en las sociedades anteriores, lo que muestra la importancia de diferenciar la forma y el contenido del conocimiento, pues si esta forma no fuera eficaz, el conocimiento no podría ser fuerza productiva —así sea destructiva—. La forma en que se presenta el conocimiento potencia su carácter de fuerza productiva, y más aún en el caso que nos ocupa.

Así, cuando decimos que *El capital de Marx ofrece una teoría científico-crítica del desarrollo capitalista nos referimos a que está hablando inmediatamente de nosotros y no de la sociedad inglesa del siglo XIX ni del capitalismo de libre competencia. Pero tampoco está hablando de un hecho sino de un desarrollo; no sólo de lo que ya existe sino de lo que aún está por darse, de lo que él ve allí, enfrente, y de lo que viene. Está hablando de la ley de desarrollo.*

Para entender cómo es que puede ser vigente El capital: las posibilidades de su uso actual para la ciencia y para la crítica de la sociedad capitalista contemporánea, es esencial entender que este libro está construido metódicamente no para dar cuenta del capitalismo del siglo XIX, sino que su método, su estructura, su arquitectura y sus conceptos están allí para construir una ley de desarrollo, es decir, una ley que hable del capitalismo que Marx vio y del que no vio, del capitalismo actual. Por eso pudo decir que iba a llegar un mo-

mento en que se constituyera el mercado mundial capitalista industrial que ahora, 150 años después, tenemos enfrente. Sí, es una sorpresa: su predicción y nuestra experiencia coinciden. Pero ¿por qué coinciden? Coinciden porque aquella ley de desarrollo está construida de acuerdo a la dialéctica como lógica expositiva, lo que significa que Marx construyó en *El capital* una teoría del desarrollo capitalista o —si se quiere— de la dialéctica del capitalismo.

Se trata, pues, de una teoría del desarrollo capitalista; incluye el modo de producción y la acumulación pero también la riqueza. Ya vimos que hay que incluir la riqueza y no nada más el modo de producción, pues la clase obrera no sólo es forzada a producir y trabajar para otros sino que le es arrebatado el conjunto de la riqueza.

Así, pues, *El capital* habla del hoy porque contiene una teoría del desarrollo capitalista. Esta es la clave que nos permite entender por qué está construido así y analizar la obra en detalle, ver cómo engarza cada capítulo con otro, resolver las paradojas que nos asaltan al leerla. La única manera de darle orden a este rompecabezas es asumir radicalmente lo que Marx dice en el prólogo de la primera edición, es decir, que lo que expone es la ley de desarrollo de la sociedad moderna, no el modo de producción sino la sociedad actual y su porvenir.

Cabe insistir en la idea que aparece casi al final del tomo I de *El capital* —ahí donde se presenta la forma general de la reproducción y el desarrollo capitalista, las tendencias de su futuro—: la clase obrera no solamente está sometida a la explotación de plusvalor, sino a una enajenación total de la riqueza, tanto material como espiritual. “No pueden ocurrir las cosas de otra manera —dice Marx— en un modo de pro-

ducción donde el trabajador existe para las necesidades de valorización de valores ya existentes, en vez de existir la riqueza objetiva para las necesidades de desarrollo del trabajador. Así como en la religión el hombre está dominado por las obras de su propia mano". Y es que en ese libro está hablando un materialista, que por ende parte de la preeminencia de la dimensión material respecto de la conciencia. Por lo cual al aplicar esta perspectiva en el análisis del capitalismo supone que la clase obrera va a ser expropiada en el curso del desarrollo histórico y que aunque la clase obrera haya podido tomar conciencia de sí y del modo de producción capitalista, éste se desarrolla, impidiendo que esta conciencia permanezca lúcida, precisamente porque en el siguiente ciclo va a expropiarle el plusvalor y el conjunto de la riqueza material e intelectual.

El tomo III de El capital concluye con un capítulo sobre las clases y la lucha de clases, pues esta lucha forma parte del proceso vital del capitalismo, el cual aunque es contradictorio sigue una línea de enajenación creciente, una ley de enajenación.

Marx previó que la clase obrera iba a ser mundial — aunque en aquel momento sólo existía una clase obrera propiamente dicha en los principales países europeos— y previó también que esa clase mundial iba a estar más enajenada que la que existía a mediados del siglo XIX. Así que él ve que se trata de preparar armas para ese enfrentamiento, entregarle a la clase obrera una memoria histórica que le permita analizar científicamente y críticamente al capitalismo. Y bien, ¿cómo construir esa obra del socialismo científico que constituye tal arma para la clase obrera mundial? Como todas las armas, ésta también puede ser alienada, expropiada, tal y

como realmente le han sido expropiados el marxismo y el argumento de El capital a la clase obrera. Pero cabe la posibilidad de que la clase obrera pueda recuperar el marxismo. Por eso hay que dejar plasmada esta teoría para que una y otra vez se pueda recurrir a ella y luchar por recuperar la conciencia crítico-científica. En momentos de auge del capitalismo la clase obrera difícilmente va a levantar cabeza, pero en los momentos de crisis la gente puede ver con toda claridad lo que muchas veces solamente unos cuantos militantes o activistas entienden.

El capital está construido para esos momentos, que no solamente son cíclicos sino, aun, epocales, siempre para la próxima recuperación. Marx escribe en el momento en que la medida geopolítica continental de capital se ha desbordado hacia su medida mundial.² La medida mundial tarda mucho tiempo en tupirse; el mundo es muy grande. Pero 150 años después se encuentra ya completada. Se ha construido el mercado mundial capitalista y ahora que la medida de capital ya es mundial estamos en una situación similar a aquella en la que Marx escribió. En aquel entonces el capital fue pleno en su territorio, y sólo después se desbordó sobre el mundo para disolverse y así operar, al mismo tiempo, un progreso y un retroceso históricos. Las fuerzas productivas del capitalismo, al prepararse en un territorio mayor, diluyen su eficacia histórica, de ahí que la situación histórica fuera relativamente más atrasada durante fines del siglo XIX y casi todo el siglo XX que a mediados del siglo XIX.

A fines del siglo XX y al entrar en el siglo XXI, las fuerzas productivas capitalistas tienen una medida o proporción análoga, en términos relativos, a la que tuvieron en 1850, cuando la medida de capital se encontraba tupida. Después de

1850, cuando esa medida de capital continental se desbordó y se diluyó en el mundo, ocurrió un retroceso histórico relativo que no se compensó sino hasta fines del siglo xx.

Actualmente la medida de capital está tupiendo el mundo, y como el nivel de conciencia de los seres humanos se corresponde con la potencia —geopolítica— que tienen sus fuerzas productivas, hoy puede suscitarse una recuperación de la teoría del desarrollo del capitalismo a la altura del modo en que Marx la pensó, y no más bien malentendiéndola, precisamente porque hoy contamos con un horizonte histórico mucho más desarrollado que el de los lectores de los siglos xix y xx. Hoy *El capital* es un texto actual y es posible llevar a cabo su recuperación. Podemos ver que el modo en que está construido fue posible justamente porque su autor se percató de la gran capacidad de alienación del capitalismo. En contra de la dialéctica de la enajenación capitalista, el texto de *El capital* construye una contra-dialéctica mediante la cual es posible desalienar constantemente a la clase obrera, y así como se puede desalienar la apariencia capitalista también puede ser desalienada la captación de la esencia del sistema. Hoy sería posible, por ejemplo, no sólo restablecer y desarrollar el conjunto de temas que Marx planeaba tratar en la obra que proyectara originalmente y de la cual sólo concluyó una primera parte, sino, incluso, el significado epistemológico y político de la forma en que está construido el argumento de *El capital*.

7. RIQUEZA Y ENAJENACIÓN

En lo anterior vimos que la actualidad de *El capital*, es decir, su capacidad para explicar la realidad, se juega en la rela-

ción entre tres factores: los ejemplos presentes en el texto, los conceptos que Marx expone en el mismo y la realidad empírica que los lectores tienen frente a sí. La aplicabilidad de *El capital*, esa relación externa al texto, se resuelve en una relación interna del mismo entre ejemplo y concepto. A propósito de esta relación problemática, vimos cómo el capital puede presentarse como capitalismo total porque para explotar plusvalor pone en marcha no sólo a las fuerzas productivas técnicas mediante la fuerza de trabajo del obrero, sino también a las fuerzas productivas procreativas, es decir, a la propia fuerza de trabajo; por ello aludimos a la prostitución y la explotación sexual generalizada de millones como síntomas de la constitución del capital total, al cual Marx denomina (en el capítulo XIV de *El capital*) *Gesammtkapital* (*Gesammt* por completo y *Kapital* por capital), y que se enfrenta al obrero total o *Gesammtarbeiter*. Marx propone estos conceptos como horizonte general del capitalismo mundial.

Pues bien, hoy este horizonte está realizado: ahí están el *Gesammtkapital* y el *Gesammtarbeiter*, el capital total enfrentado al obrero total. Esto quiere decir que la contradicción histórica se ha simplificado al tiempo que se ha agudizado. Tal es el contenido histórico-crítico de los conceptos de capital total y de obrero total.

En segundo lugar, a propósito de la estructura argumental del tomo I de *El capital* —ordenada de acuerdo a los tres momentos del proceso de producción inmediato del capital: premisas, proceso y resultado—, vimos cómo es que la apariencia de la riqueza capitalista en la esfera de la circulación de capital muestra un intercambio equivalente entre mercancía y dinero bajo el cual se oculta la explotación de plus-

valor. A partir de un intercambio equivalente, el capital se embolsa un inequivalente particular, el plusvalor.

Del concepto de riqueza en la apariencia circulatoria pasamos al de capital y plusvalor en el ámbito de la esencia capitalista. Cabe entonces la pregunta: ¿Marx ya no retomará el concepto de riqueza social por ser meramente aparential, ideológico, y solamente son científicos y esenciales los conceptos de capital y plusvalor? Esta pregunta fue formulada por Pierre Macherey, autor perteneciente a la escuela althusseriana, en un ensayo titulado “Acerca del punto de partida de *El capital*” (en Louis Althusser et al., *Para leer El capital*, vol. II).

El punto de partida de *El capital* es, literalmente, el primer párrafo del capítulo primero, en donde Marx dice que “la riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un enorme cúmulo de mercancías y la mercancía individual como la forma elemental de esa riqueza. Nuestra investigación por consiguiente se inicia con el análisis de la mercancía”.

Como vemos, Marx utiliza el concepto de riqueza para definir el punto de partida de su exposición. Sin embargo, Pierre Macherey afirma que, si bien es cierto que Marx define éste como su punto de partida, lo hace sólo para después abandonarlo, porque es un punto de partida ideológico. Este punto de partida le habría servido a Marx de trampolín o pretexto para entrar a un análisis propiamente científico en donde ya no tiene nada que hacer el concepto de riqueza y más bien se pone en el centro el concepto de modo de producción capitalista, al que pertenecen los conceptos de capital y plusvalor.

Ya vimos cómo en la sección séptima del tomo I de *El capi-*

tal se retoma el concepto de riqueza social no como un concepto aparential, encubridor e ideológico, sino como un concepto esencial, científico y crítico, precisamente al lado del concepto de enajenación porque solamente así Marx podía redondear el argumento de El capital.

En efecto, la culminación de la crítica de Marx al capitalismo y del develamiento científico de su funcionamiento es la idea de que el capital le enajena a la clase obrera toda la riqueza social tanto por medio de un intercambio equivalente entre mercancía y dinero como mediante la producción explotadora de un inequivalente que es el plusvalor. La enajenación total de la riqueza social al proletariado sin mediación de trabajo —ni equivalente ni inequivalente— es la síntesis de este intercambio formal equivalente y de este intercambio real inequivalente. Así, pues, en la sección séptima y última del tomo I de El capital se revela un doble encubrimiento pues la apariencia circulatoria equivalente y la producción parcial de un inequivalente encubren la enajenación total de la riqueza.

La ley de la circulación mercantil simple, o de la apropiación del trabajo ajeno mediando trabajo propio equivalente, muta en la ley de la acumulación de capital o de la circulación mercantil capitalista desarrollada, según la cual la apropiación de trabajo ajeno ocurre sin mediación de ningún trabajo propio. Pero a la clase obrera no sólo se le expropia plusvalor como una parte de la riqueza social sino la totalidad de la riqueza: plusvalor más capital variable más capital constante o, en otros términos, el plusvalor total como suma de la riqueza cíclicamente explotada a la clase obrera y luego apropiada sin mediar equivalente. Marx denomina enajenación a este conjunto de procesos pues aquí la riqueza no está

siendo explotada sino enajenada.

En tercer lugar, la sesión pasada empezamos a concretar histórica y epistemológicamente la noción de crítica de la economía política como teoría del desarrollo del capitalismo en tanto sociedad de la enajenación total de la riqueza social al proletariado. Comencemos ahora por concluir esta idea.

8. CRÍTICA A LA ESCUELA ALTHUSSERIANA:

EL CONCEPTO DE RIQUEZA

La escuela althusseriana estableció una división tajante entre ideología y ciencia para sugerir que Marx, en su crítica al capitalismo y a la economía política, tenía un punto de vista de clase pero, paradójicamente, no propiamente clasista, es decir que para mejor servir a la clase proletaria adoptaba un punto de vista científico o de construcción de verdades sobre la vida social. La economía política burguesa, dicen estos autores, mantiene una posición apologética y justificatoria respecto del sistema capitalista y por ende encubre sus contradicciones y la explotación fundamental que ocurre en el proceso de trabajo capitalista. Al revelar los mecanismos del proceso de producción capitalista, Marx explora ese continente que no investigó la economía política. Ahí se puede ver cómo al obrero se le explota plusvalor, se le paga un salario con un valor x , pero él plasma en la mercancía que produce un valor equivalente de x más un plusvalor ($x + \Delta x$). Cuando el capitalista consume la fuerza de trabajo que compró por un salario surge una diferencia entre el valor que pagó por la fuerza de trabajo y el valor que resulta del consumo de la misma fuerza de trabajo; al consumirla se produce valor, y de hecho más valor que el que ella contiene y que el capitalista pagó al comprarla, de ahí entonces el beneficio que ob-

tiene el capitalista y que con rigor se puede llamar plusvalor, plus de valor, un más de valor por sobre el que contiene la mercancía fuerza de trabajo que el obrero le vende al capitalista.

*Así, pues, Marx establece la diferencia entre el pago equivalente de la fuerza de trabajo y la producción de plusvalor inequivalente en el proceso de producción precisamente porque este proceso es un consumo productivo de la misma fuerza de trabajo. Este concepto de consumo productivo, en el cual se produce más valor que el que cuesta reproducir a la fuerza de trabajo, revela la esencia del modo de producción burgués. Por esta razón la teoría de Marx es científica, dice Althusser, mientras que la economía política clásica ni siquiera toca el problema de la producción de valor y de plusvalor y por ello no construye el concepto de modo de producción burgués para hablar de economía, de producción de riqueza, sino que sólo se interesa en acrecentar la riqueza, este es el objetivo del libro clásico de Adam Smith, *La riqueza de las naciones*. Ya en las primeras páginas del libro de Adam Smith se revela que, bajo el aspecto de un discurso nacionalista que intenta acrecentar la riqueza de la propia nación, en realidad está sirviendo a la clase burguesa, que explota a la clase proletaria. Pero esto no es evidente en el texto de Adam Smith, y para que lo sea hay que construir el concepto de modo de producción capitalista. Como Adam Smith se queda en la apariencia ideológica al servicio de una clase su noción de riqueza es una apariencia empírica. La ideología, cualquier noción ideológica, tiene tres características distintivas: está al servicio de una clase, encubre la realidad y la encubre con realidades empíricas. Lo que caracteriza a un concepto ideológico es, pues, su carácter empirista.*

Por ejemplo: todo mundo esta de acuerdo en que sería muy bueno acrecentar el conjunto de cosas a la mano que constituye la riqueza pues ello beneficia a todos los ciudadanos que integran a la nación. Entonces trabajemos todos en esa buena empresa. Sin embargo luego resulta que hay realidades internas que no se ven pero debido a las cuales unos resultan cada vez más ricos y otros cada vez más pobres. Pero el truco ya está hecho. Esta es la doble función que cumple un concepto ideológico y para cumplirla tiene que ser empirista, de ahí que la ciencia económica burguesa define su objeto teórico como la cosa riqueza.

Para hacer esta distinción entre ciencia e ideología, Althusser se basa en la que hace Kant entre el realismo ingenuo o empirismo y la teoría científica. Por ejemplo, la astronomía resuelve el problema de si la Tierra gira alrededor del Sol o el Sol alrededor de la Tierra. Todos los días vemos que el Sol gira alrededor de la Tierra pero sabemos que esa es una noción empírica y falsa y que en la Edad Media esa ideología estaba al servicio de la Iglesia y de la clase feudal. He aquí, dice Kant, un concepto empírico y al mismo tiempo ingenuamente realista (e ideológico, añadiríamos). Frente a este tipo de conceptos, Copérnico llevó a cabo una revolución en la ciencia de la astronomía y Kant quiere seguirlo para llevar a cabo una revolución en la filosofía. Althusser sugiere que Marx habría procedido de modo análogo a Copérnico pues también hizo una revolución en la economía política al llevarla desde su condición de ideología de una clase, la clase burguesa, hasta el de ciencia al construir el concepto de modo de producción burgués, en el que se explota plusvalor. Copérnico construye matemáticamente el concepto de que es la Tierra la que gira alrededor del Sol, y

no al revés, a partir de observaciones empíricas luego re-conducidas a ecuaciones y al dibujo de la elipse que la Tierra recorre en el cielo al dar la vuelta al sol. Tal es el modelo kantiano-copernicano que Althusser tiene en mente para establecer la diferencia entre conceptos ideológicos y conceptos científicos.

Althusser señala como una cuarta característica de la ideología el humanismo. En la economía política burguesa habría implícita una antropología del homo economicus que necesita porque carece y la riqueza es lo que llena sus necesidades. De ahí el concepto de necesidad y el de bien o valor de uso que satisface esta necesidad, de manera que esa antropología sería al mismo tiempo una especie de ontología, y habría, pues, una naturalización del ser humano. A propósito de la noción de hombre con necesidades naturales que debe satisfacer, en ella se pierde la dimensión histórica y sociológica clasista según la cual las necesidades son producidas por el modo de producción y de acuerdo a la distinta clase social a la que uno pertenece.

El procedimiento de Althusser —en apariencia consecuen-te— consiste en huir de la empiria y del humanismo como posiciones aparentemente incompatibles con una posición de clase, científica y revolucionaria. El resultado es un revolucionario sin humanismo, indiferente a los sentimientos del otro, que acepta fácilmente que sus evidencias empíricas o prácticas sean removidas porque un cuerpo especializado de burócratas o de científicos le dicen cómo es la realidad y proponen la estrategia y la táctica, mismas que hay que acatar porque son científicas. Por ese motivo Henri Lefebvre criticó la teoría de Althusser como neoestalinista, pues aunque intenta criticar al estalinismo repone un estalinismo

más fuerte. Por eso es que hay que entender de otra manera El capital de Marx.

9. EL CONCEPTO CRÍTICO-CIENTÍFICO DE ENAJENACIÓN Y DE INTERCAMBIO REAL Y FORMAL

El intercambio real corresponde a la esfera de la producción solamente, mientras que la enajenación se refiere al proceso de reproducción de la sociedad en su totalidad, por eso es que incluye a la circulación y a la producción y todo lo que está dentro de ambas esferas: economía, política, psicología, moral, etcétera.

Marx diferencia los conceptos de intercambio formal e intercambio real. Expone estos dos conceptos tanto en los Grundrisse (1857) como en el “Urtext” o “versión primitiva” de la Contribución a la crítica de la economía política —el manuscrito de 1858 que forma parte de los trabajos preparatorios anteriores a la redacción definitiva de la obra— publicada en 1859. Los seres humanos llevan a cabo un intercambio formal en la esfera de la circulación, por ejemplo de mercancía por dinero. El intercambio formal no es necesariamente mercantil aunque es circulatorio, pues en otras sociedades que no son mercantiles también ocurren intercambios formales o en los que los bienes cambian de forma pero permanece su sustancia. Por ejemplo un mismo bien cambia de forma si ahora es tuyo y antes era mío. Es el mismo bien pero cambió de forma porque ha habido trueque y no hay equivalencia. Tú pudiste haber entregado menos o más, eso es lo de menos. Lo importante será que yo te doy algo y tú me das a mí algo. Como en el caso de las fiestas de intercambio de regalos, uno no sabe qué le van a regalar ni si va a tener el mismo precio que lo que uno va a dar. No

importa que sean o no equivalentes, no es un intercambio mercantil, pero los bienes cambian de forma. Un objeto pasa de mío a tuyo, de la forma profana a la forma de regalo, la cual no es profana porque implica una consagración, un momento de euforia. El bien no es el mismo en cualquier momento, ya no es el mero y despreciable objeto comprado en la tienda sino que se ha convertido en un regalo y entonces la voluntad y la emoción están puestas en el objeto y así le han cambiado la forma. Este es, pues, un intercambio formal.

En la circulación de bienes hay entonces intercambios formales y un tipo de estos intercambios es aquel en el cual la forma dinero se cambia por la forma mercancía y la forma mercancía por la forma dinero, permaneciendo la misma sustancia de valor. Entonces se mantiene el mismo contenido pero cambia la forma, es un intercambio formal equivalente que tiene lugar en la sociedad mercantil.

Por otro lado, los seres humanos también llevan a cabo intercambios de realidad con la naturaleza y en la producción. Estos intercambios no son de forma sino de contenido, transforman realmente la naturaleza. En el proceso de producción los hombres se desgastan físicamente, destruyen células que luego habrán de reponer en otro intercambio real con la naturaleza que es el consumo. En el consumo productivo los seres humanos se desgastan realmente, mueren células suyas y cambia realmente la estructura material del objeto y se genera un producto que antes no existía, una realidad nueva. Antes había en la naturaleza árbol pero no silla ni mesa, ahora tenemos un nuevo objeto, una realidad distinta; ha habido un cambio de realidad. Los seres humanos han llevado a cabo un intercambio real con la naturale-

za.

Por su parte, el capital lleva a cabo un intercambio formal con el obrero, un intercambio equivalente entre dinero y mercancía fuerza de trabajo, y un intercambio real en la producción, en el que el obrero produce un plusvalor que el capitalista se apropia. Este intercambio formal de equivalentes y este intercambio real de inequivalentes —pues el capitalista dio salario y recibe salario más plusvalor— encubren y son la antesala para que la clase obrera sufra una enajenación total de la riqueza por parte de la clase burguesa.

Al final del ciclo reproductivo a la clase obrera no le están quitando mercancía o dinero, o sólo plusvalor —que es lo que ocurría en el intercambio formal y en el intercambio real—, sino que se le está volviendo ajena toda la riqueza: plusvalor más capital variable más capital constante.

*El concepto de enajenación es, pues, inherente al de modo de producción capitalista desarrollado como modo de reproducción; es un concepto científico y crítico que describe el proceso de reproducción capitalista no sólo como explotación de plusvalor sino como enajenación de plusvalor más capital constante más capital variable, es decir, como enajenación de la riqueza total. En este nivel de análisis se vuelve evidente que en *El capital* el concepto de riqueza no tiene el carácter empirista ideológico que lo caracteriza en el pensamiento de los economistas sino que se trata, como vemos, de un concepto científico crítico; es más: es el punto en donde se redondea la crítica de Marx al sistema capitalista.*

III. LA ESTRUCTURA ARGUMENTAL

DEL TOMO II Y LA DEL TOMO III

A. ESTRUCTURA ARGUMENTAL DEL TOMO II DE *EL CAPITAL*, “EL PROCESO DE CIRCULACIÓN DEL CAPITAL”

Bolívar Echeverría diseñó en 1973 el esquema de la forma argumentativa del tomo I de acuerdo con los momentos del proceso de producción, pero no desarrolló dicho esquema para los otros dos tomos. Este desarrollo implica una serie de problemas que ahora vamos a tratar. Ante todo, cabe resaltar que la estructura argumental de los tres tomos de *El capital* refigura al modo de producción capitalista, pues en cada uno de ellos la exposición sigue precisamente los momentos de un modo de producir; es decir, la premisa, el proceso y los resultados.

Cada una de las tres secciones en que está dividido el tomo II de *El capital* corresponde a uno de los momentos del proceso de producción (ver el Diagrama 8). Más adelante veremos que también encontramos estos momentos en las siete secciones del tomo III (la premisa en las secciones primera a tercera; el proceso, en las secciones cuarta a sexta, y el resultado en la sección séptima).

Abordemos el tomo II. En la sección primera (“Las metamorfosis del capital y el ciclo de las mismas”), Marx muestra las premisas formales de la reproducción capitalista en tanto circulación de capital, es decir la forma en que circula el capital para reproducirse. En este proceso, el capital adopta

tres formas: la forma de capital dinerario, la de capital productivo y la de capital mercantil, y cada una de estas formas sigue un movimiento que es representado en una correspondiente fórmula de circulación en la que se combinan las mismas tres formas del capital. Así, pues, el capital tiene que presentarse simultáneamente en tres versiones: en primer lugar, bajo la forma de dinero, en la que comienza a circular comprando mercancía. Por otro lado, tiene que presentarse también bajo la forma de capital productivo porque ya que ha invertido en mercancía, el capitalista tiene que poner su capital a trabajar, pero no como se dice cuando uno mete el dinero en los bancos sino a trabajar realmente; es decir, el capitalista tiene que poner a los obreros en contacto con las máquinas para que laboren. En la tercera forma, el capital es puesto a circular como mercancía, que debe ser vendida para realizar el plusvalor que les fue explotado a los obreros.

Solamente si se distribuye en estas tres formas, el capital puede circular como totalidad y reproducirse, por ello el capital productivo, el capital dinerario, el capital mercantil y sus fórmulas respectivas son las premisas formales de la reproducción del capital que Marx presenta en esta sección primera.

Ya hemos visto cómo Marx identifica conceptualmente la circulación del capital con la reproducción del capital. Esta identificación es un concepto científico y crítico muy importante. El concepto de circulación implica un círculo pues aquello que circula da la vuelta. Por su parte, el concepto de reproducción —en tanto implica una repetición— también describe un movimiento circular. Así, pues, formalmente son idénticos reproducción y circulación, pues en ambos casos se describe un círculo, un movimiento que comienza donde

termina. Sin embargo circular no es lo mismo que producir o reproducir. En un caso hay un simple cambio de lugar, se mantiene la misma realidad aunque ésta se mueve en el espacio; en cambio en la reproducción hay algo nuevo, se ha creado algo que no existía antes. Los conceptos de circulación y reproducción son iguales en cuanto a la forma pues son circulares, pero en cuanto al contenido o en cuanto a la realidad difieren entre sí absolutamente, pues en un caso hay producción de nueva realidad y en otro caso no.

Ahora bien, el capital se reproduce o crea nueva realidad conforme se mueve en círculos, conforme circula. Al capital lo que le interesa es circular, moverse en círculos, comenzar por donde terminó, y al hacer esto se reproduce. Es una especie de magia, como si hiciéramos un ademán moviendo la mano en círculo para hacer que aparezca un conejo. Así de la mera circulación pareciera salir una producción nueva. La identidad formal de circulación y reproducción suscita un proceso de magia aparente.

A Marx le interesa resaltar este fenómeno científica y críticamente. El capital funciona así: al circular ocurre que se reproduce, por eso es que puede ocultar que si se reproduce es porque explota plusvalor a la clase obrera (tomo I, secciones primera a sexta) y le enajena la riqueza (tomo I, sección séptima).

Ya vemos entonces por qué es decisiva esta identidad formal entre reproducción real y circulación formal (tomo II, sección primera). Más todavía cuando observamos que —en la sección tercera del tomo II— Marx expone “La reproducción y circulación del capital social global” en un tomo que se titula “El proceso de circulación del capital”, es decir que en este tomo Marx expone la reproducción del capital como

circulación del capital, y no sólo eso, sino que —he aquí lo más importante— este proceso es al mismo tiempo el de la reproducción de la sociedad. Desde el punto de vista del capital, se trata de un mero juego de manos en el que aparentemente es lo mismo circular y reproducirse, pero al momento en que el capital lleva a cabo esta identidad entre lo formal y lo real, entre efectuar un movimiento de forma circular y crear una nueva realidad, simultáneamente el capital ha llevado a cabo y ha dirigido y controlado la reproducción de la sociedad.

En la sección tercera del tomo II Marx explica que la reproducción social puede ocurrir solamente si se efectúa la reproducción del capital, que la reproducción de los seres humanos se encuentra sometida a la prioridad de la reproducción del capital.

Nótese entonces que la reproducción social queda identificada, para someterla, con la reproducción del capital. En primer lugar hay que garantizar la reproducción del capital. No importa quién muera, quién no coma, quién medio coma; lo que importa es que el capital se reproduzca cada vez en mayor escala. Esto es lo que significa someter a la reproducción social bajo la reproducción del capital. Bajo la figura de esta identidad, lo que tenemos es una ecuación de sometimiento, de forzamiento. Ahora bien, esta ecuación entre reproducción social y reproducción de capital tiene como base otra previa, más básica, entre reproducción del capital y circulación del capital. La reproducción de la sociedad queda sometida a la reproducción del capital porque la producción de novedad —de novedad vital humana— ha quedado sometida al proceso meramente formal de la circulación del capital.

En la producción y en el consumo se produce algo que no había antes. La novedad vital humana consiste en que se produce nueva vida, nuevos productos para reproducir la vida, y que al consumirlos también reproducimos la células, así se produce una nueva vitalidad específicamente humana. Pues bien, esto que es novedad real vital humana queda identificado y sometido con un mero circular formal del capital. La reproducción de la sociedad queda sometida a la reproducción del capital porque ambos procesos de reproducción quedan sometidos o identificados forzosamente a la circulación del capital, pues solamente vemos cambios de forma, una secuencia de formas que aparecen y desaparecen alternativamente; en lugar de la forma dinero vemos la forma mercancía o la forma capital productivo, etcétera.

Ya podemos entender entonces por qué es tan importante esclarecer el hecho de que la circulación del capital aparezca como idéntica con la reproducción del capital. Ahora podemos ver bajo una nueva luz, por un lado, la relación entre el título del tomo II, “El proceso de circulación de capital”, y el título del tomo I, “El proceso de producción del capital”, y por otro, el hecho de que en la parte culminante del tomo II que es su sección tercera se exponga “La reproducción y circulación del capital”. Este título indica que en esta sección Marx está observando la reproducción del capital dentro del proceso de circulación del capital, tal y como en la sección séptima del tomo I la reproducción del capital se expone dentro del proceso de producción inmediata de capital —tema de todo el tomo I—. Marx está viendo a la reproducción en tanto que ésta se presenta como circulación y, a la inversa, a la circulación del capital como si fuera el proceso de reproducción del capital.

En segundo lugar —y más de fondo—, el análisis crítico de la identidad del proceso de circulación de capital y el proceso de reproducción de capital implica el develamiento de que en realidad el capital no se está reproduciendo; está circulando pero pretende que se reproduce. Pero eso es una falacia pues el capital no es un ser vivo y por tanto no puede reproducirse. La sociedad humana sí puede reproducirse. Los seres humanos tienen la capacidad de producir e, incluso, de reproducir, pero no las máquinas, el dinero o las mercancías. Sin embargo aquí se habla de una “reproducción de capital”. La apariencia de que el capital se reproduce se debe a que ha sometido a la clase obrera —y también a la propia clase burguesa— no sólo en la esfera de la producción sino también en la del consumo y en la de la circulación. El capital puede presentar la apariencia de que se reproduce como si fuera un sujeto viviente porque ha sometido a la clase obrera en la producción, la reproducción inmediata, la circulación y el consumo. Decir que el capital se reproduce implica reconocerlo como sujeto del proceso social metabólico, aunque en realidad es un pseudosujeto y su reproducción es una pseudorreproducción. Son los seres humanos los que están produciendo nuevas porciones de valor, que se suman conforme el capital va circulando y así hacen que avance la acumulación de capital. Como los obreros van reponiendo el valor que se consume y van añadiendo nuevo valor, puede ocurrir una reproducción simple o una reproducción ampliada del capital mientras éste circula, y así somete a la reproducción de la sociedad, la ajusta forzosamente a su tamaño y la adecua a sus propios requerimientos.

Por su parte, la sección segunda del tomo II de El capital (“La rotación del capital”) nos presenta el proceso de repro-

ducción de capital como circulación de capital, pero ahora como proceso real —del cual en la sección primera vimos las premisas formales— de reproducción en su núcleo esencial o en la producción.

Ya que Marx ha expuesto las premisas formales y el proceso real de la reproducción de capital en tanto circulación de capital dentro de la producción, puede sintetizar ambos aspectos —en la sección tercera— como resultado reproductivo. El resultado de la interacción entre las premisas formales circulatorias y el proceso real de reproducción en su núcleo nos entrega la reproducción real del capital.

1. FÓRMULAS (SECCIÓN PRIMERA), PARTES (SECCIÓN SEGUNDA) Y SECTORES DE LA PRODUCCIÓN (SECCIÓN TERCERA)

En el tomo II de El capital, pues, Marx estudia el proceso de reproducción del capital como circulación, y en la sección primera de este tomo, las formas del capital y las fórmulas que representan los ciclos de las mismas. Consideremos estas fórmulas en su entrelazamiento.

Para poder reproducirse, el capital tiene que estar puesto simultáneamente en las tres formas. En primer lugar ($D-M <_R m^p$), el capitalista compra en el mercado unas mercancías que son de dos tipos: la mercancía medios de producción (mp) y la mercancía fuerza de trabajo (ft), invierte su dinero en capital constante y en capital variable —respectivamente—. Después de que el capitalista ha comprado estas mercancías en el proceso de circulación, inicia el proceso de producción, (...P...) en donde tiene lugar la explotación de plusvalor al obrero. Al final de este proceso se ha producido una mercancía (M') que es diferente de la pri-

mera (M) porque contiene plusvalor. Es una mercancía inequivalente a la inicial porque es producto del proceso de explotación de plusvalor a la clase obrera. Ahora que el capitalista tiene esa mercancía con plusvalor, la vende en el proceso de circulación ($M'-D'$). La suma de dinero que ahora obtiene de la venta de la mercancía es superior a la del dinero desembolsado porque incluye el plusvalor. En la primera parte de la fórmula ($D-M$) tenemos un dinero que no contiene plusvalor, pero en la parte final ($M'-D'$) el dinero ya incluye el plusvalor que contenía la mercancía que acaba de ser producida. La fórmula completa del capital dinerario es, pues, $D-M...P...M'-D'$; este movimiento es completo o cíclico porque termina en la misma forma en la que comienza.

Como vemos, la forma de capital dinerario sigue un movimiento cíclico que se sintetiza en una fórmula de circulación, pero para cerrar este ciclo el capital también se presenta bajo forma mercantil, la cual también describe un movimiento cíclico dentro del cual el capital se presenta bajo la forma de capital dinerario y de capital productivo, y este último a su vez describe un movimiento que cierra su ciclo en otro capital productivo las formas de capital mercantil y capital dinerario. Así, pues, el ciclo del capital dinerario se entrelaza con el ciclo del capital mercantil y con el del capital productivo, y al concluir cada uno de los tres ciclos terminan uno completo. Así se presenta la reproducción del capital, pero solamente en su forma —es decir, considerado desde el punto de vista de los intercambios formales que incluye—, que se resuelve en la fórmula que representa el paso cíclico de la figura D a la M, de la M a la P, de la P a la M y de la M a la D otra vez.

Como vemos, avanza el proceso de producción del capital

si éste cambia de forma. Cada nuevo proceso de producción sólo puede ocurrir si el capital cambia de forma. Por eso es posible ver la reproducción del capital como una mera circulación o una serie de cambios de forma las cuales, debido a su carácter cíclico, pueden representarse en las fórmulas de circulación. Estas fórmulas del capital son, pues, fórmulas de movimiento. La reproducción del capital, bajo este aspecto puramente formal o como mera fórmula de circulación, no es la realidad del proceso sino un reflejo del mismo, un mero fantasma.

Por otro lado, en la rotación del capital (sección segunda del tomo II) lo que interesa no son las formas sino los contenidos reales. Éstos no pueden exponerse como fórmulas, como premisas formales, sino en el proceso en acto, en el verbo. Ahora se trata de ver cómo el capital se reproduce en cuanto a su contenido. Para reproducirse, el contenido de valor del capital tiene que desglosarse en dos figuras de capital: el capital fijo y el capital circulante, los cuales se mueven a distinta velocidad. Cualquier realidad o contenido de capital tiene que cambiar de forma para circular —es decir, cambiar de D a M, de M a P, de P a M, de M a D— pero las distintas partes del capital circulan a distinta velocidad. Ahora lo que interesa no son las formas sino cómo rota el capital, cómo se mueven sus contenidos reales, a qué velocidad se mueven y por qué.

Una parte del capital está puesta en cosas como edificios, máquinas, etcétera, y casi no se mueve, por eso Marx lo llama capital fijo, pues rota lentamente, mientras que otra parte del capital está puesta en salarios para obreros que hay que reponer cada semana, y también en materia prima que se consume cotidianamente y que hay que reponer cada vez

que se agota. Esta parte rota rápidamente y por eso Marx la denomina *capital circulante*. La distinta velocidad de las diversas partes del valor de capital depende de los diversos valores de uso reales que el capital somete al circular. La diversidad material de los valores de uso se refleja en la distinta velocidad de las diversas partes del capital y sólo puede observarse en el análisis del proceso mismo de producción.

Decíamos que en la sección primera se estudian las premisas formales de la reproducción. Al observar el proceso de reproducción poniendo la atención en su exterior se puede ver la forma del capital —constituida a su vez por una serie de formas— y cómo se mueve; pero para observar la distinta velocidad de rotación del capital debemos poner atención en su interior, en que el capital somete distintos tipos de valor de uso para poder circular —y ya sabemos que para él circular significa reproducirse—.

En las tres secciones que integran el tomo II se presenta, pues, la reproducción del capital como circulación del capital. Ya vimos cómo en la primera sección este proceso se presenta como circulación de fórmulas y en la segunda sección como circulación de partes o de contenidos. Aquí el concepto de *parte* tiene un gran peso. No es una palabra sino un concepto que tiene determinaciones que permiten reconocer, en la división o desglose del capital en partes fijas o circulantes, los tipos de valores de uso que el capital ha logrado someter. Por otro lado, en la sección tercera tenemos imbricadas fórmulas del capital y partes del capital; el proceso real de reproducción y las premisas formales de la reproducción se sintetizan en la reproducción de todos los capitales distribuidos en los sectores o ramas de la producción: el sector que produce medios de producción y el sector que produce medios consumo.

Decíamos que en la sección segunda del tomo II —“La rotación del capital”— se expone el proceso real —no formal— de la reproducción del capital en tanto circulación del capital en su núcleo esencial (el proceso de producción). Pues bien, en la sección tercera, titulada “La circulación y reproducción del capital social global”, se expone el resultado de la interacción circulatoria de los procesos de reproducción de los distintos capitales individuales o la reproducción del capital en tanto circulación real, esto es, no sólo en su núcleo esencial sino en su conjunto; en otros términos, la síntesis de las fórmulas de la sección primera y las partes de capital que se tratan en la sección segunda, es decir, los resultados de esta síntesis de forma y de contenido.

Esta síntesis o conexión del proceso y sus premisas, o de la forma del capital y las partes reales del mismo, se lleva a cabo mediante la conexión entre por lo menos dos tipos de capital, es decir, entre los múltiples capitales individuales pero considerados dentro de dos grandes tipos o clases de capital: el capital que produce medios de producción (máquinas, herramientas, materias primas, etcétera) y el capital que produce medios de consumo (alimentos, prendas de vestir, etcétera).

Ahora se pone de manifiesto una nueva condición para hacer posible la reproducción del capital: hay que conectar a los distintos capitales individuales entre sí, y para ello se requiere diferenciarlos en cuanto al contenido de valor de uso que producen, es decir, si es valor de uso para la producción o valor de uso para el consumo. La multitud de los distintos capitales debe conectarse entre sí para que en cada uno de ellos ocurra la conexión entre forma y contenido. Las fórmulas de la primera sección y las partes de capital fijo y circulante

de la segunda sección no se pueden conectar entre sí sino se conectan entre sí también los distintos capitales individuales en la circulación, y precisamente como capitales que producen o bien medios de producción o bien medios de consumo. Esta múltiple síntesis es lo que se expone en la sección tercera del tomo II, la cual, como vimos, sintetiza la sección primera y la sección segunda sobre la base del valor de uso: la materia trabajada y útil sintetiza prácticamente a los múltiples capitales y a la sociedad.

Marx observa la totalidad de la economía capitalista dividida en dos grandes sectores: la gran rama industrial que produce medios de producción y la gran rama industrial que produce medios de consumo. Las empresas capitalistas pueden producir sólo alguno de estos dos tipos de valores de uso o estos dos tipos de mercancías.

Al considerar la reproducción de la sociedad desde esta perspectiva podemos encontrar algunos fenómenos paradójicos. Por ejemplo, existe un curioso tipo de capital que se dedica a la explotación sexual. ¿A qué rama de la producción corresponde? A partir de lo que hemos visto, podemos reconocer que se trata de la producción de un cierto tipo de medios de consumo. Pero hoy podemos escuchar que se dice que ese tipo de capital corresponde a la producción de “servicios” o que las mujeres que explota son “sexo-servidoras”, nociones ideológicas empiristas que encubren el hecho esencial de que ese tipo de producción pertenece a la rama productora de medios de consumo necesarios para la reproducción de la fuerza de trabajo y de toda la sociedad.

Con lo dicho ya entendemos cómo están conectadas las *premisas, el proceso y los resultados en el argumento del tomo II de El capital. La precisión y agudeza del método*

científico crítico de Marx resalta cuando vemos cómo aborda la identificación forzada entre circulación de capital, reproducción de capital y reproducción de la sociedad. Marx puede captar que la reproducción del capital se ha identificado con la reproducción de la sociedad porque se basa en una identidad necesaria entre método y objeto de análisis. El objeto que se analiza es la producción, circulación y reproducción del capital, y el método de exposición adecuado a este objeto es justamente aquel que sigue los momentos del proceso de producción: premisas, proceso y resultado.

Para pensar algo puedo comenzar por una de sus partes, luego sigo con las demás y las voy engranando o articulando unas con otras, de modo que al final ya tengo una noción acerca de cómo está construido el objeto y cómo funciona. Pero una vez concluida esta investigación sobre el objeto en cuestión tengo que explicarlo a otra persona, exponérselo. Este es el problema que tiene Marx. Piensa al capitalismo y ahora tiene que explicarlo. Para ello, tiene que poner en limpio sus pensamientos y ordenarlos de modo que pueda exponer adecuadamente el objeto.

Todas las vicisitudes y los problemas que tuvo para investigar y pensar la realidad (sus dificultades para conseguir dinero, para comer, las penurias familiares, las enfermedades y la muerte de su hijo, etcétera) no interesan en la exposición del problema. Marx debe exponer su pensamiento separado de esas vicisitudes para que el asunto quede claro. ¿Cómo lo hace —además de quitar de en medio sangre, sudor y lágrimas vertidas durante los años de redacción de El capital—? Marx piensa —siguiendo a Hegel— que la forma de exponer su pensamiento no debe ser ajena al objeto que trata de exponer, sino que debe coincidir con éste. La forma en

que se muestra el pensamiento, el camino o método expositivo (en griego, método significa lo mismo que camino), debe coincidir con el tema que se expone. El pensamiento debe seguir los pasos que sigue el propio objeto en su movimiento y no otros. Esto es lo que se denomina “identidad entre método y objeto”.

Marx se basa en este principio para exponer el sistema capitalista en los tres tomos de *El capital*, pero este hecho resalta sobre todo en el tomo II, porque éste se ocupa en la circulación del capital, es decir, en un proceso de movimiento meramente formal. Ya vimos que la circulación, en la acepción más simple del término, consiste en un girar, y que en el caso del capital industrial esta circulación coincide con una reproducción, con la producción de algo nuevo real; no es un mero circular sino que implica un reponer (rotar) y un reproducir, una recreación. Pero precisamente este circular formal que domina la reproducción del capital y la reproducción de la sociedad constituye el objetivo del procedimiento que se basa en la identidad entre la forma del pensamiento y el objeto de la exposición. Esto en dos sentidos, a saber: por un lado, la relación de dominio describe necesariamente una forma circular, pues para dominarte debo someter tu metabolismo, lo que produces y lo que consumes, y este volver al punto de partida obliga a que el método se identifique con el objeto; es decir, que el sujeto que indaga debe reencontrar el momento en que, como parte de la producción social, se produce su propia indagación; por otro lado, de entrada el sometido no puede hablar del objeto que lo somete sino parcial y confusamente; es evidente que la condición de sometimiento implica que sólo si sigue pacientemente la veta de este objeto —es decir, su propia condición de sometido— en todos sus pasos

puede captar la totalidad reproductiva de la realidad que lo somete, y allí mismo reencontrar el momento de producción de sí y del objeto, y a sí mismo como productor del objeto. Sólo si recorre la trayectoria de ese círculo, el sometido libera su mirada y puede captar que él mismo como objeto que sufre sometimiento es, simultáneamente, el productor de sus cadenas, del objeto que lo somete.

Como vemos, el problema tratado en el tomo II es más complejo que el del tomo I, y lo es más aún el que se expone en el tomo III. El método científico crítico debe, pues, afinarse progresivamente al pasar de un tomo al otro.

El primer problema con que nos topamos en el tomo II al exponer la circulación del capital consiste en que el capital es aparentemente sólo una potencia circulatoria, sólo dinero y mercancía que circulan y se intercambian. Antes de que surgiera el capitalismo industrial, el capital existió como capital comercial y como capital usurario. Pero una vez que el capital se intercambia por la fuerza de trabajo y la pone a producir para explotarle plusvalor, es decir, una vez que existe el capital industrial, se abre una nueva época para la humanidad, dice Marx. Entonces el capital —potencia circulatoria o de mero intercambio formal— pasa a ser también potencia productiva o de intercambio real, no solamente ocupa el ámbito de la circulación sino que penetra en el de la producción.

La dificultad que enfrenta Marx en el tomo II para exponer cómo circula el capital se debe al hecho de que se trata del capital industrial, potencia que se mueve al mismo tiempo en la circulación y en la producción. Así, pues, el problema es cómo se imbrican los procesos de producción-circulación-producción o circulación-producción-circulación, primero en

un capital y, luego, cómo se imbrican los de un capital con los de otro capital, y los de cada uno con los de todos los capitales. Este múltiple entrelazamiento constituye un problema sumamente complejo.

El procedimiento de Marx consiste en desmontar analíticamente este mecanismo. Primero expone las formas en que se mueve, es decir, las premisas de la reproducción, luego — en la sección segunda— las partes que se mueven en la rotación¹ del capital y, en tercer lugar —en la sección tercera—, ya habiendo expuesto la forma y el contenido, las fórmulas y las partes, puede presentar el conjunto imbricándose: la producción-circulación de un capital entrelazada con la producción-circulación de otro y, de este modo, la producción-circulación de todos los capitales, la reproducción del capital social global.

2. LOS CONCEPTOS DE INTERCAMBIO, CICLO Y CIRCULACIÓN (ZIRKULATION O UMLAUF)

Como vemos, hay conceptos decisivos que Marx utiliza para lograr esta exposición. En el capítulo II del tomo I, “El proceso de intercambio” (“Austauschprozess”), expone un proceso que ocurre en la relación entre los propietarios de mercancías y dinero en la circulación, no en el nivel de la producción. Ahora, en el tomo II de *El capital*, Marx aborda el proceso de circulación del capital (*Der Zirkulationsprozeß des Kapitals*), lo cual requiere resolver el problema de que el capital industrial no es capital comercial ni capital usurario, sino una potencia circulatoria que se ha apropiado también de la producción. Para ello Marx introduce dos distinciones: en primer lugar, entre intercambio formal —a nivel de la circulación— e

intercambio real —a nivel de la producción y del consumo—, y, en segundo lugar, entre la circulación de dinero y mercancías —el mero intercambio— y la circulación de capital propiamente dicha, pues ésta puede ir más allá del intercambio formal —como lo muestra el hecho de que el capital históricamente, en tanto potencia circulatoria, penetra en la producción. Entonces Marx tiene que diferenciar el mero intercambio o tráfico respecto de lo que es propiamente la circulación. Al tráfico lo llama Umlauf, que es algo así como recorrido circular (lauf es correr y um circular), pero también se refiere al ámbito dentro del cual tiene lugar el mencionado proceso de intercambio del que trata el capítulo II del tomo I. Por otro lado, Marx llama Zirkulation al objeto que expone en el tomo II. La Zirkulation de capital ocurre en el ámbito del proceso de intercambio circulatorio pero además penetra en el de la producción, es producción-circulación, ocupa el Umlauf y la producción.²

En la sección primera del tomo II, Marx introduce también el concepto de ciclo, pues esta circulación-reproducción del capital está constituida por movimientos cíclicos. Ciclo, en alemán, es Kreislauf, es decir, recorrido circular (Kreis es círculo), y en español se traduce como ciclo de capital. Marx diferencia el ciclo del capital considerado formalmente —en cada una de sus fórmulas— respecto de Umlauf, que es el mero intercambio, el cual también vuelve al punto de partida, pero como un movimiento meramente formal, como intercambio de dinero y mercancía. Por otro lado, Marx distingue la Zirkulation como proceso que ocurre tanto a nivel del intercambio como de la producción, y que permite que el capital logre identificar —forzadamente— a la reproducción social con la Zirkulation del propio capital y, entonces, con su

reproducción.

Así, pues, Marx fue afinando los conceptos³ para diferenciar distintos momentos históricos y estructurales del sistema. Se trataba de especificar al capital industrial respecto del capital comercial y del capital usurario, así como a la nueva época que se abre cuando el capital pasa a explotar directamente a la fuerza de trabajo,⁴ es decir, cuando se constituye como capital industrial. Con esta terminología Marx pone en evidencia que el metabolismo social es un círculo de círculos, dentro del cual él jerarquiza al círculo englobante, que es simultáneamente productivo e industrial.

3. LA UNIDAD DE PRODUCCIÓN Y CIRCULACIÓN

EN LOS TOMOS I Y II

*Ahora ya podemos observar que tanto en el tomo I como en el tomo II de *El capital* se aborda la unidad del proceso de producción y el proceso de circulación, precisamente porque toda la obra trata del capital industrial y, por lo tanto, también cada uno de sus tres tomos. Ya vimos que la diferencia específica — tanto estructural como histórica— del capital industrial respecto del capital comercial y del capital usurario consiste en que es una potencia al mismo tiempo circulatoria y productiva, por eso puede constituirse en un pseudosujeto que domina el metabolismo social.*

En las dos primeras secciones del tomo I se nos presenta la parte circulatoria del capital como algo aparentemente — sólo aparentemente— extraño al capital. La mercancía y el dinero parecen ser simplemente objetos que se intercambian entre sí de modo equivalente. Sin embargo esto es sólo una apariencia. En estas secciones no estamos antes del capitalismo sino dentro, pero en la apariencia de la circula-

ción del capital, es decir, en un ámbito del sistema en donde no se ve la explotación y parece como si no existiera capital, sino solamente mercancías y dinero intercambiándose. Luego, en ese mismo tomo, Marx expone el proceso de producción del capital, en el que se explota plusvalor (secciones tercera a sexta). Así, pues, el tomo I nos muestra la unidad de producción y circulación de capital. La presencia de esta unidad es más completa en la sección séptima del tomo I, dedicada a la reproducción del capital, aunque, de acuerdo con el procedimiento de Marx, se considera a la circulación como dada, esto es, se parte de que existe y está funcionando pero sin necesidad de exponerla, se la toma como un supuesto, va incluida de modo implícito en el proceso de reproducción.

Así, pues, en el tomo I, que está dedicado a la exposición de la producción del capital, la circulación se presenta de dos maneras paradójicas. En la primera —a lo largo de las dos primeras secciones— la circulación del capital aparece como si no estuviera integrada con la producción del capital, como si fuera circulación simple de mercancías y dinero, no de capital; y en la segunda —en la sección séptima— aparece también paradójicamente, o como si no estuviera presente, en esta última se la da por supuesta, está incluida como pegada a la piel del repetirse de la producción y del repetirse de la sociedad.

En cambio, en el tomo II se expone aquello que se daba por supuesto en el tomo I. Aquí adquieren toda su fuerza estos conceptos latinos —exponer, suponer—. En el tomo I, la circulación esta presente pero muda, está supuesta, puesta debajo, subpuesta respecto de la producción y la reproducción. En cambio en el tomo II vamos a ver a la circulación del

capital expuesta, puesta fuera, a ojos vistas, y lo que va a quedar supuesto es el proceso de producción.

Así, pues, en el tomo II Marx expone también la unidad de producción y circulación que constituye al capital, pero no expone la esencia de la producción sino que la da por supuesta. No vemos cómo se le explota plusvalor al trabajador ni cómo se forma el valor del producto, ni la diferencia entre transferencia, reproducción y creación de valor. Esto se puede suponer porque ya se explicó en el tomo I, ya quedó demostrado ahí que al obrero se le explota plusvalor en el proceso de producción de las mercancías. En el tomo II se expone la circulación dentro de la producción, esta última es, pues, un lugar, no una función.

B. LA ESTRUCTURA ARGUMENTAL DEL TOMO III

Así, pues, tanto en los tomos I y II como en el tomo III Marx presenta la unidad de producción y circulación. Veamos ahora cómo en los tres tomos se presenta también la unidad de producción y reproducción. Este problema es un poco más complejo, y para abordarlo pasaremos ahora a explicar la estructura del tomo III.

Ya vimos cómo en el tomo I Marx expone la producción de plusvalor y, luego, la producción de capital; de hecho termina con una sección dedicada a la reproducción del capital. Pero el título del tomo I es “El proceso de producción del capital”, entonces parece que no debería incluir la reproducción. En este tomo I la presencia de la reproducción es, pues, paradójica. En el tomo II esta presencia es menos paradójica, pues este libro se ocupa en la circulación del capital, y como ésta es circular por lo menos sugiere a la reproducción social, así

que aquí puede exponerse la reproducción del capital. De hecho ya vimos cómo este tomo expone la producción del capital y también la reproducción del capital, ambas englobadas dentro del concepto de *Zirkulation*.

El tomo II de El capital tiene por objeto —como señala Bolívar Echeverría— la exploración crítica de la esencia circulatoria del modo de reproducción capitalista o el proceso de circulación del capital. Marx también denomina a este objeto teórico “la producción mediata del capital —por cuanto que la producción inmediata fue expuesta en el tomo I—”.

Para comentar la estructura del tomo III de El capital, veamos el Diagrama 10.

Como se indicó más arriba, también aquí podemos reconocer el mismo movimiento argumental de premisa, proceso y resultado que permite que el pensamiento siga un camino adecuado al objeto. ¿Cuál es ahora el objeto? En el tomo I lo fue el proceso de producción inmediata del capital y en el tomo II el proceso de producción mediata. El objeto de estudio en el tomo III es el proceso de producción global, absoluta o inmediato-mediata.

Los procesos de producción deben ser expuestos de acuerdo a los momentos que constituyen la estructura general de los procesos de producción, de todo proceso de producción. Partimos de unas premisas y echamos a andar el proceso, y ya que se ha echado a andar el proceso éste tiene unos resultados o productos. Este movimiento argumental se repite en cada tomo y en el conjunto de los tres tomos. Así el tomo I es la premisa del argumento global y el tomo II es el proceso del argumento —y ciertamente vemos ahí circular al capital, vemos el proceso del capital pasando por la producción y la circulación, pero no sus resultados—. Finalmente, en

el tomo III tenemos los resultados del proceso de producción. Asimismo en el tomo II de *El capital* cada momento — premisa, proceso y resultado— corresponde a cada una de las secciones que lo integran. Sin embargo, en el tomo I y en el tomo III la correspondencia entre dichos momentos por un lado, y la división de cada uno de estos libros en secciones, por otro, no es tan evidente, porque ambos están constituidos por siete secciones.

En las primeras tres secciones del tomo III de *El capital* se presentan las premisas del desarrollo capitalista, en la sección primera del tomo II las premisas de la reproducción capitalista y en las dos primeras secciones del tomo I las premisas de la producción capitalista. Como vemos, en cada tomo estamos recomenzando la misma forma argumental — las premisas— pero en un nivel cada vez más complejo de exposición, de pensamiento y de la realidad que se está explicando. En el tomo III, comenzamos de nuevo pero ya con las premisas del desarrollo capitalista, que es un concepto más complejo que el de reproducción, correspondiente al tomo II, y mucho más aún que el de producción inmediata, propio del tomo I. Por otro lado, el proceso de desarrollo capitalista se trata en las secciones cuarta a sexta del tomo III de *El capital*, y los resultados de este proceso en la sección séptima del mismo.

Profundicemos nuestro esquema del tomo III. En primer lugar, de la sección primera a la tercera Marx expone al capital industrial. Más allá de la sección tercera, Marx abandona el terreno del capital industrial como objeto de investigación nuclear aunque lo sigue considerando incluido como elemento de un contexto más vasto. Así, en la sección cuarta estudia el capital comercial, y en la quinta (que está dividida

en una primera parte y una continuación de la misma) el capital a interés —es decir, el capital bancario, fiduciario, especulativo, accionario, ficticio, etcétera, en fin, todas las formas de capital que devengan interés—.

Aquí tendríamos como formas autónomas a las formas funcionales de capital que se presentaron en el tomo II. El capital dinerario se autonomiza como capital a interés cuando no es parte del ciclo del capital industrial sino que abre su propia empresa y funciona como negocio independiente, e igualmente el capital mercantil deja de ser sólo parte del ciclo del capital industrial, se autonomiza y se vuelve capital comercial. Por su parte, el capital industrial corresponde a la forma de capital productivo. Así, pues, estas formas autónomas de capital derivan de las formas que el capital tiene que adoptar en su ciclo de circulación reproductiva (ver el Cuadro 1).

Sin embargo, en el tomo III de *El capital* todavía hay una sección sexta que se ocupa en la renta del suelo, éste es un tema sumamente problemático tanto en la historia del capitalismo como en su estructura y, por supuesto, en la exposición de Marx.

Por el momento vamos a tomarlo implícitamente como parte del proceso del desarrollo capitalista pues en éste tiene que ocurrir la interacción del capital comercial con el capital a interés, el capital industrial y la renta del suelo. Así que sólo nos atenemos al hecho evidente de que la propiedad territorial y la renta del suelo forman parte del proceso de desarrollo capitalista aunque sin ver cómo. En el ciclo no existe una forma funcional del capital industrial de la cual pueda derivar la renta del suelo, como ocurre con el capital comercial y el capital usurario. Quede así formulado el pro-

blema. Volveremos a él más adelante.

Mientras tanto ya hemos establecido la unidad de las tres primeras secciones del tomo III con base en que se ocupan del capital industrial como forma autónoma y así presentan las premisas básicas del desarrollo capitalista. Cualquier desarrollo capitalista posible tiene como premisa el dominio del capital industrial sobre la sociedad y sobre todas las formas de capital, pero también el hecho de que éste es el que explota directamente el plusvalor que va a sustentar al capital comercial y al capital a interés. El capital industrial abre el desarrollo capitalista en la realidad y también, por tanto, en el texto de Marx.

Ahora bien, el proceso de desarrollo capitalista —una vez presentado el capital industrial— es una totalidad unitaria que también incluye las restantes formas derivadas del capital. Éstas no son lo básico pero sí lo suficiente para que exista realmente el proceso de desarrollo capitalista. Al capital industrial se le suman las formas derivadas de capital —el capital comercial, el capital a interés y la renta y la propiedad del suelo— porque éstas son derivaciones de la ganancia producida por el capital industrial.

Por eso Bolívar Echeverría puede decir que el objeto teórico del tomo III de *El capital* son las formas transfiguradas del capital o las formas transfiguradas de la ganancia producida por el capital.⁵ En la sección primera la ganancia se presenta como transfiguración del plusvalor. En la circulación del capital, el plusvalor aparece no como resultado de la explotación del obrero en el proceso de trabajo sino como ganancia generada por todo el capital, tanto por su parte variable como por su parte constante, es decir, los medios de producción —como si las máquinas produjeran plusvalor—, lo cual encubre

la explotación del obrero. Cuando el plusvalor aparece como ganancia no se ve a quién se le extrajo, quién lo produjo. La primera transfiguración del plusvalor es, pues, la ganancia, y la segunda consiste en la transformación de la ganancia industrial en ganancia comercial. En el comercio, en tanto sólo consiste en intercambios formales o meras operaciones de compra-venta, no existe un proceso de producción, por lo tanto no hay en él obreros a quienes explotar plusvalor, y sin embargo sí existen los capitalistas comerciales que se apropian un residuo de las ganancias industriales, a su vez transfiguradas como ganancias comerciales.

Ahora bien, en las ganancias del comerciante todavía es posible entrever que hubo explotación a la clase obrera, pues este capitalista vende mercancías que necesariamente fueron producidas por alguien. Pero en el interés usurario —que a su vez es una transfiguración de la ganancia industrial— se borra la explotación de plusvalor, porque aquí ni siquiera aparece como condición de éste el valor de uso de las mercancías, sino solamente un proceso en el que se pasa directamente de dinero a dinero incrementado ($D-D'$). Uno mete dinero en el banco y después de un mes o un año saca más dinero del banco. El dinero simplemente creció. El dueño del banco puede afirmar que en su negocio no explota a la clase obrera porque él utiliza empleados, no obreros ni máquinas industriales.

En fin, de la sección cuarta a la sexta —con las primeras tres— continúa la exposición del proceso de desarrollo capitalista, manteniendo como supuesto al capital industrial y añadiéndole las figuras suplementarias de capital autonomizadas: el capital comercial, el capital a interés y la renta y propiedad del suelo.

Finalmente, entramos en la sección séptima del tomo III de El capital, que se titula “Las rentas y sus fuentes”, en el tercer momento argumental, que corresponde al resultado; es decir que el resultado general del desarrollo capitalista consiste en producir rentas. Esa es la apariencia del problema: el capital produce rentas para el capitalista pero también para el terrateniente, e incluso para el obrero; a cada uno en proporción a su condición, a los obreros poca renta, a los terratenientes un poco más de renta y a los capitalistas mucha renta. Pero todos disfrutan el gran beneficio de vivir bajo el capitalismo consistente en que el resultado del desarrollo capitalista es que se producen rentas. Aparentemente no se produce miseria, guerras, crisis, sino sólo rentas.

Ahora bien, para desmontar esta apariencia falaz y apolo­gética que transfigura la realidad hay que conectar las rentas con sus verdaderas fuentes. Al estabilizar esta conexión, ya el título de esta sección séptima indica que en ella se critica la apariencia transfigurada o encubridora del capital, la apariencia de que simplemente produce rentas. La fuente de la ganancia es el plusvalor producido en el proceso de producción. Este enunciado destruye la apariencia de que se trata de una renta que deriva del objeto, y sobre todo destruye la apariencia de que el capital comercial y el capital bancario simplemente se embolsan rentas. El interés y la ganancia comercial no son sino transformaciones de la ganancia industrial, y ésta a su vez es una transformación del plusvalor explotado a la clase obrera. Además, estas transformaciones son de tipo peculiar, son transfiguraciones. He aquí un argumento científico y crítico.

Igualmente la renta que se apropia el terrateniente parece derivar de la tierra misma, como si ésta diera rentas de la

misma manera en que da frutos. Esta apariencia falaz también debe ser destruida. La renta del suelo es plusganancia industrial que el terrateniente se apropia precisamente por permitir que se siembre en el terreno de su propiedad. Se trata de un monopolio forzado que le permite arrebatar una cierta porción a las ganancias industriales. No puede arrebatar directamente esta porción a las ganancias porque éstas se dividen en la ganancia industrial, la ganancia comercial y el interés, pero cada vez que el capital industrial produce no sólo ganancias sino plusganancias, una sección de éstas se la apropia el dueño de la tierra. Así que la renta del terrateniente no deriva de la tierra sino del plusvalor explotado a la clase obrera, o de aquella sección del mismo que constituye plusganancia.

Así se contrasta la forma transfigurada renta con su verdadera fuente. ¿Y el salario del obrero? Su renta, se nos dice, es el salario; pero en verdad el salario es capital variable reproducible, está reponiendo simplemente la fuerza de trabajo consumida en el proceso de producción, es un valor que repone otro, no es renta. Y el propio obrero está produciendo constantemente ese valor con el que el capitalista le paga el salario. Así es como queda destruida científica y críticamente la apariencia que nos presenta al proceso de desarrollo capitalista como un proceso que simplemente genera rentas.

Como vemos, la idea de Bolívar Echeverría de que el objeto del tomo III son las formas transfiguradas del capital permite explicar muchos aspectos de ese tomo, así que vale de manera introductoria. Sin embargo hay otros aspectos que deja sin explicar. Me refiero a una serie de paradojas que saltan a la vista cuando buscamos en él el “proceso de producción global del capital”, como promete su título, y preci-

samente el desarrollo capitalista, que es en lo que redundaría concretamente aquello de “producción global del capital”.

En efecto, producción global del capital es lo mismo que desarrollo del capital. La unidad de lo inmediato y lo mediato, de la producción inmediata y de la reproducción o producción mediata del capital, representa una alteración completa de la realidad: un desarrollo capitalista, y eso es lo que tenemos en el tomo III de *El capital*.

Además, en la sección séptima tenemos este contraste entre las rentas y sus fuentes como contraste entre el resultado transfigurado y el resultado crítico que se le opone, y, por otro lado, tenemos que el resultado constante del desarrollo capitalista es justamente la vida de la sociedad burguesa, es decir, la producción de un modo de vida dividido en clases; ese es el tema del último capítulo de *El capital*, titulado “Las clases sociales”.

La forma de renta que adoptan los ingresos oculta el hecho de que los sujetos que los reciben forman parte de diferentes clases sociales, y parece entonces que sólo se distinguen por sus distintos niveles de ingreso. Desconectados de su origen, estos ingresos que reciben las diversas clases sociales tienen una forma homogénea: todos son rentas, tanto lo que obtiene el obrero como lo que obtiene el capitalista y lo que recibe el terrateniente. Pero si contrastamos las rentas con sus fuentes esta apariencia se desmorona. Se ve entonces que no se trata simplemente de distintos niveles de ingreso sino de diferentes clases sociales que ocupan un lugar específico en la producción y en la reproducción del sistema, y por ese motivo hay lucha de clases. El resultado absoluto del desarrollo capitalista consiste, pues, en la producción de una forma de sociedad dividida en clases que están

enfrascadas en luchas antagónicas continuas e inevitables que pueden acabar con el sistema. El resultado último del sistema es la revolución comunista proletaria de este sistema. El sistema capitalista produce acuciosamente este resultado al explotar, alienar y ocultar la explotación y la alienación. También al ocultar produce el forzamiento y la presión que lo hará estallar. Esta es la idea general que Marx termina por redondear en el tomo III.

Lo recién dicho sugiere una idea de lo que podría ser el contenido de ese capítulo final, desafortunadamente inconcluso, de El capital.⁶

1. EL CAPITAL FRENTE A LA RIQUEZA DE LA NACIÓN

La obra de Marx no es como la de Adam Smith, La riqueza de las naciones, la cual responde a una concepción ideológica que, desde su título, dice promover el engrandecimiento de la nación pero cuyo objetivo es en verdad el enriquecimiento de la clase burguesa. Los procedimientos que sirven para enriquecer a la burguesía constituyen el objeto de la economía política clásica. En cambio en El capital Marx explica cómo se produce la riqueza y la miseria en el capitalismo, es decir, cómo se explota plusvalor a la mayor parte de la población (tomo I, secciones tercera a sexta) y cómo se le enajena la totalidad de la riqueza (tomo I, sección séptima); cómo queda sometida la reproducción social a la circulación-reproducción de capital, es decir, cómo la reproducción de los seres humanos tiene que quedar recortada para sustentar la reproducción del capital (tomo II), y cómo, finalmente, a través de transfiguraciones y de ocultamientos, se enriquecen los terratenientes, los banqueros, los comerciantes y los capitalistas industriales y se produce una sociedad dividida

en clases que se enfrentan entre sí y que en su lucha pueden terminar con esta sociedad (tomo III). El capitalismo en su conjunto —es decir, el capital industrial y el conjunto de formas derivadas del capital que se reproducen a partir de las formas transfiguradas de la ganancia— produce una fuerza productiva que no es tecnológica, que es la más potente de todas y que puede destruirlo, es decir, la clase proletaria en tanto fuerza productiva vuelta clase revolucionaria.

En el tomo I de El capital la clase obrera aparece como una clase sometida a la producción de plusvalor absoluto y plusvalor relativo. En el proceso de circulación del capital (tomo II de El capital) la clase obrera se presenta no solamente como clase explotada sino que también, cuando consume para sobrevivir, le sirve al capital para circular y reproducirse. Y en las primeras tres secciones del tomo III de El capital, vemos cómo la crisis cae en primer lugar no sobre el capital sino sobre las espaldas de la clase obrera, y que el capital se recupera de las crisis también a costa de la clase obrera. Así, pues, tanto en la producción como en la reproducción y en el desarrollo del capitalismo la clase obrera aparece como una clase sometida, explotada, enajenada. Pero el resultado general absoluto de la producción capitalista, del desarrollo de este sistema, es producir al proletariado como clase social, no solamente como un conjunto de individuos aislados que intercambian su fuerza de trabajo con el capital para que éste los explote, o como individuos sueltos que al comprar sus medios de consumo realizan la circulación de capital, sino como una clase de individuos que se reconocen unos a otros y que reconocen su condición común. De ser —en el tomo I de El capital— fuerza de trabajo, la clase obrera se presenta como fuerza revolucionaria —al final del tomo III—.

Este es el resultado absoluto del desarrollo capitalista: la producción de una fuerza revolucionaria que transforma la sociedad y produce otra historia. Se trata de una fuerza productiva más alta que cualquiera de los medios de producción que utiliza el capital y que es su resultado constante absoluto.

Ahora bien, como este resultado constante y absoluto acabaría con el capitalismo, este sistema lo contrarresta constantemente, intenta volver a someter a la clase obrera. El capital la explota (tomo I), la somete (tomo II), la aliena (tomo III) y ella se le enfrenta, se le insubordina, se desalienta, y el capital otra vez intenta someterla. Marx describe el mecanismo general de esta dialéctica de sometimiento y liberación, de enajenación y autoalienación, y dice que este sistema debe llegar a su término con la autoliberación del proletariado si no es que todo el mecanismo se autodestruye.

Con lo expuesto hasta aquí ya tenemos la imagen de los tres tomos de El capital, el argumento de cada uno y los niveles en los que en ellos se expone el proceso de producción del capital, así como el punto de partida y el punto de llegada del capital, el resultado general del desarrollo capitalista.

2. ¿CÓMO LLEGA EL CAPITAL

A CONVERTIRSE EN TERRATENIENTE?

Explicuemos ahora un punto que dejamos pendiente. Dijimos que de momento íbamos a suponer como resuelto el tema de la renta del suelo. En cierto sentido se justifica este supuesto porque el desarrollo capitalista y la dialéctica de la relación entre el capital industrial, el capital comercial y el capital usurario o a interés evidentemente tiene lugar en algún espacio, no en el aire, y justamente la teoría de la ren-

ta de la tierra nos habla de ese espacio donde debe quedar localizado el desarrollo capitalista. Sin embargo esta sección séptima presenta complejidades adicionales que debemos explicar en su dimensión básica.

En la “Introducción de 1857” —que originalmente debía ser la introducción a la *Contribución a la crítica de la economía política de Marx* y que de hecho constituye la introducción a los *Grundrisse*—, Marx habla sobre este problema que debió resolver en 1857 para poder exponer, entre 1861 y 1867, el tema de la producción capitalista.

Ya vimos cómo el capital es inicialmente, dice Marx, una potencia circulatoria en tanto capital comercial y capital usurario. Pero, en segundo lugar, cuando el capital se encuentra con la fuerza de trabajo y se intercambia con ella, se convierte en capital industrial y, entonces, en una potencia que es al mismo tiempo circulatoria y productiva. Pues bien, como potencia circulatoria, el capital constituye una potencia mediadora “entre extremos presupuestos”, dice Marx. Por ejemplo, el capital comercial media entre dos pueblos alejados entre sí, éstos son los dos extremos presupuestos. El comerciante va de un pueblo a otro y lleva mercaderías que compra en este pueblo y vende en el otro pueblo. Así, pues, que los extremos estén presupuestos quiere decir que la producción en cada pueblo está presupuesta, pero no está conectada la una con la otra; el capitalista comercial conecta las diversas producciones y por ello se embolsa la ganancia comercial.

Durante milenios, en distintos modos de producción existió el capital comercial pero no el capitalismo industrial. A partir de que se intercambia por fuerza de trabajo, el capital se convierte en capital industrial, y entonces se abre una nueva época en la historia de la humanidad, pues al consti-

tuirse en potencia productiva el capital pasa de mediar extremos que le eran presupuestos a mediar ahora extremos que le pertenecen, que él produce.

Ahora bien, cuando Marx habla de “extremos presupuestos” y de “potencia mediadora” para referirse al capital está utilizando conceptos precisos. Hemos sugerido que por “extremos presupuestos” podríamos entender pueblos que producen distintas mercancías y son interconectados por el capital comercial. Estos pueblos no se habían conectado entre sí porque no se dedicaban al comercio sino fundamentalmente a la agricultura y a la ganadería, es decir que estaban asentados o arraigados en la tierra; los hombres están ligados de diversos modos a la tierra, a sus condiciones de producción.

Marx expone estos diversos modos de vinculación con la tierra en un célebre pasaje de los Grundrisse que se titula “Formaciones económicas que anteceden a la producción capitalista” (“Formen”). Los “Formen” y la “Introducción del 57” contienen elementos esenciales para explicar los extremos presupuestos y el arraigo de la sociedad a la tierra.

Los seres humanos están ligados a la tierra como premisa, como fundamento (de ahí la palabra fundo, que es otra manera de decir propiedad territorial). Por otro lado, dice Marx que la tierra es “el laboratorio y el reservorio” de la sociedad. Ahí encuentra reservas de alimentos y de instrumentos con los que labora, y al mismo tiempo es un laboratorio. Este concepto de la tierra como laboratorio y reservorio de la humanidad es muy importante para la crítica del capitalismo actual, que destruye sistemáticamente la ecología y que pretende hacer algo tan absurdo como mercantificar el agua.⁷

Por otro lado, dentro de la tierra como premisa, es decir,

como “laboratorio y reservorio”, Marx establece la diferencia entre, por un lado, la premisa inmediata —ese vínculo inmediato del hombre con la tierra— y el hecho de que, además, el hombre ha construido los medios de producción que interpone entre él y la tierra, con los cuales transforma la naturaleza, y, por otro lado, los medios de circulación, que permiten que los seres humanos puedan relacionarse entre sí de manera práctica.

Por ejemplo, en diversas comunidades precapitalistas se celebraban fiestas en las cuales se distribuían bienes. Los individuos se interrelacionaban entre sí mediante estos medios de circulación que no son mercancías sino regalos o dones, bienes cuyo valor de uso repone la vida de generaciones. Como en estos bienes está incluido el trabajo de generaciones pasadas, estos medios de circulación nos conectan al mismo tiempo entre nosotros y con los muertos; no son, pues, medios simplemente profanos —ni cósmicos como las mercancías—, sino también sagrados, pues establecen una conexión entre nosotros a través de generaciones y además con la naturaleza y con la energía del cosmos.

Así, pues, los seres humanos se relacionan con la tierra como su premisa inmediata, pero también producen los medios para conectarse con ella de modo mediado, para transformarla y para mediar entre ellos, es decir, para interconectarse. Y ya hemos visto cómo el capital originalmente se desarrolló a partir de estos medios de circulación; es una “potencia circulatoria”, dice Marx.

Pero además de los medios de circulación existe otro tipo de medios que son necesarios para el metabolismo social: los medios de producción. Éstos son los medios que el capital expropia a los productores directos conforme se convierte

en capital industrial. El capital se ha apropiado no solamente de los medios circulatorios dinero y mercancía, sino también de los medios de producción —entre ellos la fuerza de trabajo—, y los combina para explotarlos.

Cuando Marx dice que el capital es una potencia mediadora quiere decir que se ha apropiado de los medios, de la parte media. Primero fue una potencia mediadora circulatoria y luego se convirtió en potencia productiva, es decir, monopolizadora de los medios de producción, y sólo entonces abrió una nueva época para la humanidad.

Sin embargo la tierra en tanto premisa no está incluida en los medios: ni en los medios de producción ni en los medios de circulación. Es una dimensión material distinta. Ya existiendo el capital como capital comercial y capital usurario, todavía tuvo que apropiarse de la producción. Y ya existiendo como capital industrial porque se ha apropiado de la circulación y también de la producción, todavía tuvo que apropiarse de la tierra. Se trata, pues, de un proceso histórico distinto, posterior, y sólo al final de éste el capital se apropia de la tierra como premisa inmediata.

En efecto, cuando el capital separa a los productores directos de sus medios de producción —especialmente la tierra— produce la fuerza de trabajo libre y a la vez un capital disponible, pero, por otro lado, otra clase social se ha apropiado de la tierra, la cual no es simplemente un medio, no es lo mismo que dinero o que un instrumento o que una máquina. Esta diferencia se hace patente cuando surge la prohibición de usar el espacio. Al propietario del terreno le es indiferente la actividad productiva, y esto implica una muy grande violencia que indica la magnitud del problema que el capital industrial debe resolver para ocupar la tierra en tanto premi-

sa, reservorio y laboratorio de la humanidad. El capitalista industrial debe pagar por el uso del suelo pues de eso no se ha apropiado.

No es, pues, lo mismo un medio que la premisa, y la premisa del proceso no es lo mismo que el proceso ya funcional. El capital puede apropiarse del proceso funcional porque posee los medios, pero aún no tiene el espacio. Este es el origen de la lucha de clases que se entabla en torno a la renta del suelo como parte de la ganancia; los capitales industriales tienen que ceder una parte de la plusganancia para acceder al territorio. Ellos poseen los medios pero no el terreno. Así es como Marx expone y resuelve el problema de la diferencia entre el capital y la propiedad de la tierra y la relación entre ambos.

El capital es una potencia mediadora, circulatoria y productivo-reproductiva, y la propiedad de la tierra corresponde a una dimensión distinta. En los "Formen" Marx habla de una "propiedad privada general" muy antigua. No es la propiedad específicamente capitalista sobre los medios de producción que permite explotar plusvalor. La propiedad privada general o básica consiste en el simple adueñamiento de la cosa espacio, pero en el capitalismo este factor general se redimensiona o refuncionaliza de modo que el poseedor de la tierra, en tanto algo que no es pasivo sino una premisa activa de la producción, puede recibir una cuota o una ganancia que es la renta del suelo. Este es el tema que Marx trata en la sección sexta del tomo III de El capital como resultado funcional del desarrollo capitalista que se concreta en el proceso de reproducción.

3. RENTA ABSOLUTA Y RENTA DIFERENCIAL

Marx distingue dos formas de renta del suelo. A la primera la denomina renta diferencial y tiene su origen en la diferencia entre las tierras de peor calidad y las de mejor calidad. La segunda forma es la renta absoluta, la cual se origina en la diferencia funcional entre la propiedad de la tierra o la propiedad fundiaria y la propiedad del capital, dos tipos de propiedad distintos: la primera es propiedad sobre *premisas* y la segunda es la *propiedad sobre medios*.

La distinción entre las dos formas de renta indica no solamente una diferencia funcional, sino la violencia que existe en la relación entre las dos clases, los terratenientes y los capitalistas, en referencia a dos monopolios distintos. Esta explicación de la renta del suelo también nos permite establecer que este mecanismo general —de apropiación de plusganancia— funciona en un contexto capitalista industrial, cómo se llegó a eso a partir de la disolución de las comunidades primitivas y del desarrollo del capital comercial hasta el industrial y cómo esa historia se convirtió en una estructura social actual, donde hay capital industrial, capital comercial, capital a interés y también terratenientes como clase social separada por el tipo de valor de uso que monopolizan.

Esta teoría de la renta del suelo como plusganancia es explicada por Marx como parte de unas ganancias excesivas que están allí circulando y a las que los terratenientes les ponen la mano encima. La existencia de estas plusganancias supone que los capitalistas ya garantizaron sus ganancias, así que ceden las plusganancias, a disgusto pero las ceden.

Profundizaremos en el tema cuando hablemos del plusvalor extra —tratado por Marx en el capítulo x del tomo I de

El capital— y de la plusganancia —que aparece en la sección segunda del tomo III—. Por ahora es suficiente esta idea para establecer la visión panorámica de la estructura argumental de los tres tomos de El capital.

Acerca del origen de la renta del suelo, podemos ampliar muy brevemente la explicación de la renta diferencial, que es el concepto más sencillo. Existen tierras de peor calidad y tierras de mejor calidad, y la sociedad requiere ampliar los cultivos porque al crecer la población las tierras de mejor calidad dejan de ser suficientes para satisfacer las necesidades de consumo, entonces se requiere cultivar tierras de peor calidad. Pero como al propietario de la tierra de la peor calidad se le debe pagar para que permita que el proceso de producción agrícola se eche andar en ella, no puede ser que el precio del producto lo impongan las tierras de mejor calidad porque entonces no sería posible pagar renta a ese terrateniente. Para que la sociedad no se quede sin comer tiene que aceptar la violencia que implica la presencia del terrateniente, la cual consiste en que los propietarios de tierras de peor calidad, en las que los costos de producción son más elevados, pueden exigir una renta a través de un mecanismo que hace que el precio de producción agrícola sea impuesto por las tierras de peor calidad.

Evidentemente los productos agrícolas serían más baratos si los productos de la tierra de mejor calidad impusieran el precio, pero como éste es determinado por la tierra de peor calidad, los precios son más elevados. Por otra parte, los dueños de tierras de mejor calidad simplemente ganan más porque el precio está muy por encima de los costos de producción agrícolas. Este es un enfrentamiento entre los terratenientes y la sociedad que se opera a través de la relación

entre precio y costo. Pero entre el precio y el costo, y en medio del enfrentamiento entre los terratenientes y la sociedad —que quiere consumir y no morir de hambre—, se encuentran el capital industrial, el capital comercial y el capital a interés que también pugnan por obtener ganancias —cuya fuente común es la explotación de la clase obrera—.

Los capitalistas han logrado monopolizar toda la producción, ya no hay más producción que la capitalista. ¿De dónde sale el valor para pagarle al terrateniente? No podemos decir simplemente que de los bolsillos de los consumidores. Ese valor no puede ser más que capital constante o capital variable o plusvalor. Pero con capital variable y con capital constante se pagan los costos de producción del capital agrícola, no la renta o “ganancia” del terrateniente. Así, pues, la renta del terrateniente sólo puede ser plusvalor y la exige simplemente porque ocupa la tierra. Es entonces una violencia, un monopolio, y se la impone no simplemente a los consumidores, a la sociedad civil, sino también a los capitalistas industriales, que son los que explotan el plusvalor a la clase obrera.

Es necesario el emplazamiento del capital en un terreno para producir, por ejemplo, trigo. El capitalista posee la semilla, el capital variable con el que paga a los obreros y el capital constante representado por las máquinas con las que se siembra y se cosecha, pero no la tierra, la cual no es medio de circulación ni de producción sino premisa de la producción. De ahí que el terrateniente pueda imponer su presencia y exigir una renta, pues él ocupa el lugar que se requiere para emplazar la fábrica, para producir en la tierra, para poner ganado, etcétera. Y hay que darle esa renta, no se puede no dársela. Pero ¿de dónde sale la renta?

Asimismo el interés es una parte de la ganancia explotada a la clase obrera, pero no se la quedó el capitalista industrial que la explotó directamente sino que tuvo que entregársela como interés al banco porque éste le prestó dinero para que pudiera explotar a la clase obrera. El banquero le prestó al capitalista industrial y éste le devolvió su dinero más un interés.

Otra parte se la queda el capitalista comercial porque éste se encarga de vender las mercancías que produce el capitalista industrial, y por este servicio se queda con una ganancia comercial que también proviene del plusvalor explotado a los obreros. El capital industrial debe realizar el plusvalor que les succionó a los obreros y para ello tiene que vender las mercancías producidas por éstos y en las cuales se encuentra ese plusvalor. Para que éste se convierta en dinero constante y sonante las mercancías deben salir del almacén.

Así, pues, la ganancia, que es mera transfiguración del plusvalor explotado a la clase obrera, se divide en tres partes: ganancia industrial, ganancia comercial e interés, y ya todo parece estar resuelto. Pero entonces aparece el terrateniente y reclama su derecho: “No, viejo —interpela al capitalista industrial—, todavía no está todo resuelto. ¿Dónde tuvo lugar el proceso de producción del cual surgió el plusvalor que ahora te repartes con el comerciante y con el banquero? Y ¿dónde están todos ustedes celebrando tan contentos? Pues bien, aquí donde están parados es mío. Para emplazar las máquinas tienes que asentarlas en el suelo y éste es mío. El aire, si quieres, es tuyo, pero el suelo me pertenece.”

Ya vemos, pues, por qué es diferente premisa que medio. El aire está en medio, lo mismo que las máquinas, la circula-

ción, el dinero o la mercancía, pero la premisa, el fundamento, es algo completamente distinto en términos cualitativos y funcionales, y hay alguien que se lo puede apropiar y que históricamente se lo ha apropiado. Por eso se distingue la clase terrateniente de la clase capitalista: la clase terrateniente le impone su monopolio a la clase capitalista y puede restarle una sección de la ganancia.

Pero según las cuentas que hacían los tres amigos la ganancia se dividía en ganancia industrial, ganancia comercial e interés y ya no quedaba nada para el terrateniente. ¿Cómo resolver el problema? Fácil: la solución consiste en explotar más plusvalor a la clase obrera para que haya suficiente para todos los invitados. Pues bien, cuando la tasa de explotación es x tenemos una tasa de ganancia y que se divide entre el capital industrial, el capital comercial y el capital a interés, pero hay que producir una ganancia adicional para entregársela al terrateniente que la exige (y si no la requiere o no tiene la fuerza suficiente para exigirla simplemente se la embolsan los otros). Estamos hablando no de la ganancia en general sino de la plusganancia que en principio podría embolsarse el capitalista industrial, pero si el terrateniente exige renta es de esa parte que se le da, es plusganancia y se le entrega toda o una parte de la misma.

Como vemos, se entabla una lucha de clases en torno al monopolio de los medios de producción y en torno al monopolio de la premisa de la producción, la tierra. Y cada uno tiene la fuerza suficiente para exigirle al otro una cierta cuota; hay, pues, un intercambio mediado por la violencia, por dos tipos de monopolio. Y la ganancia que se distribuye en ese intercambio se le explota a la clase obrera.

Aquí la plusganancia se presenta simplemente como más

ganancia que la que ya cubre las necesidades de ganancia del capitalista industrial, el capitalista comercial y el capitalista usurario, y se ve cómo la lucha entre capitalistas y terratenientes redundaba en explotar más a la clase obrera. De momento no es necesario explicar cómo se produce esa plusganancia, aquí sólo vemos cómo aparece y se pelean por ella. En el primer capítulo de la sección séptima del tomo III ("La renta diferencial") se presenta este problema de la plusganancia que se apropia el propietario terrateniente, y en el capítulo final ("La renta absoluta") se presenta el problema global, donde la renta se explica no como efecto de las diferentes fertilidades de la tierra sino de una exigencia que es impuesta por el monopolio de la tierra en cuanto tal.

El capitalismo es al mismo tiempo que un sistema económico un sistema de dominación. Lo importante es explicar la conexión entre ambos sistemas. Sabemos que están yuxtapuestos, así los experimentamos, pero no sabemos cómo están conectados esencialmente. En El capital Marx explica esta conexión. El capitalismo es, en esencia, un sistema de producción y distribución de objetos materiales, pero que además produce renta del suelo como parte de las ganancias y que sobre todo produce clases sociales, cuya lucha podría destruir al sistema. Por ese motivo el capitalismo, en tanto sistema de dominación, tiene que contrarrestar las luchas de clases. Los resultados absolutos del desarrollo capitalista son la lucha de clases y su contrarresto (el Estado y su sistema de dominación). Este sistema produce constantemente nuevas contradicciones, y si bien produce ganancia y ha podido resolver una y otra vez los problemas sociales que genera, de nuevo los produce y en forma más desarrollada, así que el resultado final absoluto del desarrollo capi-

talista es la producción de la revolución comunista.

Al seguir el argumento de El capital registramos un conjunto de condiciones económicas, sociales y políticas. Vimos cómo Marx intenta dar cuenta de la imbricación de estas condiciones y de cómo unas producen y condicionan a las otras. Pero en verdad no se trata de una superposición sino que todas estas condiciones son englobadas por la producción material, de la cual se encarga el capital industrial, y por las contradicciones que éste genera. Así, pues, aunque la producción de las clases sociales y de la lucha entre éstas pueden ser contrarrestadas —de modo parcial o momentáneo o coyuntural—, siempre surge una nueva contradicción que el Estado quizá ya no podrá coersionar o cohesionar. Se trata del momento de la revolución; entonces resulta insuficiente el contrarresto a través del Estado y del sistema de dominación todo. La revolución que destruye al sistema es, pues, otro producto del capital industrial.

Lo anterior explica el comentario de Marx respecto de un resumen de El capital elaborado por Carlo Cafiero, un socialista anarquista italiano,⁸ para divulgar la obra entre la clase obrera. Marx elogia este resumen, pero señala que una falla importante del mismo consiste en que no observa que a Marx le interesa desde el principio mostrar la “necesidad económica de la revolución de la sociedad burguesa”; es decir, que esta revolución ocurre con necesidad, sea que triunfe o no, pero los mecanismos de la producción capitalista la producen como su resultado absoluto.

SEGUNDA PARTE

PASAJES SELECTOS Y PROBLEMAS DECISIVOS (Y SUS SOLUCIONES)

IV. DISCUSIONES SOBRE EL SALARIO Y LA TEORÍA DEL VALOR

RESUMEN DE LA SESIÓN ANTERIOR

Hemos visto hasta ahora el esquema argumental de los tres tomos de *El capital*. En él se comprueba la unidad de método y objeto que preside la arquitectura de la obra, y la correspondencia entre los momentos argumentales del conjunto de *El capital* y de cada uno de los tres tomos por separado con los momentos del proceso de producción (premisa, proceso y resultado) de capital. Así, en esta coincidencia pudimos constatar la unidad entre el método de exposición y el objeto que se expone, es decir, el proceso de producción capitalista.

En segundo lugar, vimos cómo al proceso de producción inmediata del capital, expuesto en el tomo I, le corresponde el papel de premisa —pero no pasiva sino dinámica o dialéctica pues es a la vez reproductiva y en desarrollo—, mientras que al proceso de circulación de capital o proceso de producción mediata del capital, expuesta en el tomo II, le corresponde el papel de proceso de la producción capitalista, así que incluye la reproducción aunque no el desarrollo. Finalmente, al tomo III, como exposición del proceso global o absoluto o inmediato-mediato de la producción capitalista, le corresponde el papel del resultado de la producción capitalista, esto es, el desarrollo de la producción capitalista y de la

so-ciedad burguesa, el cual involucra en cada uno de sus momentos argumentales a la producción, la reproducción y el desarrollo.

*Y, en tercer lugar, matizamos el modo de presencia de la sección sexta del tomo III, relativa a la renta del suelo, y de la sección séptima del mismo tomo, que trata sobre los réditos y sus fuentes en tanto resultados del desarrollo capitalista (objeto del tomo III). Asimismo aludimos críticamente, no sin reconocer su utilidad, a la interpretación de Bolívar Echeverría sobre el tomo III como libro que se ocupa de las formas transfiguradas del capital —en particular de la ganancia—, y al respecto señalamos de pasada que esta idea movió a error a Bolívar Echeverría al querer incluir en el tomo III de *El capital* el salario (tema de la sección sexta del tomo I) en tanto forma transfigurada del valor de la fuerza de trabajo. De acuerdo con esta interpretación, el lugar que le corresponde a este tema estaría en el tomo III, y precisamente al inicio del mismo, antes de la exposición de la ganancia en tanto forma transfigurada del plusvalor. En lo que sigue abundaremos en esta discusión.*

1. EL SALARIO ¿EN EL TOMO III?

(AD BOLÍVAR ECHEVERRÍA)

*El título del capítulo XVII del tomo I de *El capital* reza “Transformación del valor o precio de la fuerza de trabajo en valor o precio del trabajo”. El salario es, pues, resultado de una transmutación, una forma transfigurada, lo cual podría sugerir que guarda relación con el nivel aparente propio de la circulación y de la competencia capitalista que corresponde al tomo III, y si además decimos que el objeto del tomo III son las formas transfiguradas, parece tener razón Bolívar Eche-*

verría. Éste sugiere la hipótesis de que Marx, al darse cuenta de que no iba a poder terminar de pasar en limpio sus manuscritos para publicar en vida los tres tomos de la obra, y siendo el tema del salario tan importante para la clase obrera, decidió sacarlo del tomo III y meterlo en el tomo I, único del que pudo concluir una versión satisfactoria para entregarla a la imprenta.

En la idea original de Marx, dice Bolívar Echeverría, todas las formas transfiguradas se encontrarían reunidas en el mismo tomo III, cuyo argumento se redondearía precisamente en la sección séptima dedicada al análisis de los réditos y sus fuentes, especialmente en el capítulo LII, “La fórmula trinitaria”, donde Marx expone precisamente la ganancia, el salario y la renta del suelo.

Efectivamente, el salario es la forma transfigurada del valor de la fuerza de trabajo. A primera vista, en el tomo I de *El capital* sólo cabe la exposición del tema relativo al valor de la fuerza de trabajo, por ejemplo de modo directo en tanto condición esencial de la transformación del dinero en capital (capítulo IV, parágrafo 3, “Compra-venta de fuerza de trabajo”), o bien bajo la figura del capital variable (capítulo VI “Capital constante y capital variable”). Sin embargo, el hecho es que en un libro dedicado a la exploración crítica de la esencia capitalista no se expone solamente el capital variable o el valor de la fuerza de trabajo, sino además la forma salario, una forma meramente aparental. Este es el problema.

Ante todo debe reconocerse a Bolívar Echeverría el mérito de haber mostrado este problema, esta paradoja consistente en que en un libro dedicado a la “exploración crítica de la esencia de la producción capitalista”, el proceso de producción inmediato, figure una categoría —y, por ende, una realidad—

que corresponde a la apariencia del sistema capitalista, en el mismo nivel que el precio y que en verdad encubre la explotación y el verdadero objeto que intercambia el obrero con el capitalista, pues en este doble encubrimiento consiste la función de la transmutación del valor de la fuerza de trabajo. ¿Una apariencia que es parte de la esencia productiva?

Sin embargo la solución que propone Bolívar Echeverría puede ser criticada en los siguientes términos: en primer lugar, el tomo III de *El capital* no se ocupa simplemente de las formas transfiguradas, de la apariencia o de la competencia, y ni siquiera de las formas transfiguradas del capital, como podría ser la del capital variable que es el salario, sino que sólo se ocupa de las formas transfiguradas del plusvalor y de la ganancia: la ganancia industrial, la ganancia comercial, el interés y la renta del suelo. Lo que le interesa a Marx en este libro III —y esta es la segunda crítica al argumento de Bolívar Echeverría— es dar cuenta de la imbricación de los múltiples capitales entre sí, es decir, de la relación capital-capital. Éste es, por lo demás, el tema explícito del tomo III, y no la relación capital-trabajo, que es el tema explícito del tomo I.

Y en efecto, en la introducción al tomo III de *El capital*, Marx señala que en éste se analiza la relación capital-capital o la relación de los múltiples capitales para observar los resultados de la unidad de la producción y la circulación capitalistas. Y bien, algunos de estos resultados son precisamente las formas transfiguradas de la ganancia.

Una tercera crítica diría lo siguiente: en el proceso de circulación del capital —expuesto en el tomo II— debemos diferenciar lo que Marx denomina “gran circulación” respecto de la “pequeña circulación”. En la gran circulación se imbrican

todas las ramas del capital, todos los capitales y toda población, es decir, la clase obrera y la clase capitalista, tal como resulta conceptualmente dividida según el modo en el que sus integrantes participan en la compra-venta de las mercancías para el consumo. Por su parte, la pequeña circulación es simplemente aquella que se establece entre el capital y el trabajo, y a la que a veces se le denomina “mercado de trabajo”. A diferencia del resto del mercado, donde asisten las mercancías sin más, en el mercado de trabajo circula una mercancía especial que es la que tiene la posibilidad de crear plusvalor y que por ello es la que le interesa potencialmente al capital.

Así, pues, el argumento del tomo I sobre el salario no involucra toda la circulación del capital, sino solamente la circulación entre el capital y el trabajo, y esta circulación no incluye la competencia entre los múltiples capitales, en la cual se genera la transfiguración del plusvalor en ganancia —analizada en el tomo III—, porque en ella no se compra ni vende más mercancía que la fuerza de trabajo, que no ha sido producida por ningún capitalista pero que todos los capitalistas esperan encontrar en el mercado.

En síntesis —para resumir las tres críticas anteriores—, el salario no tiene cabida en el tomo III de El capital porque no es una forma transfigurada de la ganancia, y entra en el tomo I porque la transfiguración del valor de la fuerza de trabajo no es resultado de la competencia entre los múltiples capitales sino simplemente de la pequeña circulación que tiene lugar entre el capital y el trabajo.

Ahora bien, esta pequeña circulación que ocurre entre el capital y el trabajo completa —esta es nuestra cuarta crítica— la estructura capitalista del proceso de producción de la so-

ciudad. Esta estructura es unificada en principio por la relación orgánica entre el productor directo y los medios de producción, pero bajo el capitalismo se encuentra escindida artificialmente pues los productores directos han sido expropiados de los medios de producción. De ahí la necesidad de restablecer, mediante la pequeña circulación o intercambio mercantil entre la fuerza de trabajo y el capital, la conexión entre el productor y los medios de producción. Así, pues, esta reconexión circulatoria entre los factores objetivo y subjetivo del proceso de producción pertenece a la esencia productiva del sistema capitalista, pues sin ella no existiría la explotación de plusvalor, no podría funcionar el proceso de producción específicamente capitalista. Esta pequeña circulación es entonces una articulación interna del proceso de producción capitalista. En otras sociedades divididas en clases no se requiere de una circulación interna para reconectar al productor directo con los medios de producción, pero sí en el capitalismo.

*Como vemos, la relación de intercambio entre el capital y la fuerza de trabajo debe ser presentada como parte de la esencia productiva del sistema capitalista, y esta presentación tiene que tener en cuenta todas las consecuencias de esta relación, es decir, la transformación del valor (de la fuerza de trabajo) en precio y el fetichismo correspondiente (precio no de la fuerza de trabajo sino del trabajo) tal y como en el capítulo 1 de *El capital* el análisis de la mercancía incluye el fetichismo de la mercancía, y eso es justamente lo que se expone en la sección sexta del tomo I. El tratamiento crítico que hace Marx sobre el salario no sale del nivel argumental del tomo I de *El capital* sino que es justamente el argumento que sutura la crítica de la esencia capitalista.*

A la esencia de la producción capitalista le corresponde transfigurar inmediatamente la realidad para las dos clases que participan en esa producción. La transfiguración del valor de la fuerza de trabajo en salario, que le encubre al capitalista de dónde proviene la ganancia que explota y le encubre al obrero el proceso en el que se le explota, es una condición de posibilidad, de orden sociológico y humano o antropológico, del proceso de explotación económica de la fuerza de trabajo.

Así, pues, la producción capitalista es transfiguradora no solamente en el nivel de la competencia sino ya desde la esencia. La producción de plusvalor incluye de modo esencial una transfiguración, un retorcimiento de la conciencia de las gentes en referencia a la explotación del trabajo. La transfiguración de la ganancia —producto de la explotación de plusvalor— es posterior, mientras que la transfiguración del valor de la fuerza de trabajo en salario es básica y corresponde directamente a la esencia del sistema.

*Con lo anterior queda redondeada nuestra crítica al sugerente planteamiento de Bolívar Echeverría acerca de la estructura y el objeto teórico del tomo III de *El capital*. Si bien observa que en la decisión de Marx de introducir el tema del salario en el tomo I se manifiesta un problema objetivo y conceptual, no resuelve el problema, solamente lo plantea, y al intentar resolverlo más bien dificulta la comprensión de este tomo III.*

*Las formas transfiguradas de la ganancia son ciertamente objeto privilegiado del tomo III de *El capital*, pero el objeto auténtico del mismo es el desarrollo capitalista. Marx sugiere que el desarrollo capitalista no es neutral sino transfigurado y transfigurante. Al desarrollarse, el capital produce formas*

transfiguradas pero éstas son también instrumentos de su proceso de vida; son entonces resultado y premisa del desarrollo. En el capitalismo la realidad no es, pues, neutral sino transfigurada y transfigurante, y la historia es constantemente transfigurada por la acumulación de capital. No solamente hay entonces una transfiguración de la ganancia sino de la sociedad humana como un todo en tanto valor de uso, de la conciencia de la gente, de su psique, no sólo de sus ideas sino de sus actitudes, sus motivos verdaderos y sus conductas. Se trata de una transfiguración de la objetividad en la que producen, trafican y consumen, de lo que es fuerza productiva y tecnología, una transfiguración de lo que es útil. Muchas cosas completamente inútiles, superfluas, forman parte de lo que consideramos que es útil porque el sistema de necesidades humanas es transfigurado por el desarrollo capitalista. Que haya una transfiguración de la historia significa que hay una alteración de la realidad en un sentido nocivo para el ser humano, para la naturaleza y para las posibilidades históricas de la humanidad.

He aquí una crítica puntual de la ideología del progreso como parte de la ideología burguesa en general: efectivamente tiene lugar un desarrollo capitalista pero éste implica una transfiguración de la historia que hace que el desarrollo del capital se viva como presunto progreso de la humanidad cuando que más bien es su alienación.

Si como parte del argumento del tomo I de El capital aquí se muestra que a la clase obrera no solamente se le explota plusvalor (secciones tercera a quinta) sino que (sección séptima) también se le enajena la totalidad de la riqueza producida (capital constante más capital variable más plusvalor), en el argumento del tomo III encontramos un plantea-

miento análogo pero no solamente en referencia a las dimensiones de valor de la riqueza sino a las condiciones materiales o de valor de uso —incluidas las condiciones psicológicas— y al sentido total de la historia de la humanidad, es decir, pues, que queda trasfigurada no solamente la riqueza sino el desarrollo y la historia en cuanto tales.

Ahora ya podemos entender que en el tomo III de El capital se traten las formas transfiguradas de la ganancia y también el desarrollo capitalista: la síntesis de las formas transfiguradas del plusvalor y la ganancia, por un lado, y el desarrollo capitalista, por otro, es la transfiguración total de la historia de la humanidad.

2. LA ESPECÍFICA TEORÍA DEL VALOR DE MARX

Se suele considerar a las dos primeras secciones del tomo I de El capital como el lugar en el que se expone lo que se conoce como la teoría del valor en tanto apartado de la ciencia económica entendida académicamente. Alguien que no observa el argumento de El capital en su especificidad, sino que intenta entender lo que dice el texto desde la perspectiva de esa disciplina especializada —que tiene mucho de ideología— que es la teoría económica burguesa académica, vería que en estas dos primeras secciones se expone de manera quizá original pero bastante extraña lo que suele conocerse como teoría del valor. Lo mismo valdría para la teoría del plusvalor (secciones tercera a quinta), la teoría del salario (sección sexta) o la teoría de la acumulación de capital (sección séptima), que también son títulos de los apartados de la ciencia económica construida por la burguesía.

Estos rubros generales tienen un sentido orientador pero

hay que tomarlos con mucho cuidado porque pueden causar equívoco en la captación del argumento específico de Marx.

¿Qué es lo que podríamos perder de vista si leyéramos las primeras secciones de El capital como una exposición de la teoría del valor en un sentido académico burgués?

Ya vimos cómo Bolívar Echeverría explica que el objeto teórico de estas dos primeras secciones consiste en la exploración de la apariencia de la riqueza capitalista tal y como ésta se muestra en la esfera de la circulación de las mercancías. Para revelar cómo ocurre la explotación de plusvalor a la clase obrera en el proceso de producción capitalista, el procedimiento propio de la crítica de la economía política requiere destruir la apariencia de la circulación y replantear lo que desde esta apariencia se entiende como valor, mercancía, dinero, precio, etcétera. Aquí el objeto teórico no es, entonces, la teoría del valor, sino la exploración crítica de la apariencia circulatoria del capital como condición para el develamiento de la explotación del plusvalor.

La lectura académica burguesa del argumento de Marx perdería de vista lo que es decisivo en éste, es decir, el significado del concepto de forma mercancía como forma concreta que incluye dentro de sí al valor. Marx retoma de Aristóteles el concepto de forma no como un mero modo de hablar sino con todo el peso conceptual que desde entonces ha tenido en el pensamiento científico filosófico.

En 1876, cuando Marx se encuentra en plena madurez intelectual, se publica un tratado de economía que incluye un comentario crítico al tomo I de El capital escrito por un economista burgués llamado Adolf Wagner. Este economista lee la exposición de Marx desde el punto de vista de la teoría del valor de la ciencia económica y trata de ubicarla dentro de la

temática académica general. Marx hace a su vez unos comentarios críticos a este tratado de economía política de Adolf Wagner que son sumamente interesantes porque en ellos resalta el concepto de forma mercancía como forma concreta, a diferencia del valor en general que es simplemente un concepto, una abstracción. En oposición a esta abstracción, las formas concretas son dadas, dice Marx, a la vez en la realidad y en la conciencia de los agentes económicos.

Así, pues, Marx habla unitariamente de la conciencia y de la realidad existentes en la sociedad burguesa; en la forma mercancía están unificadas la conciencia y la práctica de los productores. Esta especificidad del discurso de Marx es lo que perderíamos de vista si pensamos que Marx solamente expone una teoría del valor cuando habla de la mercancía. En esta perspectiva sería un enigma insoluble la presencia en el tomo III de un capítulo (el noveno) dedicado al tema de la transformación de los valores en precios de producción. Si viéramos a las dos primeras secciones del tomo I como exposición de la teoría del valor resultaría que ésta estaría incompleta y supuestamente sólo se completaría, más de mil páginas después, en la sección segunda del tomo III.

La teoría del valor parece no quedar consolidada porque, para Marx, exponer el proceso de producción inmediata, mediata y global del capital es exponer la teoría del valor que se valoriza. Si en *El capital* hay algo así como una teoría del valor ésta ocupa los tres tomos, no sólo las dos primeras secciones del tomo I, y se va completando paso a paso conforme se describe la imagen completa del capital o valor que se valoriza, esa es la teoría del valor específicamente capitalista.

Así, pues, si se lee El capital como una teoría del valor en el sentido de la ciencia económica burguesa no se ve la forma mercancía como forma concreta ni se puede entener que el redondeamiento de esa teoría del valor del tomo I tiene lugar en un capítulo del tomo III, pero no sólo eso, sino que — en tercer lugar— tampoco se sabría qué hacer con el análisis del capital comercial —otro complemento adicional de dicha teoría del valor en la sección cuarta del tomo III de El capital— y donde se dice que el trabajo de la circulación no produce valor sino, al contrario, resta valor a la sociedad. Veamos este punto.

La presencia de este trabajo de la circulación es, en efecto, constante, sistemática, en la sociedad burguesa, así que lo que entendemos por tiempo de trabajo socialmente necesario queda puesto en cuestión. Así como teníamos la paradoja de que la pequeña circulación entre el capital y el trabajo es parte de la producción capitalista porque unifica a los medios de producción con los productores directos, ahora tenemos la paradoja de que la circulación capitalista es una hipertrofia necesaria para el capital pero no para la sociedad, lo cual significa que una gran parte del trabajo de la circulación le resta fuerza al metabolismo y al desarrollo de la sociedad. El trabajo de la circulación, en lugar de plasmar valor resta valor, es decir que genera un valor negativo, una erosión del valor ya existente. El esfuerzo destinado a poner las cosas necesarias para la satisfacción de las necesidades es drenado por el trabajo de la circulación. Esta importante idea crítica, que es parte de lo que Marx entiende por una teoría del valor, es incomprensible para una lectura académica de El capital.

Además, en la sección sexta del tomo III (“La renta del sue-

lo”) se estudia, por un lado, la relación entre el valor y el plusvalor que produce la industria capitalista, y por otro lado, la renta diferencial y absoluta que los terratenientes exigen. El valor ya constituido por la gran industria es reformulado en términos cuantitativos por esta lucha particular entre el monopolio de la propiedad del suelo y la propiedad privada capitalista. La magnitud del valor social en su conjunto queda puesta en cuestión por este descoyuntamiento y articulación entre estas dos formas de propiedad privada funcional y estructuralmente distintas.

El valor total no se consolida hasta que se establece el volumen de la plusganancia que se van a apropiar los terratenientes, es decir, la parte del valor producido por la sociedad en su conjunto —no solamente del plusvalor y de las plusganancias— que se va a quedar en manos de los terratenientes en forma de renta absoluta y de renta diferencial.

En la sección séptima del tomo III (“Los réditos y sus fuentes”) se explica cómo el tiempo de trabajo socialmente necesario es determinado por la lucha de clases. La clase terrateniente, la clase de los capitalistas y la clase obrera se enfrentan entre ellas para apropiarse de una porción de la riqueza que se encuentra en la circulación capitalista; unos tratan de jalar más salario, otros más ganancias y otros más rentas del suelo. Ahora, al observar la producción global capitalista, el tiempo de trabajo socialmente necesario como sustancia del valor deja de ser sólo determinante de la lucha de clases y se convierte en una variable dependiente de la misma. Así, por ejemplo, el argumento del célebre ensayo de Marx “Salario, precio y ganancia” (1875), donde se expone la lucha entre los trabajadores y los capitalistas por el salario y la ganancia en referencia al precio de las mercancías, correspondería a la

sección séptima del tomo III de *El capital*. Y la idea de Marx es aún más compleja porque involucra en la lucha de clases a los terratenientes.

Perderíamos de vista toda esta complejidad que constituye lo propio de la teoría de Marx si leemos *El capital* pensando que en el tomo I se expone la teoría del valor, la teoría del plusvalor, la teoría del salario y la de la acumulación, y que la teoría de la distribución estaría en el tomo III, etcétera. Si nos ceñimos a esta tabla de materias académicas no podríamos sino caer en una paradoja tras otra, pues la construcción de *El capital* responde a las conexiones internas del modo de producción capitalista, no a conexiones externas entre materias académicas.

3. TRES APORTES FUNDAMENTALES SOBRE LA TEORÍA DE MARX (ISAAC ILLICH RUBIN, JINDRICH ZELENY Y BOLÍVAR ECHEVERRÍA)

El mejor comentario sobre las dos primeras secciones del tomo I de El capital y acerca del mecanismo del intercambio mercantil y de la constitución del valor en la sociedad capitalista es de Isaac Illich Rubin, Ensayos sobre la teoría marxista del valor. Una de las ideas más importantes que Rubin subraya en su lectura de El capital es la de que en esas secciones Marx expone no simplemente una teoría del valor sino una teoría de la socialidad burguesa. Esta perspectiva parte de la consideración de que esta sociedad por un lado existe y por otro produce valores. La propuesta crítica y científica de Marx no es, pues, una reflexión de objetos externos sino que dice que esta sociedad que produce valor está ella misma incluida en lo que produce. La sociedad queda refuncionalizada de cierto modo para producir valor, no se trata de cualquier sociedad que adicionalmente produce valor, sino que para pro-

ducir valor los hombres tienen que quedar deformados de cierto modo; he aquí entonces una teoría de la socialidad específicamente burguesa. Se trata de una sociedad de propietarios privados en la que lo comunitario se encuentra destruido y en la que ha sido abolida la conciencia que tienen los seres humanos de la gestión de sus necesidades y capacidades, de la gestión de lo que producen. Esta es, pues, una sociedad de individuos que son inconscientes de su socialidad.

A Marx no le interesa fundamentalmente medir la cantidad de valor que la sociedad produce sino medir a esa sociedad en cuanto tal. Precisamente podemos medirla a ella por ser una sociedad obsesionada en calcular y medir el valor de lo que produce; es una sociedad alienada, presa en la cuantificación, en la cosa, lo cual tiene para los seres humanos implicaciones de conciencia y práctico-organizativas. La socialidad burguesa no es neutral sino alienada.

Así, pues, si en Marx hubiera algo así como una teoría del valor esta sería también una teoría de la socialidad. Sólo puede existir una teoría del valor porque existe este tipo de sociedad fijada en la medición del valor de lo que produce, y el objetivo de la teoría de Marx consiste en medir este tipo de socialidad.

Por otro lado, la mejor explicación con la que contamos acerca de la diferencia entre el enfoque de Ricardo y el de Marx en referencia al valor la tenemos en el libro de Jindrich Zeleny, *La estructura lógica de El capital de Marx*, que también incluye la mejor exposición de la relación entre las formas del valor (*El capital*, capítulo I, parágrafo 3) y el proceso del intercambio (*El capital*, capítulo II). Zeleny subraya la nueva racionalidad científica que propone Marx y la capacidad de ésta para resolver los problemas que hicieron fraca-

sar a la teoría ricardiana.

En tercer lugar, la mejor explicación del movimiento argumental de estas dos primeras secciones de *El capital* es la de Bolívar Echeverría. Ya vimos que él señala que el objeto teórico de estas dos secciones es la exploración de la apariencia de la riqueza capitalista tal y como ésta se muestra en la circulación del capital. La apariencia de la riqueza capitalista se presenta en primer lugar como el movimiento representado por la fórmula general del capital ($D-M-D'$), que describe un proceso en el cual una determinada cantidad de dinero se invierte en la compra de cierta cantidad de mercancía que, a su vez, al ser vendida, se reconvierte en un dinero cuya magnitud incluye el dinero inicial más un plus. Al nivel de la apariencia circulatoria de la riqueza capitalista puede verse que así suceden las cosas, pero no cómo surge este plus.

Así queda planteado el problema de la producción del plusvalor, este incremento de D . El resto del tomo I se dedica a resolverlo: ¿de dónde surge el plusvalor? ¿Brotó de la circulación? En la esfera de la circulación de las mercancías sólo se ve que el capitalista tiene dinero, compra mercancía y luego, al vender mercancía, obtiene más dinero. Dicho proceso sólo puede explicarse por la explotación de plusvalor a la clase obrera, pero este hecho corresponde a la producción. La fórmula de la riqueza mercantil capitalista permite plantear el problema cuya solución se presenta en las subsiguientes secciones.

En el capítulo IV Marx analiza directamente el proceso representado en la fórmula general del capital, pero antes transforma esta fórmula compleja en una fórmula más simple: $M-D-M$, mercancía-dinero-mercancía, que representa la circulación mercantil en general —tema del capítulo III—. En

esta fórmula más simple no hay plusvalor, no plantea entonces una paradoja sino simplemente una equivalencia. El proceso en el que una mercancía se cambia por dinero que a su vez se cambia por otra mercancía puede tener sentido porque hay equivalencia en todos los términos. La segunda mercancía, aunque es un valor equivalente, es otra, sirve para otro uso y quien lleva acabo este intercambio puede satisfacer su necesidad. En cambio, desde este mismo punto de vista la otra fórmula más compleja, $D-M-D$, no tiene sentido porque el comprador-revendedor podría quedarse con su dinero en la bolsa, sin intercambiarlo por mercancía y luego otra vez por esa misma cantidad de dinero. Todo el movimiento sería superfluo.

Si al final del movimiento resulta un plus de dinero entonces se pierde la equivalencia, lo cual implica una contradicción. Así, pues, esta fórmula compleja requiere explicación, y por ello es necesario reducirla a una versión más simple —la fórmula mercantil general que se encuentra contenida en ella misma— que cumple la regla de la equivalencia, en contraste con la fórmula desarrollada o capitalista, que la transgrede.

A su vez, la fórmula de la riqueza mercantil simple está constituida por relaciones elementales de intercambio que consisten en actos de venta ($M-D$) y de compra ($D-M$). Éstos se estudian en el capítulo II de *El capital*. Finalmente, para explicar el intercambio de M por D o de D por M , se requiere explicar precisamente qué es M , y esto es lo que se expone en el capítulo primero, “La mercancía”, y ahí mismo se esclarece que el dinero no es sino una forma desarrollada de mercancía, que aquél no tiene en principio más misterio que ésta, es tan sólo una mercancía peculiar.

Ahora bien, ya que tenemos resuelto el problema de la mercancía y el dinero podemos resolver el problema de su relación elemental ($M-D$ o $D-M$), y una vez resuelto éste, podemos pasar al problema de cómo se construye el conjunto de relaciones mercantiles de toda la sociedad ($M-D-M$). Así, una vez resuelto el elemento (capítulo I), la relación elemental (capítulo II) y el conjunto de relaciones (capítulo III), y que hemos visto cómo opera la equivalencia como ley del intercambio mercantil, podemos pasar al planteamiento del problema implícito en la fórmula más compleja de la riqueza mercantil capitalista (capítulo IV). Este problema consiste en la contradicción entre el intercambio equivalente que constituye la fórmula y el hecho de que sólo tiene sentido si concluye con una inequivalencia. Ahora se puede plantear con todo rigor el problema del origen del plusvalor, es posible dejar en claro que el plus no puede salir de la mercancía ni del dinero, y que tampoco puede salir de la relación entre mercancía y dinero. Al establecer que la relación elemental se mantiene en los términos de la equivalencia, resulta también que el plusvalor no solamente no puede surgir de la relación elemental sino tampoco del movimiento del conjunto de la circulación de las mercancías. Entonces hay que buscar el origen del plusvalor en otro lugar que no sea la circulación. Este es el resultado al que se llega siguiendo estos cuatro pasos y ésta es la secuencia que siguen los cuatro primeros capítulos de *El capital*.

Otra idea muy importante de Bolívar Echeverría consiste en señalar que las primeras secciones de *El capital* constituyen una introducción al tomo I. Así nombra Marx en sus manuscritos esta parte de su obra. En esta introducción al tratamiento crítico de la esencia del modo de producción capitalista se

aclaran los conceptos generales que van a ser utilizados a lo largo de la obra: dinero, mercancía, valor, trabajo concreto, trabajo abstracto, etcétera. Esta idea también permite resolver la paradoja de que el tomo I se titula el “Proceso de producción del capital” pero estas dos primeras secciones no hablan del proceso de producción sino de la circulación de las mercancías y el dinero. La circulación sirve, pues, de introducción a la producción

Ya vimos cómo en estas dos secciones se despeja el problema del plusvalor, se lo resuelve por partes y se lo circunscribe para definir de dónde puede brotar, y para demostrar que no puede surgir de la esfera de la circulación sino de la producción.

4. MERCANCÍA, DINERO Y CRÍTICA

AL SOCIALISMO SIN REVOLUCIÓN

Otra idea correlativa a este planteamiento científico del problema del valor consiste en que aquí Marx se encuentra discutiendo no solamente con la economía política burguesa sino también con las otras corrientes socialistas, y especialmente con el socialismo proudhoniano, con vistas a establecer la estrategia revolucionaria proletaria comunista frente al modo de producción capitalista. Si el plusvalor no brota de la circulación, entonces la diferencia de riqueza entre pobres y ricos, o “la cuestión social”, como la llamaban los socialistas, no se decide en la circulación sino en la producción, y la estrategia del movimiento socialista queda definida de otro modo que como la planteaba el socialismo hasta entonces. Los proudhonianos propugnaban que era posible resolver el problema de la sociedad consistente en la oposición entre ricos y pobres mediante una reforma bancaria. Pero no se

trata de una mera redistribución de la riqueza sino de transformar las relaciones de producción. Solamente así se resuelve el problema. Las reformas de política económica son insuficientes porque sólo operan al nivel de la circulación.

El descubrimiento de la explotación de plusvalor a la clase obrera en el proceso de producción implica la idea de que la revolución comunista de las relaciones de producción es la solución de la cuestión social. En estas dos primeras secciones de *El capital* queda sustentado científicamente no solamente un argumento teórico e ideológico sino un argumento político. No se puede prescindir de ellas y entrar directamente al proceso de explotación —como propuso erróneamente Louis Althusser—. De hacerse así no se vería cómo, en la discusión socialista, Marx reorganiza el territorio de la economía política y reordena científicamente la crítica al sistema capitalista.

En el primer capítulo (“El dinero”) de los *Grundrisse*, Marx (p. [71]) le critica explícitamente al socialista proudhoniano Alfred Darimon su propuesta de la reforma socialista de los bancos. Este tipo de propuestas es recurrente no solamente en el socialismo francés de entonces sino en los socialismos posteriores hasta la fecha. Los partidos socialistas, demócratas y socialdemócratas —como el Partido de la Revolución Democrática en México o pseudodemocráticos como el PRI— discuten el tema de la riqueza y la miseria en términos análogos, presos en el nivel de la circulación o con la ilusoria esperanza de que para resolver el problema social no sería necesaria una revolución de las relaciones de producción.

El argumento de la revolución comunista de las relaciones de producción desarma teórica y políticamente al socialismo reformista. En *El capital* no aparece esta argumentación polí-

tica —explícita en los Grundrisse— sino sólo la argumentación científico-crítica que permite plantear correctamente el problema y llegar a la solución auténtica del mismo a partir de la demostración de que el plusvalor no puede brotar de la circulación y de que, por tanto, la revolución debe pasar por la producción.

Ya hemos visto cómo en los tres tomos de El capital se aborda la producción del capital, en el tomo I la producción inmediata, en el tomo II la producción mediata y en el tomo III la producción inmediata-mediata o absoluta.

En el tomo II se expone, bajo el rubro “el proceso de circulación de capital”, la producción mediata del capital, es decir, la esencia de la circulación de la riqueza capitalista, pero ésta también tiene una apariencia, la cual se presenta en las dos primeras secciones del tomo I. En este ámbito en el que sólo se ven mercancías y dinero no estamos fuera del modo de producción capitalista o en un periodo anterior al mismo, sino que nos encontramos ya en el modo de producción capitalista pero en el nivel aparential de la circulación del capital. En estos primeros capítulos de El capital la riqueza aparece como una circulación $D-M-D'$, que incluye plusvalor, y también como una circulación $M-D-M$ o equivalente.

Unas personas venden y compran mercancías y las consumen, y al mismo tiempo otras personas compran y venden mercancías y se embolsan más dinero que el que invirtieron en la compra, esta es la apariencia de la circulación del capital, cuya crítica constituye la introducción al análisis de la producción del capital.

5. LA CIRCULACIÓN NO PRODUCE PLUSVALOR SINO VALOR NEGATIVO

Ya sabemos que el plusvalor en general, y por tanto la ganancia del capital industrial, proviene de la explotación de la clase obrera en el proceso de producción. Pero en la circulación hay capitalistas no industriales sino comerciales que también se embolsan ganancias. Estas no son ganancias industriales sino comerciales (sección cuarta del tomo III), ¿de dónde brotan?

Como el capitalista comercial emplea trabajadores asalariados, se podría pensar que les saca plusvalor a esos empleados lo mismo que cualquier capitalista industrial. Pero a estos empleados de comercio no pueden producir plusvalor porque el trabajo que se requiere para convertir la mercancía en dinero y el dinero en mercancía sólo sirve para llevar a cabo una transformación meramente formal de la riqueza. Para la sociedad, todo el trabajo que se dedica a esta operación no plasma valor ni por tanto plusvalor sino que es parasitario. Sólo en el capitalismo, por ser una sociedad constituida por propietarios privados, se requiere una gran cantidad de trabajo para transformar el dinero en mercancía y la mercancía en dinero, pero este trabajo no transforma realmente la naturaleza sino que sólo cambia de forma la sustancia del valor.

El paso del mismo valor de la forma D a la forma M, o de la forma M a la forma D, es por lo tanto sólo un juego de manos que, aunque requiere trabajo, no produce valor. La sociedad podría prescindir de todo eso pero en el capitalismo crece cada vez más. La masa de los comerciantes intermediarios del más diverso tipo (publicistas, ejecutivos de venta, promotores, etcétera) crecen cada vez más y se quedan con una mayor cantidad de un plusvalor que no explotan a sus empleados

sino que proviene de la producción. El trabajo que ellos tienen que pagar a sus empleados es un valor que se resta al valor social total, es un *valor negativo*, dice Marx.

Esta producción negativa de valor en el trabajo de comercio también sería parte de la teoría de Marx sobre el valor.

El argumento de Marx es muy matizado. Él dice que las metamorfosis del valor en la compra (M-D) o en la venta (D-M) son cambios de forma de la riqueza, no transformaciones de la realidad. El propietario de mercancías sólo posee una cierta cantidad de valor que requiere cambiar de forma, y ya que la tiene bajo la forma dinero ahora requiere reconvertirla en mercancía para poder consumirla, tiene que operar esta doble metamorfosis del valor en la cual consiste el comercio y la circulación.

Ahora bien, si en el proceso de circulación tiene lugar alguna transformación real ésta no sería parte de la metamorfosis mercantil propiamente dicha sino de la producción. Por ejemplo, el trabajo que se requiere para transportar las mercancías hasta el lugar donde pueden ser consumidas es un trabajo productivo porque implica una transformación real, pues allá donde la mercancía fue producida está realmente más lejos que aquí donde se la puede consumir. El cambio de lugar constituye una transformación de realidad, el desplazamiento de un bien en el espacio forma parte del proceso de producción del mismo bien. Todo el sistema de transportes forma parte del proceso de producción, y en él sí se produce valor y se explota plusvalor. En la esfera de la circulación se combinan los procesos de metamorfosis meramente formales de los valores ya producidos y los de transformación de realidad en los que se producen dichos valores. Por eso es importante distinguir lo que corresponde a uno y a

otro. En el comercio, al mismo tiempo que se llevan a cabo metamorfosis de valores en mercancías y dinero, también se llevan a cabo algunos trabajos productivos. Sólo el trabajo que transforma la realidad produce plusvalor, y el que es mera metamorfosis de mercancías sólo cambia la forma del valor ya producido. En los fenómenos cotidianos concretos se imbrican simultáneamente procesos de producción, de circulación y de consumo así como también fenómenos económicos, políticos y psicológicos y todo eso influye al mismo tiempo. El comercio incluye un proceso cultural del cual forma parte por ejemplo la etiqueta que se le pone a la mercancía para venderla. El que la etiqueta tenga o no ese efecto es una cuestión psicológica, pero no añade valor ni permite explotar plusvalor. También se combinan otros problemas que son de orden político, como las restricciones territoriales que se imponen a la circulación de las mercancías para exigir el pago de peaje o impuestos por el paso de las mismas. Estos aspectos psicológicos y políticos son meramente circulatorios y no productivos, como sí lo es el transporte.

Marx trata de desglosar el fenómeno concreto para observar cómo está construido. El comercio es un fenómeno híbrido y entonces es necesario aislar sus distintos aspectos para analizarlo. Así, por ejemplo, muchas veces un mismo capitalista produce pinturas, armas y mil cosas más, y además posee bancos y empresas de publicidad, etcétera. ¿Qué tipo de capital sería éste? ¿Es capital industrial? ¿Se dedica a la rama de los servicios o a la rama de los medios de producción? En realidad esa empresa concreta pertenece a varias ramas industriales y opera en la circulación y en la producción. Para analizarla debemos utilizar conceptos que se encuentran en distintas partes de El capital. En cambio en

esta obra de Marx observamos dimensiones “purificadas”. Allí el comercio debe analizarse como mera circulación y entonces no produce valor. Este procedimiento es muy importante en la ciencia. Para estudiar un fenómeno necesitamos aislar algunos aspectos y entonces elaborarnos una representación simplificada del mismo. Así por ejemplo mediante una ecuación igualamos a cero una variable y a partir de ahí podemos ver cómo se comportan los otros factores o magnitudes involucradas.

De acuerdo con este procedimiento científico, la circulación va a ser sólo circulación y la producción sólo producción. Ahora ya podemos definir si el plusvalor proviene de una o de la otra. Entonces sabremos que tal o cual mercancía tiene valor porque fue producida en esa empresa y ahí estuvieron trabajando unos obreros que transfirieron a ese producto el valor de las materias primas y de las máquinas y también añadieron un nuevo valor, y que otros obreros además plasmaron valor en el producto porque te lo llevaron a tu casa. El transporte del producto es una producción de valor, no es comercio sino industria del transporte, y esta forma parte de la esfera de la producción aunque en la realidad concreta se confunde con procesos estrictamente circulatorios, sólo formales.

Ya vimos más arriba, a propósito de la categoría salario, cómo este tipo de confusiones forman parte del proceso de producción del capital. Cuando se dice que el salario paga el trabajo y no la fuerza de trabajo, desaparece de la vista la explotación. Así es como funciona el fenómeno concreto al nivel de la apariencia. Del mismo modo, en el fenómeno concreto del comercio confluyen diversos fenómenos productivos y circulatorios que se confunden, como la produc-

ción del valor negativo por parte del trabajo que se aplica en las metamorfosis formales del comercio propiamente dicho, o el ocultamiento de la producción positiva de valor por parte del trabajo que se aplica en la industria del transporte.

En nuestro comentario a estas dos primeras secciones de El capital observamos curiosas paradojas que brotan de la diferencia entre los objetos empíricos y los objetos teóricos científicamente contruidos. El trabajo de la ciencia consiste en construir objetos teóricos diferentes de los objetos sensibles, pero necesarios para poder explicarlos. En la historia del pensamiento científico es célebre el caso del fenómeno sensible que suscita la apariencia de que el Sol gira alrededor de la Tierra. Actualmente sabemos que esta apariencia es falsa, pero esta falsedad debió demostrarse científicamente. Para ello este objeto sensible debió ser analizado o descompuesto en sus partes constitutivas con el fin de aislar su apariencia respecto de su esencia y así construir un objeto teórico que diera cuenta de la realidad empírica de que es la Tierra la que gira alrededor del Sol, pero debido a la posición que guardamos dentro de la Tierra vemos las cosas a la inversa. Así es como se conecta la apariencia del fenómeno con su esencia en la construcción de un objeto teórico científico distinto del objeto sensible concreto de la realidad.

Asimismo, en los cuatro primeros capítulos de El capital Marx construye un objeto teórico mediante la exploración crítico-científica de la apariencia de la riqueza capitalista tal y como ésta se muestra en la esfera de la circulación. Ya vimos varias derivaciones de la constitución de este objeto teórico, como por ejemplo el hecho de que los intercambios en la esfera circulatoria son equivalentes y, por tanto, si hay un plus de valor en un polo de la circulación sólo es porque en otro

polo hay un minus de valor. Si alguien obtiene ganancia en este intercambio no es porque se esté produciendo plusvalor sino porque alguien le vendió más caro a otro.

Así, pues, esta construcción científica es decisiva teórica y políticamente pues permite resolver la paradoja de que el plusvalor se muestre en la circulación y no obstante se produzca fuera de la circulación, y si el capitalista se embolsa más dinero del que invirtió, esto ocurre en la esfera de la circulación pero sólo porque hubo un trabajo productivo que lo posibilitó. De ahí la necesidad política del revolucionamiento de las relaciones sociales burguesas. Sólo es posible resolver este tipo de paradojas si se diferencia el objeto sensible concreto del objeto teórico purificado que lo representa, construido científicamente.

6. CRÍTICAS A LA TEORÍA DE MARX SOBRE EL VALOR

Ahora vamos a ocuparnos en críticas importantes que se han hecho a estas primeras dos secciones de *El capital*. La crítica más famosa proviene de un economista neoclásico del siglo XIX, Eugen Böhm-Bawerk. Este autor austriaco cree observar inconsistencias en la argumentación de Marx. Sobre la base de la crítica de Böhm-Bawerk, se alzaron luego argumentaciones socialistas contrarias a Marx, como la del socialista ruso Tugan-Baranowski y la del socialdemócrata alemán Eduard Bernstein, representante del revisionismo en la Segunda Internacional. Böhm-Bawerk señala una contradicción que provocaría el derrumbe de la teoría. En el tomo I de *El capital* Marx postula una teoría del valor y el precio con base en el trabajo, pero en el tomo III ve imposible sostener esta teoría al confrontarla con la relación de competencia entre

los múltiples capitales, pues entonces ya no puede explicar el precio con base en el valor sino en los mecanismos circulatorios competitivos que regulan la distribución de las ganancias. Así, pues, habría una contradicción entre valores y precios, y entre el tomo I y el tomo III. Además, Böhm-Bawerk encuentra otra contradicción dentro del tomo I de El capital. Cuando Marx habla de la mercancía como la célula elemental de la riqueza burguesa (capítulo I) se basa en la teoría ricardiana del valor-trabajo, y dice que el valor está constituido por trabajo abstracto, mientras que cuando aborda el conjunto de los intercambios mercantiles (capítulo III) encuentra que hay mercancías que no contienen trabajo y sin embargo se compran y se venden como tales, lo que remite a un origen del valor distinto al trabajo y obligaría, por tanto, a explicar el fenómeno del intercambio mercantil de otra manera.

Estos planteamientos de Böhm-Bawerk sirvieron a los socialistas reformistas revisionistas, que querían modificar la estrategia y la táctica de los partidos políticos de izquierda, pues en estas polémicas se trata de decidir si para resolver los problemas sociales se requiere o no una revolución. Es natural, entonces, que las corrientes socialistas que no asumen claramente la idea de la necesidad de la revolución proletaria o que creen que es posible obviarla, traten de cuestionar los términos en que están contruidos estos primeros capítulos de la obra de Marx, o si se quiere, a la inversa: como ya tienen esa perspectiva política ven la realidad de otro modo y entonces les es difícil entender el argumento de la teoría del valor-trabajo y no pueden dejar de imahinar inconsistencias.

A partir de este problema político de fondo se establecen

diversas perspectivas no sólo políticas sino también sensibles, preconceptuales, que luego se confrontan; de ahí que haya autores que insistan en ver contradicciones en El capital.

Durante el siglo XX el argumento de Böhm-Bawerk fue retomado y desarrollado por diversos autores. Tomemos como ejemplo a un economista venezolano, Emeterio Gómez, autor de un libro titulado Marx, ciencia o ideología (1980). Este autor es originalmente marxista, se mantiene como socialista y es un profundo conocedor de las polémicas entre marxistas y de la obra económica de Marx, en cuya argumentación también cree observar inconsistencias. Más aún, este autor opina que el fenómeno de crisis del marxismo, tan resaltante a partir de mediados de los setenta —cada vez más evidente con la caída del bloque socialista—, no arraiga en las equivocadas interpretaciones de los marxistas respecto de la obra de Marx sino que deriva del propio Marx y precisamente de su teoría del valor.

Es muy significativo que se busque en Marx las causas de la crisis del marxismo, es decir, del movimiento socialista de luchadores e intelectuales que intentan comprender y asumir las ideas de Marx. Es sorprendente que estas causas se busquen no en la política y en la teoría de los militantes y pensadores que participan en ese movimiento, sino en la teoría de Marx y, más aún, no en las ideas de Marx sobre problemas de estrategia o de táctica política, o porque no resolvió el problema del estadio de la relación entre cultura y sociedad u otros problemas psicológicos, antropológicos y sociológicos que posteriormente las ciencias sociales han abordado, sino que se intente culpar a la teoría que explica la relación social más abstracta y elemental. Los errores,

dificultades y confusiones de los dirigentes y las organizaciones políticas se convierten en motivo de las críticas más especializadas y abstractas que se le han hecho a Marx. Con base en este procedimiento se llega a conclusiones como por ejemplo, la de que el argumento de Marx es economicista y entonces no tiene suficiente para dar cuenta de la realidad y que cualquier intento de explicar la realidad en su conjunto desde Marx necesariamente fracasará.

Emeterio Gómez dice que la crisis del marxismo arraiga en la teoría del valor de Marx porque ésta es insostenible. Basándose en argumentaciones influidas por Böhm-Bawerk, señala que Marx elaboró diversas versiones de las dos primeras secciones de El capital. Hay siete u ocho versiones distintas de este mismo argumento retrabajado una y otra vez. En vida de Marx se publicaron tres versiones distintas. La primera se encuentra en la Contribución a la crítica de la economía política, de 1859, que contiene el capítulo de la mercancía —que entonces incluía el contenido de lo que después sería el capítulo II de El capital— y el capítulo del dinero. Según Emeterio Gómez, en la Contribución Marx introducía el mercado y las relaciones de intercambio mercantil desde el capítulo primero para analizar el valor de cambio, mientras que en el capítulo primero de El capital establece el valor de la mercancía sin recurrir a la relación social de intercambio sino sólo al desgaste fisiológico del obrero. En la Contribución es el mercado el que explica al valor, las mercancías adquieren valor de cambio en el intercambio, mientras que en El capital, a la inversa, ya llegan al intercambio con un valor que ha sido constituido en la producción mediante el desgaste fisiológico del obrero, pues se define a la sustancia del valor como el tiempo de trabajo socialmente

necesario, el tiempo de trabajo abstracto gastado por el productor y plasmado en la mercancía.

Esta idea está de acuerdo con la perspectiva de Böhm-Bawerk, quien señala que en un lugar prevalece la teoría del valor-trabajo y en otro la teoría de los precios que dice que el valor de las mercancías sólo existe en el intercambio y no antes de éste.

Emeterio Gómez resume su posición en la página 26 de su libro en los términos siguientes:

En nuestra opinión a) Marx no resolvió en El capital la dificultad explícitamente reconocida por él en la Contribución. b) La única forma coherente de resolver esta antinomia, esta confrontación de proposiciones antitéticas habría sido aceptar que el trabajo abstracto sólo puede ser un producto del cambio y que antes de que éste se produzca, es decir, a priori, no podemos tener más que una aproximación del valor de los bienes, aproximación que a su vez es determinada por la homogenización previa que el mercado ha producido en el trabajo, o sea, que el mercado ha producido. c) Marx, consciente de que esto habría destruido la base de su teoría del valor destinada a proporcionar un sustento científico a la lucha política de la clase obrera, eliminó por completo en la primera edición de El capital toda alusión a la importancia del mercado como abstractizador del trabajo. No es que haya un trabajo abstracto antes del intercambio y este trabajo es el que plasma valor, sino que todo trabajo es concreto y sólo a través del intercambio mercantil, sólo a través del mercado, a través del regateo entre los mercaderes es que el trabajo queda abstractizado u homogenizado. Es cuando ellos comparan realmente una mercancía con

otra y regatean que indirectamente establecen una comparación entre dos tipos de trabajo concreto distintos y ahí es que ocurre la abstractización del trabajo.

En consecuencia Marx habría desarrollado la mitad falsa de la antinomia, a saber: que las mercancías llegan al intercambio con su valor ya plenamente constituido, de modo que éste no haría más que expresarse en el mercado. Marx dice que el valor se expresaría en el mercado como valor de cambio pero que ya antes el valor se determina por la cantidad de trabajo abstracto contenido en la mercancía; su objetivo político sólo puede encontrar apoyo en la fundamentación fisiológica del trabajo abstracto mediante la deducción lógico-formal y ahistórica del concepto de valor. Por ello en el capítulo I de El capital, para ser rigurosamente consecuente con la concepción apriorística del trabajo abstracto, Marx señala, en el apartado dedicado al fetichismo, que los hombres relacionan sus productos como valores en la medida en que estas cosas son para ellos envolturas materiales de un trabajo humano homogéneo. Marx desea justificar a toda costa una posición política mediante la idea del dominio que el mercado ejerce sobre el trabajo y sobre el hombre incluso asumiendo el riesgo de que la igualdad a priori de los trabajos abriría un flanco muy vulnerable en la medida en que aludiría a relaciones directas o no fetichizadas entre los hombres.

La segunda parte de la argumentación de Emeterio Gómez dice que en el capítulo I de El capital habría dos concepciones distintas del valor-trabajo. Después de la crítica de Böhm-Bawerk a Marx los marxistas intentaron responderle y fueron dando traspiés debido a que el problema es realmen-

te muy complejo. Hasta mediados de los años veinte Isaac Illich Rubin resuelve el problema en su libro *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*. Frente a la explicación fisiologicista del valor a partir del desgaste del cuerpo humano, Rubin establece la explicación sociológica del valor según la cual las relaciones sociales mercantiles hacen que emerja algo así como el valor. Consecuentemente, Isaac Illich Rubin exalta el parágrafo 4 del capítulo I, “El fetichismo de la mercancía”, a contracorriente de los autores que leen la obra de Marx desde la perspectiva de la economía política burguesa, y que, aunque aceptan que en los dos primeros párrafos del capítulo I hay algo así como una teoría del valor trabajo, no reconocen que esta teoría también incluye las formas del valor que se exponen en el parágrafo 3 ni, sobre todo, el tema del fetichismo de la mercancía.

Isaac Illich Rubin acaba con este tipo de interpretaciones cuando dice que la teoría del valor-trabajo de Marx se distingue de la de Ricardo precisamente porque contiene estos ingredientes sociológicos, de modo que el fetichismo de la mercancía es la clave más importante del argumento de Marx. Emeterio Gómez compara lo que dice Böhm-Bawerk con el planteamiento de Rubin, y piensa que Marx presentó su idea en dos modos distintos y contradictorios porque quiere insistir en el papel del proletariado en la producción de riqueza en la sociedad burguesa para explicar la producción de valor y la explotación, y por ese motivo desde el capítulo primero presenta al trabajador desgastándose fisiológicamente para plasmar valor. Sin embargo, dice Emeterio Gómez, así no funcionan las relaciones de intercambio mercantil. Como argumento político pasa, pero no como argumento científico-económico, porque así no se explica cómo son las relaciones

de valor ni el intercambio mercantil.

De tal manera, dice Emeterio Gómez, habría también una contradicción entre la primera parte del capítulo I, donde se habla de una teoría del valor trabajo basada en un fundamento fisiológico abstracto, y la teoría sociológica del valor presente en el análisis del fetichismo de la mercancía, en la parte final del mismo capítulo. Aquí hay relaciones sociales entre hombres que éstos ven como relaciones entre cosas, pero hay una exposición del valor como relación social, mientras que en el comienzo del capítulo el valor no es una relación social sino un simple desgaste de la fuerza de trabajo, un trabajo abstracto. Marx caería en una especie de naturalización del valor pese a que para el materialismo histórico lo fundamental deberían ser las relaciones sociales en una configuración histórico-concreta.

Emeterio Gómez dice que el trabajo se abstractiza no antes del intercambio sino mediante el intercambio. La homogenización de los diversos trabajos concretos, simples y complejos, que constituye la determinación del valor, no existe a priori, antes del mercado, sino mediante las relaciones sociales concretas que ocurren en el mercado. Así, pues, aquí tenemos una serie de contradicciones que reflejan la presencia de un problema sumamente complejo que se juega en la relación entre las dos primeras secciones del tomo I y la sección tercera del tomo III; entre el capítulo I y el capítulo III del tomo I; entre los párrafos 1 y 4 del capítulo I; entre la teoría fisiológica y la teoría sociológica del valor-trabajo; entre un valor determinado a priori, antes del intercambio, y el valor determinado en el intercambio por el mercado, —como en el caso de los objetos que no contienen valor y sin embargo son vendidos y comprados como mercancías, como la

tierra que nunca ha sido labrada y sin embargo tiene un precio, un valor de cambio, u otras mercancías como el honor, que también son compradas y vendidas y no contienen trabajo, de los que habla Marx en el capítulo III del tomo I de El capital.

Emeterio Gómez se mete por todos los caminos del marxismo para mostrar que estas contradicciones de la teoría del valor-trabajo involucran no sólo a la economía política y a la crítica de la economía política sino al materialismo histórico e inclusive, como vimos, según él, el conjunto de la crisis del marxismo depende de la crisis de la teoría del valor. Durante los años sesenta los marxistas retrocedieron en los terrenos de la cultura, la antropología, la sociología y la psicología porque no podían dar cuenta de problemas como el Estado y la democracia, hasta que se replegaron, dice Emeterio Gómez, en El capital, donde el marxismo todavía parecía presentar una argumentación científica sólida, aunque podría estar en crisis en otros terrenos. Este repliegue lo llevó a cabo Louis Althusser con su obra Para leer El capital. Pero Emeterio Gómez encuentra que en esa presunta fortaleza también hay contradicciones y que más bien la crisis del marxismo está dependiendo de la contradicción de la teoría marxiana del valor.

Ya hemos aludido a la importancia teórica y política de ese pasaje inicial de El capital. Luego todas las discusiones habrán de remitirse a él y también por ese motivo Marx hizo muchas versiones del mismo e insistió tanto en la dificultad que implica poner las primeras piedras de la ciencia. En la exposición científica el modo en que se construye un argumento inicial determina la construcción de todos los demás argumentos. Pero en el proceso de investigación es a la in-

versa: Marx primero puso en claro el argumento de la renta, el de la acumulación de capital, el papel de la tecnología en la producción, cómo se produce el plusvalor, etcétera. Primero debió resolver todos estos problemas más complejos antes de explicar los ladrillos elementales con los que construyó su exposición científica. De ahí que en el parágrafo 2 del capítulo I de *El capital* Marx subraye que el doble carácter del trabajo es el pivote en torno al cual gira la comprensión de la economía política. Todo lo que se pueda argumentar en referencia al capitalismo deriva de entender la relación entre trabajo abstracto y trabajo concreto y por lo tanto cualquier equivocación ulterior habrá que remitirla a la incompreensión de ese punto.

Ni Böhm-Bawerk ni posteriores autores como Emeterio Gómez han entendido claramente cómo expone Marx sus argumentos en *El capital*. Como Marx establece la identidad entre el método de exposición y el objeto que expone, las contradicciones de este objeto, es decir, las contradicciones del capitalismo o de la circulación de mercancías aparecen como momentos argumentales en la exposición de Marx, y por eso Böhm-Bawerk y Gómez creen ver contradicciones en el argumento de *El capital*, pero no ven que se trata más bien de contradicciones de la propia sociedad capitalista que el texto de *El capital* intenta expresar teóricamente para luego pasar a resolverlas. Marx no da por resueltas estas contradicciones sino que las expone paso a paso y luego las trasciende. Lo que ellos observan como contradicciones argumentales son en realidad contradicciones reales de la constitución del valor en la sociedad burguesa. La conciencia de los agentes de la producción y de los científicos queda prisionera de estas contradicciones, fetichizada, así que

luego, al leer el texto que expone esas contradicciones de manera no cosificada o fetichizada otra vez lo cosifican, proyectan en su lectura el modo de conciencia que le pertenece a ese tipo de fenómenos.

Vale la pena explicar brevemente cómo se relaciona el tema del trabajo con el tema del mercado en el capítulo I de El capital.

A Emeterio Gómez le molesta que Marx deduzca el valor del trabajo abstracto, del desgaste muscular y nervioso del trabajador, y opone esta explicación a la teoría presuntamente sociológica que determina el valor a partir de las relaciones sociales. No observa que en realidad este desgaste fisiológico tiene lugar en la sociedad y que unos evitan trabajar si otros lo hacen, y que este desgaste levanta parcialmente la escasez natural y se presenta como valioso en tanto que permite satisfacer necesidades.

Ciertamente existen necesidades que podrían ser satisfechas sin que haya que trabajar para ello; por ejemplo la respiración, pues el aire todavía no cuesta porque lo hay en abundancia, pero si se vuelve escaso lo van a embotellar como ya lo hacen con el agua para venderla pues ahora cuesta trabajo apartar agua que no esté contaminada y purificarla, transportarla al lugar donde se consume y todos estos trabajos implican que el agua se vende. Así que este desgaste de cerebro y de cuerpo humanos que queda plasmado no es una dimensión meramente fisiológica, como cree Emeterio Gómez, sino también social.

Cuando en el prólogo a la primera edición de El capital Marx dice que observa a la sociedad capitalista como un “proceso histórico-natural” alude a un procedimiento que no eterniza los procesos que estudia sino que distingue configu-

razones históricas, pero que también observa a la historia en tanto suma de modificaciones materiales en las que se muestra cómo se pone en juego la naturaleza en la historia. Los seres humanos no dejan de ser naturaleza, no son puro relativismo, no es pura lucha de clases la que determina los precios o el salario, sino que esta determinación opera sobre la base de condiciones materiales naturales, como por ejemplo el desgaste físico. Este desgaste es fisiológico pero de la sociedad y para la sociedad. Unos hombres ven a otros desgastarse o los ponen a desgastarse sin que aquéllos se desgasten. Este desgaste fisiológico es significativo en esta correlación social. Por eso la crítica del fetichismo de la mercancía y la determinación del valor trabajo por el desgaste fisiológico quedan integradas con las relaciones de intercambio meramente formales o de metamorfosis de mercancías y con las relaciones de intercambio real con la naturaleza donde ocurre este desgaste fisiológico. Este desgaste fisiológico socialmente determinado que está involucrado en cualquier trabajo concreto es la condición de posibilidad de que luego se intercambien las mercancías. Estos son los pasos del argumento de Marx. La constitución del valor por el desgaste de trabajo tiene que expresarse como valor de cambio en la relación social de intercambio que es una relación meramente formal y que está condicionada por una relación social previa más básica que es la relación de la sociedad con la naturaleza. Pues bien, esta es una relación de desgaste, de enfrentamiento material y no meramente formal. Emeterio Gómez no capta que no se trata sólo de historia sino de materialismo histórico, donde la naturaleza es significativa para el socius, y que entonces hay que diferenciar entre lo formal y lo real y al mismo tiempo ambos

deben quedar integrados.

El trabajo pone la sustancia del valor pero no su magnitud, esta es una diferencia decisiva que establece Marx. La magnitud del valor se constituye solamente en el intercambio a partir de que se establece qué es lo socialmente necesario, no a partir del mero desgaste de un trabajador individual sino en la correlación de todos los trabajos individuales o entre el desgaste total de la sociedad y la satisfacción de las necesidades mediante los productos que fueron producidos.

Así es como se construye lo socialmente necesario. Primero se establece una virtualidad: el tiempo de trabajo que es el socialmente necesario porque funciona de acuerdo a las técnicas y métodos promedio. Un trabajo individual que funciona de esta manera es socialmente necesario pero sólo en términos virtuales. La noción de tiempo de trabajo socialmente necesario se redondea en el consumo, es decir, en la satisfacción de las necesidades, y la antesala del consumo es la correlación de todos los consumidores en el mercado, donde confrontan sus necesidades y capacidades y desechan lo que no les sirve y exaltan y dejan que prevalezca lo que les sirve. Sólo así queda establecido el tiempo de trabajo socialmente necesario, no solamente en su base necesaria o productiva sino en su aspecto suficiente o de consumo, correspondiente a la dimensión de la necesidad. Ahora ha sido definida no sólo la sustancia del valor, la gelatina del valor social, sino también su magnitud. En primer lugar, el valor total de la sociedad, lo socialmente necesario general, y, simultáneamente, la magnitud del tiempo de trabajo socialmente contenido en cada mercancía. Lo socialmente necesario total y lo socialmente necesario de cada mercancía se

constituyen, pues, a través del intercambio múltiple que se establece en la recíproca confrontación de todos los propietarios privados de mercancías.

Como se ve, este argumento de Marx no es analiticista sino circular, dialéctico, procesual. Comienza por la plasmación de la sustancia de valor, pero la magnitud no termina de definirse hasta que pasa por la forma de expresión del valor en el intercambio. Sólo hasta ese momento en el que se interrelacionan todos los trabajos a través de la correlación de todos los productos se establece qué fue lo socialmente necesario y, entonces, la magnitud del valor. Una cosa es la exposición lógica deductiva de la sustancia, la magnitud y la forma del valor, y otra cosa es el proceso social práctico de la constitución de la sustancia, de la forma del valor y, finalmente, de la magnitud precisa del mismo.

En los primeros dos párrafos de *El capital*, Emeterio Gómez ve fundamentalmente una explicación del valor-trabajo determinado fisiológicamente y una deducción lógica de la sustancia, la magnitud y la forma del valor, y sólo después observa que Marx expone las formas del valor y el intercambio de todos los productores, y por eso cree que hay contradicciones en el argumento y no más bien que las contradicciones de la realidad mercantil se reflejan y se resuelven mediante el análisis científico de las mismas.

El valor no se constituye de manera puntual en una plasmación, en una fulguración, sino que implica un proceso social de constitución, un proceso circular donde las premisas sirven de resultado y los resultados se ponen como premisas. Sólo después de este doble movimiento concluye la constitución del valor. El valor queda constituido al cerrarse el círculo, no a priori. A priori hay una plasmación de la sus-

tancia del valor pero aún con ello no está determinada su magnitud. Para ello se requiere que entre la sustancia del valor que se plasma en la producción y la magnitud de valor que se muestra en el precio o valor de cambio en la circulación se constituya la forma del valor suscitada por la expresión del valor en el intercambio. La forma del valor media a la sustancia del valor para que pueda lograrse la determinación final de la magnitud del valor de la mercancía, misma que va a ser la base de su expresión como precio.

Más o menos en estos términos expone las cosas Isaac Illich Rubin. Él es el primero que expone el proceso de constitución de valor como un proceso dialéctico-sociológico y señala cómo es el movimiento global social y no un mero desgaste fisiológico lo que constituye el valor. Al leer a Rubin, Emeterio Gómez cree que debe dejar fuera la argumentación fisiológica y no se percata de que si ésta así aislada es equivocada, considerada dentro de las relaciones sociales por supuesto que constituye un elemento significativo en términos materiales y prácticos.

Böhm-Bawerk y Emeterio Gómez creen ver contradicciones en el argumento de Marx porque no logran vincular dos momentos del movimiento del capital, es decir, el primer momento que puso al valor en la esfera de la producción y el segundo momento, en el que el valor se pone en la esfera de circulación. Sólo diferencian tajantemente estos dos momentos sin ponerlos luego en relación. La mayoría de los economistas y teóricos socialistas observan el fenómeno de conjunto donde hay circulación y producción combinadas o hay economía y política y cultura, todo combinado, y no entienden cómo Marx desconstruye el objeto concreto para luego, al reconstruirlo, cada una de sus partes y después sintetizar-

las al ponerlas a jugar en el movimiento. Este procedimiento le permite a Marx distinguir nítidamente entre la esfera de la producción y la esfera de la circulación pero luego además sintetizarlas. Si solamente las distinguimos y decimos que el valor ya está constituido a priori en la esfera de la producción entonces Emeterio Gómez puede decir que el valor solamente se constituye en el mercado, y que por eso Marx luego tiene problemas para dar cuenta de mercancías que no contienen trabajo o para determinar la magnitud de su valor. Así, pues, en la producción la sustancia del valor y por tanto el tiempo de trabajo socialmente necesario solamente quedan establecidos de manera virtual o en referencia a la técnica y los métodos promedio, pero todavía falta considerar la parte necesitante de la sociedad, la parte del consumo.

7. LA TEORÍA DEL VALOR DE MARX

La teoría del valor-trabajo de Marx se diferencia de la de Ricardo en que Marx concibe la constitución del tiempo de trabajo socialmente necesario como un proceso circular que va desde la producción hasta el consumo. El valor no se constituye solamente en la producción sino que involucra también a la circulación, donde se reflejan las necesidades del consumo, y sólo allí se puede constituir la magnitud del valor. Así el tiempo de trabajo socialmente necesario queda definido no solamente en lo que respecta al tiempo de trabajo sino a la expresión de las necesidades del consumo. De este modo lo socialmente necesario queda bien delimitado en el enfrentamiento de todas las mercancías: cuáles quedan fuera, cuáles prevalecen, cuáles se desechan, cuáles fueron más

demandadas, cuáles poco demandadas. Se ha decidido qué fue lo socialmente necesario y qué no lo fue y por eso ya queda establecida tanto la magnitud del valor total plasmado como la magnitud del valor de cada una de las mercancías. No solamente hay que diferenciar con toda nitidez entre producción y circulación sino que hay que pasar a articular las dos esferas y no solamente quedarse en una o en la otra, porque entonces se incurre en abstracciones que ven el desgaste en términos meramente fisiologicistas naturalistas, que olvidan las relaciones sociales; caso de la postura obrerista o productivista que no comprende cómo lo determinante son las relaciones sociales y no las cosas ni por ende el mero desgaste fisiológico, sino que éste es determinado por aquéllas.

La dinámica de los cambios de valor no es solamente tecnológica, sino que implica el entrechocamiento en el mercado de todas las capacidades de la sociedad con todas las necesidades de la sociedad, de toda la esfera de la producción con toda la esfera del consumo. El valor es dinámico y fluctuante porque efectivamente las necesidades materiales y espirituales de la sociedad se correlacionan en un jaloneo para ver cuáles se satisfacen y cuáles no, con qué trabajo se satisface tal o cual necesidad. El concepto de tiempo de trabajo socialmente necesario describe la correlación entre trabajo y necesidades, entre producción y consumo, y es un concepto científico porque muestra en qué consiste el proceso social y al mismo tiempo es un concepto crítico porque revela que en la sociedad capitalista la producción se encuentra descoyuntada respecto del consumo y que el mercado existe para revincular esta escisión. Hay, pues, una crisis social, una contradicción entre la producción y el consumo.

En las sociedades anteriores los seres humanos se ponían de acuerdo para producir y consumir, gestionaban la conexión producción-consumo en términos que podían ser racionales o míticos, se la ofrecen al tótem, al dios o a los muertos para decidir cómo satisfacer las necesidades con las fuerzas con las que cuentan. Así se conectaban productores y consumidores. Hay un sujeto colectivo que percibe y gestiona las capacidades y las necesidades sociales e individuales y establece la distribución de trabajos y de necesidades.

Pero en la sociedad capitalista el *socius* se escinde en *propietarios privados*, cada uno de los cuales se encarga de *gestionar racionalmente su producción y su consumo individuales pero se desentiende de la producción social y por tanto del consumo social*. La propiedad privada establece una escisión entre producción y consumo y ya no son los hombres los que en la asamblea gestionan su producción y su consumo sociales, sino que cada individuo gestiona su producción-consumo individual y deja que el mecanismo objetivo del mercado establezca a posteriori qué es lo socialmente necesario. Cada productor propietario privado que plasma trabajo en un producto tiene que llevar a cabo un salto mortal en el mercado para ver si ese producto es demandado y se lo compran. Sólo así puede saber si es socialmente necesario.

El concepto de tiempo de trabajo socialmente necesario muestra científicamente cómo es que ocurre el proceso de constitución de la relación entre la producción y el consumo en el metabolismo social ya desde la producción misma, desde el trabajo, y también refiere críticamente cómo es que en el capitalismo esta relación está descoyuntada y sin embargo se revincula a través de la mercancía. La mercancía es

una forma emergente que surge para revincular lo escindido, revincula sociológicamente a los propietarios privados que están escindidos entre sí, muestra sus relaciones sociales como relaciones entre cosas porque ellos se relacionan entre sí sólo a través de las cosas. Pero no solamente revincula a un individuo o propietario privado con otro sino a la esfera de la producción con la esfera del consumo, a la esfera de las necesidades con la esfera de las capacidades, pero al mismo tiempo que las revincula las recorta, las reprime. Las necesidades de los individuos sólo se reconocen como tales si éstos poseen dinero y si no lo tienen es como si no existieran, no forman parte de lo socialmente necesario. La producción y el consumo están escindidos y se revinculan a través del entrenchocamiento de mercancías y dinero. Las necesidades sociales quedan recortadas de acuerdo al tamaño de la mercancía y el dinero; hay entonces una represión de las capacidades y de las necesidades.

Estos conceptos implican también una crítica al socialismo proudhoniano porque éste pensaba que el gran problema de la sociedad burguesa es el dinero y que si éste se aboliera y se intercambiaran las mercancías directamente viviríamos una sociedad idílica de pequeños productores mercantiles. La explotación desaparecería con la abolición de los bancos y todos los seres humanos llevarían sus mercancías al mercado y las intercambiarían pacíficamente.

Marx plantea en la parte introductoria de El capital, al poner en orden la argumentación estratégica revolucionaria de fondo, que incluso en esta sociedad aparentemente idílica, sin explotación, de intercambio directo entre mercancías, en este mundo donde sólo reinarían la equivalencia y la igualdad, habría una fuerte represión de las necesidades y de las

capacidades humanas. ¿Por qué? Porque existe la propiedad privada y por ende la producción se encuentra descoyuntada respecto del consumo. En estas condiciones los hombres son títeres de sus propios actos, no dominan su producción y su circulación sino que el mecanismo cósico objetivo del mercado los domina a ellos, establece qué es lo socialmente necesario y qué no lo es.

Como se ve, en conclusión, el argumento del tiempo de trabajo socialmente necesario no es meramente puntual, analicista, exacto, como podría ser el argumento de Ricardo, sino que además de ser exacto es un argumento crítico, porque está señalando que el valor se establece a partir de la represión social de las necesidades y las capacidades.

Estos primeros capítulos de *El capital* se pueden utilizar para analizar sociedades poco desarrolladas, pero hay que tener presente que en ellos se observa al capitalismo, aunque en su nivel aparential, no en su esencia —ni circulatoria ni productiva— sino en la apariencia de la circulación de la riqueza mercantil. Marx ciertamente hace referencia a sociedades antiguas o precolombinas como los incas o los aztecas, etcétera, pero sólo a título de ilustración. El nivel conceptual de *El capital* no es apropiado, en rigor, para el análisis antropológico de las sociedades precapitalistas. Hay elementos que lo posibilitarían pero el nivel argumentativo sólo es apropiado para la sociedad capitalista.

V. CRÍTICA DE LA MERCANCÍA
Y DEL VALOR DE USO ACTUAL
CONTRA LA SUPRESIÓN CAPITALISTA
DE LA HISTORIA
LAS SECCIONES PRIMERA Y SEGUNDA DEL TOMO I

1. CRÍTICA INMANENTE O TRASCENDENTE
Y ETERNIZACIÓN DEL CAPITALISMO

La argumentación de Marx transcurre en el interior del modo de producción capitalista, en inmanencia, sin salirse de éste. La crítica de la economía política es, pues, una crítica inmanente del modo de producción burgués, no le es extraña ni viene de fuera a criticarlo. La revolución comunista es la acción del proletariado como clase inmanente a la sociedad burguesa, no externa a la misma, y la crítica de la economía política, en tanto crítica inmanente del modo de producción capitalista, refigura teóricamente el punto de vista práctico del proletariado.

El objeto teórico de las dos primeras secciones del tomo I de *El capital* —la crítica de la apariencia de la riqueza capitalista tal y como ésta se muestra en la circulación de capital, según la precisa formulación de Bolívar Echeverría— incluye, pues, la correlación entre la apariencia circulatoria y el pasado histórico del sistema capitalista, es decir, la riqueza mercantil simple: “la producción de mercancías [...] y una circulación mercantil desarrollada, el comercio, constituyen

los supuestos históricos bajo los cuales surge” el capital (p. 179). La apariencia muestra el pasado histórico; por su parte, la esencia productiva del capitalismo revela el presente de este modo de producción, el núcleo de su reproducción. Tal y como en la biología la ontogenia reproduce en la gestación actual del organismo la filogenia de la especie, el capitalismo reproduce su historia en su estructura presente.

Sin embargo la estructura y la dinámica del modo de producción capitalista producen la apariencia de que la historia ha concluido, es decir, de que el modo de producción burgués es natural, no producido. Las relaciones históricas anteriores —por ejemplo las feudales— aparecen como artificios mientras que la sociedad burguesa aparece como natural. La presencia de la mercancía como algo natural produce la apariencia de que los individuos que se relacionan a través de ella son libres, sin trabas extrañas y artificiosas entre ellos. En los ámbitos cultural, social, político y económico se da la apariencia de que en la sociedad burguesa se acabó la historia y de que antes tampoco hubo historia, y si la hubo fue un error, y, al mismo tiempo, de que las relaciones burguesas son naturales, que así han vivido siempre los seres humanos, quizá con menos comodidades pero siempre con el mismo modo de reaccionar, pensar, escribir, amar, ser en general, que este modo es intrascendible. La condición de sometimiento y explotación que vive el proletariado en esta sociedad podría ser paliada pero de ninguna manera suprimida porque este modo de producción es insuperable. La historia parece cancelarse al entrar en el torbellino de la acumulación de capital.

Sin embargo la propuesta proletaria consiste en trascender históricamente ese sistema, y el materialismo histórico

—que refigura a la conciencia de clase proletaria— también sugiere que este modo de producción es históricamente relativo, que así como se constituyó en un momento dado podrá ser rebasado históricamente. Sin embargo, aún hay que dar cuenta de cómo, dentro de este modo de producción, se puede proponer algo así. Parecería imposible sostener esta tesis del materialismo histórico porque el fetichismo de la mercancía produce la ilusión de que la historia se cancela en cada una de las relaciones sociales. Desde la mercancía —este objeto simple, esta célula elemental de la riqueza burguesa— se está constituyendo una sociedad cuyos componentes elementales hacen que la historia se evapore.

Si alguien recuerda todavía que la historia existe o sugiere que antes la hubo y que deberá haber una historia después, una historia postcapitalista, se le tacha de voluntarista o de que su idea es un capricho, una fantasía, mera imaginación o mera buena voluntad.

Por lo tanto habría que establecer fundadamente cómo es posible afirmar que hubo historia y que va a haber una historia postcapitalista, es decir que quien hace tal afirmación realmente puede entrever la historia, definirla o determinarla. Tal parece que sólo sería posible hacer la crítica de la economía política, la crítica del capitalismo, si nos saliéramos del modo de producción burgués y de su influencia fetichista e ideológica para ver la historia. Este fue el intento de diversos autores: una crítica trascendente respecto del capitalismo, criticar al capitalismo desde el artesanado, desde formas precapitalistas, desde la otredad antropológica —u ontológica—¹ que se descubría a medida que el sistema capitalista se expandía por el mundo.

Desde aquellas sociedades descubiertas y sojuzgadas por la expansión imperialista sería posible criticar lo que existe en el capitalismo. Los antiguos habitantes de América descubrieron, atónitos, aquel afán por acumular dinero y oro que tenían los conquistadores españoles, y vieron cómo esta mezquindad y ambición crecían conforme se transitaba del feudalismo al absolutismo y, luego, se construía y se generalizaba el capitalismo. Muchos pensadores y escritores occidentales adoptaron la perspectiva de los pueblos conquistados y sojuzgados y la convirtieron en base de una crítica trascendente al capitalismo.

El procedimiento que utiliza Marx es completamente inverso. La crítica trascendente puede generar algunas ideas agudas pero no permite criticar al capitalismo sistemáticamente, sino sólo denunciar sus contradicciones mediante agudezas, infligirle algunos pinchazos. Esta perspectiva crítica siempre se quedará en la superficie, verá sólo una parte, no podrá desestructurar críticamente al conjunto del sistema. La crítica externa o trascendente es, por ende, impotente, como se vio en la historia del socialismo, cuando algunos aristócratas y pensadores de la nobleza intentaron criticar al capitalismo.

La crítica del proletariado al capitalismo comienza por abandonar todas las ilusiones; experimenta en cabeza ajena, es decir, en aquellos intentos críticos anteriores, y reconoce que solamente la crítica immanente del sistema permite explorarlo en complitud y por tanto constituirse como crítica sistemática, completa o radical. Pero, insisto, ¿cómo puede hacerlo si justamente la estructura y la historia del capitalismo parecen cancelar el tiempo? En este sistema social el tiempo aparece cosificado, alienado, y la estructura capitalis-

ta parece borrar la historia que la generó y, por supuesto, la posibilidad de una historia posterior.

Para descubrir que en la estructura de la sociedad burguesa se guarda su historia, tanto previa como futura, Marx observa que esta sociedad ha roto el cordón umbilical que la vinculaba con toda historia previa desde el momento en que rompió el cordón umbilical orgánico que existía entre el productor directo y los medios de producción. Esta expropiación constituye una intervención violenta en la estructura básica de la reproducción humana —lo que Marx llama la “forma natural de la reproducción social”— que implica la ruptura del capitalismo con la historia que lo produjo. La desestructuración de la producción orgánica —donde están conectados orgánicamente el sujeto y el objeto— como condición para construir al modo de producción capitalista es correlativa a la desestructuración de la producción histórica de las sociedades, en particular la sociedad burguesa. Así es como ésta aparece como sociedad sin historia, producto de un proceso que se borra en su resultado.

Así, pues, de pronto nos encontramos ya en el capitalismo, y todos los días se lleva a cabo un proceso repetitivo de acumulación de capital en el que se adelanta dinero para comprar mercancías y luego se venden mercancías que contienen más valor que el dinero adelantado. Al mismo tiempo que un polo de la sociedad se va enriqueciendo el otro polo se va empobreciendo. Todos los días nos encontramos inmersos en esta dinámica cíclica, repetitiva, que presenta la apariencia de que no hay explotación sino simplemente un inmenso “cúmulo de mercancías” y que la mercancía ha existido siempre. A lo más, entre esta sociedad y las anteriores sólo existe una diferencia cuantitativa: ahora hay más de lo

que antes había menos.

Así, pues, en su crítica de la economía política Marx describe a la sociedad burguesa en inmanencia y encuentra que su estructura guarda su propia historia. La historia con la que el capitalismo rompió se encuentra codificada, marcada en su estructura germinal pero cosificada, es decir, congelada o suspendida.

Para criticar al capitalismo no es entonces necesario salirse de él y así perder interioridad y, por lo tanto, esencialidad y radicalidad en la crítica. Más bien, la única manera en que es posible reconstruir la historia de la riqueza burguesa es seguir la veta de su estructura, y entonces podremos encontrar también el cordón umbilical que conecta este sistema con su posible historia futura.

Esta estrategia de enfrentamiento contra el sistema capitalista y sus fetichismos explica el procedimiento crítico que parte de la mercancía y de la circulación mercantil dineraria en los primeros capítulos de *El capital*.

Decía que el capitalismo reproduce, en su estructura, su propia historia. Este modo de producción de propietarios privados escinde al individuo respecto de la sociedad, las capacidades respecto de las necesidades, la producción respecto del consumo, pero también escinde la circulación respecto de la producción y, por ahí, escinde la historia de esta sociedad respecto de su estructura. El capitalismo se eterniza obviando la historia en un siempre renovado presente actual y a la moda, naturaliza sus relaciones específicas; sin embargo al existir —producir y reproducirse— no puede sino recombinar su historia y su estructura de suerte que en su estructura actual reproduce su génesis. Lo primero a la vista, lo aparente, fue lo primero en la historia; lo más profundo o lejano a la mirada,

pero, por otro lado, la esencia de este modo de producción, es lo históricamente posterior y hoy actual. De tal manera que el capitalismo oculta, mediante su historia, el corazón explotador de su estructura, es un estructuralismo sin historia porque se eterniza y naturaliza. Pero como somete a la historia que olvida, y así oculta su núcleo estructural auténtico, es también, entonces, un estructuralismo inconsecuente, no sólo hipertrofiado.

Hoy se sirve de los materiales históricos que lo antecedieron —la mercancía y el dinero— para ocultar la explotación de plusvalor: la relación capital-trabajo. Sin embargo, al encubrirse con la historia, al someterla al servicio de su estructura, no puede sino mostrar esa historia en la misma apariencia que pretende encubrirla.

El instrumento con el que oculta su estructura es él mismo un trazo histórico, así que al ocultar su estructura sin embargo tiene que mostrar su historia previa, y es allí, cuando esta historia se muestra, donde la crítica de la economía política puede enfrentarle al sistema la historia y la estructura del propio sistema, es decir, cuando la crítica descubre a la historia y al proceso y al trabajo vivo debajo de la estructura y de la cosa mercancía y de la cosa capital. Al demostrar que el plusvalor no puede brotar de la circulación mercantil-dineraria, Marx demuestra que el modo de producción capitalista no es sino una estructura histórica, y que por tanto no puede sino mostrar su génesis en su estructura, y aunque somete a la historia para encubrirse y, por tanto, eternizarse, el instrumento con el que se encubre lo limita y lo denuncia.

En los años cincuenta y sesenta del siglo xx surgieron en las ciencias sociales distintas escuelas estructuralistas (Claude Lévi-Strauss en la antropología, Ferdinand Saussure

en la semiótica y la lingüística, los análisis literarios de Roland Barthes, Jacques Lacan en el psicoanálisis y la escuela althusseriana en el marxismo). Y bien, en este pensamiento la historia ya no parecía tener cabida, sólo era un recurso ideológico. De ahí que en el libro de Francis Fukuyama *El fin de la historia* la ideología posmodernista pudiera retomar argumentos estructuralistas para plantear que, después de la caída de la URSS, simplemente se había acabado la historia. Si no antes, ahora sí.

Ya en diversas ocasiones a lo largo de la historia del capitalismo se ha decretado el fin de la historia. En museos arqueológicos, en libros y en la memoria popular se nos habla de una historia pasada, pero la constante supresión de la historia es parte de la esencia del modo de producción capitalista. Cuando avanza en algún nuevo territorio, antes inexplorado, termina por barrer con la historia de los pueblos que allí existían. Primero los somete desde el exterior y luego penetra y avasalla las tierras donde implanta sus fábricas, utiliza a la gente para que trabaje en ellas y modifica sus patrones de consumo.

Comienza por absorber como folklore la cultura nativa en la abigarrada oferta plural de culturas en el interior del propio capitalismo y termina por suprimir aquella cultura, la memoria histórica de ese pueblo y, finalmente, al pueblo mismo, y con él a la historia. Esto que hace en su desarrollo periférico lo profundiza en el centro del sistema. No se trata de un simple afán imperialista, negador, antiético, sino del funcionamiento normal de la estructura misma del proceso de acumulación de capital. Marx descubre este hecho y descubre que la crítica del sistema y la estrategia revolucionaria deben organizarse de acuerdo con él. Este descubrimiento

determina que El capital comience por la mercancía y el dinero. Como vemos, el objeto que se analiza en ese comienzo no es precapitalista sino la apariencia del sistema capitalista.

El siguiente Diagrama permitirá aclarar lo anterior.

2. APARIENCIA, ESENCIA Y REALIDAD:

ESQUEMA DE LOS TRES TOMOS DE EL CAPITAL

Bolívar Echeverría² diseñó este diagrama para explicar el proceso argumental de los tres tomos de *El capital*. En las dos primeras secciones de *El capital* se explora la apariencia de la riqueza burguesa (A); posteriormente, desde la sección tercera del tomo I y hasta el final del tomo II, se explora la esencia productiva (tomo I) y circulatoria (tomo II) del capitalismo (B), y, finalmente, el tomo III se ocupa de la reconstrucción de la realidad capitalista (C), la cual se entiende —siguiendo un esquema metodológico hegeliano— como unidad de apariencia y esencia.

El proceso de producción inmediato del capital —que es el objeto del tomo I— incluye una dimensión circulatoria aparente y una dimensión productiva esencial, mientras que el proceso de producción capitalista mediata —que se aborda en el tomo II— incluye la reproducción circulatoria o la circulación reproductiva del capital en el nivel de la esencia; finalmente, el análisis del proceso global de producción capitalista —en el tomo III— implica la reconstrucción de la realidad. Aquí el capital se muestra como una potencia productivo-circulatoria, por eso es que en los tres tomos de El capital se tiene en cuenta siempre esta dualidad constitutiva de la relación capital industrial.

Así, después de que en el tomo I se observa una apariencia

circulatoria y una esen-cia productiva, en el tomo II, al estudiar la esencia circulatoria, se retoma su esencia productiva como incluida en el proceso global de circulación. La circulación capitalista no solamente tiene lugar después y antes del proceso de producción sino también durante el proceso de producción. El tomo II cruza este proceso.

Finalmente, en el tomo III el proceso global de producción capitalista presenta de nuevo esta dualidad de producción y circulación, ahora en la unidad de apariencia y esencia, es decir que a la vez que se considera la apariencia de la producción y la apariencia de la circulación, también se observa la esencia de la producción y la esencia de la circulación, las cuatro dimensiones en su conjunto.

2.1. El “torbellino” del tomo II

y las dos primeras secciones del tomo I

En el Diagrama 12, el primer círculo muestra la apariencia circulatoria del sistema capitalista (secciones primera y segunda del tomo I); el segundo círculo la esencia productiva del capitalismo (el resto del tomo I), y el tercer círculo la esencia circulatorio-productiva del capitalismo, las dos dimensiones en su conjunto, para reconstruir la realidad del capitalismo (tomo III).

Ahora bien, en el tomo II de El capital se expone la circulación global del capital, es decir, la esencia circulatoria del proceso de producción capitalista. Por lo tanto, la circulación de mercancías y dinero que se expone en las primeras dos secciones del tomo I es una parte de la circulación total del capital y, por ende, es generada por la dinámica conceptual del mismo tomo II.

Al considerar la circulación global del capitalismo, su

dinámica formal completa, se alcanza a ver que uno de sus brazos aparentemente no es capitalista, y es el que introduce al proceso de producción, al proceso de explotación de plusvalor. Este brazo, como apariencia circulatoria que introduce a la producción, es una premisa que permite el paso al proceso de explotación capitalista de la fuerza de trabajo.

Al final del tomo I de El capital se presenta el proceso de reproducción simple y ampliada del capital, lo cual comunica con la reproducción en su figura completa, que se estudia en el tomo II —después de habérsela visto en el tomo I en su figura formal abstracta— pero también con el argumento del tomo III, que a su vez queda conectado con el final del tomo II, es decir, con su sección tercera “La reproducción y circulación del capital social global”.

Como vemos, además de la secuencia lineal apariencia-esencia productiva/ esencia circulatoria-realidad, tenemos un movimiento en espiral que está brotando, por un lado, de manera retroactiva, desde el tomo II de El capital para generar las dos primeras secciones del tomo I, y luego, desde el final del tomo I, para generar el comienzo del tomo III. En ese gozne, conformado por las cotas inicial y final del tomo II, se establece un giro a partir del cual se constituye el argumento de los tres tomos. Allí, en el propio proceso de circulación del capital, en las lindes del tomo II con el tomo I y con el tomo III, tiene lugar esta circulación de los conceptos en la que éstos se ordenan de manera sistemática (ver el Diagrama 13).

2.2. Henryk Grossmann y el proyecto crítico de Marx

El marxista polaco Henryk Grossmann —uno de los economis-

tas marxistas más importantes del siglo XX— descubrió en un ensayo titulado “La modificación del plan estructural de *El capital y sus causas*”³ que los tres tomos de *El capital* están estructurados a partir de la construcción del tomo II. Solamente una vez que Marx tiene ante sí expuesta la totalidad del sistema capitalista circulando en el tomo II de *El capital* puede establecer la división de temas que trata en el conjunto de la obra.

Es decir que Marx no escribe *El capital* como quien simplemente reúne materiales, por ejemplo lo que ha investigado sobre la industria textil o acerca de la reproducción obrera y el salario, o de la moneda y el crédito, o sobre el comercio exterior, o la renta y la propiedad del suelo en el capitalismo, etcétera. Ciertamente, al investigar cómo funciona el sistema capitalista, Marx ha reunido todos estos materiales. Sin embargo no expone dicho proceso de funcionamiento del sistema de modo externo, según temas que tienen entre sí una relación sólo tangencial y no de esencia o de interioridad. En su exposición cada tema produce al otro tema y no simplemente le es contiguo. La vida social consiste en un proceso de producción constante de la vida material en el que cada uno de los aspectos de la sociedad es producido por otro. El proceso de exposición debe mostrar esta producción mutua de todos estos aspectos, este es el objeto de la reproducción intelectual de la realidad.

Sólo cuando Marx tiene ante sí —en el tomo II— a la reproducción del capital en su conjunto —dice H. Grossman— puede establecer las relaciones esenciales que conectan entre sí las diversas partes del sistema capitalista en su totalidad y entonces puede ver por dónde comenzar, dónde terminar, qué va en medio, qué va después, etcétera.

Esta idea llevó a Henryk Grossmann a atinar en muchas cosas. Sin embargo también desatinó en un punto decisivo. Grossmann señala que el proyecto de crítica de la economía política que Marx tenía planeado en 1859, cuando publica su Contribución a la crítica de la economía política, difiere no sólo en tanto plan editorial sino en cuanto proyecto discursivo del que anuncia en 1867 al publicar el tomo I de El capital.

En el prólogo a la Contribución de la crítica de la economía política, de 1859, Marx anuncia un plan de seis libros dedicados, respectivamente, al capital, la propiedad del suelo, el trabajo asalariado, el Estado, el comercio exterior y el mercado mundial y las crisis. Pero luego, en 1867, en el prólogo al primer tomo de El capital, sólo hablaba de los tres libros que hoy conocemos y un cuarto libro que sería la historia crítica de las teorías del plusvalor. Si estos cuatro tomos sólo correspondieran al primer libro del proyecto de 1859, todavía faltarían los cinco libros subsiguientes, y si cada uno tuviera una extensión semejante al primero el conjunto constituiría una obra gigantesca de 15 a 20 tomos. Marx muere en 1883 sin terminar su crítica de la economía política, pero tal parece que no le hubieran alcanzado tres vidas para concluir aquel proyecto esbozado en 1859.

Muchos marxistas se quedaron esperando los subsiguientes libros. Grossmann discute especialmente con un autor llamado Robert Wilbrandt, quien hacia 1924 publica una biografía de Marx y dice que todavía estamos esperando que se escriban aquellos libros de la crítica marxista de la economía política. Henryk Grossmann, que conoce a profundidad la obra de Marx, dice que esta espera no tiene sentido pues en realidad Marx cambió el plan estructural de su obra.

Para argumentar su idea, Grossmann afirma que aquel

plan primitivo en seis libros corresponde a una articulación empírica y externa del material. Empíricamente se constata la existencia del capital, el trabajo asalariado, la propiedad de la tierra, etcétera, por eso Marx habla de seis libros. Pero después, al avanzar en su investigación sobre el sistema capitalista, llega a nuevas conclusiones, especialmente cuando, entre 1861 y 1863, aborda la circulación-reproducción del capital. en este punto Marx revisa el célebre “Tableau Economique” de los fisiócratas, los economistas franceses que observan el movimiento del capitalismo como un todo y que resumen sus observaciones en unos esquemas que Marx utiliza para, a su vez, diseñar sus propios esquemas de reproducción del tomo II de El capital. Así, pues, Grossmann dice que cuando Marx tiene enfrente la totalidad del sistema puede establecer las conexiones esenciales que lo constituyen y entonces ya puede exponer el material de modo no empírico, externo o por grandes apartados monográficos, sino mostrando cómo es que cada parte se conecta esencialmente con cada una de las otras y con el conjunto. Por eso es que en el tomo I de El capital, por ejemplo, cabe la exposición del salario o en el tomo III la renta del suelo.

De acuerdo con el proyecto de 1867, pero no antes, en la exposición del proceso de producción y reproducción del capital se va integrando el salario, la renta del suelo, el comercio exterior, las crisis, etcétera, como aspectos del proceso metabólico del capital. El sujeto de todo el proceso es el capital industrial y de acuerdo a su proceso de vida se integran, como ramas del mismo, todos los demás aspectos, mientras que en el plan de 1859 estos mismos aspectos estarían tematizadas de modo esquemático, aislado, sin tener en cuenta la conexión

interna que organiza al conjunto, como si el salario fuera un sujeto autónomo y otro la propiedad del suelo, etcétera.

Henryk Grossmann descubre que en el modo de producción capitalista domina el capital industrial y que todo el sistema se basa en la existencia y reproducción del capital industrial. Por lo tanto, la crítica de la economía política, bajo la forma de los tres tomos de El capital, está concluida en lo fundamental, y Marx habría abandonado la idea de escribir los subsiguientes libros y tampoco habría que esperarlos.

En estos planteamientos de Grossmann debemos reconocer aciertos pero también hay que discutir su idea de que con El capital ya estaría concluida la crítica de la economía política y que los seis libros indicados por Marx en su proyecto original tendrían una conexión simplemente externa y empírica que no tiene en cuenta la esencia del sistema y que por lo tanto no hay que esperarlos.

En realidad no todo lo que Marx tenía que decir acerca del trabajo asalariado está presente en la sección sexta del tomo I de El capital, dedicada al salario, ni todo lo que tenía que decir acerca de la propiedad territorial está expuesto en la sección sexta del tomo III sobre este asunto, ni todo el tema de las crisis se agota en lo que se encuentra disperso en los tres tomos y especialmente en la sección tercera del tomo III. Inclusive, no todo lo que hay que decir acerca de los precios está expuesto en la sección segunda del tomo III sobre la transformación de los valores en precios de producción. De todos estos temas, que no son directamente el capital industrial, en los tres tomos de El capital se expone lo que tiene que ver directamente con el metabolismo del capital industrial pero no otras dimensiones que completan lo que es el salario, la renta o las crisis, etcétera, y que son parte

del proceso de vida del sistema.

El capital también se produce a través de lo otro que sí. De ahí que también deba ser investigado el trabajo asalariado en cuanto tal, la propiedad territorial en cuanto tal, el Estado en cuanto tal, etcétera, para abarcar el proceso de vida del capital industrial el cual, por su parte, es observado en cuanto tal en los tres tomos en su primera figura de apariencia, esencia y realidad. En la perspectiva metodológica que domina los tres tomos de El capital, el capital individual se identifica con el capital social y el capital social se identifica a su vez con el capital nacional.

Henryk Grossmann pierde de vista estas dimensiones aunque descubre, no obstante, que los capítulos de los tres tomos de El capital se estructuran a partir de la reproducción del capital tal como ésta se expone en el tomo II de El capital.

2.3. La mercancía como enlace entre el tomo I y el tomo II

Las dos primeras secciones del tomo I son, pues, generadas por el movimiento de la circulación del capital expuesto en el tomo II, lo cual no se puede descubrir en el tomo I sino sólo hasta el tomo II. En cambio en la sección segunda (“La transformación del dinero en capital”) del tomo I es explícito el tránsito de la apariencia circulatoria a la esencia productiva en el paso a la sección tercera (“Producción del plusvalor absoluto”) del mismo tomo I.

El tránsito del tomo I al tomo II de *El capital* —de la esencia productiva a la esencia circulatoria— era explícito cuando Marx incluía en una versión anterior del tomo I un resumen final que luego decidió suprimir y que se conoce como el “capítulo VI inédito” (“Resultados del proceso inmediato de producción”) con el que debía concluir el tomo I de acuerdo

con un plan de 1863-1865.

En ese momento no existía la sección sobre el salario y Marx nombraba como capítulos lo que finalmente fueron secciones. Sin embargo el resumen conclusivo que Marx había redactado, este capítulo VI inédito, resultó demasiado extenso —más de 200 páginas— por lo cual perdía sentido, especialmente después de que mucho de lo que se decía en él había quedado incluido en los capítulos del mismo tomo I de *El capital*. Por lo tanto Marx decidió suprimir ese resumen conclusivo, pero entonces la conexión entre el tomo I y el tomo II dejó de ser explícita.

Este capítulo VI inédito tiene tres partes: la primera trata de la producción de plusvalor, la segunda de la producción de las relaciones de producción capitalistas y la última de la producción de mercancías. (Aunque Marx redacta el manuscrito empezando por este último punto —“Las mercancías como producto del capital”—, indicó que debía quedar al final en la última versión.) El capital produce plusvalor, ese es el gran descubrimiento, pero además de plusvalor —y por tanto el enriquecimiento del capitalista y el empobrecimiento del proletario— produce relaciones de producción clasistas: de un lado burgueses, de otro proletarios; es decir, no solamente produce el objeto plusvalor sino también relaciones entre los sujetos. Pero, en tercer lugar, el capital también produce mercancías.

Observemos que la secuencia argumentativa del resumen es distinta que la del tomo I, pues comienza por la esencia, la producción de plusvalor; luego sigue con la reproducción del capitalismo —es decir, la reproducción no sólo de las mercancías, del plusvalor y del salario, sino de las relaciones de producción, tema de la sección séptima (“La acumulación

del capital")—, y termina por la producción de mercancías, que ocupa las primeras dos secciones del tomo I. Marx señala que la mercancía de las primeras secciones del tomo I es una mercancía simple y aparential, que contiene valor y valor de uso, mientras que la mercancía que brota después de que el capitalista explota plusvalor a la clase obrera es una mercancía compleja, una mercancía específicamente capitalista; no contiene simplemente valor y valor de uso sino sobre todo plusvalor. La mercancía es ahora no una premisa de la producción capitalista sino un resultado del proceso inmediato de producción capitalista.

El carácter circulatorio de la reproducción del capital determina que el argumento de la crítica de la economía política comience por la mercancía, continúe con la producción de plusvalor y termine con la reproducción de las relaciones de producción, y luego que el resumen, a la inversa, comience por la producción de plusvalor, luego siga con la reproducción de las relaciones sociales y concluya con la mercancía. De ahí que el capítulo VI inédito, en tanto resumen del proceso de producción capitalista, termine por donde concluye este proceso, con una mercancía desarrollada, compleja, que contiene plusvalor.

Esta mercancía que contiene plusvalor es el gozne que conecta al tomo I con el tomo II de *El capital* porque en éste la circulación de mercancías, de dinero y de capital se expone de nuevo, por segunda vez, y por ello la mercancía resultante del proceso de producción que se expone en el tomo I debe servir de punto de apoyo para retomar la argumentación. Cuando Marx incluía este resumen al final del tomo I era explícita esta articulación entre la esencia productiva y la esencia circulatorio-reproductiva del capitalismo.

En la sección séptima del tomo I se muestra cómo el capital no sólo produce mercancías y plusvalor sino también y al mismo tiempo relaciones sociales. De ahí que en el tomo I se pueda abordar la reproducción del capital y que al término de ésta tengamos otra vez una mercancía —que ahora contiene plusvalor— con la cual inicia el proceso de circulación del capital.

Así, pues, en la actual sección séptima del tomo I, aunque no figura allí el resumen o el capítulo VI inédito, tenemos el concepto de la reproducción del capital como reproducción de relaciones sociales y la demostración de que el capital no solamente produce mercancías y dinero, y no solamente produce plusvalor, sino que al acumular plusvalor produce capital y al producir capital reproduce las relaciones de dominio y lo hace justamente, dice Marx, al producir mercancías que contienen plusvalor. Por tanto, la mercancía es premisa y resultado permanente de la reproducción del capital. Este es —aunque ya no tematizado explícitamente— el concepto que enlaza al tomo I con el tomo II de El capital.

2.4. El capital: la “odisea” de la mercancía

El filósofo marxista Karel Kosík comienza su importante obra Dialéctica de lo concreto con un capítulo muy brillante sobre “el mundo de la pseudoconcreción” en la sociedad burguesa. Aquí desarrolla Kosík la teoría de Marx sobre el fetichismo de la mercancía para explicar la psicología del sentido común no solamente en el ámbito económico sino en todas las esferas de la vida cotidiana burguesa. En el capítulo III le dedica un apartado a la estructura de El capital, en el que afirma que en esta obra Marx expone la “odisea de la mercancía”.

Recordemos al héroe griego Odiseo (o Ulises) que partió de Ítaca y después de veinte años regresó a su ciudad natal, tras un accidentado periplo en el que visita diversas islas y vive múltiples aventuras hasta que retorna a su lugar natal. Asimismo, dice Kosík que en *El capital* se expone la “odisea de la mercancía” como “forma concreta histórica de la praxis” que “se cumple en la praxis revolucionaria”. Es decir que se trata de una odisea que comienza por la mercancía como producto del proceso de explotación del trabajador y concluye por la mercancía conciente de sí que es el proletariado revolucionario. Ya vimos cuál es el periplo de la mercancía en el tomo I de *El capital*, y aunque Kosík no deja bien claro en dónde está esa mercancía final de la que habla, resultante del movimiento argumental de los tres tomos de *El capital*, aquí podemos intentar encontrarla.

Ya vimos que en el tomo III de *El capital* hay un capítulo (el XLVIII, “La fórmula trinitaria”) en el que se critica la apariencia de que el salario, la ganancia y la renta del suelo constituyen el precio de cualquier mercancía y que mediante ese precio se posibilita la reproducción de las tres clases sociales fundamentales del capitalismo. Tal es la idea de la economía política vulgar. Esta idea tiene ciertos visos de realidad pues el conjunto de la riqueza capitalista se desglosa en tres clases que la consumen, y este conjunto de riqueza se expresa en unos precios, así que de esos precios —tanto de la masa total de mercancías como de cada mercancía individual— deben desglosarse las porciones de riqueza que les corresponden a los obreros, a los terratenientes y a los capitalistas. La mercancía, además de valor de uso, contiene un valor que incluye estas porciones de valor que se deben distribuir entre las tres clases sociales.

Por otro lado, el último capítulo del tomo III de *El capital* (el capítulo LII, “Las clases”, que quedó inconcluso) nos muestra a las tres clases sociales del capitalismo, sus formas de vida y sus luchas que se sintetizan en el Estado como el tema límite de los tres tomos de la obra. Pero esas tres clases a su vez viven de la mercancía, producen y consumen mercancías; toda la riqueza social está constituida por mercancías que se distribuyen entre cada una de las tres clases. El conjunto de la riqueza burguesa se presenta como un cúmulo de mercancías que las clases sociales se arrebatan para reproducirse de modo más rico o más miserable.

Así, pues, en los capítulos XLVIII y LII de *El capital* tenemos sintetizado el modo de producción burgués en la mercancía pero ahora desglosándose de ella las tres clases sociales. El capital comienza entonces por la mercancía y concluye por la mercancía. La idea de Kosík sobre “la odisea de la mercancía” revela un hilo argumentativo decisivo del texto de Marx, que va desde la mercancía común y corriente hasta la mercancía consciente de sí misma que es, dice Karel Kosík, el proletariado, la fuerza de trabajo en tanto “sujeto que lleva a cabo la destrucción revolucionaria del sistema”. Esta es una mercancía consciente de que es mercancía, de que la explotan, de que debe de trabajar y permitir que la exploten para sobrevivir, y esta mercancía llega —al final de los tres tomos— también a formar parte de las clases sociales del capitalismo.

La odisea que parte de la mercancía simple y llega hasta la mercancía consciente de sí misma pasa por la mercancía dinero que se transforma en capital y que se convierte luego en la mercancía que contiene plusvalor después de pasar por la producción capitalista. Esta sería una manera de entender la

reproducción del capital como una “producción de mercancías por medio de mercancías”, como reza, pero con un sentido distinto, el título del célebre libro del neorricardiano Piero Sraffa de 1960 (cuyo argumento, por cierto, se encuentra incluido y criticado por Marx en El capital).

El argumento de Marx transcurre desde la reproducción del capital hasta la reproducción de las clases sociales, desde aquella dimensión económica hasta esta dimensión social y política en la que las mercancías con conciencia de sí devienen históricas, es decir que no son solamente mercancías funcionales a la economía sino productoras de historia. Unas de estas mercancías conscientes de sí quieren eternizar sus condiciones de vida: los terratenientes y los capitalistas; mientras que las otras mercancías con conciencia de sí, los proletarios, quieren abolir su condición de mercancías, quitarse de encima esta estructura que los parasita y los aliena. Quieren abolirse en tanto mercancías mediante la abolición de la sociedad burguesa para devenir finalmente seres humanos. Así es como podríamos completar el argumento de El capital según la idea de Kosík sobre la “odisea de la mercancía”.

2.5. Sobre el punto de partida

Lo anterior nos lleva de nuevo a la cuestión del punto de partida de Marx en *El capital*. Al comentar, más arriba, el trabajo de Piere Macherey —miembro de la escuela althusseriana— sobre el punto de partida —que es clásico en esta reflexión— vimos que Marx no decidió con ingenuidad, sino después de una profunda reflexión, por dónde comenzar su crítica de la economía política. También vimos que, según la idea de Henryk Grossmann, es posible leer *El capital* desde las pri-

meras palabras del primer capítulo, como si Marx lo hubiera escrito después de haber construido los tres tomos, especialmente después del tomo II. (Ya que se ha visto la reproducción del capital en su conjunto entonces se desprende un brazo mercantil aparential que introduce a toda la obra).⁴

Existe una tradición de reflexión profunda del tema del punto de partida de la ciencia. Así, en la introducción de la *Ciencia de la lógica de Hegel* hay un apartado especial dedicado al problema de cuál debe ser el comienzo de la ciencia, que seguramente le sirvió a Marx para reflexionar el problema de cómo exponer la crítica de la economía política. En el siglo XX, en la introducción a la *Crítica de la razón dialéctica* (1960), Jean Paul Sartre también discute con profundidad cómo debe ser el comienzo de una crítica de la dialéctica que ella misma sea dialéctica. Por su parte, Marx pensó largamente este problema hasta llegar a un resultado. No tenemos expuesta su reflexión —algo de ella se encuentra en la “Introducción de 1857”— pero sí el resultado de la misma bajo la forma de una serie de planes de redacción de diversa composición arquitectónica que comienzan por la mercancía y que dicen que así se presenta la riqueza y que rigen el proceso de redacción de un modo tan riguroso que Marx se ve obligado a advertir al lector que, al ver cómo se despliega la estructura de los tres tomos, podría pensar que se trata de una “construcción a priori”, es decir que la exposición de Marx tiene lugar en un escenario previamente diseñado, y que en verdad comenzó por el final. Se trata, pues, de un argumento circular.

En esta tradición de grandes reflexiones críticas acerca del tema del punto de partida de la ciencia (Hegel, Marx, Sartre), y frente a la sugerencia de Pierre Macherey, destaca la idea

formulada por Karel Kosík de que solamente siguiendo la pista de la mercancía es posible reconstruir la totalidad del sistema capitalista, solamente el viaje de la mercancía a lo largo del metabolismo social nos permite esclarecer qué es el capitalismo. En la base de esta idea de Kosík está otra muy importante que a su vez retomó de Marx Georg Lukács y que le sirve para construir su libro Historia y conciencia de clase (1923), especialmente el ensayo más importante de este libro, que se titula “La cosificación y la conciencia del proletariado”.

La idea con la que inicia su ensayo Georg Lukács es la de que en todos los modos de producción precapitalistas o anteriores a la sociedad burguesa la mercancía era un factor disolvente, destructor de la sociedad, que desvirtuaba las relaciones establecidas, mientras que en la sociedad burguesa —y solamente en ella— la mercancía es un elemento estructurante de la sociedad.

Conforme crece la circulación de mercancías se construye y crece la sociedad burguesa. La figura final de la sociedad burguesa es el mercado mundial. El desarrollo de la mercancía va estructurando a la sociedad y por ello desde este germen o célula se puede reconstruir teóricamente la totalidad. Si comenzamos por cualquier otra parte del sistema no vamos a poder captarlo en su conjunto; observaremos, quizá con agudeza, algún aspecto de la misma, pero incluso éste lo veremos con cierta deformidad. Solamente si se enfoca el elemento que es estructurante del sistema, que conforme se mueve genera capitalismo, podemos captar nítidamente al sistema.

Con este último punto queda redondeada una visión de conjunto sobre la gran importancia que tiene la mercancía

en el capitalismo.

2.6. El estructuralismo y la abolición de la historia

Frente a lo arriba expuesto cabe plantear la siguiente cuestión: ¿las propuestas de Saussure, Lacan, Althusser y Lévi Strauss conducen por igual a un estructuralismo enajenado?

Ante todo se debe señalar que, en principio, se trata de estructuralismos muy distintos, que en parte no tienen que ver uno con otro e incluso discuten entre ellos. Sin embargo es sintomático que el desarrollo discursivo del siglo XX decante en la construcción de distintos discursos estructuralistas en los que termina por abolirse la historia. Todos ellos constituyen, pues, un síntoma del desarrollo histórico capitalista. Además de que exploran sus respectivos objetos y descubren nuevas dimensiones de los mismos —las estructuras elementales de parentesco, en el caso de Lévi-Strauss; la estructura del lenguaje, con Saussure; la estructura del inconsciente, en el caso de Lacan, etcétera—, expresan una dimensión esencial del capitalismo que garantiza la defensa de las relaciones capitalistas de producción y que consiste en la abolición de la historia, el olvido de la génesis, de lo procesual, de lo que fluye y destruye los límites y las prohibiciones propias de este sistema.

En este sentido argumentan contra el estructuralismo Alfred Schmidt (*Historia y estructura*) y Henri Lefebvre (*Más allá del estructuralismo*) o Adolfo Sánchez Vázquez (*Ciencia y revolución*), entre otros representantes de las corrientes marxistas críticas revolucionarias que se enfrentaron a la escuela althusseriana y al estructuralismo en general negándose a abolir la historia también en el plano discursivo. El capitalismo ya la abole en términos prácticos al estatuirse como dimensión

práctica presuntamente eterna, como un absoluto, como un siempre-lo-mismo —dice Theodor Adorno— en el que se refleja la sensación, la experiencia de vida en el capitalismo a nivel cotidiano: un spleen, decía Baudelaire desde mediados del siglo XIX para expresar una experiencia de la vida administrativa, sistemática, calculadora y mezquina del sistema.

Los marxistas de los años sesenta y setenta del siglo XX se enfrentaron directamente contra los distintos estructuralismos en tanto expresiones científico-ideológicas desarrolladas de la abolición de la historia contenida en la estructura de la mercancía y en el círculo que su dinámica cierra en la modernidad.

2.7. El capitalismo del siglo XXI y

El capital de Marx (totalidad y revolución)

La posibilidad de pensar la totalidad del capital social se da sólo en momentos de crisis global, cuando los sujetos pueden tomar conciencia de su condición de mercancías y de que pueden librarse de ella y salirse de la lógica del capital.

En este sentido es sintomático que a inicios del siglo XXI se dé la aparición y la influencia del libro de Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, en el que discuten de modo interesante temas como el de la nación y la soberanía. Sin embargo todo esto se ve muy de otra manera desde *El capital de Marx*. En realidad el argumento de Hardt y Negri queda muy por detrás de *El capital*, que permite hacer la crítica de la economía política actual más allá del horizonte de los marxismos actuales, por eso es importante su lectura en el siglo XXI. Sus claves de construcción discursivas son también las claves de construcción del capitalismo. La globalización ha modificado el aspecto del sistema de modo que hace que

se pierda la claridad que antes parecía existir. ¿Qué pasa con las clases, que pasó con la caída de la URSS, con cosas en las que se creía durante el siglo XX y en las que se ha dejado de creer? Para aclarar la situación actual, cómo está construido y cómo funciona el capitalismo, es necesario volver a los fundamentos.

La forma en la que está construido el texto de El capital constituye una clave de la estructura del capitalismo, pues allí quedó codificado el sistema en un momento decisivo de su historia, cuando las cosas realmente se veían claras porque entonces lo esencial estaba, por decirlo así, expuesto, a la vista. Hoy reina la confusión bajo la influencia de un carnaval de ideologías en el que todo mundo compite para no decir verdades, porque quien intenta buscar la verdad es estigmatizado: la verdad no existe. Hay opiniones válidas más o menos eficaces, pero el tema de la verdad, se dice, es metafísico. Así ha estado argumentando el posestructuralismo desde inicios de los ochenta del siglo XX, y repite y perfecciona su discurso sembrando confusión.

Entre tanto surgen nuevas luchas sociales, brotes rebeldes que parecían ya imposibles como el movimiento zapatista o las luchas étnicas en distintas partes del mundo. Emerge la resistencia contra la globalización neoliberal e imperialista, no contra esta o aquella empresa sino contra el conjunto del capital, que agrede al conjunto de las poblaciones del planeta y hace nacer un nuevo internacionalismo. Sin embargo, el carácter clasista de estas nuevas luchas sociales aparece distorsionado, confundido, y la conciencia de sus protagonistas ha quedado suprimida en las últimas décadas bajo un alud de ideologías. Sin embargo la lucha está al día. ¿Cómo aclarar nuestras ideas para enfrentar al monstruo?

En este contexto surgen libros como el de Hardt y Negri para tratar de explicar cómo se ha reconfigurado el capitalismo, o como el de Naomi Klein, No logo, que intenta explicar cómo se expande el dominio del capital en términos económicos, políticos y culturales. Ahora la gente toma en cuenta que se aliena desde la marca y se expresa contra este dominio de las multinacionales. ¿Cómo pensar esto de manera no empirista o sólo periodística? No es suficiente con inclinarse a fa-vor de la justicia y la libertad sino, más allá de esto, ¿cómo añadir fuerza a nuestra reflexión sobre la realidad y cómo potenciar la práctica que se endereza contra el sistema? Necesitamos claridad acerca de la totalidad del sistema, no solamente acerca de la coyuntura. ¿Quién tiene razón, el Grupo de los Ocho o las gentes que en 2003 salieron en Génova a las calles a protestar contra él?

En la coyuntura mundial presente es decisiva la claridad acerca de la totalidad del sistema capitalista, cómo funciona, cómo existe el enemigo, cuáles son sus puntos fuertes y sus puntos débiles. Y nosotros ¿qué somos? ¿Formamos parte del sistema o estamos fuera de él? Las gentes que están sin trabajo ¿son parte del sistema o dejaron de serlo? Es urgente saber quiénes son aliados, quiénes son enemigos, cómo se van a comportar en el curso de la lucha. Desde el siglo XVIII los socialistas se han planteado estas preguntas, hasta que Marx intenta darles una solución científico-crítica.

Si se reconoce la totalidad del sistema es posible construir una estrategia revolucionaria efectiva. Marx pudo exponer la totalidad del sistema desde el siglo XIX. Sin embargo, desde entonces y hasta el siglo XXI se ha obnubilado la teoría, la realidad se ha vuelto demasiado abigarrada y compleja y la lucha de clases parece no tener norte aunque lo requiere

con urgencia.

El capitalismo expropia la historia y la conciencia de identidad, la conciencia de clase y la experiencia histórica de los obreros, de las clases subalternas, de las etnias que domina. Alguna vez en que hubo claridad acerca de la totalidad del sistema éste quedó codificado en El capital. Este fue un gran logro de la lucha del proletariado tanto en el plano de la práctica como en el de la teoría. Desde entonces es posible reconocer al enemigo, su modo de existir, de atacar, de someter. Si nos ocupamos tanto en ver cómo está estructurado el argumento de Marx es porque él retrata la estructura de la realidad capitalista, el hecho de que oculta su historia, que con retazos de historia como la mercancía y el dinero se construye una máscara que oculta su esencia; mediante su esencia productiva explotadora suprime la historia, abole todos los modos de producción en los que no se explota plusvalor y les roba su conciencia cultural.

Así vamos entendiendo que la salida revolucionaria no podría ser la reconstrucción de una situación en la que el intercambio mercantil sí sea equivalente. La estructura de El capital, la forma en que está organizado el texto, permite acceder a estas certezas que son decisivas para organizar una estrategia revolucionaria.

2.8. La mercancía, forma social concreta sintética y anticipatoria

Marx explicita la importancia de la mercancía como elemento estructurante del sistema cuando dice que es una “forma social concreta dada a la vez en la realidad y en el pensamiento”. La mercancía no es una categoría o un concepto sino una “forma social concreta” que al mismo tiempo que

aparece en la representación mental también existe en la realidad y la estructura prácticamente. No se trata sólo de una idea, pues las ideas no construyen realidad, pero tampoco es una mera realidad empírica, pues las realidades empíricas no penetran en la cabeza de las gentes, sino que es, dice Marx, una forma social concreta. Este es un nuevo concepto del materialismo histórico, así lo argumenta en las “Glosas marginales a Wagner” de 1876 que ya hemos comentado. Esta noción de forma social concreta permite comprender la proposición de Luckács según la cual, a diferencia de otros modos de producción en los que la mercancía tiene una función destructiva, disolvente, en el capitalismo construye, confiscándolas, las relaciones sociales. La mercancía es una parte del sistema, pero no cualquier parte sino una pars totalis, la clave de la totalidad. Es la parte que sintetiza a la totalidad, la clave de cúpula a partir de la cual todas las relaciones quedan amarradas.

Ernst Bloch⁵ distingue dos dimensiones en los procesos dialécticos; dice que son al mismo tiempo dialéctico-sintéticos y dialéctico-anticipatorios. La mercancía es justamente el elemento que sintetiza toda la realidad capitalista, en ella redundan todas las relaciones y por ahí comienzan, es su premisa y, luego, después de que se producen, en ella resultan. La mercancía sintetiza, pues, como resultado, las relaciones de producción, pero —dice Bloch— otra característica de la argumentación de Marx consiste en que es “dialéctico-anticipatoria”; es, pues, dialéctico-sintética y dialéctico-anticipatoria. Como elemento dialéctico-sintético, la forma mercancía da cuenta de la cohesión y la coersión, del sometimiento total de la realidad, de la estructuración de la realidad para evaporar su historia, para cosificar al sujeto, para

alienarlo. Como elemento dialéctico-anticipador, la mercancía es aquello que sintetiza, que al anudar al todo es también lo que permite conectar ese todo con un todo próximo. La mercancía es, pues, el límite de este sistema pero es también la frontera con lo posible, de ahí la importancia de que el discurso científico-crítico comience con la mercancía. En tanto dialéctico-sintético, es un comienzo científico; en tanto dialéctico-anticipador, es un comienzo crítico, es solamente por ahí que puede hacerse la crítica total y sistemática del capitalismo. Para ilustrar esta idea podemos ver cómo es que la forma mercancía da cuenta de la ley de población.

2.8.1. La población y la crítica social

En este punto se combinan temas económicos, sociológicos y políticos. ¿Qué función tienen dentro de la lógica del sistema los marginados, los desempleados, las etnias que no pertenecen al sistema? Frente a Malthus, que ve a la población como elemento independiente, Marx la piensa como inherente a la reproducción de capital, dice que cada sociedad tiene sus leyes específicas de producción de población. De ahí que en la sección séptima del tomo I de *El capital* hable del ejército industrial en activo y del ejército industrial de reserva, es decir, de aquellos que están sin empleo sea por que han quedado fuera del trabajo o porque todavía no trabajan, no como algo aleatorio al sistema sino como algo incluido en él. El capitalismo produce constantemente un ejército de desocupados porque así regula el valor de la fuerza de trabajo, es decir, el número de los que necesita para explotar y el precio en que paga el costo de su existencia.

Los desempleados no están fuera de la lógica del sistema

sino que forman parte de ella; están a la espera, a la expectativa de ser explotados y por ende gravitando sobre las condiciones en que opera la explotación de la fuerza de trabajo. Por lo tanto, están por detrás de la propiedad privada, no poseen una perspectiva trascendente respecto de la misma. Así como la aristocracia, también los miserables, los marginados y excluidos pueden hacer críticas importantes al capitalismo, pero no pueden hacerle una crítica sistemática, pero eso es de lo que se trata, no de una lucha en la que se puede soltar la bandera y las armas después del primer embate, como diciendo “ya le clavé la estaca en el corazón al vampiro, me voy a descansar”. La lucha del proletariado es una lucha constante, sistemática, y su crítica también es de este orden. El lugar que ocupa la clase proletaria dentro de la población capitalista le asigna un papel histórico específico en la política y en la estrategia de la emancipación.

Este descubrimiento de Marx es lo que hay que recuperar para el siglo XXI, reformulándolo de acuerdo con las realidades actuales, más allá de las confusiones que la realidad empírica pueda provocar.

2.9. La mercancía como forma estructurante total, no sólo económica,

y subsunción real del consumo bajo el capital

La forma mercancía es, pues, estructurante de modo de producción burgués. Por este motivo Marx comienza por la forma mercancía su exposición en *El capital*, y como su argumentación es dialéctica, esta mercancía reaparece periódicamente en una forma cada vez más compleja, conforme avanza la argumentación de los tres tomos de su obra, desde la mercancía simple como unidad de valor de uso y valor

constituido por trabajo abstracto a una mercancía cuyo valor se desglosa en capital constante, capital variable y plusvalor, y luego otra en la que este plusvalor contiene la ganancia, el interés, la renta del suelo, etcétera.

En el ensayo “La cosificación y la conciencia del proletariado” del libro *Historia y conciencia de clase* —que se conoce como “el libro negro del marxismo” porque fue proscrito por el stalinismo durante décadas y porque da origen al marxismo occidental como diferente del marxismo soviético—, Georg Lukács desarrolla la explicación de diversas esferas de afirmación social como el proceso de trabajo y la fábrica, y otras más allá de la economía como el derecho, la vida cotidiana, la forma república y las filosofías e ideologías de clase a partir de la estructura económica capitalista nucleada en torno a la forma mercancía.

La mercancía da la clave de todas estas construcciones, permite aclarar cómo está construida la constitución política de una nación, sus relaciones jurídicas y políticas, su vida cotidiana. Ya vimos cómo Kosík, para abordar estos temas, retoma y desarrolla argumentos de Marx y de Lukács acerca del fetichismo de la mercancía. La forma mercancía da cuenta de cómo está estructurada la existencia cotidiana de la sociedad burguesa, fenómenos como los celos, el amor, el odio y otros que podemos encontrar en la psicología social y en la psicología individual. Este es otro aspecto de lo que significa la mercancía como “forma social concreta dada en la realidad y en el pensamiento”, es decir, como forma total, no meramente económica sino que en su existencia económica se implican formas políticas, psicológicas, culturales, sociales, psicosexuales.

Esto significa que esas realidades concretas dejan de ser

neutrales, que es trastocada su estructura de valor de uso. Georg Lukács se ocupa de dimensiones formales del acontecer social como el derecho, la distribución de las actividades en la fábrica o del tiempo en la vida cotidiana. Pero al desarrollarse el capitalismo han sido estructuradas y deformadas por la mercancía no solamente las realidades formales del capitalismo sino también sus realidades materiales. El valor de uso que vemos en el primer capítulo del tomo I ha sido sometido dentro de la forma mercancía, no queda tal cual y simplemente encasillado al lado del valor, sino que conforme se desarrollan la mercancía y el capitalismo ese valor de uso es comprimido hasta hacer que mute su estructura material.

Este argumento es decisivo para la explicación del capitalismo en el siglo XXI. El valor de uso en la mercancía está sometido, secundario, y con el desarrollo de la mercancía se ve completamente trastocado, invertido; de ser un valor de uso útil se convierte en un valor de uso inútil. Y luego esta transformación va más allá, la inutilidad solamente está a mitad del camino pues finalmente el valor de uso se vuelve directamente nocivo, antiútil.

Estas figuras conceptuales dialécticas que parecen metafísicas y que quizás podrían parecer incomprensibles para los seres humanos a inicios o mediados del siglo XX no lo son en el siglo XXI. Ahora el carácter nocivo de los valores de uso es patente, no es una posibilidad en la que podríamos especular sino una realidad a la mano. Más aún, hay que explicar por qué existe y cómo se concreta esta posibilidad. No se trata de un suceso de moda o un error pasajero del sistema sino de una dimensión sistemática esencial del mismo. El hecho de que la comida chatarra o los transgénicos atenten

contra la salud humana en lugar de que sirvan para reproducir normalmente al organismo no es una novedad que anuncia un capitalismo que está dejando de ser capitalismo sino un rasgo esencial de este sistema.

Así, pues, habría que desarrollar los conceptos necesarios para dar cuenta de estos fenómenos que son actuales pero que están previstos e indicados en la estructura argumental de El capital. La comprensión concreta del mercado mundial contemporáneo, del capitalismo del siglo XXI, pasa por reconocer que la mercancía, como forma total al mismo tiempo material y espiritual, es un factor que deforma la existencia y la realidad humana en su conjunto.

Hay que captar entonces el valor de uso total, el conjunto de valores de uso y de necesidades. El aporte de Georg Lukács nos permite observar cómo las dimensiones formales del sistema son estructuradas a partir de la mercancía.

Lo más importante del capítulo I de El capital de Marx no es que tenga una teoría del valor, sino que tiene también una teoría de la socialidad que evalúa a la sociedad burguesa como una sociedad mercantificada, hecha según la forma de la mercancía no solamente en su nivel económico sino en todos sus aspectos. De ahí que las ciencias sociales se hayan podido enriquecer al retomar el análisis de la estructura de la sociedad burguesa presente en este primer capítulo de El capital.

A principios de 1970 se publica El lenguaje como trabajo y como mercado, de Ferruccio Rossilandi, que habla de que las lenguas no solamente son estructuras —y por ello el estructuralismo podría dar cuenta de ellas—, sino que también son estructuras históricamente determinadas, y que las lenguas actuales son determinadas por la mercancía.

El descubrimiento de que la forma mercancía da cuenta de las formas estilísticas, de las formas literarias pero también de las formas del sentido común ha enriquecido las perspectivas de análisis de las ciencias sociales. Recordemos por ejemplo el libro de Carlos Castilla del Pino, Psicoanálisis y marxismo, donde compara la axiología o teoría de los valores éticos presente en Freud con la axiología propia de la mercancía. La mercancía, en tanto contiene valor y establece una cierta jerarquía de funciones, también establece una axiología ética. En la sociedad burguesa los valores económicos son el núcleo de los valores éticos y estéticos. Carlos Castilla del Pino confronta la estructura axiológica de la psicología de Freud con la estructura axiológica que derivaría de la mercancía según la expone Marx en El capital. Por otro lado, en el libro Publicidad y consumo, crítica de la estética de mercancías, de Wolfgang Fritz Haug, se observa cómo están estructurados el mensaje de la publicidad y los objetos de consumo; por ejemplo, el diseño del embalaje para volver atractivas y vendibles las mercancías, hacerlas apetecibles al consumidor, etcétera. Esta estética de la mercancía determina la estética actual. Las artes no simplemente producen cosas bellas, sino cosas bellas —o grotescas— formadas por la mercancía.

2.10. El valor de uso para el capital (Roman Rosdolsky)

En su libro Génesis y estructura de El capital de Marx, Roman Rosdolsky incluye un breve ensayo sobre el papel del valor de uso en El capital, que es sumamente refrescante frente a la árida reflexión dogmática del marxismo que solamente sabe de valores y valores de cambio, dinero, capital, pero desconoce la importancia del valor de uso para la crítica de la eco-

nomía política. Rosdolsky señala el papel del valor de uso en los pasos decisivos de la argumentación de Marx.

A lo largo de los tres tomos de El capital se va mostrando cómo el contenido material del valor de uso es generador de relaciones sociales específicamente capitalistas.

Ya hemos visto que, en una primera aproximación a la forma mercancía —en el capítulo I—, el valor de uso aparece como algo obviaable o secundario pero también como algo dominado. Sin embargo ya en el párrafo tercero del mismo capítulo I, y luego en todo el capítulo III, donde Marx expone las funciones del dinero, el valor de uso del oro es decisivo para la generación de formas económicas, no es un mero soporte de formas económicas sino que éstas se generan a partir de él.

El contenido material del valor de uso es esencial para explicar, más allá de la economía política burguesa, cómo ocurren las cosas en realidad en el sistema capitalista.

El dinero es la forma general de equivalente cuando el valor de uso del oro ha tomado el papel predominante en los intercambios. Eso es lo que posibilita la existencia de la forma dinero. Sin este valor de uso no podría existir la forma dinero como forma económica. Después, cuando Marx expone la transformación del dinero en capital (capítulo IV), otra vez es decisivo el valor de uso, ahora el de la mercancía fuerza de trabajo, sin la cual no sería posible dicha transformación. El contenido específico del valor de uso de la fuerza de trabajo, que es completamente diferente al de cualquier otra mercancía, hace posible que exista el capitalismo industrial, es él el que abre una nueva época porque posibilita que exista propiamente capitalismo y no sólo relaciones económicas mercantiles y financieras. En el texto de El capital no

se pone en escena un mero desarrollo especulativo del concepto de valor, sino que se demuestra cómo la explotación del valor de uso de la fuerza de trabajo en su dimensión material concreta, cualitativa, es lo que posibilita la generación de plusvalor.

En los esquemas de reproducción del tomo II de El capital, otra vez el valor de uso es el factor decisivo que permite explicar la división de la economía entre un sector I productor de medios de producción y un sector II productor de medios de consumo, lo cual es fundamental para entender cómo circula y se reproduce el capitalismo.

En el capítulo XIII del tomo I (“Maquinaria y gran industria”) se presenta un peculiar valor de uso. Al capital no le es suficiente simplemente intercambiarse por fuerza de trabajo y explotarla sino que requiere un cuerpo material adecuado para enfrentarse con el trabajador, no sólo en la circulación sino en el proceso de producción. Este cuerpo material debe poseer una consistencia adecuada al valor y, más aún, al valor que se valoriza. Esto es la maquinaria capitalista: el capital como maquinaria es un valor de uso que existe para succionar plusvalor. La máquina capitalista no es, pues, neutral sino un valor de uso cuya estructura mecánica está construida para explotar la mayor cantidad posible de plusvalor. El valor de uso de la máquina capitalista no sirve para que el trabajador esté contento mientras trabaja, para que trabaje de la manera más cómoda posible ni para que se produzcan los mejores valores de uso para la sociedad. Es un valor de uso sesgado histórica y estructuralmente: es el cuerpo que se ha construido el capital para poder succionar cada vez mayores cantidades de plusvalor a la clase obrera a costa de lo que sea.

Esta adecuación técnica de los factores —objetivo y subjetivo— del proceso de trabajo a la explotación de plusvalor es diseñada por Marx como subsunción o subordinación real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital. Cuando el capital se ha apoderado no solamente de la forma del proceso de trabajo sino también de su contenido técnico, y por lo tanto de su realidad, hay, pues, una subordinación real del proceso de trabajo al capital. La realidad material metódica y tecnológica del proceso de trabajo queda subordinada a las necesidades del capital y el cuerpo de la máquina es el resultado de esta subordinación, se trata de un valor de uso anti-obrero, antiecológico, antiútil, un valor de uso productivista en el que el concepto de capital se ha vuelto objeto.

Esta idea que encontramos en el capítulo XIII, perteneciente al análisis de la producción del plusvalor relativo, no sería posible si no es porque Marx parte de la mercancía y de observar cómo se encuentra en su interior el valor de uso.

La exposición de la explotación de plusvalor no es posible sin observar con nitidez el papel de esos valores de uso que son la fuerza de trabajo y los objetos con los que esta se relaciona en el proceso laboral. Así como la mercancía, el capitalismo sólo se explica cuando se entiende cómo somete al valor de uso y cómo éste se insubordina, haciendo que el capitalismo se desarrolle para perfeccionar y profundizar ese sometimiento al darle forma de capital también al contenido material de ese valor de uso.

Como vemos, el argumento de las dos primeras secciones del tomo I de El capital interpela a todas las ciencias sociales, en él es evidente que la crítica de la economía política posibilita la crítica global de la sociedad burguesa. Si partimos de la idea de que la forma mercancía estructura a la economía ca-

pitalista y a toda la sociedad burguesa podemos ver que la crítica de la economía política se desarrolla como crítica global de la sociedad moderna y podemos reconocer los aportes a este proyecto que se han hecho en el siglo XX —como los de Georg Lukács, Karel Kosík o Henri Lefebvre— para que este programa crítico de Marx se pudiera completar.

Veamos ahora cómo los tres tomos de El capital también están estructurados a partir de la mercancía.

2.11. La mercancía estructura los tres tomos

Ya vimos cómo el tomo I comienza y concluye con la mercancía. La mercancía que contiene plusvalor da paso a que en el tomo II se trate de nuevo la circulación. En el paso del tomo I al tomo II tiene lugar una transición de mercancía a dinero. Así el primer capítulo del tomo II está dedicado al análisis del ciclo del capital dinerario: dinero que se intercambia por mercancía fuerza de trabajo y por mercancía medios de producción para retomar —después del proceso de consumo productivo de las mismas— a la forma dineraria original.

La fórmula general del capital $D-M-D'$ (sección segunda del tomo I) representa al capital tal como éste aparece en la esfera de la circulación. En esta fórmula se confunde el capital comercial con el capital productivo porque es general y entonces abarca a cualquier tipo de capital, incluso al capital bancario. Sin embargo esta fórmula general deja en el misterio el incremento de valor que le da sentido. El tomo I se dedica a resolver este misterio: ¿dónde surge el plusvalor? En la esfera de la circulación aparece un valor —bajo la forma de mercancía y de dinero— incrementado. Ya sabemos que el misterio se resuelve en la producción: se le ha explotado plusvalor al obrero y por eso puede aparecer ese dinero incrementado con

plusvalor.

Como el tomo II comienza después de este resultado, después de haber resuelto este misterio, la fórmula del capital que presenta ya no es tan ingenua, general o superficial como la del tomo I. Ahora el dinero se intercambia por una mercancía en la que se deben diferenciar los valores de uso que contiene. No es, pues, cualquier mercancía sino una que se desglosa en medios de producción y fuerza de trabajo, y sólo por ese motivo es que permite comenzar una segunda fase del ciclo en la que tiene lugar el consumo productivo de los valores de uso de estas dos mercancías.

A partir de entonces comienza una tercera fase que es también circulatoria como la primera puesto que del proceso de producción surge una mercancía que contiene plusvalor. La existencia de esta mercancía representa el hecho de que el capitalista logró explotar al obrero, sin embargo, ahora debe intercambiarla por un dinero incrementado para embolsárselo.

Ahora sí ya tenemos completa la fórmula ($D-M^{<mp_{ft}}$... $P...M'-D'$) que representa y resuelve racionalmente el misterio que la fórmula general del capital ($D-M-D'$) solamente mostraba sin resolver. La D' del final está ahí porque se ha intercambiado por una mercancía que contiene plusvalor, y esta mercancía con plusvalor está allí porque es el producto no de un proceso circulatorio sino de un proceso de producción capitalista en el que se combinaron dos mercancías que pertenecen al capital: la fuerza de trabajo y los medios de producción. Esta es la fórmula racional del ciclo del capital dinerario, dice Marx al comienzo del tomo II de *El capital*. Y es la peculiaridad de los valores de uso que se ponen en juego en esta fórmula lo que posibilita la existencia del movimiento

que ella representa.

Veíamos que en el paso del tomo I al tomo II de *El capital* ocurría una especie de intercambio de la mercancía con plusvalor que resulta de la sección séptima del tomo I por un dinero incrementado que es el punto de partida de la sección primera del tomo II, con lo cual comienza el movimiento descrito por la fórmula racional o desglosada del capital. Veamos con más cuidado este paso.

Esta fórmula del capital dinerario representa el proceso cíclico del capital desde la perspectiva de la forma dineraria del capital. Si en lugar de observar el proceso desde la perspectiva del dinero lo consideramos desde la de la mercancía tendríamos esta figura: $M' - D' - M^{<mp_{ft}} \dots P \dots M'$, donde M' es una mercancía con plusvalor que se cambia por dinero que a su vez se utiliza para comprar mercancías medios de producción y fuerza de trabajo, con los que el capital entra otra vez al proceso productivo del cual resulta de nuevo una mercancía con plusvalor.

Asimismo la fórmula del capital productivo: $P \dots M' - D' - M^{<mp_{ft}} \dots P$, comienza por la producción y redundando en la producción de una mercancía con plusvalor que se intercambia por un dinero en el que se incluye ese plusvalor, pero ya realizado, que a su vez se intercambia por mercancías fuerza de trabajo y medios de producción que otra vez dan pie a un nuevo proceso productivo.

Así tenemos entonces la fórmula del capital dinerario, la del capital mercantil y la del capital productivo.

Marx puede exponer estas fórmulas de circulación del capital en la sección primera del tomo II de *El capital* sólo después de haber esclarecido la explotación de plusvalor. Estas fórmulas reflejan que la circulación del capital no simple-

mente ocurre en la esfera de la circulación sino también en la producción.

La temática de los tres tomos de *El capital* ha sido distribuida a partir de la circulación global del capital. Marx tiene presente la totalidad de la reproducción capitalista y por ese motivo comenzó por la mercancía como introducción al proceso de producción, es decir que lo que tiene a la vista al escribir el primer capítulo del primer tomo es la fórmula del capital mercantil —aunque sin incluir el plusvalor, porque éste no se ve en la apariencia—. En las dos primeras secciones del tomo I la exposición parte de la mercancía que se intercambia por dinero y luego por mercancía (M–D–M, la fórmula de la circulación mercantil simple), y después, a partir de la sección tercera, aborda la producción de plusvalor en la que se ocupa la mayor parte del tomo I. De este proceso, finalmente, resulta una mercancía con plusvalor, que por el momento queda como algo implícito y por lo tanto entre paréntesis.

Al comenzar el tomo II de *El capital* se retoma aquello que quedaba implícito y se repite ahora de modo explícito, es decir, el intercambio de mercancías que ya contienen plusvalor por dinero.

El argumento del tomo II de *El capital* prosigue el desarrollo de la fórmula del capital dinerario. Ésta concluye en el punto en el que la mercancía con plusvalor ya producida se ha intercambiado por dinero. Éste a su vez, se cambia por mercancía fuerza de trabajo y medios de producción y así da pie a que el tomo III comience de nuevo por el proceso de producción, donde tiene lugar la transfiguración de plusvalor en ganancia a partir de la transformación del valor en precio de costo (tema del primer capítulo del tomo III).

El Diagrama 13 (p. 146), que describe cómo circula el ar-

gumento de los tres tomos desde el final del tomo II hacia atrás, para generar el comienzo del tomo I, y desde el final de éste para reiniciar —saltándose todo el tomo II— a nivel productivo en el tomo III, ahora se desglosa en estas fórmulas de circulación del capital que van integrando la argumentación de los tres tomos.

El tomo III parte, pues, del capital productivo que produce una mercancía con plusvalor y concluye con un hecho productivo del que a su vez resulta una mercancía que contiene plusvalor. El ciclo del capital mercantil rige la estructuración del tomo I, el ciclo de capital dinerario la del tomo II y el ciclo del capital productivo la del tomo III (ver el Cuadro 2).

Y los tres tomos de El capital en su conjunto están estructurados de acuerdo con la fórmula del capital mercantil; así el tomo I comienza por la mercancía simple o general y el tomo III concluye con la mercancía bajo la forma de las clases sociales como mercancías con conciencia de clase.

De hecho, como cada tomo parte de la mercancía, en los tres tomos se utiliza la fórmula del capital mercantil, de modo real en el tomo I y virtual en los otros dos, en los cuales se ponen entre paréntesis las partes de la fórmula que corresponden a las fases anteriores a aquélla con la que comienza en cada caso, a saber: el capital dinerario —con el que comienza el tomo II— y el capital productivo —con el que comienza el tomo III—.

Vista de esta manera, la estructuración sistemática de los tres tomos de El capital se muestra como una especie de mecanismo de relojería, y esto podría matizarse por secciones y por capítulos aunque aquí solamente lo hemos visto a grandes rasgos para el conjunto de los tres tomos y para cada uno de ellos. Sin embargo la conclusión del argumento

—en la sección séptima del tomo III— queda como en puntos suspensivos o en una mercancía entre paréntesis, como si en una novela por entregas al final se dijera “continuará”. Sin embargo estos puntos suspensivos no se deben a que el capítulo final esté inconcluso sino que estarían allí aunque estuviera concluido, pues ellos dan pie a los subsiguientes libros de la crítica de la economía política.

Henryk Grossmann no captó este aspecto de la argumentación, su conclusión en “estado de continuará”, cuando interpreta la modificación del plan de *El capital* de modo que entiende que han sido suprimidos los libros subsiguientes para completar la crítica de la economía política. Sin embargo estos libros siguen vigentes y conforme el capitalismo se desarrolla se vuelven cada vez más pertinentes y necesarios para la comprensión de la realidad contemporánea.

Se requieren nuevos desarrollos de la crítica de la economía política para dar cuenta, con base en lo que está presente en los tres tomos de *El capital*, de las nuevas figuras de capitalismo que aparecen en esta época de concreción del mercado mundial capitalista. Se requiere entonces completar el argumento de Marx pero sin abolir las determinaciones esenciales previas. Para desarrollar la crítica de la economía política sin añadir arbitrariamente originalidades nuevas o sólo repetir lo que ya existe es, pues, condición esencial tener en cuenta la arquitectura de la obra de Marx.

Así, pues, insisto, en la conclusión del argumento debería estar la mercancía y, efectivamente, el tomo III concluye con la mercancía pero en puntos suspensivos, entre paréntesis, lo cual significa que el tomo III espera conectarse con libros subsiguientes. El discurso de la crítica de la economía políti-

ca no está cerrado sino en estado de inacabamiento o apertura estructural.

Por otro lado cabe insistir en que el decisivo descubrimiento del plusvalor —en el tomo I—, ocurre mediante el uso de la fórmula del capital mercantil. Las fórmulas circulatorias del capital son formidables instrumentos de análisis cuya extraordinaria utilidad nos es accesible gracias a que Marx las analiza con todo cuidado en la sección primera del tomo II. Marx examina cada una de las partes que constituyen el ciclo del capital en cada una de sus formas. En cada parte funciona una de las formas del capital y Marx estudia el modo como éstas se modifican al cambiar su lugar en la secuencia de las fases en cada una de las formas del ciclo del capital. Mediante este análisis minucioso se puede concluir, por ejemplo, que solamente el ciclo del capital mercantil parte de una mercancía que contiene plusvalor y termina con una mercancía que contiene dos plusvalores, así que aquí es decisiva la acumulación de plusvalor y por ende el plusvalor en cuanto tal, y por ello esta es la fórmula adecuada para exponer el proceso inmediato de producción capitalista y resolver así el misterio del plusvalor.

La fórmula general del capital $D-M-D'$ que se presenta en la sección segunda del tomo I es también —en forma resumida, irracional y aparente porque omite el paso por el proceso de producción— la fórmula del capital dinerario que sirve, en el tomo II, para estudiar la reproducción y la circulación capitalista. Este ciclo total mediante el cual el capital se reproduce constituye la forma del sistema: el dinero en tanto forma dominante que en sus metamorfosis vuelve a ponerse como dinero como por sí solo, automáticamente, mediante un simple cambio de formas en el que se oculta

el proceso de producción y el plusvalor que contiene la mercancía producida.

Por su parte, en el tomo III de *El capital*, que se ocupa del desarrollo capitalista —no de la producción de plusvalor (tomo I) ni de la forma de la reproducción capitalista (tomo II)— y por lo tanto de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia como ley del desarrollo del capitalismo, se utiliza la fórmula del capital productivo ($P \dots M' - D' - M <^{mp_{ft}} \dots P$), porque ésta permite comparar las condiciones del capital en un momento productivo 1 con las condiciones del capital en un momento productivo 2 y así registrar los cambios de la composición orgánica de capital y de la ganancia entre un momento y otro. El desarrollo capitalista consiste en estas alteraciones de las condiciones materiales de la producción y, por ende, de la tasa de ganancia.

La fórmula del capital productivo da la pauta para estructurar las secciones y capítulos del tomo III de *El capital* así como el capital dinerario la da para el tomo II y el capital mercantil para el tomo I.

Con esta idea se redondea nuestro acercamiento introductorio a *El capital*, en el que podemos reconocer que la elección del punto de partida de la exposición científica presupone una profunda reflexión global sobre el sistema capitalista. En esta exposición sistemática desempeña un papel fundamental la presencia de la mercancía como núcleo estructurante del sistema capitalista no sólo en términos económicos sino como la clave del conjunto de las dimensiones sociales, psicológicas, políticas y culturales del sistema. Esta clave permite desarrollar la crítica de la economía política como crítica global de la sociedad y la estrategia revolucionaria más allá de las formas economicistas o politicis-

tas que ésta ha tenido durante los siglo XIX y XX, hacia formas de gestión revolucionaria de la vida social que el capital está expropiando a la humanidad.

VI. LA SUBSUNCIÓN FORMAL
Y REAL DEL PROCESO DE TRABAJO
INMEDIATO AL CAPITAL
LAS SECCIONES TERCERA A QUINTA DEL TOMO I

A propósito del problema del punto de partida de El capital, vimos la importancia de la mercancía como forma social concreta y en tanto factor estructurante de la sociedad burguesa —es decir, en términos económicos, sociales, políticos, culturales, psicológicos, etcétera—, como clave del desarrollo de la crítica de la economía política en crítica global de la sociedad burguesa.

Ahora bien, seguir la veta de la mercancía en el desarrollo del capitalismo es seguir la veta de la alienación, la decadencia y la degradación de los valores de uso sometidos por la forma mercancía y por el capital, es decir, en síntesis, la veta del sometimiento capitalista del valor uso tanto en términos formales como en términos reales.

De ahí la importancia de la mercancía en la estructura de los tres tomos de El capital —cada uno de los cuales parte de la mercancía y concluye en ella—. El descubrimiento

realizado por Henryk Grossmann (de que la totalidad del sistema capitalista y por ende la estructura de El capital de Marx se derivan del proceso de circulación de capital expuesto en el tomo II) depende de este papel estructurante de la mercancía, así como mi demostración de que la estructura argumental del conjunto de los tres tomos y de cada uno de ellos, se explica a partir de las fórmulas de la circulación del capital dinerario, del capital productivo y del capital mercantil.

También vimos cómo el carácter estructuralmente inacabado de los tres tomos de El capital remite a la tarea de desarrollar la crítica de la economía política hasta completar los seis libros proyectados por Marx y anunciados por él en 1859. De acuerdo con este plan, la vida de la mercancía se presentaría en todos sus aspectos en el libro del mercado mundial, que sería el último en dicho plan. Este aspecto de la obra de Marx —que Henryk Grossmann no valoró adecuadamente— haría posible desarrollar la crítica de la economía política de acuerdo a su estructura inherente y de modo adecuado a las exigencias del análisis crítico-científico del capitalismo del siglo XXI.

1. CIRCULARIDAD DEL VALOR Y DE LAS PROPOSICIONES CIENTÍFICAS EN LA ARGUMENTACIÓN DE MARX

Retomemos ahora una idea que Marx plantea en la sección primera del tomo I de El capital y que es decisiva para el análisis del proceso de producción del plusvalor —en las secciones tercera a quinta—. La idea consiste en que el valor tiene una estructura circular. De esta estructura circular se deriva el carácter circular —que vuelve a su punto de partida— de la

circulación de las mercancías (M–D–M) y de la circulación del capital (D–M–D') y de cada figura particular del capital. En todas estas formas se retrata la estructura circular del metabolismo social en el que los sujetos sociales intentan satisfacer sus necesidades mediante el proceso de producción y convierten los productos de éste en objetos de consumo, y así, al satisfacer las necesidades originales, vuelven al punto de partida donde se abren nuevas necesidades. Este circuito del metabolismo social se refleja en la estructura del valor y por ende en la circulación de las mercancías y en la circulación del capital.

Así, pues, esta circulación es clave para entender la argumentación de Marx en su teoría del valor y en su teoría del plusvalor. Este círculo va desde lo que se denomina valor absoluto hasta el valor relativo, desde el valor hasta el precio, desde el valor hasta el valor de cambio, desde un valor determinado a priori, puesto por el trabajo en el proceso de producción, al valor determinado a posteriori o en el proceso de intercambio.

Valor absoluto y valor relativo son precisamente las fases en las que se determina el valor. Marx llama al valor absoluto valor y al valor relativo valor de cambio porque éste solamente se muestra al relacionarse un valor con otro valor en el intercambio. Estas son las fases del proceso de constitución circular —o mejor dicho, espiral— del valor.

Esta estructura circular del valor no ha sido comprendida por muchos lectores de El capital. Ya vimos cómo el autor venezolano Emeterio Gómez, por ejemplo, se tropezó precisamente aquí al considerar simplemente metafísica la idea de un valor a priori o que es puesto antes del intercambio. No percibe que el enfrentamiento entre la oferta y la deman-

da en el intercambio, donde se determina la magnitud final del valor y se constituye lo socialmente necesario, requiere como condición de posibilidad un sustrato previo virtual, indeterminado pero consistente a partir del cual puede determinarse la magnitud del valor pues ésta queda finalmente definida solamente como resultado.

Pero la estructura del valor también es circular porque el a posteriori, este fin, a su vez, no puede existir sino sobre la base de la producción.

Todo argumento científico posee una estructura circular. La teoría del valor de Marx tiene una forma conceptual científica y por ello utiliza algunos conceptos hegelianos que podrían parecer metafísicos si no se entiende que en verdad son los apropiados para ese propósito.

Para aclarar este punto, cabe recordar cómo procede Kant en la Crítica de la razón pura para establecer el tipo de juicios propios de la ciencia. Por un lado, distingue los juicios analíticos, que también llama “a priori”, en los que el predicado —o lo que se dice acerca del sujeto de la oración o del postulado— ya está incluido en la premisa, es decir, en el sujeto. No hay algo nuevo en la proposición científica. Así, por ejemplo, la economía política clásica tuvo la intuición de que en la determinación del valor en el intercambio mercantil no sucede nada nuevo sino que sólo se actualiza algo puesto en la producción. De ahí que Ricardo hable de un valor puesto a priori.

Por otro lado, Kant se refiere a los juicios sintéticos, de acuerdo a los cuales es necesaria la experiencia del objeto para completar el juicio. También los denomina “juicios a posteriori”, donde lo que se dice acerca del sujeto no es inherente a su definición en tanto sujeto sino algo que solamente se puede captar en la experiencia. Estos juicios a pos-

teriori añaden un conocimiento nuevo que hace que la cosa no quede como antes. Pero ojo, la cosa tiene que estar puesta primero para que luego tenga una determinación, tanto cuantitativa como cualitativa, su sustancia debe estar puesta previamente. Así para explicar la constitución del valor, Marx presenta al valor como un proceso en el que la sustancia es puesta por el trabajo pero que recibe su determinación cuantitativa o su magnitud —la cual no puede ser completada simplemente por la producción— al adquirir una forma de expresión; este es el lugar de la experiencia, del enfrentamiento entre las mercancías en la oferta y la demanda, es el momento de la constitución del valor de cambio como precio.

La economía política vulgar se fijó solamente en este resultado, en este momento experiencial, que es importante pero que queda en el aire si se olvida el sustrato esencial que lo ha posibilitado y que la economía política clásica sí había considerado pero sólo como intención, sin saber cómo vincularlo con aquella forma de manifestación. Marx sintetiza críticamente ambas perspectivas al examinar la polémica entre David Ricardo y Samuel Bailey —un representante descollante de la economía vulgar— y critica a uno por el otro y a ambos desde conceptos mejor definidos que captan la estructura procesual del valor.¹

Así, pues, la teoría del valor de Marx corresponde a la figura que Kant descubre en los juicios que hacen avanzar la ciencia. Estos juicios propiamente científicos no son los juicios analíticos o a priori, en los que la definición del sujeto ya está dada en la premisa y son por ende en última instancia tautológicos, están cohesionados con necesidad pero no permiten avanzar en la caracterización de los fenómenos. Mientras que los juicios sintéticos sí permiten avanzar pero en ellos no

hay conexión de necesidad entre la definición del sujeto y lo que éste experimenta. Por eso Kant requiere, además, juicios sintéticos a priori que al mismo tiempo que son sintéticos —y que entonces añaden la experiencia nueva, el reconocimiento de una nueva característica— puedan ser cohesionados con necesidad con el sujeto del juicio.

Esta figura circular y paradójica en la que el fin se complementa con el principio —y lo a priori con lo a posteriori, la experiencia con la teoría y la teoría con la experiencia— es la figura que sigue el proceso de constitución del valor —y del plusvalor— en la teoría de Marx.²

2. EL PROCESO DE PRODUCCIÓN DE PLUSVALOR ABSOLUTO Y PLUSVALOR RELATIVO

2.1. ¿Qué significa consumir fuerza de trabajo?

La sección segunda (“Transformación de dinero en capital”) abre el problema de lo que significa explotar fuerza de trabajo, y las subsiguientes secciones —y de hecho los subsiguientes tomos de *El capital*— van a plantear su solución. Esta cuestión es idéntica con esta otra: ¿en qué consiste el modo capitalista de producir? El modo de producción incluye un modo de reproducción y un modo de desarrollo. Por eso se puede afirmar que los tres tomos de *El capital* están dedicados a responder a esta pregunta.

El capítulo V del tomo I de *El capital* —con el que abre la sección tercera (“Producción de plusvalor absoluto”)—, que se titula “Proceso de trabajo y proceso de valorización”, es el más importante de los tres tomos porque en él se define inicialmente el modo de producción capitalista. Todo lo que se

pueda afirmar después depende de esta primera definición, el modo de reproducción depende del modo de producción, pero también el modo en que se desarrolla la sociedad capitalista y en que se distribuye la ganancia dependen del modo en que se produce el plusvalor. En este capítulo V se presenta, pues, la primera definición del proceso de producción capitalista (“unidad de proceso de trabajo y proceso de valorización”) y por ello es el cimiento del argumento de los tres tomos.

Así, pues, al pasar de la sección segunda a la tercera pasamos de la exploración crítica de la apariencia de la riqueza capitalista a la exploración crítica de su esencia, y el primer paso en este nuevo nivel esencial es precisamente el análisis de la unidad del proceso de trabajo y el proceso de valorización. En el modo capitalista de producir opera como una estructura general común a toda historia el proceso de trabajo mediante el cual cualquier sociedad tiene que reproducirse. No hay ni habrá ninguna sociedad en la que el trabajo, como proceso consciente de transformación cualitativa de la naturaleza, no sea condición fundamental que permita satisfacer las necesidades de los seres humanos. El capitalismo tampoco puede prescindir de este fundamento transhistórico del proceso de vida social.

Pues bien, en el proceso de trabajo tiene lugar el consumo de la fuerza de trabajo. Para comprender en qué consiste consumir fuerza de trabajo en la sociedad burguesa hay que hablar de una refuncionalización del proceso de trabajo transhistórico, una remodelación histórico-concreta del mismo, que Marx denomina proceso de valorización. El proceso de trabajo es la estructura básica y transhistórica de todo proceso de producción, y el proceso de valorización es la

configuración específicamente capitalista del proceso de trabajo.

Marx construye su concepto de modo de producción en torno a esta distinción entre estructura básica y configuración histórica del proceso de trabajo, y precisamente como una crítica a la configuración específicamente capitalista del proceso de valorización desde la estructura del mismo como proceso de trabajo. Sobre la base de esta distinción la crítica de la economía política puede ser objetiva, radical y esencial, pues entonces puede plantear la pregunta crítica de si el proceso de valorización cumple o no con las condiciones que permiten que el proceso de trabajo sirva para satisfacer las necesidades humanas: dentro de la configuración capitalista, ¿qué le sucede al sujeto del proceso de trabajo?, ¿qué hace con sus medios y su objeto? ¿Qué pasa con el producto? De este modo es posible evaluar cada elemento de la estructura del proceso de trabajo —y cada aspecto de las necesidades humanas—.

La crítica de Marx al capitalismo descubre que el proceso de valorización transgrede al proceso de trabajo, lo refuncionaliza, lo contradice, lo pone en suspenso, lo coarta y, especialmente, pone como secundario aquello que es principal en el mismo, es decir, al sujeto, pues en el proceso de producción capitalista lo principal es el resultado, el plusvalor, y lo demás es simple medio para la producción de plusvalor.

Esta idea conecta esencialmente al capítulo V del tomo I con el parágrafo 2 del capítulo primero, que se titula “El doble carácter del trabajo representado en la mercancía” —es decir, el trabajo abstracto y el trabajo concreto—. Al comienzo de este parágrafo dice Marx que la comprensión —y por tanto la crítica— de la economía política gira en torno de esta duali-

dad del trabajo. Ya vimos cómo ocurre esto en el capítulo V, en referencia a la primera definición del modo de producción capitalista o en torno al primer paso en la respuesta a la pregunta de qué significa explotar fuerza de trabajo. La unidad del proceso de trabajo y el proceso de valorización es correlativa, aunque no reductible, a la unidad de trabajo abstracto y trabajo concreto.

El trabajo concreto se corresponde con el proceso de trabajo y el trabajo abstracto con el proceso de creación de valor y, entonces, con el de valorización. Pero estas correspondencias no reducen un argumento al otro, por la siguiente razón: el proceso de valorización es la configuración específicamente capitalista del proceso de producción, mientras que el trabajo abstracto no es una configuración histórico-concreta del trabajo sino a un rasgo general transhistórico de todo trabajo. Todo trabajo es a la vez concreto y abstracto, mientras que no todo proceso de producción es al mismo tiempo proceso de trabajo concreto productor de valores de uso y proceso de valorización o productor de plusvalor; sólo el proceso de producción capitalista es al mismo tiempo proceso de trabajo y proceso de valorización. Las dos características del trabajo, el ser concreto y el ser abstracto, le pertenecen a todo modo de producción, pero depende de cómo se relacionen entre sí estas dos características internas del trabajo —su definición abstracta y su definición concreta— que el modo de producción se configure de una manera o de otra, que exista no solamente como proceso de trabajo sino que pueda existir, por ejemplo, como proceso de creación de valor o, aun, como proceso de producción de plusvalor, como proceso de valorización. Si la dimensión abstracta del trabajo domina a la dimensión concreta del trabajo, entonces tene-

mos ya una configuración histórico-concreta de la producción, esa que crea valor y puede llegar a crear plusvalor.

Marx presenta la unidad de proceso de trabajo y proceso de valorización de acuerdo a una estructura de exposición procesual praxeológica, lo que significa que la secuencia de secciones, capítulos y tomos —e inclusive de párrafos y de ca-da palabra— está ordenada de acuerdo con la secuencia que sigue el proceso de trabajo —es decir, el proceso de la praxis— para generar sus productos. *En El capital Marx sigue este proceso en la formulación de oraciones y de conceptos, de juicios y de proposiciones. En lo que sigue veremos tres ejemplos de lo anterior.*

2.2. “Trabajo sexual”

De acuerdo con este procedimiento praxeológico de Marx, cada concepto se va determinando conforme avanza la exposición, por lo cual se trata de conceptos sumamente determinados, en contraste con la noción sociológica de “trabajo informal”, por ejemplo, que se caracteriza por su indeterminación. Es una noción empírica a la que le caben muchas cosas dentro y que entonces no puede utilizarse si no se determina a qué cosa se refiere en cada ocasión.

Se le llama trabajo informal por ejemplo al trabajo sexual, que actualmente tiene una gran importancia económica. El capitalismo no inventó la prostitución; se trata de un fenómeno milenario que el capitalismo adopta y refuncionaliza, lo subsume. ¿Cuándo podemos decir que el trabajo de la prostituta —como “trabajo informal”— está subsumido formal o realmente bajo el capital?

Hay prostitutas que trabajan por su cuenta y otras que tienen algún padrote al que entregan el dinero que obtienen

de sus clientes, pero también hay prostitutas que trabajan en una empresa capitalista muy claramente establecida, en burdeles organizados de acuerdo a un sistema racional que exige un estricto control de tiempos y espacios exactamente igual que en cualquier proceso de producción capitalista de telas, de carbón, de hierro o de máquinas, computadoras, etcétera. Hay, pues, un sometimiento del trabajador basado en una organización racional del trabajo y de las condiciones objetivas del mismo. En el burdel también hay máquinas, no solamente está la fuerza de trabajo de la prostituta sino que puede haber una máquina de la cual se sacan coca-colas, o la máquina que se llama bidé. En fin, hay un conjunto de instrumentos de producción como el automóvil o el condón que forman parte del proceso de explotación de la fuerza de trabajo de la prostituta. Hay procesos de trabajo de prostitución que son “formales” en el sentido de que se llevan a cabo en una empresa capitalista que pone a cooperar a las prostitutas y las explota subsumiéndolas formal y realmente. En cambio hay otras formas de prostitución que son procesos laborales informales donde no hay un capitalista y no tienen lugar en un ámbito específico, un taller o una fábrica, casa o burdel.

Como se ve, para poder aplicar los conceptos de *El capital* es imprescindible que el ejemplo o el caso en cuestión sea completamente determinado, porque así están contruidos dichos conceptos. De otra manera no se los aplica adecuadamente y se cree que no son útiles y se prefiere una categoría sociológica o empírica como la de “trabajo informal” que es indeterminada pero aparenta determinación.

Las condiciones del trabajo sexual como proceso de valorización pueden inscribirse en el marco de la lucha en torno a la

jornada de trabajo, lo mismo que los instrumentos institucionales que se utilizan para regular las condiciones laborales como la organización social y política, la legislación o quizá una nueva política económica que permita acrecentar la tasa de plusvalor y por lo tanto la tasa de ganancia. Todo eso entra dentro del tema de la lucha de clases en torno a la cual gira la definición del valor de la fuerza de trabajo y la extensión de la jornada (temas del capítulo VIII del tomo I) y para aplicar estos conceptos es necesario ver con cuidado los distintos aspectos de los fenómenos muy determinados de la realidad que se quiere explicar.

2.3. ¿Subsunción formal y subsunción real

*son lo mismo que relaciones sociales y fuerzas productivas? En un ensayo sobre la estructura de *El capital*, Roger Estabelet, integrante de la escuela althusseriana o del marxismo estructuralista francés, dice, siguiendo a Marx, que la sección tercera (“Producción del plusvalor absoluto”) trata de la subsunción formal y la sección cuarta (“Producción del plusvalor relativo”) de la subsunción real del proceso de trabajo en el capital.*

Sin embargo, al intentar explicar en qué consisten la subordinación formal y la subordinación real del proceso de trabajo en el capital, Roger Estabelet identifica la primera con relaciones de producción y la segunda con fuerzas productivas. Entonces dice que en la sección tercera se exponen las relaciones de producción capitalistas y en la sección cuarta las fuerzas productivas capitalistas —es decir, la cooperación, la división manufacturera del trabajo y la gran industria maquinizada—. Sin embargo, la cooperación (capítulo XI) es más bien una relación social, es decir, una inter-

acción social de obreros en el taller o en la fábrica, y cuando Marx habla de división del trabajo (capítulo XII) también se refiere a un tipo de relación social dentro del proceso de trabajo. En la división del trabajo cada obrero se conecta con otros en un sistema que está organizado para que uno se aplique sobre el objeto de transformación de un modo o en un aspecto determinado del mismo y otro se aplique sobre otro aspecto del mismo objeto. Así, pues, la división del trabajo es una relación social de producción.

Por su parte, el capítulo XIII (“Maquinaria y gran industria”) no simplemente habla de máquinas, es decir, de objetos, sino del modo en que en torno a esos objetos se constituye una constelación de obreros que cooperan y se dividen el trabajo al vincularse con cada parte de la máquina. Y la gran industria consiste en un sistema de máquinas dentro de una fábrica que está conectado con otros sistemas de máquinas en otras fábricas y con otros tantos sistemas de cooperación y división del trabajo. Así, pues, se trata de una gran relación social de producción que se sale de la fábrica y que integra o articula a múltiples fábricas; de hecho articula al mundo, a cada nación y a todas las naciones entre sí. Esta figura general del esqueleto del capitalismo es la más desarrollada que puede ofrecer el texto de El capital. Es, pues, un capítulo muy luminoso, lleno de contenidos y sugerencias para entender el mercado mundial contemporáneo del siglo XXI.

Como vemos, resulta demasiado estrecho decir que en su análisis de la subsunción real —o de la producción del plusvalor relativo— Marx sólo habla de fuerzas productivas, o bien habría que incluir dentro de las fuerzas productivas también a las relaciones sociales de producción. También es un error sugerir que el plusvalor relativo no es una relación de pro-

ducción pues no solamente involucra relaciones entre obreros que cooperan y se dividen el trabajo o se aplican a la máquina, sino que es un peculiar tipo de relación social de producción que se establece entre el capitalista y cada uno de estos obreros y el conjunto de los mismos. Es una relación social constituida para explotar plusvalor pero que está mediada por la integración técnica; así, pues, es una relación de producción diferente de la subsunción formal.

En la subsunción real están involucradas las fuerzas productivas capitalistas pero también las relaciones sociales capitalistas más concretas, mientras que en la subsunción formal tenemos a las relaciones capitalistas de producción más generales pero también a la fuerza productiva más elemental que es el propio sujeto del proceso, el obrero.

Los conceptos de subsunción formal y subsunción real son más determinados que los de fuerzas productivas y relaciones de producción, describen formas o figuras de las relaciones sociales de producción capitalistas e incluyen —para tener contenido— a las fuerzas productivas, no las exponen pero las incluyen para determinar el contenido de unas ciertas relaciones sociales. Son, pues, conceptos que aluden a relaciones sociales, no son conceptos tecnológicos, menos aún tecnologicistas, sino que miden en forma y figura a las fuerzas productivas.

El concepto de subsunción real del proceso de trabajo bajo el capital indica la marca negativa que les imprimen las relaciones capitalistas de producción a las fuerzas productivas. En la máquina, la relación de producción capitalista está puesta en el cuerpo tecnológico, no solamente se juega en la interacción de los sujetos. Por eso Roger Establet pudo con-

fundirse pensando que Marx estaba hablando de fuerzas productivas y no más bien de que en el capitalismo las relaciones de producción son tan potentes que se imprimen en el objeto.

3. TRABAJO PRODUCTIVO E IMPRODUCTIVO Y EL SUJETO HISTÓRICO EN EL SIGLO XXI (EL CAPÍTULO XIV, “PLUSVALOR ABSOLUTO Y RELATIVO”)

Ahora que tenemos expuesta la estructura del argumento de las secciones tercera a quinta del tomo I de El capital podemos abordar, sobre la base de esta estructura, cuestiones más complejas. En primer lugar veremos algunos conceptos decisivos para el análisis del capitalismo del siglo XXI: trabajo productivo e improductivo, trabajo vivo y plusvalor extra. Los abordaremos en esta y las siguientes dos secciones discutiéndolos con destacados interpretes.

El concepto de lo que es trabajo productivo bajo el capitalismo se refiere no a aquel trabajo que simplemente produce bienes, y que es un concepto básico o trans-histórico desde el cual se puede afirmar que un trabajo es más productivo cuantos más bienes produce. Pero en el capitalismo el concepto de trabajo productivo se configura histórica y estructuralmente de modo que sólo puede considerarse trabajo productivo aquél que produce plusvalor, es decir, la parte del producto que le interesa al capital. El trabajo capitalista es más productivo o menos productivo según cuánto plusvalor contenga el producto que genera.

En este mismo capítulo XIV del tomo I se resume parcialmente un largo apartado de La historia crítica de la teoría de la plusvalía dedicado al concepto de trabajo productivo e improductivo. Debido a que se trata del plusvalor absoluto y el plusvalor relativo, las dos figuras del producto específica-

mente capitalista, en este capítulo se tiene que hablar del trabajo que produce ese producto, es decir, del trabajo productivo en términos capitalistas, que es el trabajo subordinado formal y realmente bajo el capital.³

Ahora bien, como en el capitalismo el trabajo productivo genera plusvalor absoluto y plusvalor relativo, su concepto se está moviendo en el tiempo histórico, pues conforme avanza el desarrollo tecnológico se modifica lo que es trabajo productivo. El trabajo que antes no producía plusvalor puede hacerlo ahora, y entonces se vuelve productivo en términos capitalistas al integrarse como parte de la producción maquinística global. El concepto de trabajo productivo e improductivo describe las modificaciones del trabajo en el desarrollo capitalista, de su carácter productivista específico.

Ya vimos por ejemplo cómo la prostitución podría ser en algún momento improductiva pero llega a ser productiva bajo el capitalismo porque en ella se objetiva plusvalor.

Al comienzo del capítulo XIV, Marx utiliza el ejemplo del trabajo de un maestro de escuela y explica cómo se vuelve productivo al producir plusvalor para el capitalista dueño de la escuela. En las escuelas públicas el capital social pone a funcionar con dinero de toda la sociedad un proceso que aparentemente está al servicio de toda la nación pero que en realidad sirve al capital de esa nación. De esas escuelas públicas deben salir jóvenes trabajadores calificados y profesionistas que deben poner en movimiento los distintos procesos de producción de plusvalor.

La sociedad capitalista se va economizando, es decir, va predominando en ella lo económico en la medida en que cada vez más ámbitos que antes no eran productivos ahora son directa o indirectamente productivos, en el sentido de

que participan en la producción de plusvalor. Esta participación determina desde dentro lo que se suele llamar “servicio”, como el trabajo del maestro de escuela o el de la prostituta.

La transformación del trabajo improductivo en trabajo productivo concentra la subordinación formal y la subordinación real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital, es decir, las vuelve más intensas.

La subsunción del proceso de trabajo expresa relaciones sociales y éstas, al imprimirse en el proceso, reciben un efecto de regreso que las transforma. Ese es su efecto sociológico. En este punto la argumentación de Marx también es circular —o, incluso, espiral— pues regresa al punto de partida que es el enfrentamiento social entre el obrero y el capitalista. Este enfrentamiento tiene lugar no sólo en el mercado sino también en el proceso de trabajo como subsunción formal y subsunción real del mismo bajo el capital, así es como la relación social se imprime en el proceso.

¿Qué les sucede a las clases sociales, al obrero y al capitalista, a partir de que el proceso de trabajo ha sido sometido formal y realmente? Para describir estos efectos, Marx utiliza los conceptos de obrero total (*Gesammtarbeiter*) y capital total (*Gesammtkapital*). Se trata de conceptos sumamente sutiles. En lugar de obreros sueltos, el capitalismo constituye al obrero total unificado al someter formal y realmente el proceso de trabajo. La clase obrera es unificada en términos material-tecnológicos y, de otro lado, los capitales se cohesionan cada vez más como capital total. Este es el resultado histórico y funcional del proceso de producción capitalista.

En tanto *Gesammtkapital*, la clase capitalista queda cohesionada no sólo por un interés político sino en términos

tecnológicos.

En 2001 vimos cómo los intereses de Europa están tecnológicamente unificados con los intereses petroleros de Bush hijo y de Estados Unidos y entonces funcionaron como una sola clase capitalista al atacar a Afganistán.⁴ Esto ocurre en la guerra y también en la paz. En el movimiento del mercado mundial, la clase capitalista se cohesiona dentro de una rama industrial y todas las ramas industriales de una nación se cohesionan como un solo capital y todas las ramas de todas las sociedades capitalistas del mundo son cohesionadas —evidentemente de modo contradictorio— como una sola clase social mundial. Este es el concepto de Gesamtkapital en sus distintos niveles y aplicaciones.

Como vemos, estos conceptos de Marx explican la constitución de la clase de los capitalistas en términos sociológicos pero también en términos funcionales y tecnológicos pues en el Gesamtkapital no son los capitalistas sino el capital mismo el que queda unificado, tanto de modo institucional o formal como en términos tecnológicos y reales. Lo mismo sucede con el trabajo pues el Gesamtarbeiter unifica a los obreros de todo el mundo como masa explotada, y sus trabajos quedan unificados tecnológicamente como trabajos productivos. Ya no es posible explotar plusvalor a un obrero dentro de la fábrica si no se le explota plusvalor a los empleados que trabajan en la oficina. Este trabajo de oficina que antes era improductivo es integrado directamente con el proceso de producción porque el conjunto de la producción depende de la programación administrativa, así que ahora esta es trabajo productivo.

La industria constituye un sistema mundial en el que se coordinan procesos que tienen lugar en distintos países con

diverso nivel de desarrollo entre los cuales debe circular el producto en diversos grados de elaboración de modo que llegue, por ejemplo, a una maquiladora en México después de cruzar el mar proveniente de Japón o de Alemania y luego de pasar a Estados Unidos. Este proceso funciona como una división mundial del trabajo en la que se combinan condiciones más flexibles de explotación de fuerza de trabajo en un lugar con condiciones tecnológicas más desarrolladas en otros lugares. El capital puede utilizar del mejor modo el trabajo más intenso, dócil y barato de países como México o China y toda la Cuenca del Pacífico, y, por otro lado, el trabajo más productivo de los países en los que la tecnología es más desarrollada. El desarrollo de los medios de comunicación y de transporte permite que el capital pueda aprovechar las ventajas comparativas de cada situación e integrarlas para explotar más plusvalor mediante la articulación de regiones en las que prevalece la subsunción formal con otras de mayor subsunción real.

En el obrero internacional total se combinan distintos niveles de desarrollo tecnológico y distintas funciones. Si sólo vemos un proceso de trabajo individual aislado puede parecer improductivo, un “servicio”, pero si se observa la integración del obrero total se ve que cada uno circula por el mundo y desempeña una función particular que lo integra con todos los demás, constituyen un proceso y no diversos procesos. Y este proceso total es el que posibilita la explotación de plusvalor al conjunto de obreros y que el producto llegue al consumidor. Para que el producto final llegue a un destino tiene que concurrir toda esta multitud heterogénea de trabajadores de la más diversa formación, con distintos grados de desarrollo, que viven y trabajan en distintas regiones y pertenecen a

distintas etnias, etcétera.

Los conceptos de Gesamtarbeiter y Gesamtkapital sintetizan todos estos aspectos sociológicos, económicos, etnológicos, políticos y culturales como el resultado general al que llega la producción capitalista, es decir, una sociedad que tiene esa figura en la que el Gesamtkapital y el Gesamtarbeiter se enfrentan antagónicamente.

3.1. El ejército industrial de reserva mundial y el Gesamtarbeiter

De lo anterior se desprende que hoy existe un ejército industrial de reserva mundial cuya funcionalidad debe ser analizada de nueva manera. Antes había un ejército industrial de reserva sólo nacional o inclusive a veces sólo local: el desempleado del pueblo era sólo desempleado del pueblo porque no existían los medios de comunicación y de transporte que integraran ese pueblo con la ciudad y con toda la nación. Pero una vez que se ha constituido la red nacional de comunicación ese desempleado forma parte del ejército industrial de reserva nacional y será sólo eso mientras la producción maquinizada no haya integrado esta nación con otra nación. Pero a partir de que las comunicaciones y los transportes son continuos y sistemáticos entre una nación y otra, el capital tiende a flexibilizar las fronteras para establecer flujos de migración de fuerza de trabajo y de inversiones de capital, y entonces los desempleados de una nación se convierten en material explotable también para el capital de otra nación, no son solamente ejército industrial de reserva nacional sino ejército industrial de reserva mundial.

Las guerras étnicas con las que finaliza el siglo XX y comienza el XXI movilizan gente anteriormente arraigada a la

tierra pero que ahora está en peligro de morir porque el capital los desarraiga, es decir, los vuelve ejército industrial de reserva quizá no utilizable en México o en Yugoslavia pero sí en Europa o en Estados Unidos. Los indígenas chiapanecos son ejército industrial de reserva no sólo en la Ciudad de México o en la ciudad de Tuxtla sino fuerza de trabajo disponible para ser explotada también en Estados Unidos y cuando el capital lo necesite. Como vemos, los fenómenos aparentemente irracionales de desarraigo (acumulación originaria) y guerras, que generan una masa creciente de desposeídos que no tienen trabajo ni lo van a tener nunca en los lugares en que nacieron, adquiere razón de ser en el proceso mundial de producción, en referencia al *Gesamtarbeiter* y al *Gesammtkapital* y, entonces, en referencia al ejército industrial de reserva mundial.

Son poblaciones enteras que están en barbecho y eventualmente pueden ser utilizadas; mientras mueren de hambre, el capital los tiene a su disposición cuando lo requiera. El proceso social no es humano sino que depende de las necesidades del capital.

Marx expone este concepto de ejército industrial de reserva al analizar la reproducción del capital pero lo está preparando con el concepto de obrero total y de capital total.

El proletariado mundial incluye el detritus general del ejército industrial de reserva, la fuerza de trabajo que ya es inútil porque está degradada, deteriorada en términos psicológicos o fisiológicos. El capital no emplea en el proceso de producción directa estas fuerzas de trabajo que ya no están en condiciones de trabajar pero sí como “peso muerto” —dice Marx— del ejército industrial de reserva. La máquina

cotidiana y fabril del capitalismo tritura a la gente hasta volverla inutilizable para la producción.

Buena parte de la población drogadicta, por ejemplo, resulta inutilizable para el capitalismo pero antes de llegar a ese punto todavía los utiliza, los sobreexplota. Por ejemplo, aquellos que se drogan con anfetaminas pueden trabajar más tiempo o con mayor intensidad antes de que su organismo se colapse y se vuelva inutilizable; mientras tanto puede formar parte del ejército obrero en activo antes de pasar al ejército industrial de reserva, cuando el deterioro fisiológico y psicológico vuelve inutilizable la fuerza de trabajo y es recluida en el lumpenproletariado.

Esta población degradada o en proceso de destrucción forma parte del ejército industrial de reserva y por ende del obrero total, y aunque no se integre en la producción sólo defiende su vida, tiene un potencial revolucionario que podría ser mayor si adicionalmente toma conciencia del proceso en su conjunto.

Es, pues, importante analizar esta población, pero también captar el proceso que la sintetiza con el proletariado, observarla en su diversidad pero también en su unidad con el proletariado mundial.

El concepto de obrero total nos lleva a otro concepto, el de proletarización mundial de la humanidad. En un ensayo titulado Proletarización mundial de la humanidad y subordinación real del consumo bajo el capital expongo este concepto para explicar la conyuntura de 1968 así como el movimiento insurgente internacional de ese año. Aquel fenómeno internacional y simultáneo es resultado de un proceso social y económico general que pone en cuestión al sujeto social, es decir, un proceso de proletarización mundial en el

que la humanidad es sometida no solamente por la producción sino también por el consumo.

De esta explicación se desprende una posición política no sectaria respecto de los diversos grupos involucrados en aquel movimiento, una posición comunista propiamente dicha que reconoce a los diversos sujetos sociales pertenecientes a las etnias sometidas o a sectores de trabajadores intelectuales con los que busca construir alianzas que son posibles porque forman una unidad histórica. No se trata, pues, de una posición proletarista sino que insiste en que esos sujetos son figuras del proletariado.

3.2. El partido proletario en el sentido histórico-universal

*A partir de lo expuesto hasta aquí puede verse que los conceptos de política revolucionaria comunista y de partido en Marx se determinan de manera compleja, precisamente a partir de los conceptos de subsunción formal y real del proceso inmediato bajo el capital o de la transformación del trabajo improductivo en productivo o de la constitución del *Gesamtarbeiter* o el obrero total. Este concepto distingue formas de organización diversas y la forma organizativa unitaria.*

No es posible prescindir de un partido que organice al conjunto de la clase o que hegemonice la alianza partidaria, pero tampoco se puede prescindir de los diversos partidos que tienen relación directa con las bases campesinas o “pequeño-burguesas” o de empleados de los servicios, o del trabajo fabril, etcétera.

La idea de Marx sobre la organización y el partido tiene un contenido histórico complejo, no es una idea meramente funcional en la que un partido monopoliza y tiene la verdad. La verdad resulta dialécticamente de la discusión y la con-

frontación con todas las corrientes. Y la auténtica vanguardia se constituye y se comprueba realmente como tal en ese proceso de intervención y discusión y no porque se autodenomine así. Esta idea entraña una captación al mismo tiempo plural y sintética del partido. Marx se refiere al partido de la clase obrera como “el partido en el gran sentido histórico de la palabra” (Carta de Marx a Freiligrath del 20 de febrero de 1860), es decir, en un sentido no coyunturalista sino que observa a la clase obrera como un todo. La clase obrera como un todo y sus diversas formas organizativas —que se llaman partidos— son partes del gran partido de la clase obrera en ese sentido histórico universal.

Esta concepción de la política revolucionaria es entonces necesariamente compleja para ser aplicable a cada coyuntura; permite no dogmatizar y no sectarizar pero tampoco dejar laxas o demasiado flexibles e indeterminadas las formas de organización política.

La competencia entre los capitales tiene la función de presionar para explotar de modo más eficiente al obrero total. Esta presión no sigue un método particular sino que actúa de distintos modos. En la sección segunda del tomo III se analiza la competencia entre los capitales por la tasa de ganancia en torno a ciertos precios. De modo análogo funciona la dinámica histórica de las figuras políticas que observamos en la vuelta del siglo XX al XXI. Cada una de estas figuras o cada situación histórica constituye un ejemplo concreto que puede ser desglosado y analizado en referencia a determinados conceptos de *El capital*.

VII. LA REVOLUCIÓN

SOBRE SUS PROPIOS PIES

EL CAPÍTULO V DEL TOMO I

RESUMEN DE LA SESIÓN ANTERIOR

La sesión pasada vimos la estructura argumental de la secciones tercera, cuarta y quinta del tomo I de *El capital*. En esta revisión constatamos que la exposición de Marx tiene una forma procesual praxeológica en la que la secuencia de secciones y capítulos sigue los momentos del proceso de trabajo (premisa, proceso y resultado que a su vez es premisa de un nuevo proceso). También quedó puntualizada la forma circular y, aun, espiral de la teoría del valor de Marx y vimos que ésta es la forma propia del pensamiento científico, es decir, de aquél que procede de acuerdo a la estructura del juicio sintético a priori en la cual los momentos experienciales empíricos —del intercambio mercantil en este caso— están precondicionados a priori por determinaciones necesarias —en este caso la sustancia del valor puesta por el trabajo abstracto—, pero que a su vez están condicionados por un momento empírico que lo rebasa al tiempo que lo confirma o realiza, y así sucesivamente. También vimos cómo la teoría del plusvalor posee una estructura circular y cómo, en fin, la comprensión de la metodológica y la temática de *El capital* permite “aplicar” los descubrimientos científicos de Marx en el análisis de las realidades capitalistas del siglo XXI, pues éstas son experiencias originales pero determinadas por las condiciones generales del

modo de producción capitalista específico que Marx teorizó.

En lo que sigue se aborda la discusión con Enrique Dussel sobre el concepto de trabajo.

EL TRABAJO VIVO DE ENRIQUE DUSSEL Y EL DE MARX

1. ANTECEDENTES DE LA TEORÍA DE MARX

SOBRE EL PROCESO DE TRABAJO

Ante todo cabe recordar la distinción que hace Marx entre, por un lado, el proceso de trabajo como un proceso trans-histórico común a toda sociedad humana y, por otro lado, la figura histórica bajo la cual existe en cada época. Cada época se distingue de las otras por la diferente configuración histórico-concreta que adquiere en ella el proceso de trabajo, y el proceso de valorización es la configuración histórico-concreta correspondiente al capitalismo. De ahí que este tema sea punto de partida tanto de la crítica de la economía política como del materialismo histórico, es decir, de la reflexión general sobre la historia humana propuesta por Marx.¹ Así, pues, como se ve, en torno a este tema Marx realiza una profunda reflexión que entraña una discusión fundamental con los principales pensadores sobre la dialéctica del trabajo, por ejemplo, con Hegel.

En la Fenomenología del espíritu, en la parte dedicada a la autoconciencia, Hegel analiza el enfrentamiento entre la conciencia del amo y la conciencia del siervo y encuentra que la dialéctica de la historia depende de esta lucha precisamente porque el señor pone al siervo entre él y la naturaleza, esto es, lo pone a trabajar. Así, pues, la dialéctica del señor y el siervo se posibilita por la dialéctica del trabajo del siervo. Marx elabora su concepción de la historia basada en

el trabajo humano, sobre la base de esta idea. En los *Grundrisse* (1857) Marx escribe páginas sorprendentes sobre el tema del trabajo, especialmente el trabajo vivo. Así en la página 203 del manuscrito Marx se refiere al trabajo humano como dimensión “inobjetiva” frente al trabajo objetivado que es el capital. Este trabajo vivo e inobjetivo se enfrenta al capital que es trabajo objetivado; un verbo se enfrenta a un sustantivo, a una materia aquietada, a una totalidad de condiciones de producción. En un ensayo célebre de 1847 basado en unas conferencias para obreros en Bruselas, titulado “Trabajo asalariado y capital”, Marx expone por primera vez la confrontación entre el capital y el trabajo, y aquí también habla del capital como trabajo muerto que se enfrenta al trabajo vivo.

Las metáforas de trabajo vivo o inobjetivo y trabajo muerto no son meras maneras de hablar sino formas en las que Marx intenta, por un lado, profundizar su crítica del capitalismo y, por otro lado, precisar científicamente un problema.

De hecho, cuando Marx publica el tomo I de *El capital* ya ha reflexionado el asunto durante más de 20 años, pues en sus *Manuscritos económico-filosóficos de París de 1844*, en el pasaje del primer manuscrito titulado “Trabajo enajenado”, considera a la praxis humana como fundamento de la historia y la sociedad y, entonces, también de la sociedad configurada de manera enajenada como burguesa. En esta sociedad el trabajo está enajenado, es decir que una dimensión genérica o propia de la especie —propia del género humano— como es el trabajo ha sido puesta en contra de la especie y del individuo. El trabajo enajenado, el trabajo vivo enfrentado al trabajo muerto, el trabajo inobjetivo frente al trabajo objetivo, todas estas dimensiones están integradas

en el argumento del capítulo V de *El capital*.

La diferencia entre el carácter inobjetivo y vivo del trabajo, y su carácter afirmativo genérico, por un lado, frente al carácter muerto del trabajo objetivado y del capital, por otro, permite figurar al capital como una especie de vampiro, un Nosferatu, un ente muerto y vivo que se alimenta de la sangre de los vivientes. Esta figuración especifica el tipo de relación de explotación que es la capitalista y al mismo tiempo la critica.

Ahora bien, en el capítulo V de *El capital* lo más importante es captar la diferencia entre la estructura afirmativa básica del proceso de trabajo y la configuración capitalista específica que niega esta estructura. Para ello, Marx observa esta relación sujeto-objeto primero bajo una figura afirmativa y luego bajo una figura negadora. Es evidente que esta diferencia entre estructura y configuración del proceso de trabajo depende del modo en que se constituye en este proceso la relación entre el sujeto y el objeto, es decir, de las relaciones en las que el trabajo vivo inobjetivo, este verbo en movimiento, se enfrenta al trabajo muerto objetivo en el que se resume la totalidad de las condiciones materiales de existencia de la sociedad ya monopolizadas como capital.

Sin embargo, como digo, la diferencia entre estructura y configuración del proceso de trabajo corresponde a un nivel de argumentación más básico, desde el cual se explica la relación entre los trabajadores y el trabajo objetivado que caracteriza a la configuración capitalista de dicho proceso.

Sobre la base de esta consideración, veamos el acercamiento de Enrique Dussel a este tema en su libro *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*.

2. EL TRABAJO VIVO DE ENRIQUE DUSSEL EXTERIOR A LA TOTALIDAD

La idea general que le sirve como premisa a Enrique Dussel, en sus propias palabras, es la siguiente:

El fundamental descubrimiento teórico de Marx, mayor aun que aquellos de los que tuvo conciencia (como la distinción entre trabajo abstracto y concreto, o la definición de la categoría plusvalor, que en realidad son deducciones del principio al que estamos haciendo referencia), es la distinción entre “trabajo vivo” y “trabajo objetivado”. De ella se deducen todas las demás distinciones. Una de ellas, quizás la más esencial conclusión práctico-política o económica de Marx, porque aquí se originan las restantes, es el enunciado práctico siguiente: el trabajo vivo no tiene valor; *la capacidad o fuerza de trabajo tiene valor. Veamos esto por partes, porque aquí se encuentra el problema “meta-físico” por excelencia —y la cuestión ética tal como la presentamos nosotros—* (p. 374).

En primer lugar, Enrique Dussel atribuye a la relación sujeto-objeto el papel de fundamento de la crítica de la economía política pero desconoce la distinción entre la estructura y la configuración del proceso de trabajo, distinción que, sin embargo, es la que permite captar la diferencia específica del modo en que se da la relación sujeto-objeto en cada uno de esos niveles. Al confundir así los dos planos, ya no es posible reconocer la estructura básica comunitaria afirmativa de la relación sujeto-objeto respecto de la forma privatizada enajenada en que existe en el capitalismo, ni puede, por tanto, funcionar como fundamento para la crítica de este sistema social. En esta perspectiva sesgada e invertida, Dussel insiste en poner en primer plano el enfrentamiento

entre el trabajo vivo y el trabajo muerto y entre el trabajo objetivado y el trabajo inobjetivo, lo cual le llevará a sugerir que en Marx no es decisiva la perspectiva de totalidad. En efecto, Dussel adscribe la totalidad a las condiciones objetivas, es decir, al capital o el trabajo muerto, mientras que sitúa el rebasamiento de la totalidad, al mismo tiempo que la fundación de la misma, en aquello vivo inobjetivo que no es él mismo una totalidad sino un verbo: el trabajo del obrero.

Por este camino, aunque Dussel puede captar dimensiones importantes del argumento de Marx, cae fácilmente, sin embargo, en un esquematismo y se equivoca al interpretar el papel del proceso de trabajo en la crítica de Marx a la economía política.

Por otro lado, en el párrafo arriba citado vemos un curioso juego en el que el mismo Dussel tiene conciencia de una idea de Marx de la que éste no tiene conciencia, pero esta conciencia que Dussel sí tiene se basa precisamente en el texto de Marx y en sus precisiones sobre los conceptos de trabajo vivo y trabajo objetivado.

En verdad es difícil darle sustento a esta idea de Dussel porque la misma importancia que él reconoce a la diferencia entre trabajo vivo y trabajo objetivado contradice a la presunta inconciencia de Marx respecto de este descubrimiento, es decir, que lo lleva a cabo como una especie de autómeta.

Este tipo de figuración en la que “Marx el autómeta” descubre algo pero inconscientemente, y luego llega el psicoanalista que lee su discurso y entonces saca en claro qué es realmente lo que Marx hizo o quería hacer, se debe a Louis Althusser (Pour Marx, 1964, traducción al español: La revolución teórica de Marx) y Dussel la aprendió de él. Ciertamente — como veremos más adelante— Dussel polemiza con Althusser

en otros puntos pero tal parece que no se percata de esta trampa.

Más adelante podemos leer ya no la premisa de la interpretación que hace Dussel de la idea de Marx sino la síntesis de toda su argumentación, es decir, adónde quiere llegar Dussel con su propuesta. Dice:

Lo que no se ha advertido en el marxismo posterior — incluyendo a Lukács o Kosík, por nombrar a los más eminentes— es que era necesaria la categoría de “exterioridad” para que por su negación la “totalidad” pudiera incorporar “desde-antes” y “desde-fuera” de ella al “trabajo vivo”. Sin “exterioridad” no hay subsunción posible. Si nada más hubiera “totalidad”, sólo de su interioridad, de su seno, podría surgir el “trabajo vivo” Y, en efecto, la confusión en el marxismo posterior entre, por un lado, “trabajo vivo” como exterioridad de la subjetividad, de la persona, de la corporalidad, de la actividad creadora sin valor, y por otro, la “fuerza de trabajo” como el ente con valor que se funda en el ser del capital, muestra el hecho de que se ignoró la trascendencia de la exterioridad del “trabajo vivo” con respecto a la totalidad del capital. Era necesario un espacio “metafísico” donde el “trabajo vivo” indeterminado —puesto como pobre negativamente, pero positivamente como actividad y potencia creadora de toda riqueza posible— tuviera lugar en su no-ser capital. Es allí donde será comprado, alienado, “introducido” a la “totalidad” del capital como por una boca del infierno, sobre la que se escribe, al estilo de Dante, “(Prohibida la entrada salvo por busines)”. Veremos aquí no sólo cómo el capital produce, sino también cómo se produce el capital. Se hará luz, finalmente, sobre el misterio que envuelve la produc-

ción del plusvalor (p. 382).

Ante todo, no es cierto que este tema no haya sido visto por Lukács (Historia y conciencia de clase, 1923) y otros sino que simplemente no ha sido considerado con la terminología y en la perspectiva en la que Dussel lo quiere abordar. Pero en Lukács, y sobre todo en Karl Korsch (Marxismo y filosofía, 1923), este punto está planteado como la doctrina de la “especificación histórica de los conceptos”, esto es, cómo es que conceptos transhistóricos —como el de trabajo— quedan subsumidos bajo la configuración capitalista y así quedan especificados históricamente.

Por otro lado, en este mismo pasaje Dussel se basa en la idea contradictoria de la oposición entre una totalidad y algo exterior a esa totalidad que, sin embargo, es decisivo para ésta. Lo exterior a la totalidad de la que habla Dussel es el trabajo vivo, y por supuesto que éste es fundante para la creación de plusvalor y para el proceso de acumulación de capital. Así, pues, Dussel habla de una totalidad que sin embargo requiere necesariamente de una exterioridad y de la cual no se han dado cuenta los marxistas posteriores a Marx y anteriores a Dussel.

Y en verdad Dussel no va a poder encontrar algo así ni en Lukács ni en Lenin ni en Korsch, pero tampoco en Marx, aunque él va a querer encontrarlo en Marx y no en los marxistas. Dussel no va a encontrar esta concepción irracional de la totalidad como la que quiere para acomodar en ella un espacio metafísico en el cual colocar al trabajo vivo opuesto a la totalidad. Según esta idea, la totalidad sería lo organizado, lo estructurado, lo ordenado, lo racional, mientras que lo viviente sería aquello irracional negador. Ahora ya sabemos adónde quiere llegar Enrique Dussel con esta intervención

suya en la guerra de las interpretaciones sobre la teoría de Marx.

Veamos ahora cómo discute Dussel con los marxistas estas ideas generales de exterioridad opuesta a totalidad, trabajo vivo inobjetivo opuesto a lo estructurado de la totalidad capitalista y aquella exterioridad viviente inobjetiva como condición para que pueda existir la totalidad, así como el papel secundario o accesorio que tendría la perspectiva de totalidad en el discurso de Marx, al contrario de la idea de Lukács basado en Hegel. Así, pues, Dussel intenta criticar a Lukács pero también a Hegel. Veamos cómo lo hace respecto de Lukács (en el capítulo 8 de su libro).

3. DUSSEL SE ALÍA CON SCHELLING FRENTE A LOS MARXISTAS

Frente a Lukács, Dussel se opone a la perspectiva de totalidad porque la considera insuficiente para captar en verdad el planteamiento de Marx. Según Dussel, Marx tiene en cuenta a la totalidad y algo más que la totalidad, aquello que está fuera de la totalidad y que es viviente: el trabajo vivo.

Por otro lado, Dussel asume la idea de Korsch de que hay una filosofía en Marx. Korsch propone esta idea contra la positivación cientificista del marxismo en la Segunda Internacional y que ha tenido manifestaciones recurrentes a lo largo del sigloXX. Dussel está de acuerdo, pues, en que el marxismo es una filosofía, y ya vemos que quiere un espacio metafísico exterior a la totalidad para fundar al discurso de Marx, pero ve insuficiente el tratamiento de Korsch respecto de este tema.

Enrique Dussel también le critica a Marcuse (*Razón y revolución, 1941*) su *influencia hegeliana y su menosprecio de*

Schelling —contemporáneo de Hegel aunque publicó la parte fundamental de su obra filosófica antes de éste, por lo cual Hegel pudo primero aprender de Schelling y luego criticarlo—. Dussel se sitúa en la perspectiva de Schelling para criticar a Hegel y polemizar con Karel Kosík (*Dialéctica de lo concreto*, 1963) de quien discrepa acerca de la interpretación de la estructura de *El capital* de Marx. De los cuatro autores mencionados (Lukács, Korsch, Marcuse y Kosík) este último es el único que se ocupa puntualmente de *El capital*.

Enrique Dussel también polemiza con Louis Althusser en torno al tema de la totalidad capitalista y dice que la perspectiva de la totalidad constituye una alienación que nos encierra en la totalidad del sistema y nos impide captar que el trabajo vivo rebasa esta totalidad. Frente al capital, dice Dussel, sólo podemos apoyarnos en lo que no es capital: el trabajo vivo, pues de otro modo es imposible salir de la enajenación.

Así, pues, Dussel identifica implícitamente totalidad con enajenación, al contrario de Lukács, para quien la perspectiva de la totalidad es la que permite criticar la enajenación capitalista.

Como Louis Althusser es estructuralista y el estructuralismo requiere de la totalidad para captar los fenómenos, Dussel se enfrenta con él sin diferenciar entre la totalidad propuesta por Lukács y la totalidad estructural —sin proceso ni génesis— que propone Althusser. Dussel fácilmente mete en el mismo saco a Lukács y a Althusser no obstante que en realidad cada uno de éstos representa puntos de vista radicalmente opuestos entre sí.

Finalmente Dussel discute con Habermas. A éste le dedica el mayor espacio. Mientras que a los otros autores les dedica

dos o tres o cuando mucho cuatro páginas, a Habermas le dedica alrededor de 15 páginas. Habermas en realidad poco sabe de El capital y en general de la obra de Marx, así que resulta extraño que Dussel le dedique tanto espacio. Ciertamente es un autor marxista original y profundo pero que carece de un conocimiento sólido de Marx y en gran medida sabe de él sólo de oídas. Sin embargo a Dussel le interesa discutir con Habermas porque éste valora altamente a Schelling como filósofo necesario para comprender el discurso de Marx. Así que la posición de Habermas es cercana a la de Dussel en este punto no obstante que Dussel discrepa del modo en que Habermas interpreta a Schelling.

Como se ve, a propósito del proceso de trabajo se juega todo el marxismo y por ende la completa posición filosófica del marxismo, no se trata simplemente de un tema económico sino que involucra todo el materialismo histórico. Así, pues, este capítulo V de El capital debe ser leído con mucha profundidad porque en él se concentran múltiples consideraciones esenciales.

Veamos ahora con un poco de detalle la discusión que hace Dussel con cada uno de estos autores. Ya sabemos en general qué les critica a cada uno y cómo el tema de discusión general es el de la totalidad y cómo poco a poco va a ir apareciendo el hilo rojo de Schelling en vista de criticar a Hegel. Dussel intentará establecer una alianza entre Marx y Schelling para enfrentarla a Hegel. Veamos cómo lo hace.

3.1. Luckács ante la irracionalidad de Dussel

En el contexto de su crítica a Lukács, Dussel dice lo siguiente:

Al haber sobrevalorado la importancia de la “totalidad”, [Lukács] en cierta manera la ha fetichizado. No se ve que llegue a descubrir la importancia de “la fuente creadora de valor”, la “sustancia” que desde la nada del capital pone plus-valor. No he visto que haya descubierto —y parece que no le interesó— la “lógica” de *El capital* “como totalidad”. Lo usa por partes, pero se puede pensar que no ha definido su “movimiento” dialéctico global —de los tres libros en su conjunto—. La posición siempre negativa en extremo respecto de Schelling que fue quien históricamente lanzó el poshegelianismo en 1841 —como crítica radical contra Hegel—, y la inadvertencia de la absoluta contradicción entre el “trabajo vivo” y el “dinero” en la transformación del dinero en capital, indican que Hegel es en Lukács una saludable presencia —contra el marxismo vulgar y economista o dogmático—, pero al final influye en él en demasía (pp. 301-302).

Hay aquí apreciaciones correctas como el hecho de que Lukács no tiene en cuenta el conjunto de los tres tomos de *El capital* aunque por otro lado sorprende la crítica demasiado genérica al concepto de totalidad. Dussel reproduce a Lukács pero no argumenta por qué habría que darle menos. Aquí Dussel sólo toca el punto de pasada —luego veremos con más detalle este asunto— cuando dice que frente a la totalidad estaría el trabajo vivo como la fuente creadora de valor, esa “sustancia que desde la nada del capital pone plusvalor”. Estos términos: “fuente creadora de valor” y producir o crear algo “desde la nada” se refieren a ideas que Dussel asocia con Schelling.

Además, respecto de Lukács, Dussel dice que “el fetichismo es ‘cosificación’ pero su fundamento está en la ‘sub-

subunción' (formal o real) de la persona del trabajador como 'pobre' desde la anterioridad del capital: la negación de la 'corporalidad' de la 'persona' como 'cosa' supone el momento en que la 'persona' no es 'cosa'... ni capital todavía" (p. 302). Aquí Dussel trata al trabajo vivo como una existencia anterior y exterior al capital, que sólo por ello puede ser subsumido por el capital y cree justificado pensar al trabajo vivo como exterior a la totalidad a partir de la distinción entre "persona" y "cosa".

Dussel ha leído el célebre ensayo de Lukács "La cosificación y la conciencia del proletariado" y por eso habla de cosificación, fetichismo y subsunción, etcétera, pero no parece haber leído la parte tercera de este ensayo en la que se cita de entrada un pasaje de *La Sagrada Familia* (1844) donde se señala que el trabajador, en tanto trabajo vivo, niega aquello que lo niega —el capital—, es decir, que la relación del proletariado con el capital es pensada como una relación de negación de negación. El proletariado es una espontaneidad viviente que es negada, sometida, explotada pero no por ello pierde la espontaneidad viviente sino que luego vuelve a enfrentarse —ya no de manera laborante sino— en términos revolucionarios al capital.

Este pasaje de *La Sagrada Familia* corresponde al párrafo 4 del capítulo IV, subtítulo "Proudhon". Vale la pena reproducirlo aquí con más atención (Lukács cita sólo el párrafo final):

Proletariado y riqueza son términos antagónicos. Forman en cuanto tales, un todo. Ambas son modalidades del mundo de la propiedad privada. De lo que se trata es de la posición determinada que una y otra ocupan en la antítesis. No basta con decir que se trata de los dos lados de

un todo.

La propiedad privada en cuanto propiedad privada, en cuanto riqueza, se halla obligada a mantener su propia existencia, y con ella la de su antítesis, el proletariado. Es éste el lado positivo de la antítesis, la propiedad privada que se satisface a sí misma.

Y, a la inversa, el proletariado en cuanto proletariado está obligado a destruirse a sí mismo y con él a su antítesis condicionante, que lo hace ser tal proletariado, es decir, a la propiedad privada. Tal es el lado negativo de la antítesis, su inquietud en sí, la propiedad privada disuelta y que se disuelve.

La clase poseedora y la clase del proletariado representan la misma autoenajenación humana. Pero la primera clase se siente bien y se afirma y confirma en esta autoenajenación, sabe que la enajenación es su propio poder y posee en él la apariencia de una existencia humana; la segunda, en cambio, se siente destruída en la enajenación, ve en ella su impotencia y la realidad de una existencia inhumana.²

Así, pues, Lukács, siguiendo a Marx, está tratando el tema del trabajo vivo en oposición al capital pero no como una irracionalidad externa a la totalidad, que es lo que quisiera ver Dussel, quien además no lo dice así desde un principio ni discute el argumento completo del autor de quien sin embargo sí está pretendiendo criticar su postura completa.

3.2. Para recuperar a Korsch

Por otro lado, Enrique Dussel discute con Karl Korsch el tema de la filosofía en el marxismo y dice —en la página 304— que

su planteamiento es insuficiente pues “se trata de algo más preciso que Korsch no clarifica”. Ya sabemos qué es lo que Dussel quiere sacar de aquí: esta exterioridad respecto de la totalidad, este ámbito metafísico en el cual desde la nada se va a producir algo, el capital. Y este “algo más preciso que Korsch no clarifica” ciertamente no lo va a clarificar nunca así porque le parecería una confusión.

De todas maneras la propuesta de Korsch le parece importante: es necesario estudiar explícitamente la relación entre el pensamiento de Marx y la filosofía. Ciertamente, “en tiempos de la Perestroika [(Dussel está escribiendo en 1990, antes de la caída de la URSS, en el momento último de la Perestroika)] la posición de Korsch sería reconsiderada más positivamente”. Dussel supone que el marxismo anterior es un marxismo sometido y quiere construir un marxismo hecho a la medida de la Perestroika, que acepte la pluralidad, la democracia, etcétera. En todo caso, después de la caída de la URSS Dussel tiene que reformular esta idea; si no su menosprecio de la totalidad por lo menos su enaltecimiento de la Perestroika como horizonte del marxismo.

3.3. Marcuse no valora a Schelling

Dussel le reprocha a Herbert Marcuse “lo rápido y superficial de su pasaje de Hegel a Marx, a través de Kierkegaard y Feuerbach, donde parece desconocer la función que desempeñaron Schelling y la ‘filosofía positiva’” (p. 306). *Dussel se refiere fundamentalmente al libro de Marcuse Razón y revolución y al célebre ensayo de 1932, muy importante dentro del marxismo porque es el primer comentario a los Manuscritos económico-filosóficos de 1844 de Marx, que se titula “Nuevas fuentes para la fundamentación del materialismo*

histórico”.

Así, pues, Dussel critica a Marcuse porque éste desvalora la influencia de Schelling y de la filosofía positiva en la crítica de Marx a Hegel. Dussel cree que dicha influencia es muy grande y se refiere a ella como si fuera muy conocida. Sin embargo casi ningún autor marxista habla de ella excepto quizás Habermas y por este motivo Dussel se interesa tanto, como vimos, en discutir más a fondo con él.

4. LO POSITIVO EN MARX Y EN SCHELLING

“En este punto —dice Dussel— resulta apropiado indicar que hay diferentes tipos de ‘positivismos’: los comtianos del siglo XIX, los analíticos el siglo XX, y aun ‘positivismos’ tales como el de los poshegelianos (Schelling, Feuerbach, Kierkegaard, etcétera), entre quienes habría que contar al mismo Marx” (p. 306).

En este último sentido positivismo significa recuperar la realidad o la positividad. Positividad es no solamente lo afirmativo sino lo que está puesto. La filosofía positiva es entonces materialista porque toma en cuenta lo que está puesto, lo que está allí de modo positivo y que por sí mismo se afirma. En este sentido positivismo significa entonces recuperar la realidad o positividad de lo que se encuentra más allá del horizonte del mundo del pensar, del sistema. Desde este punto de vista, lo negativo no se considera meramente como posibilidad o potencia sino como realidad o parte de lo positivo. Esta es la posición materialista de Marx (1844) y es contraria a la *Filosofía de la revelación de Schelling, que es una filosofía teológica —para la cual lo positivo es, por ende, lo que se revela y no la realidad positiva— pero a la que ahora de pronto Dussel le adscribe este punto de vista materialista.*

En este planteamiento de Dussel se confunden, pues, diversas versiones de lo positivo (lo que se revela para Schelling, lo creído para Kierkegaard, el objeto sensible para Feuerbach). En Schelling y en Kierkegaard lo positivo es aquello que se revela: Dios, mientras que para Feuerbach es el objeto sensible, algo completamente opuesto. Dussel confunde en su interpretación lo que se revela para Schelling y lo creído para Kierkegaard con el objeto sensible para Feuerbach y con el trabajo vivo —con respecto al capital— para Marx. Así es como Dussel introduce en el concepto de trabajo vivo resonancias de creacionismo ligadas a la filosofía teológica, pero que aquí se dice que es positiva, de Schelling. Por ello dice Dussel que “interioridad es el darse del ser”, es decir, un ser que es puesto por lo a priori (más adelante examino este punto).

“Marcuse no logra nunca —continúa Dussel—, ni siquiera en Eros y civilización (1955), superar la ‘totalidad’”. (p. 307.) Ya vemos por qué Dussel rechaza la totalidad: está intentando convertir a Marx en un irracional, a lo Schelling y Kierkegaard, contra la totalidad, y precisamente en un irracional teologal. Sin embargo es correcta la idea inicial de Dussel al insistir en el carácter positivo de la teoría de Marx por estar basada en lo existente positivo mejor que en la filosofía negativa. Ese carácter positivo corresponde con una filosofía materialista.

5. TOTALIDAD NO TOTAL

Veamos ahora cómo entiende Dussel a la totalidad. Para él la totalidad no se produce a sí misma sino que hay algo externo a la totalidad que la produce. Esta manera de pensar es incongruente porque si lo que produce a la totalidad es algo

externo a la misma ésta no es algo total sino incompleto. La totalidad sólo es tal si incluye dentro de sí a lo que la produce. Esta incoherencia de la idea de Dussel sobre lo que es totalidad le permite minimizar este concepto. Si la totalidad carece de aquello que la produce entonces posee un valor menor que aquello que la produce. Dussel implica todo esto pero sin decirlo explícitamente, por eso su discurso parece sostenerse como si fuera coherente. Pero en realidad la incoherencia del planteamiento no sólo destruye el concepto de totalidad sino que ésta, al no producirse a sí misma, tampoco se afirma ni es positividad.

Quizá pudiera ser pertinente la crítica a Marcuse y a Lukács porque no den suficiente peso a la positividad, aunque ellos sí captan a la totalidad como produciéndose a sí misma, pero ello no justifica que Dussel intente ofrecernos una positividad opuesta a la totalidad, es decir, el trabajo vivo entendido como *externo a la totalidad y que la produce*.

5.1. Marcuse sin Marcuse

Dussel también dice (p. 307, nota 38) que en *Eros y civilización* Marcuse *tampoco logra superar la totalidad cuando se pregunta cómo ir más allá del principio de realidad. En el libro mencionado, Marcuse discute con Freud para quien el principio de placer aparece como libertario en oposición al principio de realidad, que aparece como represivo. Así la pregunta de Marcuse por cómo ir más allá del principio de realidad es una pregunta por cómo hacer la revolución. En estas discusiones filosóficas y psicoanalíticas se está dilucidando cuáles son los ingredientes de la realidad que afirman al modo de producción existente y a la clase dominante y cuáles sirven para enfrentarla, y todo esto se pone en juego*

en el capítulo V de *El capital*, “Proceso de trabajo y proceso de valorización”. El proceso de valorización es aquello que somete al proceso de trabajo y éste es aquello que desde dentro del proceso de valorización apunta a destruirlo. Desde dónde hacer la revolución, en qué apoyarse, es de esto, pues, de lo que se trata y no sólo en términos económicos o políticos sino también de dimensiones psicológicas del ser humano como el deseo y el placer. Por eso Marcuse explora las posibilidades críticas revolucionarias del terreno psicológico. Sin embargo Dussel dice que la pregunta de Marcuse por cómo ir más allá del principio de realidad “es exactamente la pregunta heideggeriana por cómo superar la ontología. De esta temática estamos tratando ahora 15 años después”, afirma Dussel refiriéndose a su libro.

Pero, como vemos, la cuestión decisiva para Marcuse no es la que está formulando Dussel. Pues para aquél la realidad se identifica con la totalidad, con el ser o lo opuesto a lo que Dussel contrapone el trabajo vivo como aquello que pone a la totalidad y la rebasa. El tema decisivo para Marcuse en *Eros y civilización* es la propuesta de un principio de realidad distinto del freudiano. Freud asume el principio de realidad de la sociedad burguesa como si fuera el principio de realidad sin más, no ve, dice Marcuse, que este principio de realidad es ya autoritario, propio de una sociedad alienada, sometiente.

Marcuse no quiere darle la realidad al capitalismo y dejar al proletariado y al individuo con el mero principio de placer que se enfrenta contra la realidad. En el proletario y en general en el individuo viviente —cualquiera de nosotros— existe no sólo un principio de placer sino otro principio de realidad, puesto que no somos meras conciencias sino realida-

des existentes. Así, pues, Dussel está torciendo la muy aguda captación crítica de Freud que propone Marcuse.

Esta propuesta de un principio de realidad no productivista y no autoritario proviene del freudo-marxismo, con Marcuse y antes de él con Erich Fromm, y aún antes de éste con Wilhelm Reich. Es decir que esta labor tiene ya tiempo, y es por lo menos irrespetuoso desconocer el trabajo de toda esta corriente de pensamiento.

5.2. Kosík es demasiado Kosík

En referencia a Karel Kosík, Dussel señala que “su obra [(*Dialéctica de lo concreto*)] es una excelente expresión de la ‘ontología de Marx’, es decir, no se supera la “totalidad”. Es más, quizá se trate del mejor análisis de la “totalidad” concreta y abstracta, un autorizado comentario de la “introducción metodológica de los Grundrisse —aunque parcial—” (p.309). Aquí Dussel habla de ontología siguiendo la misma terminología heideggeriana que utiliza en la discusión con Marcuse. Heidegger quiere superar a la ontología, y esto le parece a Dussel idéntico al intento de superar a la totalidad.

Así, todavía no se explica por qué hay que rebasar a la totalidad. Karel Kosík ya ha quedado tasado y pesado como quien se ha ocupado de la mejor manera en la totalidad, mismo que según Dussel es aquello hay que rebasar. Ya hemos visto algunas implicaciones de por qué quiere hacerlo Dussel pero él mismo hasta aquí no lo ha dicho. Dussel no ha mostrado sus cartas en la discusión que entabla con estos autores; sólo al final las mostrará. Pero ya al final es difícil ver cómo queda lo que dijeron Lukács o Kosík, habría que volver a leerlo todo y hacer que encajen de nuevo las cosas que se han expuesto. Nuestro autor está dejando para des-

pués, y para el lector, un trabajo que él mismo tenía que haber hecho al principio precisamente para establecer su posición frente a lo que está discutiendo y frente a sus interlocutores.

5.3. Dussel critica a Louis Althusser

Más adelante Dussel discute con Louis Althusser y dice que “la categoría de *totalidad* es fundamental para el estructuralismo y por ello Althusser permanece dentro de su horizonte” (p. 312). Entonces, borrón y cuenta nueva: simplemente estamos viendo si Althusser está cumpliendo o no y se le despacha como alguien que no llena los requisitos del formulario de aquello que rebasaría la totalidad. Mientras Dussel no presente sus propios argumentos simplemente cancela burocráticamente las posiciones con las que discute.

Todavía polemizando con Althusser, Dussel insiste en que “para Althusser, todo se concreta en la carta de Engels —y no de Marx— a Joseph Bloch, del 21 de septiembre de 1890” en la que Engels afirma lo siguiente: “De acuerdo con la concepción materialista de la historia, el factor que por último determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Más de esto ni Marx ni yo hemos dicho. Por lo que si alguien concluye que la economía es el único elemento determinante, transforma esta proposición en una frase sin significado, absurda, sin sentido” (p.314).

Dussel comenta que “de esta expresión engelsiana se dedujo toda una doctrina de la ‘última instancia’ en la ‘estructura’ del ‘modo de producción’ capitalista como totalidad, que nunca se presenta expuesta de esta manera en el propio pensamiento de Marx” (*idem*).

Así, pues, Dussel intenta contraponer a Engels con Marx porque no le conviene lo que dice en esa carta, lo cual será fácil porque ciertamente será difícil encontrar que Marx diga literalmente algo así.

“En efecto, Marx nunca habló de ‘instancia’ en el sentido althusseriano y, muy por el contrario, ella es negada y subsumida en el concepto de ‘reproducción’, al cual se refiere aquí Engels” (idem).

Así, pues, Dussel contrapone a Engels con Althusser porque aquél habla de reproducción y no sólo de producción, lo cual es el billete de entrada para que aceptemos que Engels también se contrapone con Marx. Luego dice Dussel que él hace “una lectura antialthusseriana” porque, según afirma contra Althusser, no hubo ruptura de Marx con la filosofía hegeliana en las “Tesis sobre Feuerbach” de 1845. Y si hubiera tal ruptura debería situársela en 1857, en los *Grundrisse*, y se habría debido a la utilización de una problemática filosófica estrictamente hegeliana. Esto es, si hubo una ruptura de Marx con Hegel fue porque utilizó a profundidad a Hegel y eso se nota en los *Grundrisse* de 1857. Esta idea no es original de Dussel pero éste se adscribe a ella junto con otros estudiosos de los *Grundrisse* como Roman Rosdolsky, el primero y principal comentarista de los *Grundrisse*, quien —en su libro *Génesis y estructura de El capital* de Marx— se enfrentó al antihegelianismo de Althusser.

Dussel concluye así su discusión con Althusser: “Nuestra mayor crítica a Althusser concluiría en que este filósofo funda la mayoría de sus reflexiones sobre lo que Marx ‘dice’ que hizo, y no sobre un análisis de su desarrollo mismo” (p. 316). Es sorprendente que alguien diga esto respecto de Althusser, quien constantemente se dio licencias para transgredir

cualquier cosa que dijeran Engels o Marx y para atribuirles cualquier otra cosa que Althusser quisiera que dijeran. Justamente la propuesta althusseriana de lectura sintomal de *El capital* —y de toda la obra de Marx— significa no una lectura literal basada en lo que dice Marx sino que toma lo que dice como síntoma de otra cosa, como si se le estuviera haciendo un psicoanálisis al texto de Marx. En su lectura de Marx, Althusser quiere poner en acto las ideas de Lacan sobre el inconsciente freudiano y entonces quiere ver lo dicho por Marx —como si fuera un paciente— como síntomas de algo más profundo y reprimido. Por eso es que Althusser descubre que Marx supuestamente no es consciente de una serie de descubrimientos que hizo; de eso sólo es consciente el psicoanalista de Marx que se llama Althusser. Entonces, es equívoco que Dussel diga que el principal error de Althusser es basarse en lo que Marx dice en su obra pues lo que hace es justamente lo contrario, y no sólo eso sino que lo que efectivamente dice Marx en verdad niega lo que dice Althusser. En cambio Dussel se basa no sólo en lo que dice Marx acerca de su obra sino en la propia obra de Marx, es decir, que la estudia directamente. Así, pues, cuando se trata de la obra de Marx hay que estudiar dos planos. Marx escribe una obra y como parte de esa obra en alguna carta o en otra obra dice algo acerca de la obra que escribió; en un caso habla sobre su obra, y en otro caso habla sobre el capitalismo o sobre la revolución o sobre el proletariado. Dice Dussel que Althusser no estudia propiamente la obra de Marx, lo cual es cierto. Hay una gran deficiencia en la lectura que hace Althusser de la obra de Marx. El mismo Althusser confiesa —años después— que cuando escribió *Para leer El capital* apenas conocía esta obra y que tenía mucha vergüenza

de lo que iba a pensar de él Raymond Aron, un filósofo francés liberal pero con un conocimiento bastante sólido de Marx, y especialmente de *El capital*.

Así, pues, la crítica de Dussel a Althusser es en parte correcta, pues acierta a decir que éste no se basa en el estudio de la obra misma de Marx. Pero debe añadirse que cuando Althusser intenta basarse en lo que Marx dice sobre su propia obra no lo hace para interpretarlo fielmente sino para negarlo.

En cambio Dussel trata de basarse en lo que Marx dice acerca de su propia obra y en lo que esta misma obra nos informa. Por ello puede afirmar que hay una filosofía implicada en la estructura y en la temática de *El capital* y que podemos extraerla.

Leer la obra misma de Marx es un camino directo, dice Dussel, pero en realidad es indirecto porque de esa lectura se van a extraer conclusiones acerca de lo que Marx habría querido decir. En cambio tomar literalmente lo que Marx dice de su obra es un camino directo, pero a esto lo llama Dussel “indirecto”. En todo caso en el procedimiento althusseriano, como en el de Dussel —que veremos con más detalle—, no se trata de lo que dice Marx pues, según ambos, Marx no es suficientemente consciente de su principal descubrimiento, pues éste no significa lo que Marx cree sino otra cosa —y que por ejemplo, según Dussel, está vinculado con Schelling—.

A Dussel le interesa discutir con Althusser sobre todo porque éste puso un huevo en América Latina llamado Marta Harnecker, cuyos manuales han sido allí muy influyentes para la politización del proletariado y del pueblo en general. En términos generales, Dussel hace una buena semblanza crítica de Althusser. Sin embargo es muy deficiente la sem-

blanza y la crítica que hace de Lukács, Kosík, Korsch y Marcuse. Ya vimos cómo le da en cambio un lugar muy importante a su discusión con Jürgen Habermas, quien conoce El capital bastante menos que el propio Althusser pero que sin embargo habla de Schelling, lo cual es para Dussel muy importante.

6. LO EXTERIOR AL CAPITALISMO Y A LA REVOLUCIÓN

(ROSA LUXEMBURGO, DUSSEL Y MARX)

Como se ve, en torno al tema del capítulo V del tomo I de El capital se imbrica una discusión no sólo con la economía política burguesa sino con toda la filosofía anterior a Marx, especialmente con Hegel y con Feuerbach, pero también con toda la filosofía posterior a Marx —con Heidegger, por ejemplo— y con las interpretaciones posteriores de los marxistas sobre el propio Marx. En ese capítulo se juegan, pues, demasiadas cuestiones importantes de orden filosófico, sociológico, cultural y político pues allí la crítica de la sociedad está afianzada en la reflexión global sobre la historia humana.

Pues bien, esta riqueza de contenido es especialmente notable en la interpretación de Enrique Dussel sobre el concepto de trabajo vivo y en relación con la reproducción del sistema capitalista. El planteamiento de Enrique Dussel es análogo al de Rosa Luxemburgo para quien es necesario introducir algo exterior al capitalismo en los esquemas de Marx sobre la reproducción del capital. Ambos tienen un parecido con la idea de Marx que introduce como causa contrarrestante de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia nuevos territorios aún no capitalistas o que sí lo son pero con una composición orgánica más baja y por ende con una tasa de ganancia más alta. Sin embargo se trata de

planteamientos radicalmente diferentes, incluso opuestos. Rosa Luxemburgo y Enrique Dussel pretenden introducir un exterior al capitalismo que alimenta al propio capitalismo.

Dussel encontró ese lugar en el proceso de trabajo. El exterior de Dussel está, pues, en referencia a la producción, el de Rosa Luxemburgo, a la reproducción. En estas figuraciones el capitalismo parece no sustentarse sobre sí mismo sino que sería una totalidad alienada que no contiene dentro de sí aquello que la fundamenta. Para superar esta totalidad alienada y que los aliena, tanto para criticarla como para revolucionarla prácticamente, los revolucionarios tendrían que basarse en algo no alienado. Así es como surge la utopía de lo positivo como aquello no alienado y que permanece libre desde donde puede emprenderse el camino de la emancipación.

Pero Marx buscó un camino distinto. ¿Cuál es, entonces, la ventaja que encuentran Rosa Luxemburgo o Enrique Dussel al recurrir a lo exterior al capitalismo en vista de organizar la revolución contra el capitalismo? Rosa Luxemburgo expone su argumento porque discute abiertamente contra Marx, mientras que Dussel aparenta no discutir contra Marx sino más bien interpretarlo; por lo cual queda encubierta su divergencia con él. La ventaja o el beneficio que estos autores obtienen de este planteamiento consiste en que a partir de él es posible aglutinar a todos los pueblos precapitalistas en un frente contra el capitalismo aquí y ahora. Pero ¿por qué entonces Marx no querría cosechar este fruto que todos los socialistas utópicos habían perseguido? Se trata de una búsqueda que se remonta a los pueblos precapitalistas y trasciende al capital. El milenario deseo de una vida mejor, el deseo de utopía ha existido bajo la forma de una nueva Atlántida, de la “Ciudad de Dios” o de la Nueva Icaria, de to-

das las abigarradas formas de sexualidad y de consumo que Fourier propone para rebasar la incoherencia capitalista. Si bien Marx sintetiza las grandes tradiciones socialistas no recupera éste que erapreciado fruto para ellos: encontrar la solución al capitalismo fuera del capitalismo, encontrar lo no capitalista, lo que no tiene lugar, lo utópico, lo que no tiene topos.

En este punto cabe puntualizar que El capital está construido precisamente en referencia a un horizonte en el que sólo existe capitalismo, o sea que para nosotros todavía es futuro, aunque próximo. Hoy la globalización ya le dio la vuelta al mundo, hay capitalismo por todos lados, pero todavía existen algunos residuos no capitalistas. Cuando el capital digiera esos resabios —lo cual podría suceder en este siglo XXI si es que la historia humana llega a ese momento— entonces el capitalismo estará presentando un aspecto como la imagen que Marx esboza en El capital.

Esta indicación nos sirve, en primer lugar, para precisar cómo es posible utilizar El capital en el análisis de los fenómenos contemporáneos. Así podremos ver que esta utilidad es mayor precisamente en el siglo XXI que en el XIX o que a mediados del XX, y también explicar por qué es más fácil para nosotros entender lo que dice Marx en El capital y en qué consistió la mayor dificultad que tuvieron Rosa Luxemburgo o Luckács o Lenin o Trotsky o Mao o Stalin o Dussel, etcétera. Aquí tenemos una paradoja: todos ellos vivieron un capitalismo menos desarrollado que el que Marx presenta en su libro, por ello se topan con incongruencias que luego intentan explicar pero encuentran dificultades que no comprenden y les resultan insuperables. De ahí la discusión que aquí pone en escena Dussel en torno a esta relación contradictoria entre la

totalidad ya dada y aquello que está fuera de la totalidad, lo que él llama trabajo vivo pero que en realidad representa otra cosa, es decir, los pueblos que no están subsumidos realmente al capital. La cuestión es si estos pueblos efectivamente participan en la revolución específicamente comunista, es decir, si se puede tomar aquello anterior y externo al capital como factor revolucionario y que rebasa al capital. De acuerdo con la posición de Luckács y de Marx, si lo importante es la totalidad sólo lo proletario es revolucionario. Pero la posición de Dussel es populista, no proletarista, y por ello quiere incluir a todos los pueblos indígenas dentro de la lucha revolucionaria contra el capital y por el socialismo, por eso insiste en la exterioridad respecto de la totalidad en términos filosóficos.

A principios del siglo XX, Rosa Luxemburgo plantea que el capitalismo no tiene cómo autorreproducirse y critica desde ese punto de vista los esquemas de reproducción de capital de Marx, pues éste cree que el sistema sí puede reproducirse como totalidad, es decir que el capitalismo incluye su autoproducción. Por su parte, Rosa Luxemburgo insiste en que el capitalismo no tiene cómo realizar dentro de sí el plusvalor destinado a la acumulación, y que lo consigue solamente gracias a los sectores externos al capitalismo. Siguiendo a Marx, admite que los obreros realizan el capital variable, y los capitalistas realizan en las compras y ventas entre ellos la porción del plusvalor dedicado a los réditos, pero —y aquí se enfrenta a Marx— dice que el plusvalor dedicado a la acumulación no se puede realizar dentro del sistema sino fuera, y que, como el capitalismo se está mundializando, es cada vez más difícil realizar ese plusvalor, por lo cual surge una pelea entre los múltiples capitales y entre los distintos países. La lucha imperialista deriva, pues, de que el ámbito

no capitalista se va agotando, así que la necesidad de realizar ese plusvalor se vuelve virulenta a medida que disminuye la posibilidad de hacerlo.

Aunque Dussel necesita un algo exterior al capitalismo para fundar su proceso de producción no cae en el error de Rosa Luxemburgo, quien fue múltiplemente criticada por sus incoherencias al tratar de explicar y criticar los esquemas de reproducción. Sin embargo Enrique Dussel, que es conocedor profundo de la obra económica de Marx, necesita este error para sustentar una posición política populista no sectariamente proletarista en América Latina. Para eludir el error de Rosa Luxemburgo, Dussel no lo proyecta en los esquemas de reproducción sino en la relación entre el capital y el trabajo vivo. Lo que es externo a la totalidad capitalista, dice, no es un sector no capitalista sino el trabajo vivo en tanto que está vivo. La fuerza de trabajo ya está subsumida al capital, ya es mercancía, ya contiene valor, mientras que el trabajo no contiene valor sino que crea valor desde fuera del valor. El trabajo vivo es entonces anterior y exterior al capital. Y bien, el trabajo vivo es el proletario, es decir, trabajador vivo, y éste se conecta con todos los pobres en tanto que ellos también son trabajo vivo y por ende están antes y fuera del capital y así pueden generar plusvalor.

Al elaborar esta propuesta teórica para sustentar su estrategia política populista, Enrique Dussel tiene que desplegar todo un aparato filosófico a través de una compleja polémica con Luckács, Kosík, Korsch y Althusser en la que tiene que discutir a Hegel y a Habermas desde Schelling en torno a un aspecto esencial de la teoría marxista pero interpretado en un sentido contrario a Marx y, sin embargo, tiene que hermanarse con Marx. Tiene que llevar a cabo, pues, un

salto mortal.

Tal es entonces el campo de batalla y lo que está puesto en juego, y ya vemos por qué se pone eso en juego precisamente a propósito del proceso de trabajo.

6.1. Marx o la revolución en inmanencia (*La Sagrada Familia*)

Veamos ahora cuál es la razón de que Marx no sitúe el fundamento de la revolución y del capitalismo fuera de este sistema. En primer lugar, como en su libro no dice que la existencia del sistema capitalista requiera de ninguna entidad externa al mismo, el análisis de Marx es válido para comprender y para hacer la revolución no sólo en el siglo XIX y en el XX sino también en el XXI. Marx le entrega a la clase obrera un arma de la cual puede echar mano constantemente en el curso de una historia de enajenación creciente en la que las pasiones, la teoría y la organización de la clase obrera van a ser constantemente desestructuradas. El proletariado deberá contar con este apoyo para sostener con éxito una lucha de décadas y siglos, mientras sepulta al capitalismo. Se trata de una crítica al capitalismo que debe ser lo suficientemente fundamental para atinar siempre que requiera ajustarse a condiciones cambiantes sin desvirtuarse. Esta es, pues, una primera ventaja de que en la estrategia discursiva revolucionaria de Marx la revolución no incluya ingredientes externos al capitalismo más que como aliados.

Los factores clave para la producción del sistema y por ende para su desestructuración son internos al mismo. Por lo tanto la revolución es inmanente, no es utópica, no tiene un no lugar sino que tiene lugar todos los días. Así es como Marx piensa que su planteamiento es más fuerte.

El capital es precisamente una demostración, contra lo que Dussel cree ver en este libro, de que el camino correcto tanto en términos teóricos como políticos es la captación de la totalidad del capitalismo como totalidad que incluye aquello que la produce. Lo que produce a la totalidad le es inmanente a esta totalidad.

La crítica de la economía política procede en inmanencia respecto del sistema, y asimismo son inmanentes las otras críticas que se derivan de ella (la crítica de la política, de la ética, de la moral, de la psicología). Pero también la crítica práctica, es decir, la destrucción revolucionaria del sistema, puede provenir únicamente del interior del propio sistema. En cambio Dussel sostiene que el trabajo vivo que está subsumido al capital y que es el fundamento mismo del capital contiene una dimensión metafísica exterior y anterior al propio capital, que está fuera de la totalidad.

Ya hemos visto cómo la misma obra de Marx, El capital, constituye una demostración de lo contrario de lo que afirma Dussel porque en ella Marx sigue una estrategia discursiva distinta, que capta al capitalismo excluyendo cualquier elemento externo y más bien proponiendo a toda la realidad como ya capitalista, y sin embargo demostrando al mismo tiempo que el capitalismo que ahí se reproduce, acumula y obtiene ganancia puede ser revolucionado. Pero además el propio Marx explica sus ideas acerca de cómo criticar y por qué hacerlo así en el libro que ya hemos citado más arriba, La Sagrada Familia, que escribe con Federico Engels después de redactar sus Manuscritos de 1844 y explorar todo el territorio que iba a abarcar su crítica de la economía política. La Sagrada Familia se subtitula “La crítica a la crítica crítica de Bruno Bauer y consortes”. Este título irónico exalta el

término crítica de un modo que responde al hecho de que no obstante la constante preocupación de los rebeldes por cómo criticar al capitalismo, se enredan fácilmente y se entrampan en la cuestión de la autenticidad de la crítica, es decir, tienen grandes dificultades para definir que es realmente crítica y qué no lo es.

En ese libro Marx y Engels polemizan con aquellos autores —que eran seguidores del filósofo hegeliano Bruno Bauer— entre los cuales se planteó por primera vez este problema de modo redondo. Ellos decían que sí hacían una crítica realmente crítica, que la suya era crítica crítica, pero a Marx no le parecía que así fuera. En el capítulo IV de esta obra, en el párrafo 4, “Proudhon”, que ya he citado y que es decisivo para la crítica de la economía política, hay un pasaje que podría considerarse como un complemento a la “Introducción de 1857”, el famoso texto de Marx dedicado al método de la crítica de la economía política. Marx polemiza con Edgar Bauer, hermano menor de Bruno, que precisamente quería hacer la crítica de la totalidad desde fuera de la totalidad. Es la misma idea que 70 años después enarbola Rosa Luxemburgo y en la que recae la mayor parte de los socialistas —utópicos, no utópicos e incluso los marxistas— aunque intentan zafarse de ella.

El argumento de Marx comienza por mostrar que esta crítica de tipo trascendente es incoherente y por lo tanto débil en tanto que busca su fuerza fuera del objeto que quiere criticar.³ Es incoherente hablar de una totalidad que tiene fuera de sí aquello que la produce o sustenta pues en ese caso está destotalizada, no es total. En la medida en que para no ser un contrasentido la totalidad debe incluir aquello que la sustenta, sólo es posible criticar y revolucionar el capitalismo desde dentro. Este planteamiento programático de

Marx en 1844 define justamente lo que se dedicó a hacer en los subsiguientes años: una crítica “inmanente” del sistema capitalista porque sólo así es una crítica “positiva” o materialista, no “negativa” y entonces “parcial” y “dependiente” del sistema.

6.2. Crítica positiva y crítica negativa o dependiente

La postura que simplemente niega al sistema depende del mismo sistema. El ser es primero que el no ser, el ser tiene prioridad frente al no ser del mismo modo en que el sí tiene prioridad frente al no. La crítica debe resolver este problema: como para poder criticar primero tiene que estar puesto lo criticado, entonces el objeto criticado tiene preeminencia, es más importante que el crítico y éste depende de aquél. La crítica es, pues, en principio negativa y entonces dependiente de lo que critica. Pero Marx ve que el movimiento socialista requiere una crítica que se plante sobre sus propios pies, que no dependa del objeto que critica. Esta crítica es *positiva* y no negativa porque está fundada en aquello que produce al objeto que critica y que es precisamente el proceso de trabajo. Sin embargo, en la idea de Dussel, para desempeñar este papel de fundamento de la crítica, el proceso de trabajo debe salirse del objeto que se quiere criticar, el capitalismo, no obstante que éste se apoya en la producción capitalista, es decir, en el trabajo que produce valor y plusvalor.

Sin embargo, si se ve al proceso de trabajo como fundamento, el objeto de la crítica —el capitalismo— no es prioritario sobre el sujeto que lo produce sino que depende de este último para existir. Por lo tanto el argumento incluye un segundo movimiento que ese sujeto productor introduce dentro

del objeto que produce. Esto se le olvida a Dussel pues él ya no incluye al productor del capitalismo dentro del capitalismo sino que lo deja en un plano donde permanece externo o fuera del capitalismo. Hay, pues, una incongruencia que finalmente hace que la crítica otra vez sea trascendente, no inmanente. Esta crítica no podría ser total porque pierde su carácter positivo y, como ya vimos, sólo la crítica positiva es total, mientras que la negativa sólo puede ser parcial. Esto depende de lo siguiente.

Para definir algo hay dos caminos. En primer lugar, se dice todo lo que el objeto no es para que sepamos qué es ese objeto. El libro, por ejemplo, no es mesa, así que no lo confundiremos con ella, pero tampoco es silla y entonces no podemos utilizarlo como silla, y del mismo modo el libro no es foco y tampoco es útil como foco, etcétera. Este es el camino negativo, que va indicando todo lo que la cosa no es, y permite orientar la crítica en tanto indica las necesidades que el capitalismo no satisface. Esta crítica negativa señala necesidades que sólo es posible satisfacer fuera del capitalismo porque permite expresar lo que este sistema no satisface.

Pero este carácter negativo también limita los alcances de la crítica pues nunca sabemos finalmente en qué consiste el capitalismo, como tampoco sabemos en qué consiste el libro. Sólo sabemos lo que no es el libro, y por más que eso nos permita orientarnos, pues ciertamente no tomaremos por libro aquello que no es libro, la crítica negativa es infinita y por ende siempre insuficiente. Puede recorrer todo el universo diciendo no, no, no sin acabar nunca. El objeto nunca se sostiene sobre sus propios pies sino hasta que se lo define por sí mismo, no por lo que no es. Esto es lo que hace la

crítica positiva. Ésta es completa porque recorre el todo y luego lo sostiene. Solamente así, cuando el objeto queda puesto en pie, el sujeto que lo critica se erige libre frente a él y sin depender de él porque ya sabe lo que son ese objeto y él mismo en tanto sujeto.

La crítica negativa es, pues, dependiente, parcial e incompleta porque nunca conoce su objeto por lo que es; mientras que la crítica positiva es total y radical porque no se enfrenta al objeto como dependiendo de él en tanto lo toma por sí mismo. Muchas veces los hijos se enfrentan a sus padres en esos términos de una crítica meramente negativa que les impide dejar de depender de ellos incluso en su manera de ver las cosas. La crítica debe entonces llegar a mayoría de edad, dejar de ser una crítica utópica que depende del sistema y por ello permanece encadenada a ilusiones externas al mismo. La crítica deviene madura cuando se constituye en inmanencia respecto del sistema, y al mismo tiempo es total y radical porque define al objeto no por lo que no es y no está aquí, sino por lo que es y está aquí.

6.3. Dussel fetichiza al capitalismo

La fuerza y la solidez de esta crítica positiva se vuelve evidente cuando afirma: tú, capital, eres producido por el proletariado que es quien te está criticando. Como cuando dice: “Bien puedes ser un ciudadano modelo [...] pero a la cosa que ante mí representas es a mi propio corazón” (*El capital*, capítulo VIII del tomo I, p. 281). Y bien, si se quiere mantener este carácter positivo inmanente, radical, maduro de la crítica, no se puede hacer —como ha querido Dussel— que el productor quede fuera de lo producido. Si se plantea que el capitalismo, que es producido por el obrero, es la totalidad y

que el trabajo vivo queda fuera de esa totalidad, se está concibiendo al capitalismo como cosa, no como relación social, y se pierde así la primera condición para desestructurar la enajenación y el fetichismo de la mercancía y de la relaciones burguesas en general, es decir, se pierde la posibilidad de descosificarlas.

La propuesta de Dussel cae en este fetichismo pues al pretender sustentarse en el trabajo vivo como lo completamente disolvente, está considerando de manera cosificada la totalidad capitalista. Entendámonos: aquello que produce al sistema, el trabajo, no produce una cosa sino una relación social, así que él mismo está incluido en su producto. El trabajo no simplemente produce objetos y sujetos sino que también produce la relación sujeto-objeto. Si el sujeto social también produce historia no puede ser que no sufra su producción histórica, que no sea parte de esa historia.

Siendo creador de su propia historia, el proletariado se autotransforma, crea la cosa capital y el plusvalor, pero también crea la relación capitalismo que constantemente lo integra, y no hay un átomo del proletariado que quede fuera de esta relación.

Ya vemos entonces las razones por las cuales Marx critica en *La Sagrada Familia* la misma postura de los jóvenes hegelianos que ahora asume Enrique Dussel. Veamos ahora cómo pretende Dussel eludir esta crítica. En primer lugar, por ningún lado presenta esta propuesta programática de Marx consistente en que no hay que criticar a la totalidad desde fuera de la totalidad. El texto de Marx simplemente queda fuera de su exposición. Los motivos se desprenden de la discusión que Enrique Dussel establece con Jürgen Habermas.

7. HABERMAS Y SCHELLING PARA DUSSEL

Jürgen Habermas hizo su tesis doctoral sobre Schelling (1954) y luego en la misma época publicó varios artículos sobre temas relativos a Schelling. El título de uno de ellos, “Un Schelling marxista”, enuncia la intención general de Habermas. Dussel, quien, como ya vimos, quiere hacer alianza con Schelling, señala lo siguiente:

Habermas dice que, según Schelling, “el hombre debe reunir la relación destruida entre la naturaleza y Dios. Unir la tierra y el cielo”; en contraste con Jaspers, muestra que tiene una visión más positiva de Schelling; en Ernst Bloch encuentra “un Shelling marxista” y nos muestra ya un hilo que puede conducir nuestra lectura hacia Marx. A partir de unas enigmáticas frases de Jacob Böhme, a quien Marx tanto respetaba, Habermas retiene principalmente la “filosofía de la naturaleza de Schelling” (p. 320).

Dussel no dice donde se encuentran las enigmáticas frases de Jacob Böhme que retoma Marx y que se mencionan en el artículo de Habermas, en donde éste discute con Bloch. Bloch sí dice dónde están esas frases pero Habermas y Dussel no.

Esas frases se encuentran en *La Sagrada Familia*, en un pasaje del capítulo VI (p. 194) en el que Marx hace un esbozo de la historia de la filosofía materialista.

En su discusión con Bloch —en la que rescata la filosofía de la naturaleza de Schelling—, Habermas cita a Jacob Böhme: “La Nada (*Nichts*) está hambrienta (*hungert*) de algo (*Etwas*)”. También cita esta otra frase: “El hambre es el deseo como palabra primera (*erste Verbum*): *fiat*”. Y Habermas comenta: “Y este mismo motivo es el que sigue Bloch cuando

pone en juego el hambre como pulsión fundamental frente a la libido de Freud. Esta hambre que constantemente se renueva no deja parar al hombre y convierte la autoconservación en autoampliación”. (Esta conversión es posible porque, en efecto, cada vez que te autoconservas vas comiendo más del universo, te vas ampliando.) En Ernst Bloch, prosigue Habermas, “el hambre aparece como energía elemental de la esperanza [...] Aunque parte de una grandiosa sistematización de la esperanza que recoge, está todavía en camino a la búsqueda del sistema de la esperanza devenida concepto” (p. 320).

En este punto comenta Dussel que “en el ‘hambre del pueblo’ latinoamericano, como expresaba el ‘Che’ Guevara, encuentra su origen la filosofía de la liberación” (idem), es decir, la teología de la liberación a la cual Dussel está tratando de apuntalar por este camino para aterrizar esa discusión filosófica europea en una discusión política en América Latina.

7.1. Hambre o sexualidad, fundamento humano y de la revolución

Es importante resaltar que si apoyamos a la conciencia humana en el hambre como quiere Habermas al contrario de Freud, que la apoya en la pulsión sexual, entonces la revolución que se propone tiene también un nivel elemental y hambriento, es una revolución sin sexualidad ni deseo y, en fin, sin relaciones intersubjetivas —puesto que no te comes a los otros, a menos que seas caníbal—. De tal modo, es muy importante la idea de Freud —que fuera tan criticada por la derecha y por la izquierda— cuando asienta la conciencia en la sexualidad, porque ésta es una dimensión natural pero

también social, mientras que si se la asienta solamente en el hambre el hombre queda definido como un ser elemental que solamente se conecta esencialmente con el objeto que se puede comer y no con el sujeto con el que convive y produce placer y se organiza en vistas de alcanzar un objetivo histórico.

Como se ve, este punto es decisivo. El camino que sigue Marx para resolver este problema es distinto. En “Propiedad privada y comunismo”, un apartado de los *Manuscritos de 1844*, propone a la sexualidad como *“la relación social natural elemental”* y en este mismo sentido dice en el prólogo a la primera edición de *El capital* que considera a la sociedad como un *“proceso histórico-natural”*. En ambos casos se trata de abarcar no sólo la dimensión cultural-histórica, sino natural-material, pero además, la definición de la sexualidad como *“la relación social natural elemental”* incluye en la relación social a la naturaleza corpórea, fisiológica, es decir, que reconoce que en la sexualidad se vinculan sociedad y naturaleza. Así como el intercambio mercantil sólo es un hecho social, el hambre es sólo un hecho natural; pero en la relación sexual se vinculan naturaleza y sociedad. Este punto es estratégico para la construcción de sociedad, para la construcción de conciencia y para la construcción revolucionaria. De ahí que Marx concluya los *Manuscritos de 1844* hablando sobre el amor.

Así, pues, la cuestión del hambre es decisiva pero insuficiente para sustentar la posición revolucionaria como quiere hacerlo Dussel. Éste se quiere basamentar en Habermas quien a su vez se fundamenta en Schelling, pero ambos están pasando de lado respecto de Marx.

7.2. ¿Ya no hay alienación económica en los países desarrollados?

Otra idea que Dussel retoma de Habermas es la siguiente: “En los países capitalistas avanzados el nivel de vida — también en amplias capas de la población— ha subido con todo tan lejos, que el interés por la emancipación de la sociedad ya no puede expresarse inmediatamente en términos económicos. La alienación ha perdido su forma económicamente evidente” (p. 322; J. Habermas, *Teoría y praxis*, p. 216).

Habermas dice esto a mediados de los años setenta del siglo xx pero en realidad está repitiendo la idea con la que Eduard Bernstein comenzó el revisionismo a fines del siglo XIX.

Enrique Dussel asume esta torpeza de Habermas porque esta alienación económica y por ende la posibilidad de la revolución que Habermas ya no ve en los países desarrollados Dussel quiere verla fuera, en los países subdesarrollados, porque aquí la alienación económica es directa y el hambre está en primer lugar. Dussel piensa que para hacer la revolución en América Latina hay que aceptar el viejo invento revisionista decisivo reeditado por Habermas (herencia de Marcuse) de que la alienación económica ya no es visible en los países capitalistas desarrollados.

7.3. Habermas, sin teoría del valor

Dussel retoma una crítica importante a Habermas que otros ya le han hecho: que en realidad no ha leído directamente a Marx sino a comentaristas de Marx. “Siempre se presenta Habermas muy informado en bibliografía, pero parece poco

‘lector’ de Marx mismo”, dice Dussel (p. 325). Sin embargo Habermas —intentando apoyarse en los *Grundrisse*— *critica la teoría del valor trabajo de Marx. Así, pues, el marxismo de Habermas no tiene teoría del valor trabajo. De ahí que Dussel señale atinadamente que “toda la argumentación de Habermas se dirige a mostrar que lo económico deja lugar a lo político, pero esto redefinido desde la racionalización y modernización inspiradas en la descripción weberiana”* (p. 324).

Al desechar la teoría del valor-trabajo, Habermas ya no puede sustentar su crítica del capitalismo en una crítica a la economía política y por eso se va deslizando hacia lo político y hacia lo cultural. Esta sería la correcta sugerencia implícita de Dussel.

Más adelante veremos que la aceptación de Schelling por parte de Habermas se copertenece con su negativa a asumir la teoría del valor trabajo y, entonces, a la centralidad de la crítica de la economía política como fundamento de la crítica global del sistema, y que si bien Dussel critica a Habermas por este segundo hecho, luego tendrá dificultades para sostener sin embargo la recuperación de Schelling.

7.4. Alienación y subsunción

Otro punto que Dussel le discute a Habermas es el tema del trabajo abstracto y el trabajo concreto. Habermas cree que Marx identificó el nivel sistémico de este mundo capitalista moderno con el mundo de la vida cotidiana que de todas maneras no podrá ya nunca más ser el tradicional. La “idea de totalidad de Hegel”, dice Dussel, “atrapó en sus redes” a Habermas (p. 329). Aquí Dussel está identificando totalidad con alienación a la manera en que Kierkegaard lo hace en su

crítica a Hegel. Según Dussel, en la vida cotidiana hay algo que no es economía, que no es valor y que, por tanto, está fuera de la totalidad: ahí, en la vida cotidiana, dice, vemos caminando al trabajo vivo.

Por otro lado, dice Dussel que:

Habermas indica que [Marx] no tiene un criterio de la categoría mediadora que permita dar mayor precisión al concepto de alienación. Hemos mostrado, y esto Habermas lo ignora, que el trabajo vivo es la categoría esencial para permitir tal precisión —y, dicho sea de paso, el Marx definitivo, desde 1857, denominará a la alienación “subsunción”, categoría definitiva precisa— (p. 330).

Es correcta la crítica que hace Dussel a Habermas al señalar que la teoría de la enajenación de Marx de 1844 alcanzó precisión a lo largo de toda su obra y especialmente en *El capital*, y que una de las categorías en las que adquiere precisión es justamente la categoría de subsunción formal y real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital. Pero no es cierto que la categoría de subsunción sustituya a la de alienación ni que esta sea la categoría definitiva o conclusiva de la teoría marxista de la enajenación. El análisis de la reproducción y el desarrollo capitalistas en la sección séptima del tomo I de *El capital* va más allá de la explotación capitalista a la clase obrera y trata propiamente de la enajenación de la clase obrera. Marx utiliza la categoría de subsunción pero también la de enajenación o alienación y ambas son precisas. En *El capital* ha logrado precisar la teoría de la enajenación de 1844 y ciertamente no la desecha y ni siquiera cambia su denominación. Este es un error de Althusser y Dussel lo sigue en este punto.

7.5. ¿Marx y Hegel o Marx y Schelling?

En su discusión con Habermas, Dussel reconoce la existencia de una tradición de investigación y discusión marxista a la que él mismo se adscribe. Dice Dussel:

Como conclusión provisoria de este rápido recorrido, podemos indicar que, fuera del viejo Lukács en su *Hacia una ontología del ser social* —y quizá ya demasiado tarde—, ninguno de estos críticos hizo con Marx lo que sí hicieron con Hegel —el *Joven Hegel* de Lukács o los comentarios filosóficos de toda la obra de Hegel en *Razón y revolución* de Marcuse—. Cuando en 1968 Roman Rosdolsky, más con una pretensión metodológica que filosófica, escribe su obra [...] *Génesis y estructura de El capital de Marx* [...] aporta a la tradición marxista un nuevo elemento totalmente innovador. Cierra una abismo de más de medio siglo: reúne de nuevo la problemática de la II Internacional —cricándola— con la de la III Internacional —mostrando sus errores—, pero aportando una “relectura” restringida al texto mismo de Marx, con lo que permite iniciar una “vuelta” creadora a Marx (p. 332).

Ciertamente es grande la importancia histórica del texto de Roman Rosdolsky y habría que hacer trabajos en torno a Marx como los que Lukács y Marcuse hicieron en torno al propio Hegel. Esto es lo que ha intentado hacer Dussel en sus trabajos sobre los *Grundrisse* y los *otros grandes manuscritos de Marx*; desafortunadamente sus premisas schellingianas hacen que pierda algunas dimensiones decisivas del discurso crítico de Marx.

De ahí que Dussel afirme, por ejemplo, lo siguiente:

Por último, parece que los marxistas del “centro” —el lla-

mado “marxismo occidental” de Lukács a Marcuse, principalmente— siguen a Hegel desde la izquierda y rechazan a Schelling como reaccionario [(por teológico, por irracionalista, matiz importante que Dussel se cuida de explicitar)] —aunque con diferencias—. Piensan que el socialismo es la superación del capitalismo necesario (como Marx pensó hasta fines de la década de 1860), o que la tarea actual es finalizar la revolución de la modernidad (como cree Habermas) (*idem*).

En efecto, cuando Habermas discute con Lyotard y otros autores posmodernistas como Daniel Bell dice que la tarea revolucionaria no es dejar a un lado la modernidad sino proseguir la tarea de la modernidad; la libertad, la justicia, la fraternidad son ideas sustentadas por la modernidad a las que no hay que abandonar. Al renunciar a ellas, el posmodernismo le hace un favor al capitalismo al que más bien habría que obligar a proseguir las tareas que el mismo tenía como programa pero que luego abandonó: la educación para todos, el incremento de la cultura, la supresión del hambre en el mundo, etcétera. A eso se refiere Dussel cuando dice que “habría que finalizar la revolución de la modernidad”, mientras que para Habermas lo esencial es “la conversación (*speech act*) en una ‘comunidad ideal de comunicación’ [...], el diálogo, la tolerancia, la democracia” (*idem*), no tanto las relaciones de producción sino las relaciones comunicativas, ya no transformar el mundo sino proseguir la tarea democratizadora de la modernidad.

Así, pues, Habermas es reformista pero Dussel lo identifica con autores como Lukács y Marcuse que son revolucionarios radicales sólo porque todos viven y escriben en el centro del sistema y los tres parecen inclinarse a favor de Hegel por

la izquierda y señalan a Schelling como reaccionario. “En cambio —dice Dussel—, los marxistas de la ‘periferia’ [(caso de Dussel o supuestamente de nosotros sus lectores)] tienden a negar a Hegel, para situarse sin saberlo a la izquierda de Schelling (como Feuerbach, Kirkegaard y el mismo Marx desde 1842 y, en especial, luego del ‘viraje’ ante el populismo ruso a partir de 1868” (p. 333). Dussel hace esta afirmación todavía sin haber dado sustento a esta idea de que Marx es schellingiano de izquierda ya desde 1842.

Dussel piensa que será posible llegar al socialismo al negar no el capitalismo en general sino un capitalismo bloqueado, dependiente, empobrecido, imposible. Como en los países centrales el capitalismo ya existe como totalidad los marxistas del centro (Marcusse, Lukács, etcétera) se inclinan —desde la izquierda— por Hegel, que habla de la totalidad. Mientras que en la periferia, donde el capitalismo no está completamente desarrollado como totalidad, pero donde aún existen etnias precapitalistas, puede surgir un planteamiento que enfrenta al capitalismo desde fuera del capitalismo, de ahí que los marxistas de la periferia se inclinen por Schelling.

Sin embargo, aunque pocos marxistas de la periferia conocen a Schelling, es interesante que muchos de ellos —comenzando por Rosa Luxemburgo, que es polaca y por ende de la periferia—, al enfrentarse al capitalismo, tienden hacia un pensamiento irracionalista que ciertamente se emparenta con el irracionalismo de Schelling, quien por cierto escribió en Alemania en una época (1790 a 1842) en la que esta nación también formaba parte de la periferia del sistema. Este irracionalismo fue uno de los nudos del magro desarrollo alemán que el propio Marx intentó superar teóricamente.

Más adelante dice Dussel que en la periferia “se niega a Hegel y al capitalismo —y de allí la simpatía que despertó Althusser—, pero desde la ‘positividad’ [(porque es antihegeliano)] (y de aquí la importancia de Schelling, de lo ‘nacional’ de lo ‘popular’), desde el ‘hambre del pueblo’ —como clamaba el Che Guevara” (idem).

Así, pues, Dussel intenta construir un marxismo de corte populista adecuado a la época de la Perestroika y a las condiciones de América Latina y por eso intenta fundamentarlo en Schelling.

Ya tenemos una imagen general del programa de Enrique Dussel. Ya hemos visto como Dussel discutió con los marxistas en vista de establecer la noción de trabajo vivo en tanto filosofía de la praxis y cómo se conecta esta discusión con la construcción del capitalismo como totalidad. Ahora vamos a ver cómo aborda —en el capítulo 9 de su libro— el enfrentamiento de Marx con Hegel.

8. MARX CONTRA HEGEL, DESDE EPICURO

Este capítulo 9 del libro de Dussel que estamos comentando se titula “Marx contra Hegel”, y tiene como subtítulo “El ‘núcleo racional’ y la ‘matriz generativa’”.

Basándose en Habermas, y también discutiéndolo, Dussel sugiere que el concepto de trabajo vivo en tanto “fuente creadora de valor” se parece a la idea schellingiana de Dios como “fuente creadora” del “Ser” (p. 344). Dussel quiere recuperar al trabajo vivo como Dios según un Schelling cristiano. Para situar a la teología de la liberación en el horizonte de la revolución con un discurso marxista se requiere incluir de alguna manera a Dios dentro de la concepción marxista. ¿En dónde insertarlo? Dussel propone que en el trabajo vivo

porque éste es creador como Dios, y como Dios es creador del ser pero no se reduce al ser, a la obra que produce, de la misma manera el trabajo vivo crea al capital pero no se reduce al capital. Esta es la clave que Dussel aduce para sugerir que Marx piensa el trabajo bajo la influencia de Schelling.

Schelling dice que el ser es producido desde la nada. Esta es una noción mística nihilista. ¿Cómo adecuarla al planteamiento de Marx, que no es nihilista ni místico sino positivo y racional? Para salvar este obstáculo, dice Dussel que el trabajo vivo es el no ser que produce al capital —que es el ser—. El trabajo vivo es el no ser del capital, o sea que no es capital pero produce al capital. El capital es, pues, producido desde el no ser.

Marx efectivamente utilizó la proposición de que el trabajo es la fuente creadora del valor pero que el trabajo mismo no tiene valor (capítulo XVII del tomo I *El capital*), y también dice en los *Grundrisse* que el trabajo es el no ser del capital, pero en el sentido de que aunque produce al capital depende de él: “El valor de uso opuesto al capital en tanto valor de cambio puesto, es el trabajo. El capital se intercambia, o, en este carácter determinado, sólo está en relación, con el no capital, con la negación del capital, respecto de la cual sólo él es capital; el verdadero no capital es el trabajo” [p. 185] (p. 215).

Ya vimos cómo la posición del no siempre depende del sí, mientras que Dussel se basa en Schelling para quien la nada es sustantiva, no depende de, sino que desde la nada es que va a ser producido el ser. Para que el acto creador de Dios tenga sentido hay que enaltecer a la nada. La idea de creación divina requiere divinizar a la nada, anteponerla al ser porque si no simplemente el ser ya existe y entonces sólo

hay transformaciones y no creación, pero para que Dios luzca debe sacar al ser de la nada como el mago saca conejos de la chistera. Así, pues, Dios sacó de la nada el mundo, lo “creó”, no lo produjo, no lo transformó, no cambia de forma al objeto sino que lo crea ex-nihilo. La terminología schellingiana apunta a proponer a la nada como sustancia, como lo que es. El no, que es dependiente, es puesto como sustantivo, como independiente, porque por ahí metemos a Dios, mientras que Hegel, y sobre todo Marx, no simplemente hablan del ser sino también de la nada y de la negación, pero siempre como derivadas del ser, como algo relativo y dependiente.

Cuando Marx dice que en la relación entre el trabajo asalariado y el capital el trabajo es el no ser del capital que aunque produce al capital depende de él, retoma un planteamiento dialéctico hegeliano que se refiere a una unidad y lucha de contrarios en la que el aspecto positivo es el principal y el negativo es el secundario o dependiente. La negación siempre es dependiente. El no es un no respecto de algo, tiene que tener allí el objeto positivo para entonces negarlo. Al producir una escultura el escultor va negando parcialmente la piedra con su cincel y esta negación depende de la existencia de la piedra para tener objeto, para tener lugar, para tener sentido. Si digo que el trabajo vivo es “el no ser del capital” afirmo que el trabajo vivo es un no en relación al capital. El no es siempre relativo. El no no es la nada sino la forma de expresar la relación entre uno y otro. El no capital depende entonces del capital para ser tal. Esta idea es completamente opuesta a la de Schelling.

A Schelling le interesa plantear a la nada como sustancia, como lo primero, porque de la nada debe salir algo, y este

resultado no puede ser entonces un producto, sino la obra de un acto de creación, y entonces el único sujeto posible es Dios. Por eso Schelling quiere poner a la nada como algo independiente del ser, no como algo derivado sino originario, contemporáneo con Dios. Dios es contemporáneo a la nada porque Él estaba allí antes de que existiera el mundo. Y de la nada sacó Dios al mundo. La totalidad del mundo es posterior al trabajo vivo de Dios. Por eso Dussel subraya el no, la nada. Cuando dice “el trabajo es el no ser” subraya el no ser y luego, ya sin subrayar, dice “del capital”. Pero lo que hay que subrayar ahí no es el “no ser” sino el “del capital”, es decir, la relación de dependencia de ese trabajo respecto del capital, de ese trabajo respecto de la obra que produce.

El artista que pinta un cuadro depende también de su obra, ahí se ha realizado, se ha plasmado, no simplemente queda fuera de su obra. Muchas veces —sobre todo, en sociedades alienadas— el destino de la obra decide la vida del artista. Van Gogh fue un gran artista y en vida no lo reconocieron ni a él ni a su obra y terminó suicidándose. Había factores que ya lo encaminaban a este final pero estos factores se involucran con el destino de su obra. El que trabaja, el que es artista, el que crea no queda al margen de su obra. Esto sólo sucede en el mundo teológico de Schelling donde Dios crea el mundo y está fuera del mundo.

La fuente de la crítica de Marx a Hegel no es Schelling sino el ateo materialista Epicuro al que se alía Marx desde 1839. Dussel olvida la importancia de Epicuro para hablar de lo positivo, de los sentidos y del placer.

8.1. Por un bizantino Marx perestroiko

Sobre la base de este olvido de Epicuro, dice Dussel que

seguir los pasos de Marx no sería siquiera, en el caso del socialismo real, “desarrollar” o “enseñar” *El capital* (como es necesario en los países del capitalismo periférico, como son los de América Latina), sino *reemprender* la tarea creadora científica de producir un nuevo “marco teórico” [(que es el que se encuentra haciendo Dussel)] abstracto, económico, fundamental y crítico, que sirva para efectuar investigaciones en ese particular tipo de sociedad. Esto es quizá lo que depara teóricamente la “Perestroika” (p. 345).

Este horizonte creyente del socialismo real es la primera teología a la que se está afiliando Dussel para hacer su propuesta: la creencia en que la URSS era el socialismo real (sin comillas) y que el nuevo marxismo que hay que hacer tiene como horizonte la Perestroika.

El otro Marx de Dussel se basa en el bizantinismo del no ser de Schelling que no depende del ser sino que es un ser sustantivo, un no ser como fuente creadora del ser. Dussel toma la idea directamente de Schelling y la quiere emplastar, yuxtaponer, confundir con lo que dice Marx acerca del trabajo en tanto productor de valor de capital.

Así como la Perestroika proclamaba a la URSS como si ésta fuera no capitalismo sino otra cosa, Dussel plantea a Marx como si fuera otro Marx, uno alienado, plantado en el no ser.

Después Dussel presenta al Marx del no ser recibiendo la influencia de Feuerbach pero —según Dussel— también de Schelling para desde ahí, desde el no ser, discutir con Hegel. Dice Dussel que “el tránsito de Schelling a Marx se efectúa gracias a Feuerbach, quien imprime un sentido antropológico

y ‘sensible’ a la exterioridad schellingiana, como es bien sabido” (p. 354).

Esta formulación es completamente bizantina: ¿quién efectúa ese “tránsito de Schelling a Marx”? Enrique Dussel es quien transitó de Schelling a Marx, él conoció primero a Schelling cuando estudió teología y antes de hacerse marxista, y posiblemente Feuerbach le sirvió de correa de transmisión. Pero Dussel sugiere que es Marx el que transitó de Schelling a Marx mediante Feuerbach. Lo que quizá querría decir Dussel es que Marx se zafó de Hegel mediante Ludwig Feuerbach pero sólo porque Feuerbach también se zafó de Schelling, pero que aunque se zafó de Schelling necesitó de él como premisa para que Marx encontrara en Ludwig Feuerbach lo necesario para superar a Hegel. Quizá así podría formularse la idea de Dussel un poco racionalmente, lástima que desatine.

En Louis Althusser esta idea de que Marx se basó en Feuerbach para criticar a Hegel supone que en 1844 Marx es feuerbachiano y entonces ideológico, aún no científico, no plantado sobre sus pies materialistas sino todavía humanista, antropológico. Esto mismo hace Dussel pero lo asume positivamente. Althusser plantea así las cosas pero para criticar al Marx feuerbachiano, en cambio esto mismo lo plantea Dussel pero para poner en positivo a este Marx feuerbachiano *porque es schellingiano, mientras que Louis Althusser plantea este asunto negativamente y sin tener conciencia de Schelling.*

Como se ve, la manera en la que Dussel observa el desarrollo de Marx está presa en Louis Althusser pero por propio interés, porque así puede retomar el argumento teológico de Schelling como si fuera propio del marxismo. Louis Althusser,

después de haber intentado ordenarse como sacerdote, se vuelve antijesuita y antirreligioso, mientras que Dussel —a través de Marx— se pone como jesuita y como neorreligioso.

Althusser y Dussel observan el paso de 1843 a 1844 y, entonces, el servicio que pudo haberle prestado Feuerbach a Marx en esta transición. Si bien no lo ven adecuadamente, cabe reconocerles en primer lugar que se fijan en este momento del desarrollo intelectual de Marx. Sin embargo no ven que es en la tesis doctoral de Marx, preparada entre 1839 y 1841, donde éste supera a Hegel sin Feuerbach, antes de establecer alianza con Feuerbach, y sin Schelling, sino precisamente a través de Aristóteles y sobre todo de Epicuro. Es decir que Marx nunca fue feuerbachiano sino que se alía con Feuerbach desde posiciones propias previamente configuradas en su tesis doctoral de 1839-1841.

9. FUENTE Y FUNDAMENTO POSITIVO Y NIHILISTAS E IDEALISTAS

La última idea de Enrique Dussel que vamos a discutir aquí consiste en la diferencia que establece entre fuente y fundamento. Por un lado, dice Dussel que el trabajo vivo es la “fuente creadora de valor” (p. 371) y en tanto fuente se encuentra fuera de la totalidad del valor, fuera del capitalismo, pues existió antes y precisamente como una exterioridad. Por otro lado, Dussel afirma que el trabajo asalariado es el fundamento del capitalismo. Este fundamento de la totalidad está dentro de la totalidad, es el trabajador ya subsumido al capital, pero la fuente permanente del valor es algo externo al capitalismo, esto es, el trabajo vivo, lo inobjetivo. Así, pues, Dussel requiere de estos dos conceptos, fundamento y fuente, para poder sacar adelante una propuesta de crítica trascendente —a lo Rosa Luxemburgo o a lo Bruno

y Edgar Bauer— donde se critica la totalidad desde fuera de la totalidad, y para al mismo tiempo hacer un planteamiento en el que la totalidad contenga su fundamento dentro de sí de modo que entonces el argumento de Dussel parezca coherente (porque si es totalidad contiene su fundamento y si no lo contiene no es totalidad).

Dussel encuentra en la obra de Marx pasajes en los que habla de la “fuente del valor” o de cómo la única fuente del plusvalor es el “trabajo vivo”, y ahí Marx ciertamente no habla de “fundamento”. Y por otro lado también encuentra otros pasajes de Marx donde aparece el término fundamento; por ejemplo: “Si el plusvalor tuviera ‘una fuente totalmente diferente que el trabajo [...] desaparecería el fundamento racional de la economía política’” (p. 371; cursivas de Dussel). Dussel aquí se ve obligado a forzar muchas veces los términos para que más o menos se sostenga su propio planteamiento.

En realidad, con el término de fundamento Marx alude al plano discursivo de la economía política, mientras que con el de fuente al plano práctico donde realmente se produce el valor.

El concepto de “fuente” es interesante. En alemán se dice Quelle y es utilizado como concepto filosófico originalmente por Jakob Böhme —de quien ya se ha hablado más arriba— y recuperado por Schelling. La fuente, la Quelle, significa también el sufrimiento, la pasión, lo que duele (“tormento de la materia”, reza la expresión de Böhme referida por Marx).⁴ El ser torturado que sufre es Jesucristo quien vino al mundo para redimir a la humanidad a través de sufrir y de espejarse así con ella. Toda la humanidad se espeja con Jesucristo porque ella es sufriente en este mundo. El trabajo vivo, la

vida, es sufrimiento, tortura, pero la vida es la fuente de la riqueza. Los que sufren, los pobres de la tierra, son la fuente del valor en tanto sufridores. Estos sorprendentes juegos de palabras sirvieron a la construcción de la filosofía de Jakob Böhme y de la teología de Schelling.

Por su parte, Marx recupera esta noción del carácter positivo de la vida como la fuente de la riqueza pero que en un mundo alienado se convierte en tortura. Pero Marx no ontologiza el sufrimiento como requiere la teología cristiana, tanto en Böhme como en Schelling, sino que reconoce que el carácter positivo de la fuente de vida sólo se presenta como sufrimiento en el mundo configurado por la escasez —burguesa y preburguesa—. En vista de superar este sufrimiento, Marx busca una solución al problema que plantea la relación dialéctica entre la fuente y el fundamento, mientras que Dussel —siguiendo a Schelling— separa metafísicamente ambos términos para meter de contrabando a Dios y al creacionismo.

El límite general de Dussel consiste en que después de producir a la totalidad para plantear una crítica no dependiente se extraña de la totalidad, saca de la totalidad al productor de la totalidad. Ya hemos visto que éste es un error, pues en la producción la relación del sujeto con el objeto debe establecerse en inmanencia, porque al producir al objeto el sujeto simultáneamente produce la relación intersubjetiva. La relación sujeto-objeto no produce sólo, objeto sino también la relación en la que queda inmerso.

En la página 377 Dussel resume su propuesta, y por lo tanto sus equivocaciones, es decir, su intento de hacer que Marx supere a la economía política y a Hegel desde la fuente, desde este afuera que es la Quelle:

El “trabajo vivo” es así la “fuente” (más que “fundamento”) [(pues éste está dentro de la totalidad, mientras que la fuente está afuera)] que “crea” (y el concepto de “creación” debe distinguirse de la mera “producción” desde el “fundamento” del capital) plusvalor (ya que del valor total debe sustraerse el valor de la fuerza de trabajo que sólo se “produce” desde el “fundamento”: reproduce el salario o el capital variable) desde la nada del capital (p. 377).

Ya vimos en qué consiste esa trampa: desde la nada, es decir, desde ningún valor presupuesto. Pero con mucha fe

el “trabajo vivo” pone en la realidad su valor que surge “desde-más-allá” (trascendentalidad, exterioridad, anterioridad) del “ser” del capital [—pues antes del ser del capital está el del trabajo vivo—]. En este punto, exactamente en este momento, Marx ha superado a Hegel, “le ha dado vuelta”: en lugar de comenzar por el “Ser” [(como lo hace Hegel)], el que se autodetermina y deviene “ente” (“lo Mismo”), comienza Marx desde el No-ser [(,pero aunque esto nunca sucedió podemos descansar, porque a renglón seguido dice)], desde el “trabajo vivo” en la exterioridad y anterioridad del “Ser” [(con mayúsculas y entrecomillado)] del capital [(con minúsculas, pero aquí en verdad es con mayúsculas: El Capital)] el que, “desde-la-nada” del ser [(aquí lo que habría que subrayar es *del* (la nada del ser) pues esta nada depende del ser)], “crea” plusvalor (que en realidad, en el proceso permanente de las rotaciones de- vendrá la totalidad del valor del capital) (*idem*).

He aquí, pues, como decía, el resumen de las equivocaciones de Dussel. En lo que antecede las fuimos desglosando una por una y ahora las vemos todas juntas en movimien-

to.

10. RECAPITULACIÓN. CRÍTICA TEOLOGAL POR EXTERIOR

Para redondear esta discusión en torno al proceso de trabajo, es importante observar no solamente los deslices en que incurre Enrique Dussel para apuntalar su posición filosófica y política, sino también el carácter aparente del beneficio que conlleva criticar al sistema desde fuera del sistema, pero sobre todo los beneficios reales que implica criticarlo en inmanencia. En el aparente beneficio estático o trascendente se pierde la estrategia, es decir, el nivel estratégico de *El capital*. Marx construye su texto precisamente para que su vigencia tenga una duración estratégica durante toda la lucha del proletariado contra el capitalismo, lucha de largo aliento.

Además, es importante subrayar que el tema del proceso de trabajo es una especie de vértice de un ángulo, de manera que cuando uno extiende las líneas del ángulo lo que estaba contenido en el estrecho espacio entre estas líneas e incluso concentrado en un punto se expande progresivamente y empieza a ocupar todo el territorio de la vida social. Así, desde la producción y la economía se desborda hacia los ámbitos de la actividad social, política y cultural. Lo que se decida a propósito del proceso de trabajo empieza a legislar sobre todo lo que se diga acerca de la economía, la sociedad, el universo, etcétera, y eso es justamente lo que Marx intenta mostrar en el modo como escribe este capítulo V de *El capital*. *Está tratando de poner en su lugar los elementos simples o abstractos de la totalidad del proceso de producción capitalista con vistas a neutralizar la incoherencia que produce el capitalismo y la ideología burguesa. Si desde este*

núcleo en el que las ideas están puestas en su lugar se extienden las líneas del ángulo, es posible seguir proponiendo otras ideas coherentes que critiquen, enfrenten y describan con exactitud al capitalismo.

La totalidad es evidentemente una objetivación del totalizador, pero éste no queda como un sujeto frente a una cosa externa a él sino incluido en la totalidad que produjo, por cuanto que también es productor de las relaciones sociales dentro de las cuales se produce y se reproduce esta totalidad.

Ahora bien, cuando Dussel se refiere al capitalismo como lo enajenado frente a lo positivo y viviente, ve la totalidad sólo como cosa, por eso se opone a Kosík y a Lukács, quienes según él habrían quedado presos en la totalidad del capital, sin rebasarla. Sin embargo, si Lukács insiste en la perspectiva de totalidad como una perspectiva positiva o crítica es porque él no ve a la totalidad como enajenación, mientras que Dussel sí.

En realidad la totalidad capitalista producida por el trabajo es al mismo tiempo enajenación y objetivación pues en toda enajenación la objetivación permanece, no se suprime o anula. La afirmación del ser humano no se suprime en la enajenación ni, por lo tanto, dentro del capitalismo y aunque el capitalismo sea, como dice Marx, el sistema de la total enajenación, la enajenación en proceso de ampliarse y desarrollarse, no elimina la objetivación sino que la forma (precisamente en términos enajenados). La enajenación no excluye a la objetivación, sino que es una forma de objetivación; falsea la objetivación, no la suprime.

Esta diferencia entre falsear la objetivación y abolirla, suprimirla o sustituirla, se les olvida constantemente a los críti-

cos del capitalismo, y en el momento en que identifican totalidad con enajenación o con la objetivación capitalista devienen inmediatamente en irracionales por un camino o por otro. Precisamente porque la enajenación es una forma de objetivación y no la anulación de la objetivación, recíprocamente el trabajo vivo no es exterior a la totalidad capitalista puesto que justamente se objetiva en ella, ahí se realiza.

Ya hemos visto en qué consiste el luxemburguismo de Dussel y el irracionalismo de Rosa Luxemburgo, y cómo el planteamiento de la crítica de la totalidad desde fuera de la totalidad tiene como antecedente el irracionalismo de los jóvenes hegelianos, especialmente de Edgar Bauer, este sí criticado explícitamente por Marx.

Este irracionalismo es una forma idealista teologal. Los jóvenes hegelianos querían criticar al capitalismo desde la idea. Para ellos todo lo que era material, todo lo que era objetivo, era enajenado, capitalista. Como la masa está alienada, dicen, no puede criticar al capitalismo. Es, pues, la idea, que no es cosa, que no es objetiva sino inobjetiva, la que puede criticarlo. Desde la idea entonces, por inobjetiva, aquellos hegelianos querían criticar al capitalismo. Este planteamiento es idealista porque critica desde el espíritu, y por eso mismo también es teologal, religioso, no asentado en lo positivo, en el materialismo histórico.

11. TEOLOGIZACIÓN DE LA REVOLUCIÓN

Así, pues, Rosa Luxemburgo, aunque partiendo de una intención materialista, deriva en una postura idealista porque comparte este argumento teológico con los jóvenes hegelianos, este criticar desde la idea, desde lo que no está objetivado, porque identifica objetivación con enajenación; y am-

bas posturas quieren criticar a la enajenación pero la ven como todo lo objetivo, por lo tanto, sólo pueden encontrar aliado en lo que no es objetivo, en la idea o el no ser. Ya hemos visto distintas variantes de esta posición.

Los jóvenes hegelianos están, pues, presos en Hegel y en la teología cristiana, pero también Rosa Luxemburgo y por supuesto también el luxemburguismo de Dussel. Inclusive él quiere desarrollar filosóficamente la teología cristiana a través de Schelling emplastándolo con el discurso marxista. Él cree que puede hacer este injerto porque hay pasajes de Marx que parecen convalidar una tal idea cuando habla del trabajo vivo, el trabajo inobjetivo, frente al trabajo objetivado.

Así, Marx habla del no ser y también Schelling y con él Dussel, pero éstos hablan del no ser de manera opuesta a la de Marx,⁵ no como el no ser dependiente del ser, sino más bien del ser que viene de la nada que es la idea. Dussel sigue en este punto a Schelling porque al proponer que el ser viene de la nada, aunque no lo diga, implica siempre a Dios. Sustantivar a la nada entraña el enaltecimiento y la glorificación del Creador aunque esto no se explice.

Como vemos, se ha venido construyendo una teología de la revolución desde los jóvenes hegelianos, pasando por Rosa Luxemburgo y Enrique Dussel. En este último queda explicitada como teología de la liberación. Con Marx, la humanidad pudo volver los ojos de la creación hacia la tierra y la praxis humana, y arrebatarse el poder productivo a la creación alienada como acto de Dios. Y ahora los propios revolucionarios vuelven a expropiar a la praxis de su terrenalidad y la ponen en lo inobjetivo, en el no ser, en la idea, en lo espiritual. Del socialismo utópico se pasó al socialismo científico, pero del socialismo científico se pasó a la bizantina teología

de la revolución que va tejiendo sus hilos en estos discursos.

Al expandirse como sistema mundial, el capitalismo va enfrentándose con todas las regiones no capitalistas, semicapitalistas o capitalistas poco desarrolladas, las pone en cuestión y los individuos que pertenecen a ellas reaccionan críticamente contra el sistema desde el no capitalismo, con un pensamiento más o menos atrasado aunque con mucho ímpetu revolucionario. Se le enfrentan en Rusia, en Polonia, en México, en América Latina, en fin, en toda la periferia, como antes se le enfrentaban en Alemania cuando ésta era periferia, y así van construyendo, mediante el propio discurso marxista, una teología de la revolución, es decir, un discurso que enfrenta al capitalismo desde fuera del capitalismo.

Criticar al capitalismo desde fuera del capitalismo puede ser un aspecto del proceso de expansión geográfica del capitalismo y de la consecuente reacción de resistencia crítica que suscita en las regiones que van siendo integradas y sometidas, pero este proceso de expansión geográfica traducido a términos teóricos significa incoherencia: criticar a la totalidad desde fuera de la totalidad. Sólo en la fantasía es posible estar fuera de la totalidad. Quizá las drogas pesadas actuales hagan posible la construcción de una teología de la revolución no solamente desde fuera del sistema sino desde dentro.

La teología de la liberación en América Latina está expresando, de manera concentrada, el carácter aún teológico, religioso y atrasado de la revolución mundial y de su discurso, un discurso que aún no se para sobre sus pies porque cree estar fuera de la totalidad. Se cree superior tal y como muchas veces la aristocracia se vio a sí misma como superior a los capitalistas y a los banqueros prestamistas que

proveían a su sustento, pero luego la propia aristocracia quedó sometida a esos mismos usureros.

Esta posición del aristócrata que desprecia a esos modernos mezquinos que corren detrás del dinero es la posición soberana no solamente de los nobles precapitalistas sino de todo poblador precapitalista o externo al sistema y que por ello también tiene una posición ética superior a los burgueses. Es evidente que los conquistadores españoles que llegaron a América exigiendo oro y plata tenían una posición ética muy inferior a Moctezuma o a cualquiera de los representantes tribales con los que se toparon. La posición aristocratizante se recrea en la ética superior del teólogo de la liberación.

En términos éticos, esta posición soberana guarda un núcleo racional potencialmente revolucionario, pero traducida a términos teóricos significa no tener humildad respecto de la producción del objeto y una impotencia frente al objeto en el que te alienas, y así quedas incluido cuando por creerte superior pretendes ponerte fuera de él. En la perspectiva estratégica de la revolución socialista, no se trata de despreciar a las fuerzas precapitalistas sino de reconocer toda la fuerza disponible para enfrentarse al sistema, pero también que no solamente se requiere la fuerza. La teoría leninista acerca de la emergencia de la revolución a partir del eslabón más débil de la cadena imperialista instituyó esta teología de la revolución al no especificar que esta ruptura en el eslabón más débil no necesariamente entraña una revolución específicamente socialista, sino solamente una revolución social en general, la cual todavía debe especificar su cualidad en el curso de la lucha. Pero eso sí, revolución social no es lo mismo que revolución socialista, tal y como en su propio esfuer-

zo y en su propio pellejo lo experimentaron los revolucionarios rusos bolcheviques y no bolcheviques. Se intenta la revolución socialista pero falta que ésta logre autocalificarse históricamente como tal. Este límite que estaba implícito en el discurso y en la práctica de los revolucionarios del siglo xx lo expresa abiertamente la teología de la liberación precisamente como teología cristiana que es. El discurso laico de los revolucionarios marxistas del siglo xx se copertenece con el discurso cristiano religioso de los revolucionarios de la teología de la liberación —que luego, en algunas de sus corrientes como la que representa Dussel se asume marxista—. Ambos representan un horizonte en el que la revolución y su discurso aún no se paran sobre sus propios pies.

Justamente la distinción entre estructura y configuración del proceso de trabajo como el pivote de la crítica de la economía política apunta a sostener al hombre y al discurso revolucionario sobre sus propios pies.

VIII. LA REVOLUCIÓN COMUNISTA

ESPECÍFICA

EL CAPÍTULO V DEL TOMO I

(CONTINUACIÓN)

1. RECAPITULANDO LA DISCUSIÓN SOBRE PROCESO DE TRABAJO

Y REVOLUCIÓN CON ENRIQUE DUSSEL

Hasta aquí hemos estado explorando las dimensiones económicas, naturales, políticas, antropológicas, filosófica e históricas de la teoría de Marx sobre el proceso de trabajo y la

configuración capitalista del mismo como proceso de valorización. Como parte de esta indagación, hemos estado discutiendo la interpretación de Enrique Dussel sobre el concepto de trabajo vivo, el factor subjetivo del proceso de trabajo. Vimos cómo este autor intenta seguir el programa de fundamentación de la revolución social específicamente proletaria comunista al argumentar no sólo de acuerdo a la teoría política y a la teoría económica marxistas sino arraigando estas argumentaciones en la estructura metodológica de *El capital* y en las posiciones filosóficas de Marx. Sin embargo, no obstante lo anterior, Dussel también le atribuye a Marx posiciones filosóficas que le son ajenas. Este es el caso de la idea de la revolución desde fuera del capitalismo que más bien es propia del socialismo utópico aunque incluso se encuentra presente en muchos marxistas del siglo XX, y a la que Enrique Dussel intenta fundamentar en el concepto de trabajo vivo.

Enrique Dussel intenta, pues, basamentar en Marx a la teología de liberación en la coyuntura de la globalización capitalista de las últimas décadas del siglo XX. Esta coyuntura puso en cuestión las estructuras económicas, políticas y culturales de la URSS y precipitó en ella las nuevas políticas económicas y políticas culturales (la Glalsnost y la Perestroika). Pero la globalización capitalista —con el recrudescido avance avasallador de la hegemonía mundial de Estados Unidos que impuso en el orbe la política económica neoliberal y el capitalismo salvaje— también sometió a países periféricos a un proceso de acumulación originaria a marchas forzadas que expropió a los últimos reductos étnicos de poblaciones precapitalistas que aún conservaban una vinculación orgánica con la tierra y con formas de producción artesanales. De este modo puso a la orden del día la concertación

rebelde por la sobrevivencia de estas etnias y del inmenso ejército industrial mundial en activo y de reserva al que se iban incorporando las poblaciones depauperadas y las clases medias crecientemente degradadas.

Dussel elabora una propuesta en la que el concepto de trabajo vivo —inherente al de trabajo asalariado— se vincula con el concepto de “pobre” en general para responder a este contexto y sustentar una postura política revolucionaria y populista frentista no sectaria, diferente del partidismo obrerista vanguardista leniniano-stalinista que —aunque en decadencia— ha sido la corriente dominante en el movimiento obrero y de izquierda en general. De ahí que Enrique Dussel —quien escribe poco antes del derrumbe del “socialismo real”— denomine su propuesta como “marxismo no dogmático en la era de la Perestroika”.

Por otro lado, señalé las desventajas de un planteamiento político revolucionario que como el suyo intenta fundamentar la revolución comunista desde fuera del capitalismo, es decir, la pérdida de la estrategia y el consecuente tacticismo que han caracterizado a las distintas versiones del socialismo utópico. Así pudimos apreciar, por otro lado, las cualidades del intento original de Marx de establecer la revolución en total inmanencia respecto del capitalismo.

El frente clasista que propone Dussel es ciertamente valioso para una revolución intracapitalista cuya tarea consista en desarrollar al capitalismo mediante los movimientos sociales revolucionarios con la finalidad de sustituir un patrón de acumulación deficiente por otro que propicie una industrialización nacional plena. Sin embargo confunde lo que es una revolución social de desarrollo intracapitalista con una revolución socialista, que destruya al capitalismo. Esta con-

fusión ha sido permanente durante todo el siglo XX desde la revolución rusa de 1917 hasta la de Nicaragua y El Salvador a fines de siglo, y está aún en curso hoy día en los movimientos sociales. Sin embargo, la experiencia histórica, además de la coherencia teórica, apunta a que la revolución socialista deba ser hoy asumida finalmente en su especificidad.

El discurso de Enrique Dussel cumple una función en referencia a la tarea histórica impuesta por el proceso acumulación originaria salvaje desencadenado por la globalización capitalista, es decir, a la necesidad de incluir a los movimientos campesinos y étnicos suscitados por el neoliberalismo y que no parecen tener cabida en la política partidarista u obrerista tradicional aún dominante.

La teoría de Enrique Dussel resume el horizonte de la revolución que ha prevalecido durante el siglo XX, que, como vimos, es el de la teología de la revolución. Este horizonte fue esbozado por Rosa Luxemburgo y por Lenin quienes de una u otra manera asumen la revolución como hecho trascendente o que viene desde fuera del capitalismo. Durante el siglo XX los campesinos y los indígenas fueron factores revolucionarios más decisivos que el proletariado en la medida en que las masas expropiadas por la expansión capitalista se han enfrentado al sistema para tratar de defender, preservar o recuperar las condiciones de reproducción que aún controlan o que están amenazadas. Este proceso adopta en la globalización su forma más madura y virulenta, provocando la reactivación concentrada de esta teología de la revolución desde fuera tal como se manifiesta en la propuesta de Enrique Dussel. Mi crítica a esta propuesta señala que el hecho de que el obrero subsumido formal y realmente bajo el capital no deja de ser hombre, o que el hombre alienado

no deja de ser hombre, no autoriza a que consideremos que el hombre está fuera del sistema capitalista, ni que algún hombre que está fuera del capitalismo sea quien haga la revolución o que sea de los hombres externos al capitalismo de donde vendrá la fuerza que revolucionará sus cimientos.

Mi argumento retoma la idea de Marx —expuesta en el capítulo V de El capital— de que la contradicción histórica fundamental del capitalismo es aquella que se da entre, por un lado, la estructura del proceso de trabajo como un todo —es decir, como una unidad sujeto-objeto o de los factores objetivo y subjetivo del proceso laboral— y, por otro lado, la configuración histórico-concreta de este proceso de trabajo en tanto proceso de valorización. De este modo Marx trata de caracterizar científicamente al sistema y, a la vez, establecer la fundamentación de la revolución no desde fuera del sistema sino desde dentro. Desde un planteamiento tan general, básico y fundamental como el proceso de trabajo o el modo de producción, Marx prepara su argumentación política culminante. Así sale al paso del error más persistente de las propuestas socialistas utópicas y socialistas y comunistas en general, es decir, la argumentación teológica de la revolución, la revolución como trascendente, como ocurriendo desde fuera, una revolución que todavía no se para sobre sus propios pies.

Los términos de la contradicción fundamental del modo de producción capitalista, entre la estructura del proceso de trabajo común a toda historia y la configuración capitalista del mismo, constituyen relaciones sujeto-objeto —no sólo sujeto o no sólo objeto— de transformación de la naturaleza, y, por otro lado, no están yuxtapuestos como dos cosas sino que la estructura transhistórica está integrada en su configu-

ración capitalista; ambos son, pues, indisociables a no ser que la práctica revolucionaria los disocie.

Por su parte, Enrique Dussel no observa esta contradicción, que constituye el eje en torno al cual gira la crítica de la economía política, y se atiene más bien a la relación entre el trabajo vivo y el producto del trabajo. Él no observa la contradicción entre la estructura del proceso de trabajo —que incluye los factores objetivo y subjetivo— y la configuración capitalista del mismo, que incluye también la configuración capitalista del sujeto y del objeto. Por el contrario, él plantea como lo más fundamental el hecho de que el trabajo vivo —el sujeto— se opone al objeto. Por lo tanto, considera que sólo el trabajo vivo pertenece a la estructura transhistórica del proceso de trabajo y que por eso está en contradicción con el objeto plusvalor en tanto producto del proceso ya configurado.

Pero este argumento no permite tratar la contradicción en términos capitalistas como una contradicción histórica. Lo transhistórico no puede contradecir a lo histórico-concreto si no está en lo histórico-concreto. Enrique Dussel quiere el imposible de que el trabajo vivo esté fuera del dominio capitalista.

Desde luego es pertinente analizar la contradicción entre el trabajo vivo y el producto capitalista pero no la relación históricamente decisiva, y menos si se manipulan sus términos —como también lo hace Dussel— al plantear como más fundamental la relación sujeto-objeto, que es más abstracta, que la relación entre la estructura transhistórica y la configuración capitalista del proceso de trabajo. Lo más abstracto no es lo más fundamental, y confundir una con otra es manipular los conceptos.

La destreza filológica de Dussel para rastrear conceptos de Hegel y de Schelling en el discurso de Marx es loable y útil pero se vuelve en su contra al no captar el nuevo modo en que Marx organiza dichos conceptos. En el caso que nos ocupa, se trata de establecer la relación entre, por un lado, la contradicción entre estructura del proceso de trabajo y configuración capitalista del mismo y, por otro lado, la contradicción del trabajo vivo con el plusvalor. Dussel concibe el trabajo vivo como si fuera externo a la relación capitalista porque cree que es así como Marx reorganiza conceptos de Schelling como el trabajo en tanto fuente de valor o el de trabajo inobjetivo como no ser del capital que produce al capital. Y mientras Dussel se queda fijado en el aspecto nihilista y teológico de la propuesta idealista de Schelling, es precisamente ese aspecto el que Marx revoluciona hacia el materialismo histórico, es decir, hacia una auténtica crítica positiva radical completa de la sociedad burguesa, por cierto más allá de la filosofía positiva de Schelling que en verdad sólo es pseudopositiva.

2. DUSSEL ANTE LOS IZQUIERDISTAS ALEMANES Y HOLANDESES, Y ANTE LENIN Y ROSA LUXEMBURGO

Cabe recordar que estamos discutiendo los planteamientos de Enrique Dussel porque estamos comentando el capítulo V de *El capital*. Así como hice con capítulos anteriores de esta obra de Marx, además de puntualizar el argumento y los desarrollos que se pueden derivar de la crítica de la economía política hacia la crítica de la cultura y de la política, trato de discutir con las interpretaciones o críticas importantes de estos conceptos.

Enrique Dussel ha dedicado buena parte de su vida y de

su obra al estudio de la crítica de la economía política de Marx. En su interpretación en torno al concepto de trabajo vivo, intenta desarrollar la crítica de la economía política hacia sus fundamentos metodológicos, filosóficos, económicos y políticos para construir una política revolucionaria. Es decir que Dussel ha intentado desarrollar el argumento del proceso de trabajo hasta sus últimas consecuencias.

Existen otras tentativas en este mismo sentido. Así por ejemplo, las corrientes autogestionarias del izquierdismo europeo holandés, alemán e italiano consideran el proceso de trabajo capitalista, donde el sometimiento del proletariado tiene una función directamente productiva, como el punto fundante del sistema y, por lo tanto, como el punto decisivo de la revolución. Para estas corrientes, la táctica revolucionaria inmediata consiste en que los obreros le arrebatan al capital las fábricas y las empresas y las autogestionen, es decir, que la clase obrera tome directamente el poder sobre la producción. Esta perspectiva es opuesta a las posiciones politicistas partidistas que vienen desde la socialdemocracia y que fueron heredadas por el leninismo, en las que el proceso de trabajo se deja en segundo término y sólo se reconoce la política que se hace en el parlamento a través de las votaciones o a lo más en las calles, y entonces sólo se consideran como objetivos posibles del movimiento socialista los de la lucha reformista. La fábrica, la oficina, la empresa capitalista no se reconocen como lugares de la política y entonces los obreros no son directamente sujetos políticos sino sólo sus dirigentes; se expropia la capacidad política básica de la clase obrera.

Como en el capítulo V de *El capital* se pone en juego justamente esta dimensión política básica del proceso de traba-

jo y la enajenación de la misma, este capítulo ha sido central en el enfrentamiento teórico y político entre las distintas corrientes históricas de izquierda.

Hermann Gorter, Rosa Luxemburgo, Anton Pannekoek y Paul Mattick forman parte de las corrientes izquierdistas autogestionarias holandesas y alemanas. Ellos plantean que la autogestión de la producción tiene lugar en el proceso de trabajo, que el dominio capitalista sobre el trabajo sólo puede ser desestructurado si se hace que el trabajo vivo asuma la gestión del proceso de producción. Esto es lo fundamental, el partido es secundario. Estas corrientes izquierdistas retoman la experiencia de los soviets, de los consejos obreros de fábrica, de colonos, de soldados, etcétera, que surgieron en la revolución rusa en 1905. Ellos señalaron que estas expresiones directas de la fuerza política de la clase obrera, como son los soviets y los consejos alemanes e italianos, son productos espontáneos de la estructura del capitalismo. El proletariado tiene fuerza en la producción porque él produce la riqueza y entonces puede suspender la producción de riqueza; por otro lado, él produce toda la riqueza y sin embargo toda la riqueza le es expropiada. Por lo tanto, su acción política directa tiene mayor alcance en el proceso de producción, más allá de la acción política mediante representación. Este decisivo punto tiene, pues, una larga tradición histórica.

Y bien, como Dussel intenta argumentar una política revolucionaria en referencia al concepto de trabajo vivo, es de sumo interés teórico y político observar sus diferencias y sus coincidencias con aquellos marxistas europeos.

Marx y los izquierdistas alemanes y holandeses piensan a la revolución desde el proceso de trabajo capitalista como vía para argumentar la revolución desde el interior del capi-

talismo; no argumentan, pues, en términos politicistas o culturalistas o etnológicos sino desde la producción capitalista. Por el contrario, Enrique Dussel intenta argumentar la revolución comunista desde el proceso de trabajo y en particular desde el trabajo vivo pero, según la versión premarxista, “desde afuera”, tal y como lo hacían los socialistas utópicos. Ya hemos visto cómo la conciencia de clase proletaria ha tenido grandes dificultades para mantenerse firme en esta cumbre de la razón revolucionaria alcanzada por Marx: la revolución ocurre desde dentro y sólo puede ocurrir desde dentro.

Sin embargo siempre hay la ilusión, la tentación y el impulso de que ocurra desde fuera. De ahí que después de Marx la socialdemocracia empezara a construir la revolución desde fuera, es decir, desde la ética y desde la política parlamentaria; que Lenin y Rosa Luxemburgo por un lado se centraran en el proceso de trabajo pero por otro se atuvieran a que la revolución viniera desde fuera, por medio de las contradicciones externas que la expansión capitalista genera en la periferia.

Además, Kautsky y Lenin asumen explícitamente que la teoría revolucionaria y en general la conciencia revolucionaria se importan desde fuera de la clase obrera. De ahí que la revolución quede en su perspectiva determinada desde fuera: la conciencia proletaria comunista no le pertenece a la clase proletaria sino que es prestada, constituida por los intelectuales. Esta idea se justifica diciendo que Marx no era obrero sino pequeño-burgués y construyó una teoría revolucionaria que luego introdujo en la clase obrera, y por ese motivo se requiere la existencia del partido. Ya que los intelectuales socialistas o filantrópicos han construido la

conciencia comunista hay que introducirla en las masas, y de esa función se encarga el partido.

Aquella contracorriente histórica revolucionaria que proviene de Marx —heredada de los primeros levantamientos obreros comunistas— se rehabilita con los izquierdistas alemanes, holandeses e italianos de los años veinte y luego renace en el 68 con los movimientos de acción directa anarquistas y marxistas. Y en ese mismo contexto todavía influido por el Mayo del 68 surge la reflexión de Enrique Dussel sobre la revolución que argumenta sobre la base del proceso de trabajo pero, paradójicamente, postula una “revolución desde fuera”. Esta postura concibe al proceso de trabajo como interior al capitalismo pero, al mismo tiempo, a una parte del proceso de trabajo, el trabajo vivo, como algo externo al capitalismo; así es como la revolución deja de ser determinada desde dentro y pasa a serlo desde fuera. Tal es el procedimiento que hemos visto utilizar a Enrique Dussel.

3. VENTAJAS DE LA TESIS “ENDÓGENA” DE LA REVOLUCIÓN FRENTE A LA TESIS “EXÓGENA”

Como ya vimos, la principal ventaja de la revolución desde dentro se refleja en el hecho de que la teoría de Marx —tanto la crítica de economía política como la teoría de la revolución social y política que aquélla incluye— tiene vigencia hasta el presente. Esto no es una casualidad ni se debe a que el pensamiento pueda durar como dura una piedra, porque tiene consistencia de cosa, sino que esa teoría fue diseñada para producir un efecto histórico de tal naturaleza. Marx analiza un capitalismo mundial plenamente maduro, generalizado, desarrollado hasta el punto en que se ha “purificado” y sólo existen en él dos clases sociales: la burguesía y el proletaria-

do. ¿Cuándo sucedió eso? En 1867, cuando Marx publicó *El capital*, este sistema social sólo existía como excepción, concentrado en pequeñas regiones del planeta. Y esta situación no había cambiado mucho en 1917, cuando triunfó la revolución rusa, y el capitalismo no era todavía la forma propia de todos los procesos de producción en el mundo un siglo después de que Marx escribió *El capital*, hacia 1970. El capitalismo está generalizado en todo el mundo sólo hoy, a comienzos del siglo XXI. Pues bien, ese horizonte en el que el mundo todo ya es capitalista es el horizonte de *El capital*, y es allí, en ese contexto en el que sólo hay capitalismo, donde Marx establece su demostración de que la revolución proletaria comunista es una tendencia necesaria de este sistema económico.

Esta propuesta nos confronta con una gran paradoja. Falta ver si se sostiene, si tiene coherencia, si tiene consistencia o si es una tontería o una aberración, pero ante todo hay que reconocer cómo está planteado el argumento. Y vemos que Marx está argumentando una revolución proletaria posible que sigue siendo vigente hoy, mientras que el planteamiento de Rosa de Luxemburgo ya se derrumbó pues aunque ya no existe ningún ámbito no capitalista que —según ella— impida la revolución el sistema sigue ahí. Lo mismo vale para Lenin y Mao.

El levantamiento neozapatista que irrumpe a la luz pública en 1994 sería inexplicable si lo vemos como un movimiento solamente indígena y campesino, es decir, si no se reconoce su relación con el capitalismo mundial. Si se cree que el EZLN tiene una influencia sólo local no se entiende su dinámica, sus triunfos, el apoyo que ha recibido de la sociedad civil mexicana y mundial, el impacto que ha tenido sobre otros

movimientos de izquierda. Tampoco se entenderían estos alcances del zapatismo si se lo piensa como una revolución campesina como las que conoció Mao, o como la que tuvo que hacer Lenin finalmente en 1917 —pues aunque quería hacer del proletariado el motor principal de la revolución, debió asumir que ese papel lo estaba desempeñando el campesinado—. Sobre todo no se podría entender cómo va a integrarse a la revolución mundial. Y si ésta se articulara es evidente que no podría ser campesina, porque las propuestas revolucionarias campesinas que presidieron los grandes movimientos sociales del siglo XX han perdido vigencia, no tienen ya soporte histórico. Aunque eran incoherentes desde que nacieron, tenían el soporte histórico que les daba una situación empírica en el entorno con la que en apariencia eran congruentes, y además, las revoluciones mismas en curso demostraban que las masas campesinas eran revolucionarias pero no las masas proletarias. Sin embargo hoy ya no existe este sustento histórico, así que hay que reconstruir una teoría de la revolución comunista. De ahí la pertinencia del intento de Enrique Dussel —independientemente de sus resultados efectivos— de fundamentar la revolución en el análisis del proceso de trabajo. Es pertinente reconocer cuáles son los autores fundamentales en esta labor y también ubicar en el texto de El capital el núcleo esencial del problema que debemos resolver.

La revolución proletaria planteada en inmanencia con el modo de producción burgués —como Marx lo hace— será vigente mientras haya capitalismo, e inclusive es tanto más actual ahora que el capitalismo ya ocupa todo el planeta; en cambio cualquier versión de revolución desde fuera pierde vigencia conforme el capitalismo se extiende a todo el orbe.

Y si la revolución argumentada en exterioridad se apunala en conceptos más básicos también éstos van a estar equivocados; mientras que si la revolución comunista planteada como revolución desde dentro del capitalismo se argumenta con conceptos más básicos es muy posible que esos conceptos más básicos sean correctos. Esta ventaja ha sido experimentada y comprobada durante más de un siglo.

Una segunda ventaja de la fundamentación de la revolución en inmanencia consiste en que la revolución comunista proletaria la hacen precisamente las masas que son explotadas por el capitalismo. Esto le confiere una dimensión ética al explotado en tanto ser humano cargado de futuro. Éste tiene esperanza pues aunque hoy se encuentre alienado puede dejar de estarlo, es decir que puede desarrollarse como ser humano, lo que implica su desarrollo como ser individual y su reconocimiento comunitario de que forma parte de la clase explotada. El autorreconocimiento del individuo humano en esa situación solidaria implica reconocer su perspectiva histórica hacia el futuro. Si no tiene claridad respecto del otro individuo tampoco la tiene respecto del futuro porque no percibe la reciprocidad en sus relaciones sociales como persona y ser de clase, entonces no hay futuro en realidad, sólo hay futuro capitalista modificado de distintas maneras. Hoy existe una diversidad aparente de futuros porque la gente no tiene futuro, por eso hay que presentarle siempre imágenes que son distintas combinaciones —unas más agradables que otras— de futuro diseñadas por el sistema, porque en verdad no existe un futuro transcendente respecto del capitalismo.

El proletariado es la clase revolucionaria específica del capitalismo porque sólo el reconocimiento horizontal comunitario

clasista con el otro funda el futuro auténtico. Se trata de la revolución de la clase de los explotados que devienen en otra cosa, es decir, en seres humanos no alienados. Por lo tanto, la transformación de la realidad coincide con su autotransformación. La conciencia que tengas del capitalismo coincide con el desarrollo de tu autoconciencia, y éste coincide con el desarrollo de la conciencia sobre el objeto. Del mismo modo la negación que el capital hace del proletariado es contestada por éste con otra negación, y si hay una negación de negación también contesta en reciprocidad. Siempre están puestos en juego términos humanos, no ilusorios. Son términos de corazón humano, de psique humana, de humanización.

Esto no significa que el proletariado sea la única clase revolucionaria en el capitalismo. Hay otras, pero sólo el proletariado es una clase revolucionaria específicamente comunista, es decir que es la única clase que puede llevar a cabo ese tipo de transformación socialista. Ha habido muchas revoluciones durante el siglo XX pero ninguna ha sido socialista porque no las ha hecho el proletariado. Esta clase social ha participado en ellas pero las han hecho sino otros sujetos, que tienen una vigencia histórica rebelde muy virulenta, pero cuyas fuerzas no alcanzan para llevar a cabo una revolución comunista, o sea la abolición efectiva de la propiedad privada y por lo tanto del modo capitalista de producción; su horizonte histórico está limitado por la estructura productiva del capitalismo.

Una tercera ventaja de la idea de “revolución desde dentro” es que puede ser argumentada desde la producción. La producción de la revolución anticapitalista se argumenta desde la producción capitalista. No hay que echar mano de otra cosa para sacar de ahí la revolución como un conejo del

sombrero de mago, sino que la revolución ocurre en inmanencia. De este modo el capitalismo nunca pierde a su enemigo, siempre lo tiene ahí en frente, mientras que si la revolución es “desde fuera” (exógena) entonces el capitalismo se queda sin enemigo y puede permanecer vigente y la revolución ya perdió. La revolución argumentada desde dentro (endógena) significa que mientras haya capitalismo la revolución no se ha acabado, sigue siendo, y entonces el capitalismo no podrá dormir tranquilo.

Éstas son, pues, las ventajas de la idea de revolución endógena. Debe ser evidente que no se trata de la posición “proletarista” y productivista sectaria contra la que Dussel construye su argumento. Él tiene razón en rechazar el sectarismo y en argumentar la revolución en términos humanistas con base en el trabajo vivo. Así logra darle un sustento teórico a una política más abierta, más flexible y abarcante. Sin embargo, este efecto se obtiene no solamente aludiendo al pobre, sino también, y de modo más adecuado, si se argumenta al trabajo vivo como inmanente respecto del proceso de trabajo capitalista y señalando al proletariado como la clase específicamente revolucionaria socialista. Así no se pierde la caracterización rigurosa de la revolución y se especifica de qué revolución estamos hablando, lo cual tiene mucho sentido después de la experiencia del siglo xx, pues ahora no se trata simplemente de una diferenciación casuística: establecer que una revolución es o no socialista. En el siglo xx las revoluciones sociales han sido confundidas con revoluciones socialistas, lo cual ha tenido graves repercusiones históricas para las masas y para toda la izquierda. Pero la posición referida puede evitar los descalabros de esa ilusión, por ejemplo la idea depresiva que dice: “si se cayó la

URSS no podrá haber revolución, el socialismo estaba equivocado". Esta idea absurda proviene de otra previa que tomó por proletaria una revolución democrático-burguesa.

Lenin se mantuvo en el filo y reconoció que en la Rusia de 1917 se había hecho una revolución democrático-burguesa y que dependía de la acción del partido bolchevique para que esa revolución se convirtiera en proletaria. En el periodo que va de febrero a octubre de 1917, el partido bolchevique intenta hacer esta transformación y aunque ya han tomado el poder Lenin insiste en que todavía no se ha llevado a cabo la revolución socialista, que ésta todavía está por hacerse, se había logrado arribar a un capitalismo de Estado y aún se requería transitar hacia el socialismo. Y en eso están hasta 1919, después se pierde el argumento y desde mediados de la década de los veinte se habla de que la revolución socialista es posible en un solo país, idea aberrante de la que Stalin supo aprovecharse. Pero Lenin y Trostsky aún estaban esperando que la revolución rusa —para que efectivamente deviniera socialista— se conectara con la revolución europea, que surgiera un movimiento internacional en el que las fuerzas productivas más desarrolladas europeas se combinaran con el atraso ruso y entonces la revolución social rusa pudiera devenir en revolución socialista precisamente al combinarse con aquel movimiento. El dogma del socialismo en un solo país queda consolidado cuando se ha perdido definitivamente la esperanza de la revolución en Europa.

La idea de revolución endógena permite, pues, evitar todas estas confusiones, frustraciones, caídas, restablecimientos y recaídas en los movimientos de izquierda, lo cual significa ahorro de fuerzas y de vidas y también más eficacia.

Ciertamente el siglo xx fue un siglo de revoluciones y

éstas fueron hechas por poblaciones marginadas o no completamente integradas al sistema, pero no fueron revoluciones de tipo socialista aunque fueron revoluciones sociales. Las protestas en defensa de los derechos de las mujeres o de los negros, los movimientos de los estudiantes o de los campesinos son detonadores y motor de la revolución precisamente porque no están integrados al sistema o no lo están completamente, o bien están integrados materialmente pero no en todos los planos (políticos, culturales o psicológicos, esto es, emocionalmente), en contraste con los que están inmersos en el sistema como miembros de la clase obrera.

Esto lo vio muy bien Herbert Marcuse en su libro *El hombre unidimensional*. Ciertamente ahí tenemos un proletariado integrado y que por lo tanto no va hacer la revolución. Esto es cierto pero nos movemos entre Escila y Caribdis, entre dos monstruos que nos amenazan: por un lado, solamente hacen revoluciones los que no están integrados, pero no revoluciones que destruyen el sistema sino que se integran en él y le sirven para expandirlo y modernizarlo, mientras que, por otro lado, los que ya están integrados en el sistema y por eso pueden destruirlo no hacen la revolución.

En este contexto es decisiva la ventaja del planteamiento endógeno: establecer que la única revolución que trasciende efectivamente al capitalismo y funda un nuevo modo de vida es la proletario-comunista, mientras ésta no tiene lugar otras muchas revoluciones ocurren, pero ninguna trasciende al sistema sino que éste las integra para autorremodelarse. El concepto de modernidad y la realidad de la modernidad consisten en esa autocontrariedad en expansión.

Uno creería que la revolución es más fácil o que existen muchas versiones de la revolución que realmente destruyen

al capitalismo. Y sí hay muchas revoluciones, el propio capitalismo es la revolución en curso, es la contradicción en proceso, contradicción económica, social, política y cultural, así que constantemente hace revoluciones, incluso revoluciones contra él mismo pero que son reintegradas y el monstruo las devora para crecer. De ahí que sea más pertinente aún puntualizar la idea: si hay algo así como una revolución que destruya al capitalismo o que produzca un nuevo modo de vida, si algo como esto existe, sería una revolución comunista proletaria. Puede no haberla pero si la hay sólo esa puede ser. Hay muchos otros caminos revolucionarios pero que no van más allá del sistema justamente porque vienen de fuera del mismo. Sí lo revolucionan, no todos estos caminos son retrógrados, hacen avanzar el tiempo, pluralizan y quizá expandan la democracia o promueven más educación y comida para el pueblo como ocurre en la revolución cubana, en la revolución rusa o en la revolución china sin que éstas sean revoluciones socialistas. Dan pie a grandes avances pero sólo mediante la industrialización capitalista y la explotación de plusvalor a cada vez más seres humanos. Son caminos que extienden y desarrollan la explotación de muy diversas maneras a la par de mejorar la situación del pueblo. Esta es la gran enseñanza del siglo XX.

3.1. Revolución política y revolución radical o socialista

Durante el siglo XX se mostró palpablemente que en el capitalismo la enajenación no es parcial sino total. Ese es el significado de que sea posible la destrucción del planeta por bombas atómicas, crisis ecológica o hambrunas. La enajenación total ha puesto en cuestión al sujeto humano en cuanto tal, en tanto sujeto humano viviente, y éste debe plantarse sobre

sus propios pies y demostrar que él es eso y no una más de las especies destinadas a extinguirse en la historia del planeta.

Entiéndase: lo que está puesto en juego no es una cuestión sólo política. Esta fue otra de los grandes intuiciones de Marx contra los juegos políticos de los liberales. Él se volvió hacia los socialistas y los comunistas precisamente porque éstos no se situaban en un plano meramente político sino social, lo cual permite ubicar la revolución en términos más radicales como revolución social en un plano histórico y antropológico, más aún, como una revolución ontológica. Marx pone en cuestión a todo el capitalismo al verlo como deformación y destrucción histórica de toda la especie. La especie humana está puesta en cuestión de modo esencial.

La especie humana no hace nada superficial, todo lo que ha hecho la involucra a fondo, y el capitalismo —su producto— la pone en cuestión a fondo en su vida misma. Esto no necesariamente significa que vaya a ser derrotada pero sí que el triunfo no depende de una nueva máquina, ni siquiera de toda la maquinaria del sistema, sino de la alternativa que dé el sujeto en tanto que es consciente y en tanto que es consecuente. No se trata sólo de nuestra habilidad para hacer alianzas sino que la revolución implica otras dimensiones cada vez más radicales, más hacia abajo, hacia el cuerpo, hacia los pies y las manos, hacia el trabajo, hacia la sexualidad, hacia la ecología, hacia la materialidad.

El hecho de que la revolución socialista se vincule con el materialismo histórico, esto es, que haya implicado toda una revolución materialista en la filosofía y en la ciencia —de la que nace la obra de Marx *El capital*— *forma parte de ese horizonte histórico práctico en el que la vida social está*

puesta en juego toda de manera radical.

3.2. La oposición entre conciencia y revolución

La revolución comunista no es un problema de coyuntura. El movimiento socialista en los siglos XIX y XX vivió bajo el engaño de que la revolución podía ser preparada artificialmente, pero esto nunca sucedió así. En la historia moderna de Europa las revoluciones surgieron de manera recurrente como coyunturas. La cuestión era estar preparado, pero el movimiento socialista nunca estuvo preparado para ninguna de esas coyunturas.

Otra de las ilusiones del movimiento socialista es haber subestimado al capitalismo. Marx nunca subestimó la fuerza del sistema. Por ejemplo, después de la revolución de 1848 Marx se retira precisamente para analizar el suceso mientras los otros grupos de revolucionarios todavía pretendían seguir en la acción. Él no le ve ningún sentido a persistir porque las condiciones han cambiado y piensa que es indispensable entender en qué y cómo, a contra corriente con muchos revolucionarios que conciben la revolución dogmáticamente como un hecho que a toda costa hay que generar y que nace de la pura subjetividad. Hasta hoy persiste la incompreensión del desarrollo capitalista en su verdadera complejidad y la función que tienen las revoluciones en él.

Es cierto que otros modos de producción existieron durante mucho más tiempo que el capitalismo pero éste, dice Marx, sólo cambiará a través de la acción consciente del proletariado. El capitalismo tiene la capacidad de cambiar de forma sin dejar de ser capitalismo y quizá a costa de la destrucción del planeta, y su auténtica transformación sólo puede ocurrir como acto consciente.

Esta idea es contraria al punto de vista de Immanuel Wallerstein cuando dice en su libro *Después del liberalismo*, que mientras uno está pensando cómo conocer al capitalismo éste nos está comiendo, que ya no hay tiempo, lo que nos toca ahora es hacer, actuar para transformar al sistema y ya no conocerlo, ya hemos visto demasiado. Ante tal aberración, vienen a la mente los Manuscritos de 1844 donde Marx habla ("Propiedad privada y comunismo") de tres tipos de comunismo y en el primero y el segundo ubica, de manera visionaria, una figura análoga a lo que fue la Unión Soviética: la propiedad privada en manos de muchos, así que no es el auténtico comunismo. Por contraste, la tercera figura de comunismo habla de la auténtica liberación del hombre sobre la base de que ha sido abolida positivamente la propiedad privada, lo cual hace posible cancelar la contradicción del hombre con el hombre y del hombre con la naturaleza y con su propia naturaleza.

Por otro lado, también vienen a la mente las visiones nacionalistas de la revolución, y en contraste, el futuro posible construido por la clase obrera proletaria en tanto clase que tiene la posibilidad y la capacidad —por ser la clase explotada de modo específicamente capitalista— de trascender al capitalismo. Y en todo esto no podemos olvidar que, para Marx, la revolución implica un proceso de autotransformación. La revolución, en ese sentido radical, implica la transformación de la moral y de la sexualidad. La clase obrera no puede llevar a cabo esta revolución si su acción se limita a lo que pueda hacer dentro de la producción sino como sujeto omnilateral. La revolución es entonces un proceso dual de transformación del modo de producción existente y de autotransformación. ¿Cómo es posible esto?

4. EL CAPÍTULO V DE *EL CAPITAL* Y LA REVOLUCIÓN COMUNISTA

Ante todo seamos conscientes de que estas preocupaciones y anhelos relativos a la revolución socialista están girando en torno al tema del capítulo V de *El capital*. *Hay que leer y releer este capítulo siempre con mucho cuidado porque ahí es donde se escenifica este desafío histórico, filosófico, económico y político del que depende el fundamento del socialismo científico. Al leer este capítulo hay que poner una apuesta, hay que manifestarse, discutir con esa idea, decidir si se está o no de acuerdo, explicitar las dudas, pronunciarse, ponerse en juego frente a lo que ahí se expone, es decir: la estructura básica y fundamental del capitalismo y al mismo tiempo su límite y su posibilidad de transformación.*

Y bien, ¿qué imagen de revolución condiciona esa exposición? Es mucho más que un problema de coyuntura y de conciencia. Es un problema de estructura material del capitalismo. La coyuntura está organizada por la estructura del capitalismo y sólo en ese sentido puede involucrar a la conciencia. En eso consiste la idea de argumentar la revolución en inmanencia. Si la argumentamos sólo como un problema de conciencia y de coyuntura entonces podemos prescindir de la inmanencia respecto del capitalismo. Cualquier revolución desde fuera, es decir, popular o campesina, sólo puede desarrollar una figura de conciencia rebelde en la coyuntura y no podría incidir de manera radical en la estructura capitalista y transformarla en otra cosa que no sea capitalismo.

Así, por ejemplo, Enrique Dussel insiste en la ética como condición básica para buscar una revolución desde fuera. La ética ciertamente tiene muchísimo que ver con la revolución, pero el problema fundamental no es de deber ser sino del ser social, no de lo que los hombres piensan de sí mismos

sino de lo que son realmente y que es lo que produce sus formas de conciencia y su ética.

De la contradicción entre el proceso de trabajo y el proceso de valorización también deriva la teoría de Marx sobre las crisis y sobre la tendencia decreciente de la tasa de ganancia que se desarrolla a lo largo de El capital. Para Marx, la revolución comunista no es, pues, un problema de voluntad sino de condiciones objetivas, pero al mismo tiempo —esta es la paradoja— esta revolución, a diferencia de las otras revoluciones, sólo es posible si se hace con conciencia y voluntad. Esto significa dos cosas: primero, que en tanto acto voluntario es, entonces, también predeterminado, previsible, preparable. La revolución se prepara y, efectivamente, hay un diseño, una preparación de la revolución que ocurre sobre la base de las condiciones materiales existentes, como proceso de elaboración y transformación consciente de las mismas. Por otro lado, “con conciencia” también significa que la revolución ocurre poco a poco, es decir, que tiene que ir al detalle, no es un solo acto, un golpe; es una revolución sistemática de todos los planos de la existencia y tiene que ir ocurriendo conforme avanza el desarrollo capitalista.

Marx también plantea la revolución comunista como una necesidad histórica arraigada en la necesidad económica del capitalismo, pero no por eso es una revolución economicista; es una necesidad histórica arraigada en la economía del capitalismo pero que contraviene al capitalismo, y precisamente porque lo contraviene esencialmente no es economicista sino total y radical, va al fondo, hasta la producción, e involucra a la totalidad de las esferas de afirmación del ser humano.

4.1. Socialismo o barbarie: el problema de la libertad

Así como la revolución comunista sólo tiene lugar sobre la base del desarrollo del capitalismo, es decir, como constante proceso de elaboración que tiene lugar dentro de este desarrollo, conforme el capitalismo se desarrolla y revela su carácter enajenado total también muestra su tendencia tanática, asesina. El núcleo final de su carácter enajenado significa que no sólo es genocida sino que mata a grandes núcleos poblacionales para amenazar a otros y en ese juego puede aniquilar a la humanidad. Así, la guerra fría incluyó masacres localizadas; el estallido de bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki en 1945 fue sobre todo una “advertencia”, y Bush usó como pretexto los atentados del 11 de septiembre de 2001 para echar a andar el asesinato masivo de hombres, mujeres, niños y viejos para controlar a la gente en Afganistán y en Irak y en el resto del planeta. Y como la violencia se puede escalar de manera indefinida cada vez que el capitalismo muestra esta esencia suya y esta esencia se pone de manifiesto a medida que el sistema se desarrolla, la alternativa de Rosa Luxemburgo “socialismo o barbarie” se muestra cada vez más vigente, y al mismo tiempo se vuelve más notorio el hecho de que la revolución comunista, si bien es un hecho necesario, es mejor que ocurra no por necesidad sino por voluntad, por conciencia. Pues cuando las cosas ocurren por necesidad suelen llegar tarde, cuando ya se ha ido demasiado lejos. La revolución comunista es entonces dialéctica y anticipatoria debido precisamente al tipo de estructura histórica o productiva que caracteriza al enemigo que enfrenta. Mejor que ocurra por voluntad y por conciencia, por libertad; también por necesidad pero será mejor cuanto mayor número de gente participe por previsión, por libertad, porque alcanza a ver las implicaciones

que tiene el modo capitalista de producción y de vida, y no porque simplemente se está muriendo de hambre.

Para que la revolución sea total y radical tiene que ser endógena o intracapitalista, porque conforme avanza el desarrollo histórico del capitalismo se proletariza la humanidad y se constituye el obrero total; esto es, la figura plena, total del proletariado no se reduce solamente al obrero fabril sino que se presenta como una pluralidad de formas poblacionales y de respuestas a diversos aspectos y niveles de ataque a la realidad. Ya vimos cómo al desarrollarse el capitalismo el trabajo que era improductivo se vuelve productivo, es decir, nuevas dimensiones materiales, corporales pero también espirituales o culturales se vuelven productivas. Cada vez más el obrero total es idéntico con todas las necesidades y capacidades de la humanidad que se ponen en juego en la revolución.

4.2. El urgentismo

La consigna de hacer ya la revolución, ya no pensarla —como Wallerstein clama—, refleja un hecho histórico actual. En efecto, el problema de si habrá tiempo o no para la revolución debe ser pensado sistemáticamente. Primero debemos precisar la figura y el contenido que tendría la revolución y por qué son necesarios. En segundo lugar, y sobre esta base, habría que plantear el problema de si hay o no hay tiempo para ella. Ciertamente padecemos el urgentismo de los revolucionarios durante todo el siglo XX. Urgentistas fueron Lenin y los espartaquistas, lo mismo que el reformista Eduard Bernstein. Es posible que en el siglo XXI el urgentismo corresponda por primera vez a un hecho real y no sólo a una ficción precisamente porque está puesta en cuestión la existencia de la humani-

dad, la vida de todo el planeta, y de modo múltiple: por el agotamiento de los energéticos, del agua, por la monstruosa capacidad destructiva de las armas, por la degradación del clima y de los alimentos. Por muchos lados la humanidad está siendo atacada en su médula y no puede sino contestar y puede estar contestando durante mucho tiempo sin lograr más que reformas y paliativos, sin que la respuesta devenga en revolución comunista. Aunque sean proletarios quienes contesten, puede ser que antes de que organicen todos su libertad en referencia a una finalidad bien clara la humanidad sea llevada a la destrucción porque ya no haya tiempo para revoluciones parciales o para dejar que otros se encarguen de mi problema mientras yo tengo una vida acomodada y me atengo a lo que hagan otros.

El predicamento en el que se encuentra la humanidad en este momento realmente es muy grave: o reforma del capitalismo —y eso se da por sí mismo, están ocurriendo— u otra cosa distinta, la revolución comunista. De lo que estamos hablando aquí es de cómo se argumenta la revolución comunista a partir capítulo V de *El capital*. *No estamos hablando de cómo salvarle la vida al capitalismo, de reformas que nos permitan defendernos del sistema sin destruirlo; todo eso puede estar incluido en la revolución comunista pero no es lo que la específica.*

4.3. Revolución no sectaria pero específica

Toda revolución nacional efectivamente hace avanzar a los países donde se requiere: los industrializa y mejora las condiciones de vida de la población. Y la revolución nacional democrática está incluida dentro de la revolución comunista pero no es lo específico de ésta, aunque es algo muy necesi-

rio y tal parece que inclusive es previo. A muchas gentes les es más viva, más sentida la nación que el formar parte de una clase. Este es uno de los efectos del sistema capitalista. Todo esto forma parte de los ingredientes de la revolución comunista porque ésta no es sectaria, al contrario de lo que se vio en las revoluciones que hubo en el siglo XX. También se dijo de cada una de ellas que esa era la revolución comunista pero esto nunca fue así. Esas revoluciones fueron sectarias porque eran parciales. La revolución comunista es radical y total, y por ello no es sectaria pero sí específica. Su sujeto es esta clase, el proletariado, no otra. Si la dirige otra clase es posible que sí sea una revolución pero no aquella de la que estamos hablando sino otra: una revolución liberal o democrático-burguesa. En fin, revolución, proletariado y comunismo son términos con demasiada carga histórica y por lo tanto sumamente específicos, rigurosamente determinados por la estructura interna de aquello que combaten, de su objeto y de su sujeto.

La coyuntura es parte importante de la revolución pero ésta es una realidad estructural y procesual, un prolongado proceso histórico. Y ese proceso histórico está ocurriendo desde hace siglo y medio. De lo que se trata es de que ocurra con conciencia. La revolución comunista ya está en curso, pero sin conciencia de sí, incluso con autoilusiones, creyendo que ya triunfaba y no más bien que ése era sólo un paso, un aspecto, un brazo suyo.

Marx intenta que este conjunto de movimientos parciales —reformismos étnicos, clasistas, de grupos, partidos, sindicatos— procedan con conciencia de la finalidad comunista a la que apuntan y entonces se organicen en consecuencia. Cada vez más, sobre la base de errores previos, es posible

que el sujeto histórico se tome a sí mismo como un todo. Léase cómo se define lo que es ser comunista en el *Manifiesto del Partido Comunista*.

4.4. Revolución, experiencia y tiempo histórico

La experiencia histórica tiene la ventaja de que se puede aprender de ella pero también la desventaja de que ocurre *post festum*; después de que ocurre el descalabro hay que curar la herida. Pero el sistema puede producir descalabros que quizá no tengan un después. Así, aunque la experiencia histórica apunte hacia la meta comunista y la vaya volviendo posible, el tiempo histórico se va acortando, la posibilidad se va estrechando. Cuanto antes adquiramos conciencia y ésta se expanda se estará garantizado el tiempo de la revolución comunista y no sólo de la mera sobrevivencia de la humanidad. La tardanza nos aproxima al momento paradójico en el que podríamos vislumbrar con plena conciencia la última fulguración del hongo de la bomba atómica que acaba con toda conciencia porque acaba con la vida sobre el planeta.

4.5. La única garantía

No hay garantía externa a la cual atenerse. La propuesta de Marx es que la revolución ocurre en inmanencia, es decir, que hay que atenernos a nosotros mismos y confiar cada vez más sólo en nosotros mismos porque no hay otra salida. Así es como está planteada la idea en el capítulo V del tomo I de *El capital* porque alude al hecho de que está siendo parasitada la totalidad del proceso de trabajo, no sólo una parte. No es sólo el objeto —y no el sujeto— el que está enajenado —como en la ilusión de Dussel— sino que todo el proceso está siendo para-

sitado por el proceso de valorización. En cada instante de su funcionamiento el proceso de trabajo transhistórico eructa plusvalor pues está ocupado de manera total; el proceso de trabajo económico, el proceso de trabajo cultural, el proceso de trabajo político, el proceso de trabajo histórico, todo eso ha sido apropiado por el capital. Por lo tanto, solamente ateniéndonos a nosotros mismos y en actitud dialéctica de autorre-modelación es que puede ocurrir algo diferente. La invitación está hecha. Ya estamos llegando tarde a la fiesta. Hay que prepararse. Al contrario de desesperar, hay que notar que la esperanza está abierta. Al contrario de frustrarse, hay que bregar ya, pero sin tropezarse. El planteamiento es, pues, dialéctico y tiene todas estas vueltas, y, sobre todo, exige prescindir de toda ilusión y conservar y hacer crecer la esperanza realista.

4.6. Programa máximo y mínimo

El partido socialdemócrata tenía un programa mínimo y un programa máximo, y cada vez más se fue ateniendo sólo al programa mínimo y olvidando o relegando el programa máximo. A través de esta dualidad se coló el reformismo y el procesualismo. Al contrario, los izquierdistas de los años veinte del siglo pasado planteaban que no se debía reducir la revolución socialista al programa mínimo. Se trataría entonces de que el programa máximo siempre esté en el proceso, de que cada acto del programa mínimo afirme al programa máximo. Es pertinente retomar esta propuesta.

Dejemos aquí la discusión sobre el capítulo V de *El capital* y la revolución comunista y su desarrollo. Hablemos ahora del núcleo del desarrollo capitalista.